



*Siempre has sido
Tú*

LA HISTORIA DE AMOR DE MI VIDA

Maya Alvarez

Siempre has sido tú

La historia de amor de mi vida

Maya Álvarez

Al sol de mis días:

Eres mas de lo que podría pedir...

Copyright © 2019 Maya Álvarez
Registro de la Propiedad Intelectual

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.

*Imagen de la portada utilizada con licencia @
konradbak/Depositphotos.com*

Contenido

PRÓLOGO

CAPÍTULO UNO

CAPÍTULO DOS

CAPÍTULO TRES

CAPÍTULO CUATRO

CAPÍTULO CINCO

CAPÍTULO SEIS

CAPÍTULO SIETE

CAPÍTULO OCHO

CAPÍTULO NUEVE

CAPÍTULO DIEZ

CAPÍTULO ONCE

CAPÍTULO DOCE

CAPÍTULO TRECE

CAPÍTULO CATORCE

CAPÍTULO QUINCE

CAPÍTULO DIECISÉIS

CAPÍTULO DIECISIETE

CAPÍTULO DIECIOCHO

CAPÍTULO DIECINUEVE

CAPÍTULO VEINTE

CAPÍTULO VEINTIUNO

CAPÍTULO VEINTIDOS

CAPÍTULO VEINTITRES

CAPÍTULO VEINTICUATRO

CAPÍTULO VEINTICINCO

CAPÍTULO VEINTISEIS

CAPÍTULO VEINTISIETE

CAPÍTULO VEINTIOCHO

CAPÍTULO VEINTINUEVE

CAPÍTULO TREINTA

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

EPÍLOGO

PRÓLOGO

THEO

Tengo un estúpido enamoramiento por la hermana de mi mejor amigo. Y no puedo decir el momento exacto en que ocurrió. Aun que quizás tenga una idea.

No fue cuando la conocí por primera vez, eso es seguro. Tampoco fue la segunda vez que me encontré con ella. Fue cuando descubrí que le gustaba usar calcetines de tubo con pantalones cortos. Porque pese a mostrarse como una chica amargada y con una actitud que era como una patada en el saco de nueces, fue lo diferente que era del resto lo que me cautivó.

Incluso en su rareza, pensé que era bonita e interesante, mas ¿Un enamoramiento? No lo hubiera nombrado de esa forma. Sin embargo, la historia va así:

No pasaron muchas veces después de la primera. Yo estaba en el último año, y ella en el segundo de la universidad. Una estudiante, casi novata, nerviosa, que se aventuró por la fuerza a otra fiesta de la fraternidad, capturada por sus amigos y mantenida como rehén para pasar un buen rato.

Era un pez fuera del agua, y no pude evitar tener los ojos fijos en ella mientras se tropezaba con idiotas borrachos y chocaba con latas de cerveza vacías, arreglándose las gafas que se le iban desplazando de su posición perfecta en la nariz.

No se parecía a ninguna chica que hubiera conocido. De fuerte carácter, a veces odiosa con su inteligencia, astuta y nunca demasiado tímida para echarse atrás. Me intrigó, llamó mi atención, me hizo querer saber lo que giraba en su hermosa cabeza. Tenía que averiguarlo.

Esa noche lo cambió todo. Tal vez fue la cerveza que me tomaba, o la pura curiosidad de la chica que se veía completa y totalmente fuera de lugar, pero ella me atrajo. En ese momento supe que tenía que tomar una decisión: o seguir sentado con Alyssa Connor y escuchar sus historias aburridas, o sacar mi culo del sofá de cuero y saludar a Julia Westin. ¿Puedes adivinar lo que hice?

CAPÍTULO UNO

THEO

Cualquier otro hombre, en mi posición en este momento, no presionaría el botón del undécimo piso que lleva al apartamento de mi amigo.

Se alejarían, con la cola entre las piernas, probablemente investigando todas las maneras de no ser yo. Especialmente ahora mismo. Pero no soy como la mayoría de los hombres. Nunca lo he sido.

Claro, tengo mis momentos. Me gusta el dinero y el poder. Es por eso que poseo una tonelada de bienes raíces en la ciudad de Nueva York y sigo invirtiendo, convirtiendo el dinero en más dinero. Tengo treinta y tres años y podría retirarme ahora si quisiera. Pero el juego de bienes raíces es adictivo y me encanta la persecución, el rodeo en busca de la siguiente mejor inversión.

También me gusta tener mujeres y hacer de todo. ¿Qué hombre no lo quiere? He tenido muchas aventuras al azar, nunca he buscado más, porque no ha habido una persona que me haya hecho querer asentarme, bueno, además de una, pero ya llegaremos a ella.

Y como a la mayoría de los hombres, me encantan los deportes. Fútbol, béisbol, baloncesto. Deportes universitarios, profesionales. Las Olimpiadas. Demonios, dame un poco de natación sincronizada y probaré cómo se hace.

Mi amor por los deportes es la razón por la que estoy aquí, caminando como un hombre muerto, esperando mi sentencia.

—Detén el ascensor, imbécil—. El lirio irlandés de Roark McCool rebota en el vestíbulo justo antes de que presione su mano grande contra la puerta del ascensor que se cierra.

No intento guardárselo. Ese es el tipo de amigo que soy.

Cuando entra, me mira de arriba a abajo y empieza a reírse. Razón número uno por la que no detuve el ascensor. Su mirada se fija en el paquete de doce cervezas que tengo a mi lado. Asintiendo hacia él, me pregunta: —¿Pensaste que podías sobornarnos con cerveza verdad?

Era estudiante de intercambio de Irlanda. conocimos a Roark en una de nuestras fiestas de fraternidad en el segundo año. En el momento en que nos dimos cuenta de que podía beber lo que parecía un barril por noche y no mostrar una pizca de resaca al día siguiente, fue una pelea instantánea con

nuestro grupo de amigos. El tipo es cien por ciento irlandés y tiene el temperamento exaltado para ir por el Guinness corriendo por sus venas.

Además, ¿cómo no puedes ser amigo de un tipo llamado Roark McCool? Eso es imposible. —No, sólo hago mi contribución a la noche.

—No creas que vamos a tomárnoslo con calma. Una apuesta es una apuesta.

—Lo sé. —Escondo la sonrisa que quiere asomarse más allá de mis labios.

Una apuesta es una apuesta y más vale que los idiotas se mantengan en esa, especialmente porque tengo un plan.

Perder era una decisión en la que no me tomó mucho tiempo pensar. En cuanto supe lo que estaba en juego, no tuve ninguna duda de quién sería el perdedor definitivo en nuestra liga de fútbol de fantasía.

Sí, tres ejecutivos poderosos, derivados de una casa de fraternidad, que viven en áticos en Manhattan, todos participan en una liga de fútbol de fantasía. Es nuestro placer culpable, la única cosa que nos da un descanso del constante y agotador trabajo. Y son solo unas pocas horas a la semana.

Cada temporada de fútbol, nos reunimos alrededor de la mesa, hacemos una apuesta, reclutamos a nuestros jugadores y luego jugamos nuestra temporada. En el pasado apostábamos dinero, el ganador se lo llevaba todo, pero una vez que todos llegábamos al límite de nuestras cuentas bancarias, queríamos empezar a apostar con cosas más interesantes.... como tareas.

Todos tenemos más dinero y posesiones de las que necesitamos, pero las experiencias nunca son suficientes. Por eso quería perder este año, para tener la oportunidad de vivir la mejor experiencia por la que hayamos apostado.

Oh sí, puse un frente sobre eso, burlándome de la idea, pero no podía esperar a perder.

No voy a soplar arcos iris y unicornios en sus traseros, era un trabajo duro al principio, tratando de perder estratégicamente sin ser obvio. Los últimos tres años, he ganado, y ha sido jodidamente genial ver a mis amigos pelearse y quejarse por los puntos que acumulaba cada semana. Pero esta vuelta de mierda, fue difícil y en un momento dado, cuando mis jugadores secundarios empezaron a ir muy bien, estaba muy nervioso de no perder. De alguna manera, saqué una pérdida de mi perfecto trasero y tomé la gran desventaja.

Por una vez en mi vida, estoy disfrutando esta pérdida como una maldita victoria.

Las puertas se abren a un apartamento monocromático y elegante con vistas al centro de Manhattan. Una alfombra blanca y lujosa se extiende a lo largo de la sala de estar, recordándome todas las noches que he pasado durmiendo

plantado de frente, con el culo en el aire, sobre un peluche.

Podríamos tener dinero y dirigir empresas multimillonarias, pero al diablo con la clase. Tal vez por eso no estamos invitados a muchos eventos en la ciudad.

Con la mano agarrada al hombro, Roark me empuja al apartamento y me guía hacia la cocina, donde Kevin ya está abriendo cervezas y celebrando.

—Ahí está—, grita Kevin, mirando hacia nosotros. —Hombre muerto caminando.

Pongo el pack en el mostrador y suelto un fuerte aliento, porque soy así de bueno como actor. Tengo que mantener las cosas auténticas, después de todo.

—Dios, ¿cuánto tiempo voy a escuchar sobre esto? —¿Ves a lo que me refiero? Un Oscar digno, especialmente con la caída añadida de mis hombros.

Kevin, el ganador de esta temporada, mira entre nosotros y dice: —Creo que te enteraras de ello todo el año, igual que cuando el resto de nosotros perdemos. Nunca nos dejas vivir a medias—. Cierto. Soy un mal perdedor.

—Tal vez puedas apiadarte de mí.

Kevin sacude la cabeza. —No creas eso. Preparé un servicio de mensajería para que te dará un recordatorio todos los días para el próximo mes, uno de lo mal que jugaste este año, por si acaso lo olvidas.

—Qué noble de tu parte—. Abro una cerveza y tomo un trago gigante.

—¿Quién pone en el banquillo a Russell Wilson? —Kevin niega con la cabeza.

—Te lo dije, fue un accidente—. Eso no fue un accidente. Senté a ese hijo de puta caritativo en el banquillo... y luego doné algo de dinero al hospital de niños que visita porque es un hombre inspirador, y esperaba un poco de buen karma para que mi decisión fuera el último clavo en el ataúd para mí. Y lo fue.

Sacudo la cabeza y camino a la mesa donde hay un tazón de papas fritas y guacamole. Seguimos comiendo como chicos de fraternidad. Cerveza, papas fritas, rollos de pizza; es todo lo que necesitamos. Ningún hombre crece realmente con ese tipo de comida, a menos que venga una buena mujer que sepa cocinar y por lo tanto ofrezca un incentivo para comer bien. Y todos sabemos a qué incentivo me refiero.

Pongo una cantidad abundante de guacamole en una patata frita y la meto en mi boca, masticando por un segundo antes de tragar. Mis amigos no me quitan los ojos de encima, sonrisas torcidas que adornan sus caras petulantes mientras observan cada uno de mis movimientos. Necesito aumentar el odio hacia mí mismo, atraer a los ojos enojados.

—¿Quieren dejar de mirarme, imbéciles? Lo entiendo. Perdí. Cobremos la apuesta y sigamos adelante.

Kevin se acerca a la mesa y hace movimientos a las sillas. —¿Chicos? Creo que tenemos algunas reglas que discutir, ¿no creen?

—Sí, creemos que hay que hacerlo—. Roark se sienta a mi lado, en su silla hacia atrás y apoya sus brazos en mi espalda.

—Theo no se irá de este apartamento hasta que terminemos la última parte de la apuesta.

Podemos actuar como un puñado de idiotas inmaduros la mayor parte del tiempo, pero somos hombres de negocios en el fondo, lo que significa que cuando hacemos una apuesta, hacemos que esa mierda sea redactada por abogados y certificada ante notario. Habiendo ido todos a la Universidad de Yale, hemos aprendido los pormenores de ser astutos e implacables cuando se trata de negocios, así que cada año aplicamos las mismas tácticas a nuestras apuestas. Es por eso que nos aseguramos de que el perdedor lo siga sin ningún problema.

Cuando el contrato llegó para firmarse este año, no pude encontrar un bolígrafo lo suficientemente rápido.

—Bien, muchachos, ¿están listos para esto? —Roark se frota las manos, pareciendo un hijo de puta arrogante. Poco sabe él...

—¿Podemos añadir una estipulación al contrato? —pregunta Kevin. —¿Algo así como que debe documentarlo todo para nosotros?

Sí, eso no va a pasar. —Sin estipulaciones—, digo, fuerte y claro. No necesito nada de lo que tengo en mente documentado.

Kevin nos entrega carpetas legales a cada uno de nosotros con el contrato encuadrado dentro, y cada página laminada. Te dije que somos oficiales. —Ya hemos laminado, amigo, así que no hay estipulaciones—. La laminación siempre cierra el trato. Literalmente. —Ahora, por favor, abre la página uno—. Kevin toma el control de la reunión, como siempre. El más inteligente entre los tres y el mayor magnate, el que siempre ha liderado el grupo. Un prepotente, pero deportivo, trae las ideas a la mesa, el verdadero cerebro con un modelo de negocio astuto. Es peligroso, despiadado e increíblemente inteligente, lo que lo hace enormemente letal en el mundo de los negocios.

Durante los próximos minutos, Kevin establece las reglas del perdedor, como tengo que dar seguimiento a mi apuesta en la próxima semana, dar actualizaciones y toda esa mierda. Luego llega a lo bueno.

Es difícil contener mi sonrisa, aplacar mi excitación, pero, por primera vez

en mucho tiempo, finalmente tengo mi excusa para hablar con Julia Westin de nuevo.

CAPÍTULO DOS

THEO

Me froto las palmas de las manos y miro el edificio de la oficina de Julia que da al Parque Bryant. Tiene una muy pequeña, sólo ella y su asistente, pero ha alquilado el espacio por un buen dinero así que tiene un lugar para reunirse con sus clientes. Sí, sus clientes. Supongo que no te he mencionado lo que hace Julia. Déjame contarte una historia para contextualizarte.

Julia Westin, inteligente como su hermano, me gusta decir más inteligente, aun que Kevin lo diría de otra manera. Pero si le pones un sándwich delante, ella bajará esa delicia italiana como si estuviera en un concurso de comer perritos calientes. Tiene un doctorado en ciencias del comportamiento y está muy orgullosa de su título, Doctora Amor, como algunos la llaman. Ella ha pasado los últimos ocho años refinando un programa que creó desde el principio llamado, ¿Cuál es tu color?

¿Intriga? Deberías sentirte así.

Ella ha reducido el mundo de las citas a seis colores generales y sus matices complementarios. Para ponerlo en términos simples, Julia desarrolló un programa de citas para chicas inteligentes y tímidas como ella, que necesitan ayuda para encontrar a un hombre con una gran cantidad de intereses que se expanden más allá de las cervezas artesanales de mierda y los videojuegos. Promueve la búsqueda de un hombre mundano, un hombre de clase y refinoría. Un hombre que quiere ser desafiado intelectualmente por el sexo opuesto.

Sé lo que estás pensando: Theo, eres lo más alejado de la clase y la refinoría. Al carajo, eso ya lo sé. Pero oye, llevo trajes de lujo, he viajado por todo este maldito mundo, y no tengo intención de salir con nadie más que con la mismísima Doctora Amor.

Entonces, ¿cuál era la apuesta? ¿No puedes entenderlo ya?

A Roark, el imbécil del grupo, se le ocurrió la brillante idea de que la persona que perdiera, tendría que intentar encontrar el amor a través del programa de citas de Julia. Jurando ser solteros eternos, esta fue un gran incentivo para perder... bueno, para algunos de nosotros.

El año pasado subimos las apuestas, lo que fue algo simple de tener que

tomar clases de yoga caliente durante todo un mes y usar calcetines mientras lo hacíamos (Me alegro de no haber perdido). Kevin terminó por encantarse, como si ya fuera un yogui profesional, terminó aflojando sus caderas, lo que según él ha mejorado increíblemente su vida sexual. Algo sobre ser capaz de follar más fuerte sin calambres.

El viaje en ascensor hasta el piso 69, créeme, el número no se me escapa, es un poco más angustioso de lo que esperaba.

Por un lado, Julia no sabe que vengo a “encontrar el amor”. Tampoco tiene idea de que no tengo intención de enamorarme de ninguno de sus partidos. Y no la he visto en meses, así que creo que la visita inesperada la va a despistar.

Ding. Las puertas del ascensor se separan, e inmediatamente doblo a la izquierda por un pasillo hasta llegar a una puerta coloridamente marcada.

¿CUÁL ES TU COLOR?

Una pequeña sonrisa se apodera de mis labios justo antes de entrar a la oficina.

Muebles blancos, sillas, mesa de centro y escritorio, llenan el espacio, mientras que cuadrados de colores sólidos enmarcados en blanco cuelgan de las paredes igualmente blancas. El espectro de citas está escrito en negrita sobre los cuadrados, dando una pequeña pista de lo que es tu color.

Conozco a Julia desde que esta idea era sólo eso, una idea, y ver que ella le da vida tan exitosamente, diablos, me envía una inyección de orgullo a través del corazón de este idiota.

—¿Puedo ayudarle?—, pregunta la asistente de Julia, Lucy mientras regresa a su escritorio desde la pequeña cocina. —¿Tiene una cita?

Con una mano en el bolsillo de mi pantalón, sacudo la cabeza. —No, pero si le dices a Julia que Theo Scott está aquí para verla, estoy seguro de que se tomará su tiempo—. Le guiño un ojo y espero.

Me mira con desconfianza, no sé por qué, creo que la he visto antes, y luego coge su teléfono. —Srta. Westin, hay un tal Theo Scott que quiere verla—. Lucy asiente con la cabeza. —De acuerdo—. Ella cuelga. —Puede entrar—. La mujer se dirige a la oficina de Julia indicando con la mano la puerta para que yo pase.

—Gracias—. Le ofrezco un saludo con mi cabeza y otro guiño antes de entrar en la habitación. Casual y confiado, abro la puerta, sólo para que me bajen los humos cuando mis ojos se fijan en ella.

Dios. Maldita sea. Mi corazón se acelera. Su cabeza está hacia abajo, sus dedos escribiendo en el teclado, y hay una concentración en su frente que

conozco muy bien. He visto ese pellizco entre sus ojos, esa conocida expresión meditabunda de Julia que apenas se esconde tras sus gruesas gafas.

Ella le da a la pantalla una mirada más, inclinándose ligeramente hacia adelante, de modo que su blusa se divide entre los botones. Si estuviera en el ángulo correcto, es decir, inclinando la cabeza hacia abajo y hacia la izquierda, captaría el color de lo que estoy imaginando que es un sostén de encaje sexy. Y sus bragas harían juego con su falda negra porque es una maldita dama después de todo.

Satisfecha con lo que sea en lo que esté trabajando, se endereza y mira hacia arriba en mi dirección mientras dejo que la puerta se cierre.

Sus ojos brillan más allá de sus anteojos, que ella empuja hacia atrás en su nariz con sus dedos finamente cuidados. Nunca son de color, al menos desde que la conozco. Siempre los ha pintado un tono nude. Una vez le pregunté por qué no los pintaba de rosa y su respuesta fue que no quería cambiar el color con cada prenda y le quedaba con su desnudo.

Oye, creo que eso me gusta. Prefiero el desnudo..., su desnudo. No es que la haya visto desnuda, pero lo haré.

—Theo—, dice con una nerviosa sorpresa en su voz. —¿Qué estás haciendo aquí?— Suaviza su elegante cabello y se inquieta bajo mi mirada.

—¿Te vas a quedar ahí sentada o vas a venir a darme un abrazo?

Como la chica tímida que es, se toma un segundo para reunirse antes de ponerse de pie y dirigirse hacia mí, con un tacón corto delante del otro. Cerré los últimos centímetros y le di un abrazo frontal. Nada de esta mierda de abrazo lateral. No, quiero sus tetas apretadas contra mi pecho duro como una roca y mi entrepierna susurrándole cosas dulces a ella.

Tímida al principio, no me abraza de la manera que yo hubiera esperado, así que me burlo de ella, como siempre lo hago. —No voy a explotar si me aprietas, Jules. Abrázame con fuerza.

Ella se ríe en silencio y suspira, acercándose más.

—Sí, eso es, dame lo bueno—. Su sutil perfume flota en mi nariz y le da una patada a mi pene. Mierda, huele muy bien.

El abrazo no dura mucho, nunca dura, y antes de que me sienta cómodo con ella en mis brazos, se está alejando y enderezando su blusa y empujando esas gafas hacia atrás en su nariz.

—¿Quieres sentarte y decirme por qué estás aquí?— Nunca ha sido de las que simplemente disparan a la mierda. Es ordenada, profesional, y muy inteligente, así que no pierde el tiempo hablando del tiempo, a menos que

tenga que ver con un pensamiento científico. Es como está programada.

Pero si le hablas de la humedad en Nueva York en el verano y cómo está arruinando tu vida el aire, ella no quiere tener nada que ver con ello.

En frente de su escritorio hay una sala de estar con dos sillas y un sofá sobre una alfombra de color azul intenso. Ella elige el sofá, y yo también. Todo se trata de la proximidad del cuerpo.

—Yo también me alegro de verte, Jules.— Me ajusto los gemelos de la camisa. —¿Cómo has estado?

—Bien.

Incluso si intentas dispararle estupideces, ella no lo explica. Algunas personas pueden encontrarlo incómodo, pero yo lo tomo como un desafío.

—Me gusta lo que has hecho con el lugar. Esta alfombra, ¿es Pottery Barn?
— Me mira, tiene las manos en el regazo, los hombros en posición. —Mi asistente la encontró.

Me doblo por la cintura y froto mis dedos a través de los finos hilos de la alfombra. —Hmm, se siente como la calidad de Pottery Barn—. Ella no dice nada, así que continúo. —El otro día tuve una cosa en mente, un pub en Soho. Sirven patatas y dicen que es estupendamente bueno. Lo llaman “pastoso”. ¿Alguna vez has ido?

—No, no lo creo.

—Te lo estás perdiendo, Jules—. Yo escojo casualmente el brazo del sofá. —¿Es porque el tiempo ha estado malo últimamente? ¿Soy yo, o la humedad te hace sentir como si tuvieras que separar el aire para caminar?

Ella suspira fuerte y se relaja en el sofá, dejando caer fuerte el conjunto de sus hombros. —Theo, ¿qué quieres?

Se está rindiendo tan rápido. Apenas estaba empezando. Pero como sé que está ocupada, técnicamente no tenía una cita y llego a la persecución. —Vine a encontrar el amor.

La habitación se queda en silencio mientras Julia se levanta lentamente del sofá, con el pecho hacia adelante, como si algún tipo de mierda exorcista la empujara y girara su cabeza en mi dirección. Su reacción es válida. No necesariamente he sido conocido como el tipo que se está asentando, así que esto está saliendo del campo izquierdo para ella.

—¿Disculpa?

Descanso mis antebrazos sobre mis piernas y enfoco mi mirada, volviéndome serio. —Quiero que me lleses a través de tu programa. Deseo sentar cabeza, y no se me ocurre nadie mejor que tú para tomarme de la mano

mientras hago el viaje—. Sus fosas nasales se ensanchan. Su mandíbula trabaja de lado a lado. Cruza los brazos sobre el pecho.

—¿Es una de esas apuestas de mierda que haces con mi hermano?. Porque la temporada de fútbol ha terminado y alguien ha perdido. ¿Fuiste tú, Theo?

¿Qué demonios está pasando ahora mismo?

—¿Qué?— Me río torpemente. La necesidad de sacar el teléfono del bolsillo y llamar a mis amigos es fuerte.

Abortar. Abortar. La misión ha sido comprometida.

—¿Qué te hace pensar eso?— digo, tratando de lucir lo más casual posible, me siento y coloco mi tobillo sobre mi rodilla, mientras mi brazo corre por la parte de atrás del sofá.

Ella me da una ojeada, sus ojos rastrillando mi traje gris finamente hecho a medida y planchado, nunca parpadea, se ve tan seria que no voy a mentir, me siento un poco nervioso con lo que me pueda hacer o decir.

Esa mirada, dura como una piedra, como la de su hermano. Debe ser de familia. El asesino despiadado corre frío por las venas de Julia, con una nota mental.

—Bueno, no sé, Theo, tal vez porque desde que te conozco, has pensado que el amor es para idiotas. Han sido tus palabras, no las mías.

Todos los hombres son unos imbéciles en la universidad, y somos muy pocos los que causamos una buena impresión. También muy pocos los que nos sentamos un viernes por la noche para hacer toda la basura romántica por la que viven las mujeres. En caso de que te lo preguntes, yo no era uno de esos tipos...obviamente.

—La gente cambia, Jules.

Me mira con una mirada puntiaguda. —Hace un año me dijiste que el matrimonio era para las almas desesperadas que caminan por la tierra.

—Bueno, no he dicho desesperadas—. La señalo a ella. —No pongas palabras en mi boca. Dije que el matrimonio era para los delirantes. Gran diferencia.

—En realidad no, porque sigue demostrando que no crees en el amor o en el matrimonio. Así que dime la verdad. ¿Por qué estás aquí?

—Por amor.

—Theo...

—Estoy aquí por amor, maldita sea.

Ella sacude la cabeza. —Kevin me contó lo de sus apuestas, así que deja de actuar como si estuvieras aquí por cualquier otra razón.

De acuerdo... Ya veo lo que estoy haciendo aquí. Estoy tratando de engañarme. ¿He mencionado que es lista? No sólo un libro inteligente también. Ella está tratando de obtener una reacción de mi parte, una en la que yo digo algo como, “¿Te lo dijo?, carajo”. Pero de lo que no se da cuenta es que estoy tras ella. Hoy no, Julia, hoy no.

—¿Cómo te lo dijo?

—¿Qué quieres decir?—, pregunta ella, un poco nerviosa por mi respuesta, o por la falta de ella. Es lista, pero también es una mala mentirosa.

—Quiero decir, ¿cuándo te habló de esa 'apuesta'?

Uso comillas aéreas. —¿Fue durante el almuerzo de ayer?

Ella asiente con la cabeza, sus ojos se iluminan. —Sí.

—Aha.— Prácticamente salto del sofá como Sherlock Holmes cuando resuelve un caso implacable y aburrido. —Mentira. Ayer no almorcé con ese imbécil. Te atrapé, Jules.

Mueve los ojos y sacude la cabeza. —No tengo tiempo para esto, Theo—. Comienza a llegar a su escritorio, pero estoy sobre ella en dos segundos, tirando de su mano para que tenga que mirarme de frente. Ambos de pie ahora, la miro fijamente y trato de no perderme en sus ojos dulces como mi postre favorito, ojos en los que me he perdido antes.

—Hablo en serio, Jules—. La inmovilizo con mi mirada, tratando de demostrarle lo comprometido que estoy. Y sí, puede que no hable en serio acerca de ir a través de su programa, es sólo una puerta de entrada para llegar a ella, pero estoy decidido a encontrar el amor. Y he elegido a la persona con la que quiero encontrar el amor.

Honestamente, estoy haciendo su trabajo fácil. Pero tal vez deje de lado ese pequeño detalle por ahora. ¿Y por qué no la invito a salir?

Porque, traté de decirle lo que sentía una vez y lo arruiné. Pero esa es una historia para otro día. —¿Realmente quieres tomar mi programa? ¿No vas a ser un imbécil al respecto?

—Nunca sería un idiota contigo.

Contando con sus dedos, dice: —La hora en el jacuzzi de la casa de Kevin. La vez que robaste mi perrito caliente. El día que me estaba secando el pelo...

—Está bien, cálmate—. Me enderezo la chaqueta de mi traje, odiando haber sido ese niño de primaria durante toda nuestra vida conociéndonos, y actuando como el mejor amigo de su hermano mayor, que es exactamente lo que soy. —No estoy aquí para ser un imbécil. Estoy aquí para probar la escena de las citas. No quiero ligar con chicas en el bar. Quiero a alguien inteligente,

sofisticada, bella—. Mis ojos caen en sus labios por un breve segundo antes de volver a ver sus ojos. Ella no debe captar mi flagrante movimiento coqueto, porque no tiene ninguna reacción en su cara. Y para ser honesto, no me sorprende. Julia siempre ha tenido una gran cara de póquer.

—¿De verdad quieres salir con alguien?

Asiento con la cabeza.

—Bien—. Ella da vueltas en sus tacones y va a su escritorio donde toma asiento, su enchapado profesional encubriendo a la chica que solía usar zapatillas de tenis blancas en la fiesta de fraternidad. —Puedo hacerte un espacio el próximo miércoles—. Saco el teléfono del bolsillo de la chaqueta, listo para empezar la ofensiva. —¿Miércoles? ¿A qué hora?

—Una—. Ella hace clic en su computadora.

—Bueno, pero vas a tener que venir a mi oficina—. Su frente se mueve hacia arriba. —¿Disculpa?

Escribo la cita en mi teléfono y la incluyo en la invitación por correo electrónico. Su computadora suena mientras me meto mi teléfono en el bolsillo. —Miércoles a la una, en mi oficina. Me aseguraré de que mi asistente tenga la ensalada de remolacha que te gusta fresca y lista para ti—. Empiezo a alejarme en dirección a la puerta

—Theo, no hago visitas a oficina.

—No puedo esperar a ponerme a trabajar contigo, Julia

—Theo.

Por encima de mi hombro, mientras me separo, guiño el ojo. —Nos vemos el miércoles.

—¡Theo!—, grita una vez más antes de que la puerta se cierre detrás de mí, con una enorme sonrisa en mi cara.

Asiento con la cabeza a Lucy antes de apretar el botón de bajada del ascensor. *Estoy en camino de salir con la hermana de mi mejor amigo.*

Puede que no lo parezca, pero Julia es una mujer que necesita que le faciliten algo lentamente. Lo descubrí hace años. Ella es reflexiva sobre sus decisiones y nunca salta a algo de improviso. No, tiene una lista de pro y contras, mide su razonamiento, y cuando está lista, toma una decisión.

Sabiendo eso de ella, voy a tomarme mi tiempo para hacerla creer que Theo Scott es un hombre de relaciones y luego... oh, diablos... voy a lanzarla por un bucle, a cogerla fuera de balance, me arrojaré como un maldito caballero con armadura brillante y la reclamaré como mía. Sí, porque como Julia, no hago una lista de pros y contras. Mido mis razones y, cuando estoy listo, tomo

mi decisión. Ella es mi decisión, lo ha sido por un tiempo, pero ahora es el momento de hacer magia.

Julia Westin no tienes ni idea de lo que te va a pasar.

CAPÍTULO TRES

THEO

ÚLTIMO AÑO EN LA UNIVERSIDAD DE YALE

—¡Traga! ¡Chug! Chug!—. Bajé las últimas gotas de mi pipa de cerveza y luego la sostuve ante la multitud, mostrándoles mis impecables habilidades para beber. —¡Pon eso en mi maldito currículum!.

Ligeramente mareado, caliente como la mierda, y lleno de orgullo, escucho a la multitud cantar mi nombre mientras salto de la mesa y corro hacia la parte de atrás con mi mejor amigo, Kevin.

—Amigo, estoy borracho.

Él se da la vuelta y me abraza, y yo le devuelvo el abrazo, porque él es mi persona favorita. Sí, así es, es mi maldita persona favorita, y no me avergüenza admitirlo. Los chicos pueden tener sus mejores amigos por siempre y toda esa mierda del BFF. No es sólo una cosa de chicas, solo que a nosotros no nos interesa admitirlo y andarlo gritando.

Desde nuestro primer año de universidad, cuando nos despojaron de todo, sólo dejando las zungas, nuestros penes apenas contenidos en el pequeño trozo de tela y bailando para la hermandad, supe que Kevin iba a ser el tipo que iba a estar a mi lado a través de lo bueno y lo malo. Demonios, cuando a ambos nos sumergieron aquel día, y nos avergonzaron, frente a veinte mujeres hermosas de otra fraternidad, sentí que mi dignidad se había largado junto con mi ropa... Pero supe que este tipo sería mi compañero. Me refiero a un mejor amigo cuando digo compañero.

Todavía aferrándose a mí con fuerza, dice: —Ann Marie acaba de mostrarme sus tetas. Creo que voy a llorar.

Lo aprieto aún más fuerte. —Ah, carajo, felicitaciones, hombre. ¿Era todo lo que pensabas que serían?

—Pequeñas y perfectas, tal como me gustan.

Me alejo y agarro sus hombros, mirándolo fijamente con sus ojos caídos y llenos de cerveza. Los dos llevamos cárdigan sin camisa, el pelo sudado, estamos viviendo nuestro último año en Yale y somos dueños del mundo. — ¿Por qué estás aquí conmigo y no en la casa con Ann Marie?

—Mi hermana—. Dos palabras. Todo lo que tiene que decir.

He tenido muchas conversaciones nocturnas con Kevin, ya sabes, sentado en el porche, con cervezas en la mano, hablando de nuestras prioridades, como el futuro y la familia. Kevin ama a su hermana. Y no sólo la ama fraternalmente de manera obligatoria, sino que realmente adora el suelo por el que camina. Me ha contado historia tras historia sobre su hermana, lo inteligente que es, cómo está destinada a hacer algo especial en este mundo, tiene mucho más potencial que él, pero ni siquiera lo sabe.

Diablos, la primera vez que habló de ella, puede que se me paralizara un poco la imagen que estaba dibujando en mi cabeza. Las mujeres inteligentes me excitan. No hay nada peor que una mujer fingiendo ser estúpida o actuando como tal. ¿Quieres saber cómo hacer que mis pelotas se marchiten? Actúa como una cabeza hueca. Me hace estremecer cada maldita vez. Y aunque vayamos a Yale, te sorprendería la cantidad de mujeres “tontas” que nos hemos encontrado.

—¿Julia va a venir? ¿Aquí? ¿Esta noche?

Él asiente con la cabeza. —Se supone que llegará en cualquier momento. Es su primera fiesta de fraternidad—. Se aplana el pelo. —¿Cómo me veo?

Lo miro de arriba a abajo, me pongo la mano en la barbilla, dándole una evaluación justa. —Voy a ser honesto, amigo. Pareces borracho.

—Noooooo—, se queja. —Nunca me ha visto borracho. Rápido, dame una bofetada y sácame el alcohol.

—Tentador, pero no va a funcionar—. Miro a mi alrededor, buscando una solución, pero en mi borrachera neblina, no puedo reunir una sola idea para ayudar a mi amigo. ¿Lo único que me viene a la mente? ¡Más disparos!

Interrumpiendo mis pensamientos, Kevin me agarra del hombro y me sacude, girando alrededor de la cerveza que acabo de tomar. Guau, la habitación está girando. —Café. Necesito café. ¿No se supone que eso funciona?

—Eh, no lo sé—. Me balanceo de lado a lado. —¿Cuándo se supone que...?

—¿Kevin?— Una pequeña voz llama la atención de ambos hacia la izquierda, donde se encuentra una chica de pelo castaño claro y aspecto tímido, que nos mira con unos ojos de consternación.

Antes de que Kevin se levante y gire, veo brevemente directo a sus ojos hermosos escondidos detrás de unas gafas negras. El cabello ondulado flota sobre sus hombros, no puedo evitar mirar hacia abajo, para ver sus caderas que anuncian un gran trasero todo enmarcado por un par de pantalones cortos

de mezclilla.

Bueno... quizás no sea la mejor opción de ropa para una fiesta de fraternidad, pero sí funciona... ¿A quién estoy engañando? El atuendo es atroz, ¿y esas zapatillas de tenis blancas y calcetines de tubo que lleva puestos?. Calcetines de tubo. Maldición.

Un movimiento atrevido, pero si se va a mantener alejada de mí con su ropa, lo ha conseguido. No creo que haya un tipo aquí que pueda manejar a una chica con calcetines blancos que normalmente pertenecen a un viejo juego en la cancha de racquetball. Pero a pesar de que salió de un episodio de Las Chicas de Oro, no puedo evitar mirarla. Toda su apariencia está funcionando para mí de la mejor manera posible. La mirada de gordita debería asustarme, pero diablos, sólo me hace querer pelarla como una cebolla, capa por capa, nena.

—¡Juuuuliiiiiaaaaaa!— Kevin abraza a su hermana, presionando su barbilla contra la parte superior de su cabeza. Uy, es bajita. A mí también me gusta eso. —Estoy borracho. No me odies.

Ella se ríe, el sonido es dulce en mis oídos. —Sé que bebes, Kevin—. Se aleja de su hermano y se ajusta las gafas.

—¿Desde cuándo?

—Desde el año pasado, Kevin, cuando fuiste a mi dormitorio, borracho como una cuba, pero actuando como si estuvieras mareado por el exceso de ejercicio y la falta de agua. Sin mencionar que tienes 22 años.

—Bueno, la parte de no beber agua era correcta—. Se ríe y luego me señala. —Julia, finalmente creo que estoy listo para presentarte a mi otra mitad, el hombre de mis sueños, la cáscara de mi pistacho, mi mejor amigo de todos los tiempos, Theo Scott—. No podría haberlo dicho mejor.

Extiendo mi mano mientras Julia mira a su hermano, un pellizco en su frente, una pregunta perturbada en su mirada. Sacudiendo la cabeza se vuelve hacia mí, notándome por primera vez desde que llegó. Con mi mano extendida esperando a que ella la tome, observo como no oculta su rápida valoración de mí y luego, con un ligero temblor, toma mi mano en la suya. Ella le da un buen apretón antes de soltarla. —Encantada de conocerte. Cuando mi hermano me habló de ti por primera vez, pensé que eran amantes, y luego me encontré con él y con una chica durante las vacaciones de Navidad en su primer año y me di cuenta de que era solo un apasionado de ti—. Completamente impasible. Era esta chica.

Me meto las manos en los bolsillos, dejo que el viento me dé una patada en

la espalda, mostrando mi impresionante pecho, pero sus ojos no se cortan para mirar. Interesante. —No puedo evitar la clase de pasión que tu hermano tiene por mí. Todo lo que puedo hacer es nutrirla y hacerla más fuerte.

—Es verdad. Ha capturado mi alma—. Dice Kevin y me rodea con su brazo, luego me planta un beso gigante en la mejilla. —Dios, amo a este hombre.

Con los ojos abiertos, Julia mira entre nosotros dos, confundida. Queriendo asegurarme de que todos estamos en la misma página, aparto a Kevin y le digo: —Realmente no somos amantes. Nos gustan las tetas y las vaginas—. Su nariz se aprieta, el asco es claro en su expresión. —Lo siento—. Hago un gesto de dolor. —Quiero decir, pechos y vaginas.

Me mira con sus ojos muy abiertos y hay algo en su reacción que es encantador. No creo que muchas mujeres me hayan puesto los ojos en blanco como Julia... como si yo fuera un completo idiota. Ser presidente de la fraternidad más popular del campus ha hecho que tener sexo sea bastante fácil. Las mujeres prácticamente se me tiran encima porque sólo los grandes vienen de esta fraternidad. Los ricos, los inventores, los famosos. Somos conocidos por producir lo mejor de la cosecha. Si atrapas a un tipo de Alpha Phi Alpha, estás listo para la vida.

Pero Julia no parece tener el mismo tipo de sangre corriendo por sus venas que las otras chicas que he conocido, que andan por la casa de la fraternidad, buscando su próximo pene para conquistar. Ella es diferente, claramente por su giro en la mirada. Lenta y decidida, tocando la parte superior de sus ojos y virando dramáticamente hacia un lado. Me gusta, mucho.

—¿Qué te trae por aquí esta noche?— Pregunto, queriendo dejar atrás mis comentarios, que suponía soltarían una risa.

Se encoge de hombros, sus ligeros hombros apenas sostienen las correas de su vestimenta de mono. Ella mira a su alrededor, buscando en la bulliciosa multitud. —Pensé en ver de qué se trataba todo esto de la fraternidad.

—Me aseguré de que estuviera encerrada en su primer año—, dijo Kevin. —Primero en la escuela y después de un año de estudios, ahora puede asistir a fiestas, pero sólo a las que voy a asistir porque de ninguna manera voy a dejar que un borracho se aproveche de mi hermanita.

¿Aprovecharse de Julia? Me pregunto cómo será desengancharle el overol y quitarle los calcetines. Me tomo un segundo para visualizarlo. La suave elevación de una de sus correas, la huella de la compresión de su calcetín en su piel todavía está presente una vez que se las quito de los pies. Sí, esa

mierda es.

—Amigo—. Kevin me golpea en la nuca. —Deja de mirar los calcetines de mi hermana. ¿Qué es lo que te pasa?— Al menos no le miraba las tetas.

—¿Eh? Oh—. Sonrío y me froto la nuca. —Me gustan. Muy blancas. ¿Usas lejía? ¿O eres una chica OxiClean?

En blanco, me mira fijamente, sin responder, con la mirada fija, casi como si desde atrás de los alumnos, estuviera evaluando todo sobre mí. Y por lo que parece, no está impresionada.

No es que me guste la hermana de Kevin, pero conseguir su aprobación como el mejor amigo, eso es algo que no me importaría. Ya sabes, una palmadita en la espalda que dice: Sé que has mantenido a mi hermano a salvo y vivo.

No hay respuesta a mi pregunta, sólo un pequeño movimiento de cabeza cuando se vuelve hacia Kevin.

—Ava fue por unos tragos. Voy a encontrarla.

—Estás bebiendo agua, ¿verdad?

Asiente con la cabeza. —Sí. Por supuesto—. Ella se pone de puntillas y le da un rápido beso en la mejilla a su hermano. —Nos vemos por ahí...

—Si me necesitas, ya sabes dónde encontrarme.

—En algún lugar actuando como un idiota, estoy seguro—. Ella le da una sonrisa en retirada, no se molesta en despedirse de mí, y luego se va hacia la casa.

Ni siquiera es un “fue un gusto”. Pensé que los Westins tenían mejores modales que eso. Bueno, es una maldita grosera. Lástima que no pueda decir eso, a menos que quiera un puño en mi ojo, ¿y sabes qué? No estoy de humor ahora para eso.

—Así que esa es Julia, ¿eh?

Kevin asiente con la cabeza. —Sí, es mi hermana.

CAPÍTULO CUATRO

JULIA

—No me mientas, Kevin—. Camino a través de las sucias calles de la ciudad de Nueva York en tacones de tres pulgadas, el viento brutal del invierno azotando mi abrigo largo y enfriando mis piernas en paletas de helado. Desprecio el clima frío. Si por mí fuera, mi negocio estaría situado en la punta de Florida, ayudando a todos los solteros de Miami a encontrar el amor. Desafortunadamente para mí, la meca de las citas está en esta ciudad lo que significa que estoy atascada lidiando con el clima invernal.

—No te estoy mintiendo.

No me lo creo ni por un segundo. Conozco a mi hermano, y sé cuándo miente o al menos trata de encubrirlo, y ahora mismo, la forma en que su voz es ligeramente aguda cuando dice la palabra, sé que está ocultando la verdad.

—Si yo estuviera en mi lecho de muerte ahora y te preguntara si Theo viene a mí por puro deseo de encontrar el amor, no por una estúpida apuesta de fútbol de fantasía, ¿qué dirías?

—Uh...— tose. —Oh mierda, mira eso, llego tarde a una reunión. No quiero meterme en problemas. Debería irme..

—Tú eres el dueño de la compañía— le digo con tono severo. El viento golpea una vieja bolsa de papas fritas y la pega contra mi abrigo. Me la quité con la esperanza de que no quedaran residuos de basura.

—Sí... aún así, el tiempo es esencial, y no quiero ser un jefe de mierda. Te quiero, hermanita. Almorcemos pronto.

—Sé que no estás respondiendo a mi pregunta intentando echarme del teléfono ahora mismo.

—¿Qué es eso? No puedo oírte. Debes estar pasando por un túnel.

—Estoy caminando por las calles.

—Bien, gracias, sí. Adiós.— Clic.

Respiré largo y frustrada mientras ponía el teléfono en mi bolso y me acurrucaba, llegando a la última cuadra hasta el edificio de oficinas de Theo.

No hay duda en mi mente que la única razón por la que Theo está pasando por mi programa es porque perdió la estúpida apuesta de fútbol de fantasía. No hay otra explicación. Lo conozco desde hace mucho tiempo y no hay

manera de que le interese mi programa. Ni en lo más mínimo. Lo que significa que voy a hacer de la vida de Theo Scott un infierno.

Una vez dentro del edificio, me tomo un segundo para recuperar el aliento y descongelar todo mi cuerpo. Me he dado tiempo antes de nuestra cita, así que me pongo a un lado de las puertas del vestíbulo y me quito los guantes, me ajusto unas cuantas horquillas en mi bollo de estilo elegante, y me acaricio las mejillas congeladas, ofreciéndoles un poco de vida.

El opulento vestíbulo está repleto de gente en movimiento entrando y saliendo del edificio con trabajo en sus mentes. Tacones altos chocan contra los pisos de mármol, ascensores ostentosos que hacen sonar lo que parece cada pocos segundos, moviendo las masas dentro de los 110 pisos del edificio.

Si no estás acostumbrado a hacer negocios en Nueva York, esto podría ser intimidante, pero para mí, simplemente es lo cotidiano, nada de qué preocuparse. Al menos así es como se siente ahora. Cuando me mudé a la ciudad por primera vez, yo era esa chica que estaba en los vestíbulos, tomando la grandeza de todos ellos mientras la gente chocaba y el poder pasaba a mi lado en una misión.

Me dirijo al ascensor con al menos media docena de personas y presiono el último piso, lista para el largo viaje.

La gente entra y sale del ascensor, yendo y viniendo hasta que llego al piso de destino. Aferrada a la correa de mi bolso, se abren las puertas de cristal de Scott Realty y me dirijo hacia la parte de atrás donde se encuentra la oficina de Theo. Su obediente asistente se sienta con una libreta tomando notas mientras habla rápidamente con alguien por teléfono.

Espero pacientemente, pero en el momento en que con Nora, nos hemos visto unas cuantas veces antes, me avista, pone su llamada en espera. —Srta. Westin, me alegro de verla—. Sus ojos viajan sobre mí. —El Sr. Scott la está esperando y me dijo que la dejara entrar cuando llegara.

—Gracias, Nora.

Me muevo más allá de los ojos errantes de Nora hacia la oficina de Theo donde empujo a través de la puerta de vidrio esmerilado sin llamar. Espero encontrarme con él haciendo algo embarazoso, pero estoy tristemente decepcionada cuando lo encuentro sentado en su escritorio, con una mano en su cabello arenoso, tirando de las hebras cortas mientras mira intensamente a la pantalla de su computadora.

Cuando oye el silbido de su puerta, sus ojos miran en mi dirección con esa

estúpida sonrisa perezosa en su boca. Es tan arrogante y seguro de sí mismo. Siempre lo ha sido. Nunca ha cambiado su personalidad desde que lo conocí. Puede que haya madurado un poco, cambiando una pipa de cerveza por un vaso, pero sigue siendo el mismo hombre soberbio.

Sus manos fuertes agarran el borde de la mesa, la prolija tela blanca de su camisa de vestir tirando de la circunferencia de sus bíceps mientras se levanta y se pone de pie. Pantalones azul marino aferrados a sus muslos.

Estoy muy lejos de los monos y los cuellos de tortuga. En la universidad, no me importaba cuando se trataba de moda. Quería mi doctorado, y lo deseaba a un ritmo acelerado. Eso era todo lo que me importaba. No fue hasta que lo conseguí, que mi programa de citas se desarrolló, y mi negocio necesitaba una cara para la comercialización que me di cuenta de que necesitaba un cambio de imagen.

Afortunadamente, mi amiga Ava conoce a todo el mundo, organizó una consulta de todo el día para pulirme, refinarme y convertirme en la cara de una importante empresa de búsqueda de pareja.

—Hola Jules—. Theo se me acerca, me pone una mano en la cintura y se inclina hacia adelante, su perfume se apodera de cada pensamiento mientras me da un suave beso en la mejilla. Antes de que pueda decir algo, o incluso recuperar el aliento, se aleja. —Gracias por encontrarte conmigo aquí. He tenido reunión tras reunión todo el día, así que no tener que ir a tu oficina fue de gran ayuda.

Voy a sacar esto a la luz para que no haya malentendidos. De ninguna manera prendería una vela por Theo Scott. Ni siquiera cerca. Pero es extremadamente atractivo. Él es el hombre que no crees que existe hasta que lo conoces en la vida real y prácticamente te tragas la lengua en el momento en que hacen contacto visual. Sus ojos, casi de color turquesa. Su piel, bronceada aun en el invierno por alguna razón inesperada, y su cabello siempre perfectamente peinado con ese aspecto desordenado que toma veinte minutos para lograrlo, pero que parece que toma cinco. Su cuerpo cincelado como un dios griego y su sonrisa, una combinación letal de dientes perfectos y sex appeal. Es la personificación del atractivo masculino y lo sabe. Y mentiría si dijera que me resulta fácil estar cerca de él. Él es... demasiado. Demasiado perfecto para verlo de todos modos.

Se dirige al sofá de terciopelo azul empujado contra la pared de su oficina. —Pásame tu abrigo y siéntate, ponte cómoda.

Es tan suave, casual, como si este no fuera el encuentro más incómodo que

hayamos tenido. Sé que está mintiendo sobre por qué está pidiendo mis servicios. Si él quiere ser puesto a través del timbre de mi programa, eso está bien por mí, pero es un poco aterrador con lo cómodo que se ve ahora mismo.

Le entrego mi abrigo y me siento en el elegante sofá. Esta tela, Dios, debe haber costado una fortuna porque es increíblemente suave, como una combinación de terciopelo triturado y mantequilla derretida. Por un breve, y me refiero a un breve segundo, pienso en lo que se sentiría al estar tumbada desnuda, mi piel sobre la tela, con la espalda pegada a la longitud del sofá...

Pero como dije, ese es un pensamiento fugaz, especialmente desde que Theo está parado a unos metros de distancia, con la mano en uno de sus bolsillos, sonriendo como un tonto.

Se frota las palmas de las manos. —Estoy emocionado por empezar.

—Hmm,— murmuro, inclinándome hacia mi bolso y sacando un montón de contratos. Los pongo en la mesa de café color nuez frente a mí. —Tienes algunos contratos que firmar antes, así que deberías empezar.

Mira la pila. —¿Contratos?

Crucé una pierna sobre la otra y traté de parecer lo más sofisticada posible, aunque mi nerd interior quiere esconder mi cuerpo en la esquina bajo la mirada increíblemente intensa de este hombre.

Cuando trato con hombres como él; poderosos, glamorosos y millonarios, me doy cuenta muy rápidamente de que tienes que demostrar confianza incluso si no la sientes en lo profundo de tus huesos. Si la muestras, te tomarán más en serio. Rehuir ya no es una opción.

—Es el requisito que tengo con todos mis clientes. Es para que sepan que se tomarán el programa en serio y no lo usarán con falsas pretensiones—. Enfatizo las palabras y espero su reacción, pero nada. Debería haber sabido que Theo sabe cómo mantener una expresión inescrutable y aprendida en los negocios. —Hay un compromiso de tres meses con el programa, pruebas que deben llevarse a cabo, y la confirmación de que podemos utilizar los resultados de esas pruebas y la información personal para ayudar a encontrar una coincidencia.

—¿Cuán intensas son las pruebas de las que estamos hablando?— Se sienta y me levanta una ceja, tirando de los contratos hasta su regazo, donde se arrastra a través de ellos.

—Es como una semana de pruebas.

Se le levanta la cabeza. —¿Una semana? ¿Hablas en serio?

Lentamente asiento con la cabeza, una pequeña sonrisa curva mis labios.

Poco sabe él cuán intensivo en mano de obra es realmente este programa. Mi hermano y sus amigos eligieron el programa de citas equivocado para perder una apuesta y adivina qué, voy a hacer responsable a Theo.

—No olvides leer sobre las tarifas de mis servicios.

—El dinero no me importa—, dice sin más, leyendo la letra pequeña.

Sé que el dinero no le importa a él, prácticamente le está saliendo de las orejas mientras estoy sentada aquí, pero quiero que esté al tanto de todos los cargos.

—Sólo ten en cuenta que se aplican cargos por el tratamiento de duplicidad del programa. No pierdo mi tiempo, y si tu lo pierdes, pagas la multa.

Escanea los papeles y sé cuándo la ve, porque la comisura de su boca se tira hacia arriba. Levanta la cabeza lo suficiente para que pueda ver sus ojos traviosos. —Obtienes tus despiadadas habilidades de negocios de tu hermano, ¿no?

Me miro las uñas, echando un vistazo al esmalte que necesita ser retocado pronto. —Podría haberle pedido que me ayudara con los contratos.

—Inteligente. Pero no tienes que preocuparte por los honorarios cuando se trata de mí—. Levanta la cabeza completamente y su lenguaje corporal se relaja hacia mí en el sofá. —Estoy en esto a largo plazo, Julia.

A veces me llama Julia y otras Jules. Pero por alguna razón, odio cuando me dice Julia. Suena tan formal al caerse de su lengua. Él es el único que me llama Jules, y el único que permito que me llame así, porque cuando usa mi nombre completo, casi se siente como si fuéramos extraños. No debería importarme Theo Scott, pero ¿qué puedo decir? Recibir el calor de él es un acontecimiento raro y bienvenido en mi vida ordenada y estructurada de otra manera. Jules es la refrescante desviación de ser la Srta. Julia Westin. Jules significa que sigo siendo una mujer de carne y hueso a la que alguien ve como una especie de amiga. No es que él lo sepa, porque es Theo, y sólo se le subirá a su estúpidamente guapa cabeza.

—Bien, bien—, respondo, sintiéndome nerviosa de repente. Me toco la garganta. —¿Puedo tomar agua?

—Oh mierda, sí, estoy siendo un pésimo anfitrión—. Una cosa que encuentro extrañamente encantadora de Theo, que puede ser difícil de ver para alguien más, es que a pesar de que él piensa que es refinado y pulido, deja que su verdadero yo se muestre a mi alrededor, cálido, simple, el chico arrogante de la fraternidad que conocí hace muchos años. —Agua y ensaladas. Enseguida lo traigo.

Saca el teléfono del bolsillo y dispara un texto rápido, se siente como si en segundos, Nora estuviera en la puerta, tocando y trayendo el almuerzo. Lo pone en la mesa de café y pregunta:—¿Desea algo más, Sr. Scott?

—Creo que estamos bien, Nora. Toma tu almuerzo y ponlo en mi tarjeta. Nos vemos en una hora—. La cara de su asistente se ilumina. —Gracias, Sr. Scott.

La pesada puerta se cierra detrás, dejándome sola con Theo otra vez. Completamente solo.

—¿Podemos hacer una pequeña pausa para comer antes de sumergirnos más en estos contratos?— Theo le da una palmadita en el estómago, lo que sé que es duro como una roca. —Me muero de hambre. Mi batido de proteínas no hizo nada por mí esta mañana. ¿Sabes lo que realmente quería? Algunos tacos para el desayuno.

Asiento con la cabeza y abro el recipiente de la ensalada. Vaya. Muchas remolachas. Él me conoce bien. —¿Qué tiene una ensalada de remolacha que te pone los pezones duros, Jules?

Molesta, inclino mi cabeza a un lado y me pongo a su altura. —Vas a tener que aprender a no hablar como un idiota bebedor de cerveza si te unes a este programa.

—¿Qué? ¿Porque dije pezones?— Sacude la cabeza. —Sólo lo dije para que me hables. Ya sabes, mantener una conversación.

—Sé lo que es una conversación, Theo— Vierto el aderezo con cuidado sobre la ensalada y paso el tenedor por unas hojas de lechuga. —Sólo elijo cuándo quiero tener una conversación y cuándo no.

—¿Y no quieres tener una conversación conmigo ahora?

—No realmente—, respondo, siendo completamente honesta. Estoy enfadada. Él no necesita mi programa para encontrar a alguien, y odio sentirme como si fuera parte de una broma inmadura. Ambos lo han negado, mi hermano y él, pero ¿Es en serio? Tengo trabajo esperándome en mi oficina, y no vine a esta cita para ser alimentada y regada. No quiero entablar una conversación ahora. Esto no es una visita social. Sin embargo, incluso cuando soy honesta, todavía resulta en esa sonrisa olvidada de Dios, lo que la empeora.

—¿Y por qué no?

Le doy un mordisco a mi ensalada y traigo el recipiente a mi regazo. Miro por la ventana y mastico, ignorándolo por completo.

—Muy bien, me vas a hacer adivinar. Eso está muy bien. Soy bueno para los juegos de adivinanzas. Hmm, veamos—. Le da un mordisco a su ensalada de

gorgonzola y masticar. —No me hablas porque te hice venir a mi oficina.

No le respondo, pero me molesta estar aquí y tener que caminar a través de las condiciones invernales para llegar hasta este lugar.

—Bueno, si es eso... No pensé que lo fuera. Mucho menos desde que vi la forma en que tus dedos tuvieron un orgasmo cuando tocaron mi sofá—. Dios, es tan molesto. —¿Es porque olvidé ofrecerte un trago? Fue un error, no volverá a pasar.

No lo reconozco. O quizás si, siempre he sabido lo estúpido que es.

—Hmm, el agua no—. Se chasquea el dedo. —Oh, lo sé, es porque me encuentras abrumadoramente sexy y temes decir algo estúpido si tenemos una conversación.

Pongo los ojos en blanco, con fuerza. Aunque eso es parcialmente cierto. —Supéralo, eso ni en broma.

—Aha. Sabía que eso te haría hablar.

Yo lo odio. Si tan sólo pudiera... Vuelvo a mi ensalada, masticando y manteniendo mis ojos entrenados en todo menos en él.

—Vamos, Jules—. Su voz se suaviza. —Háblame de tu nuevo apartamento.

Lo juro, la información que viaja entre Theo y Kevin es absurda. Hablan más que las chicas adolescentes.

Aunque no quiero hablar con él ahora mismo, me rindo porque se que él no lo hará. Es de esas personas, que lentamente te torturará hasta que finalmente ya no te queden fuerzas.

—No quiero hablar de mi apartamento.

—Oh mierda, ¿tiene cucarachas?

—No—, le respondo, a punto de perder la cabeza. —No, mi apartamento está recién renovado, con vista al Central Park no tiene cucarachas.

—Tenías que decir lo de la ubicación en Central Park, ¿eh?— Guiña el ojo y le da un gran bocado a su ensalada. Me paso la lengua por encima de los dientes, contando hasta diez. —¿Sabes de qué podemos hablar, Theo?— Sus ojos se iluminan, como si fuera a contarle un secreto profundo y oscuro. —¿Qué?

Lo miro fijamente, sin parpadear cuando digo: —Hablemos de por qué me mentiste.

—¿Te mentí?—, pregunta con tanta indiferencia. —Cuéntame más sobre eso.

Tengo un impulso increíblemente fuerte de estrangularlo en este mismo instante.

—Justo antes de llegar aquí, hablé por teléfono con Kevin, quien me dijo que tenía razón. Toda esta necesidad de encontrar el amor es una apuesta. Así que deja de actuar.

Con los labios inclinados, dice: —No tengo ni idea de lo que estás hablando.

—Theo, o me dices la verdad, o le envío a Nora la foto de ti durmiendo en un montón de productos femeninos, uno colgando de tu nariz, de cuando estabas en la universidad, y le pido que lo extienda a toda tu compañía, incluyendo a los inversores.

—¿Todavía tienes esa foto?— Este es Theo Scott. Por supuesto que tengo esa foto. Para un momento como este. Casi cacareo. Pero, esa no soy yo.

—Marcado, bajo mi carpeta de chantaje.

Lentamente sacude la cabeza. —Eres despiadada—. Me pongo los brazos sobre el pecho y espero. Emite un suspiro largo y pesado y finalmente dice: —Bueno, está bien, fue una apuesta que perdí. Pero...— agrega rápidamente antes de que pueda interrumpir —Nunca habría dicho que sí a la apuesta si no fuera algo que me tomara en serio si perdiera.

—¿Qué quieres decir?— Le pregunto, con escepticismo.

—Significa que aunque perdí la apuesta, quiero hacer esto—. Y aunque bromea el noventa y nueve por ciento de las veces, ahora sé que está diciendo la verdad. Es la forma en que sus cejas bajan y caen suavemente sobre sus ojos. Maldita sea.

—¿Por qué ahora, por qué mi programa?

Pone su almuerzo a medio comer sobre la mesa y se recuesta en el sofá, con la mirada hacia adelante mientras habla. —Hace unos meses, estaba en High Nine con Roark, bebiendo, pasando un buen rato con unas chicas que conocimos en el bar. Era una típica noche de viernes para mí, pero esa noche vi algo que me apretó el estómago.

Odiando el interés que tengo en su historia, le pregunto: —¿Qué era?

—Era una pareja sentada unos espacios mas allá. Una pareja casada. Estaban en una cita. No podía dejar de mirarlos por la forma en que se reían y se burlaban uno del otro. La forma en que se escabullían, o se tocaban, sólo se besaban, con delicadeza, con afecto sincero. Me di cuenta en ese momento, quería lo que ellos tenían. Quiero a alguien con quien pueda salir y saber que vendrá a casa conmigo. Quiero a alguien con quien pueda bromear, alguien que me quiera por quien soy y no por el tipo de traje que uso. Diablos, quiero a alguien a quien pueda enviar mensajes de texto por la noche que no sea tu

hermano—. Eso me hace resoplar. Me mira con sus ojos conmovedores, y están llenos de tanta profundidad. Cualquiera mujer se perdería en ellos si los miraran durante demasiado tiempo. Por eso evito los largos momentos de mirarlo. —Quiero encontrar una compañera en la vida, y cuando hicimos esta apuesta, sabía que si alguien podía ayudarme a encontrarla, esa serías tú—. Y justo cuando estaba tratando de odiarlo, dice algo así. Maldito sea. Di un largo suspiro. —Eres molesto, ¿lo sabías?

—¿Por qué?— Me empuja el hombro juguetonamente. —¿Porque me hiciste sentir algo más que disgusto por ti?

—Exactamente—. Se ríe a carcajadas. —Prepárate, Jules, después de todo lo dicho y hecho, te voy a gustar mucho más de lo que esperas.

—Sí, eso ya lo veremos, Romeo.

CAPÍTULO CINCO

THEO

Miro fijamente la Biblia frente a mí, espesa, esperando.

La fría botella de cerveza en mi mano va directamente a mi boca. Otro trago. Y otro. Uno más para la buena suerte, y uno más para el coraje. Cristo.

Abro la primera página y me estremezco por dentro, odiando todo lo que tiene que ver con mi viernes por la noche. Kevin y Roark están en nuestro bar favorito ahora, High Nine, pasando el mejor momento de sus vidas mientras yo estoy sentado aquí, con una cerveza baja en calorías en la mano. Mi ama de llaves piensa que es divertido comprar esta meada de agua, y el cuestionario de Julia delante de mí, también conocido como la Biblia, porque es muy grueso. Estamos hablando de trescientas preguntas. Sí. Trescientas malditas preguntas. ¿Por qué diablos no se podía hacer esto electrónicamente? Tengo que llenar una hoja de burbujas con un maldito NO.

Dos lápices. ¿Adivina quién no tenía lápices en el ático? Este tipo.

Tuve que hacer un viaje especial al CVS a la vuelta de la esquina para comprar esos útiles. A la mierda si no puedo entrar en CVS y terminar recibiendo al menos otras cinco cosas que no necesito. Lápices, Red Bull, Chips Ahoy, Chocolate Chip Cookies. Un mazo de cartas de baloncesto de los Knicks. Una vela de eucalipto y menta. Y una revista Casa y Jardín, porque aunque Rosemary me compra una cerveza de mierda, me gusta mantenerla feliz dejándole pequeños regalos como las revistas que le gustan. El ama de llaves es la dueña de todos los secretos de los hombres ricos. Mantenla contenta y tus secretos estarán a salvo.

Mis secretos, incluyendo cuando me pilló bailando en calzoncillos la música de Taylor Swift una vez, golpeando el aire y sacando mi corazón. Es un momento del que no hablamos, pero sé que está encerrada en su caja de herramientas, lista para usar en un día lluvioso.

Velas encendidas para esa mujer que huele a galletas de ensueño en un plato delicado. En todo caso, tengo que llenar la prueba, con un lápiz en mano y me sumerjo en lo que debo hacer.

Pregunta número uno: Un gorila te roba el almuerzo, pero no te pega en el proceso. En vez de eso, se te escabulle a hurtadillas sin que te des cuenta.

¿Qué haces?

Parpadeo un par de veces. ¿Qué? ¿Un gorila? Eso no puede ser cierto. Tomo un sorbo de mi cerveza, la pongo en el suelo, a la vista mientras me recuesto en mi sofá. Dando a la pregunta una lectura más.

Hmm... Si, me está preguntando sobre un gorila que me roba el almuerzo. Tal vez las respuestas no sean raras.

Respuesta A: Mover las manos en el aire y gritar.

Respuesta B: Cruzar los brazos, sentarse en el suelo y a hacer pucheros.

Respuesta C: Pisar el pie tres veces y gritar, no.

Respuesta D: Arrodillarse, dejar que se caigan los hombros y llorar.

¿Me está tomando el pelo?. Leí de nuevo, tratando de encontrar una que no me haga parecer un bebé llorón, pero realmente no hay una buena opción. Esto tiene que ser una broma. No hay forma de que me haya hecho la prueba correcta. ¿Es esta su forma de vengarse de mí por lo de la apuesta?. No voy a responder a trescientas de estas preguntas si todas son así.

Dejando el lápiz en el suelo, saco el teléfono del bolsillo y marco el número de Julia. Suena tres veces antes de que conteste.

—¿Hola?

—Hola, Jules—. Pongo los pies en la mesa de café y me acomodo. —
¿Cómo va tu viernes por la noche?

—Ocupado.

—¿Sí? ¿Qué estás haciendo? Espera, déjame adivinar—. Me golpeo la barbilla. —Viendo repeticiones de Sex and the City mientras tomas una pinta de helado de arce y nuez.

—No, no en eso...

—Hmm, bueno. Estaba seguro de que esa sería la respuesta.

—Theo...

—Oh, ¿tienes una de esas mascarillas faciales en la cara? ¿Te estás exfoliando, Jules? ¿Quizás tomas un baño de burbujas con una de esas bombas de baño que Kevin meticulosamente escogió para ti como regalo de Navidad? Sabes que lo ayudé, ¿verdad? para que yo también pueda tomar el crédito por tu piel lisa.

—No me voy a bañar. Pero...

—Maldita sea, está bien. Realmente creo que esta vez lo tengo. Por el tono sin aliento de tu voz, voy a adivinar que estás a segundos de resolver un

crucigrama en el que has estado trabajando durante la última hora. Silencio. Bingo—. Eché la cabeza hacia atrás y me reí, la alegría retumbaba a través de mi pecho. —Tengo razón, ¿no?

Suspira pesadamente. —¿Qué quieres, Theo?—. Todavía riendo, le digo: —Mierda, ¿te he interrumpido la concentración? Sé cómo eres con tus crucigramas, Jules—. Lo hago. Porque el cerebro demasiado inteligente de Julia Westin rara vez descansa. Es una de las cosas que más adoro de ella. No se avergüenza de su intelecto. Tampoco debería hacerlo.

—¿Podemos seguir con esta conversación para que pueda volver a lo que estaba haciendo?

—¿Cuántas respuestas te quedan por descubrir?—. Prácticamente puedo sentir su frustración filtrándose a través del teléfono por su intenso resoplido. Después de unos segundos, finalmente dice: —Cinco.

—Cinco, maldición, estás tan cerca. Debes estar en el borde de tu asiento. ¿Tienes una galleta de celebración esperándote?

—Puedes decirme lo que quieres, Theo, o voy a colgar—. Noto que no hay humor para jugar.

—No cuelgues. Necesito hablar contigo.

—Estoy escuchando.

Recojo la prueba de nuevo y la estudio. —Estas preguntas, ¿son reales? ¿O es una mierda falsa que me diste para que la rellenara como una broma?

—¿De qué estás hablando?

—Jules—, dije, —La primera pregunta es sobre un gorila que me roba el almuerzo.

—¿Y...?

—¿Y cómo demonios se supone que voy a responder a esto con una cara seria? ¿O responderla, simplemente? Las respuestas que tengo que elegir son todas una estupidez.

—¿Qué quieres decir?

¿Está drogada ahora mismo? Actúa como si estas preguntas fueran completamente normales y válidas. Otros clientes tuvieron que cuestionar esto. No puedo ser el único.

—Quiero decir que no hay manera de que haga ninguna de estas opciones si un gorila me roba el almuerzo. ¿Dónde está la respuesta E? Persigue a un gorila como un malvado y le quita el almuerzo al bastardo astuto.

—No hay opción E.

—A eso me refiero. No puedes formar un perfil de citas a partir de

preguntas como ésta.

—¿Me estás diciendo cómo dirigir mi programa de citas, Theo?— Su voz es severa, y sé que en este momento estas preguntas son reales, que ella no me está molestando.

—No—, respondo rápidamente. —Ayúdame a entender que un gorila que me roba el almuerzo tiene que ver con quién quiero salir.

—No necesito que lo entiendas. Necesito que respondas a las preguntas. Si eso es algo que no puedes hacer, házmelo saber ahora para que no perdamos el tiempo en este proceso.

¿Alguna vez mencioné que es despiadada?

—¿Alguien te ha dicho alguna vez que quizás tengas trabajar en tu trato con los pacientes?

—Voy a colgar, Theo.

—Espera—, digo yo antes de que pueda terminar la llamada.

—¿Qué?

Me muerdo el labio, reteniendo mi sonrisa. —Si un gorila te robara el almuerzo, ¿qué harías?

—Adiós, Theo.

Clic. Me río y tiro mi teléfono sobre el cojín del sofá y me acerco a la mesa de café para coger mi hoja de burbujas y mi lápiz. Es hora de trabajar.

¿Eres un aficionado a la historia? Elige a tu presidente favorito de los Estados Unidos. John Hiney. Yolanda Mostaza. Senior Weiner. Vara de Oro Soleada.

¿Julia se saltó la clase de historia? Porque estoy seguro de que ninguno de esos nombres eran presidentes a menos que fueran apodos dados por sus padres.

Le envió a Julia un mensaje rápido.

Theo: Jules, me preocupa que no sepas nada de Historia de los Estados Unidos.

Ella me responde los mensajes de texto.

Julia: Sólo responde las malditas preguntas.

Theo: ¿Cómo? Ninguna de estas personas eran presidentes.

Julia: ¿No es ese el punto?

Theo: Uy. No tengo ni idea de cuál es el objetivo de este examen.

Julia: Entonces no me conoces en absoluto.

Theo: Deja de joderme, Jules. ¿Qué demonios son estas preguntas?

Julia: Son preguntas de personalidad. Cada respuesta tiene su razón de ser.

Theo: ¿Cuál es el razonamiento?

Julia: Eso es para que yo lo sepa y para que tú no te preocupes. Sólo elige la mejor respuesta en tu mente.

Theo: Esto es un engaño.

Julia: Este es mi programa de citas. Firmaste los contratos y te encargaste de ello.

Como dije... despiadada. ¿De qué color es el naranja?: Quemado. Oxidado. Zanahoria. Dientes Pequeños.

¿Dientes Pequeños? ¿Qué carajo es esto? Oh, ¿oxidado?

La pasión vive en tu alma, el odio vive en _____. Tu hígado. Tu vejiga. Tus falanges. Tu rótula.

Si esto fuera una pregunta del SAT, estaría en mi infierno ahora. Me paso la mano por la cara.

Falanges es una palabra graciosa, pero tiene que ser vejiga porque mucha gente mea por allí.

Ja, toma eso, Julia.

¿Cuál de estos NO es un plato italiano? Un Big Mac. Sopa Wanton. Patata. Falafel.

Cristo. Todas estas son las alternativas. ¿Está intentando frustrar a sus clientes? Porque déjame empezar un aplauso lento. Está funcionando, carajo. Si tengo que elegir, un Big Mac. Es la única respuesta de un restaurante.

Describe el deporte de béisbol en dos palabras: Tiger Stripes. Aliento de Dragón. Mountain Peak. Tercer pezón.

Dejo caer la prueba a mi regazo, suelto un suspiro largo y pesado, luego la recojo de nuevo, comprobando las respuestas. *Esto es tan ridículo.*

El béisbol limpio es descrito como el tercer pezón por cada estadounidense de sangre roja que sangra estrellas y rayas.

¿Considerarías alguna vez tener sexo en la primera cita?

De acuerdo. Me froto las manos mentalmente, ésta es una pregunta que sé cómo responder. Comprobé las opciones, buscando la que significa SÍ.

Y, he terminado. Pongo la prueba en la mesa de café y voy a mi nevera por otra cerveza. Hora de emborracharse.

Escucho golpecillos en la puerta. —¡Un segundo!—. Me muevo hacia la manija y abro. Son mis amigos. Los tragos están en el mostrador. —Ey, ya había comenzado, llevo cuatro—

—¿Cuatro? Puedo superar eso—, dice Roark, entrando en el apartamento y yendo directamente al bar donde empieza con los tiros. El irlandés está haciendo honor a su herencia, como le gusta decir.

Kevin entra con dos paquetes de seis en la mano y una bolsa colgando de sus dedos. —Cerveza y Doritos, estamos listos.

—Tengo tres costillas de wagyu con mantequilla de trufa en camino desde la cocina. Debería estar aquí....

—Sr. Scott, sus cenas— Un servidor camina hacia la puerta abierta con un traje de tres piezas y un carrito delante de él. —¿Quiere que se lo lleve al lugar habitual?

—Eso sería genial. Gracias, hombre—. Le di una palmadita en el hombro, sin recordar su nombre a pesar de que me ha traído muchas comidas antes. —Steve, ¿verdad?

—Eric—. Sonríe educadamente.

Me doy una palmada en la rodilla en la decepción. —Maldita sea, tan cerca estuve— Agarro mi billetera de la mesa auxiliar, saco un billete de cien dólares y se lo doy a Steve, es decir, a Eric, cuando sale por la puerta después de dejar nuestra comida. —Eres un buen hombre, Eric—. Le doy otra palmadita en el hombro y cuando empiezo a cerrar la puerta, le digo: —Toma decisiones inteligentes.

Cuando por fin tengo la puerta cerrada, me vuelvo hacia mis amigos que ya están abriendo cervezas y sentados en la mesa del comedor, hay filetes frente a ellos, Doritos de tres sabores diferentes: Nacho Cheese, Cool Ranch y Poppin Jalapeno, en platos gigantescos que ya se están consumiendo.

Antes de sentarme, tomo otra cerveza, unas servilletas de tela y la prueba, la razón principal por la que nos reunimos esta noche.

—Caballeros, gracias por venir a rescatarme esta noche.

Chocamos cervezas como dice Roark.

—Sabíamos que era malo cuando dijiste que trajéramos la trífecta—, o sea, los tres sabores de Doritos. Traté de comer una de cada sabor al mismo tiempo, hablo de una fiesta en la boca. En la universidad, sobrevivíamos a base de Doritos y aún lo hacemos. Los viejos hábitos nunca mueren.

Nos metemos en nuestros filetes, rebanando la carne como mantequilla derretida. —Es malo—. Me dirijo a Kevin y le pregunto muy seriamente: —

¿Qué le pasa a tu hermana?

Su frente se arruga, sus defensas se elevan. —¿De qué demonios estás hablando?

Me meto un pedazo de carne en la boca y luego pongo la prueba junto a él. —Lee la pregunta número treinta y seis al grupo, por favor.

Mirándome un segundo, sacude la cabeza molesto y recoge la prueba. —¿Qué tan bien conoces las matemáticas? Por favor, soluciona el siguiente problema: ¿Cuánto es dos más cinco?

Kevin me mira. —Amigo, son siete. ¿Cuál es el problema?

Con mi tenedor, señalo las respuestas para elegir que continúan abajo. —Lee las respuestas.

Kevin vuelve al examen y se aclara la garganta. —Respuesta A...— Se detiene y acerca la prueba para examinarla más a fondo.

—Estudia las palabras todo lo que quieras, amigo, las respuestas no van a cambiar—. Dije.

—¿No hay siete ahí?— pregunta Roark, inclinándose e intentando mirar el papel.

—No, no lo hay—. Kevin baja el tenedor y se frota la nuca.

—¿Es un error tipográfico? ¿Cuáles son las respuestas para elegir?

Perplejo y confundido, Kevin me mira y me hace reír a carcajadas. —Las respuestas son: Oprah Winfrey, Adolf Hitler, Lady Gaga y Peter Pan.

El silencio cae sobre nosotros mientras Roark hace una pausa en medio de la masticación, su cabeza se inclina hacia un lado automáticamente. —¿Qué carajo? ¿Hablas en serio?

Para confirmarlo, Kevin gira la prueba hacia Roark, quien se la arrebató de las manos y comienza a examinarla. Finalmente, lo suelta —Amigo, tu hermana está loca. ¿Cómo se supone que nuestro muchacho va a responder a estas preguntas? Como: Beyonce comenzó su carrera originalmente con Destiny's Child. ¿Dónde comenzó Michael Jordan su carrera? ¿Un campo de flores, comiendo mantequilla de cacahuete, acariciando cachorros o haciendo huevos endiablados?—. Roark pone el documento en el suelo y se mete en su filete. —Eso es una mierda.

—¿Ves?—, prácticamente me quejé. —Gracias, chupitos. — Le dije a Roark —¿Qué demonios se supone que debo hacer? Hay una pregunta en la que he sentido que he usado algún tipo de lógica. Una, el resto lo he estado adivinando, y a este paso, Julia me pondrá en contacto con alguien del sur que colecciona muñecos de vudú que está buscando su próxima víctima.

—No creo que tenga a nadie así en su programa ya que toda la filosofía de citas es ayudar a emparejar a chicas como ella: inteligentes, fuertes y seguras.

—Las atizadoras vudúes pueden ser todas esas cosas—, dice Roark. —Nunca se sabe hasta que cavas en el armario de los esqueletos que esconden.

Cristo. Me frote la cabeza con la palma de la mano y siento un dolor de cabeza que se empieza a formar detrás de los ojos. Sé que no planeo tomarme en serio ninguna de estas citas que Julia me programará, pero tampoco quiero quedar atrapado por un agarrador o alguien que me arranque un mechón de pelo de la cabeza y lo use en mi contra en el futuro.

—¿Qué debo hacer? No tengo ni idea de cómo responder a estas preguntas.

Roark y Kevin intercambian miradas, ambos asintiendo al mismo tiempo antes de volverse hacia mí, su silenciosa conversación molesta. —Rellena las burbujas al azar—, dice Kevin. —Tienes trescientas de estas preguntas, ¿verdad?

Lentamente asiento con la cabeza. —¿Sólo llenar la hoja? , porque esto es únicamente el comienzo.

—¿Qué quieres decir?— Kevin se mete un chip en la boca. Crunch. Crunch. El sonido resuena a través de mi apartamento mientras los pelos de la parte posterior de mi cuello se mantienen firmes. —¿No explicó cómo funciona esto?

—Sólo que habrá pruebas durante una semana.

—¿No son estas las únicas trescientas preguntas, entonces?. — Kevin se ríe y sacude la cabeza.

—No, hombre. Esto es sólo una de las tareas por las que tengo que pasar. Habrá material de lectura y entrevistas. Esto es el principio.

—Hay toda una ciencia en lo que Julia está elaborando al hacer algunas preguntas...

—Trescientas preguntas no son algunas preguntas.

—De cualquier manera, estás en el principio. Tienes una maratón por delante, hombre—. Me da palmaditas en la espalda.

—Estoy tan contento de no ser yo el que perdió— Me dice muy aliviado Roark y Kevin suelta una carajada mientras come algo de Doritos.

Me recuesto en mi silla, ligeramente derrotado. Diablos, ¿en qué me metí? ¿Y cómo demonios Julia va a evaluar esta mierda?

CAPÍTULO SEIS

JULIA

SEGUNDO AÑO, UNIVERSIDAD DE YALE.

—¿Dónde has estado?— pregunta Ava, haciéndome un hueco en la mesa que ella usa en la biblioteca.

—Ugh— gemí, sentada y tirando mis libros sobre la mesa, esparciendo mi mierda por la superficie. —El profesor MacKenzie se ha vuelto loco hoy—. Tiro mi trabajo, sobre el comportamiento humano, a la mesa, mostrando la matanza que se llevó a cabo por la pluma roja del profesor.

Con los ojos bien abiertos, Ava coge el papel. —Mierda, ¿qué demonios ha pasado?—. Me encorvo en mi asiento. —Tengo a MacKenzie. Él odiaba todo sobre mi trabajo y se pasó las últimas dos horas reiterando por qué lo odiaba tanto.

—¿Te puso una C?

Asiento con la cabeza. —Él dijo que había sido generoso.

—¿Qué te iba a dar si no fuera generoso?— Le doy a Ava una mirada puntiaguda.

—¿Una F?—, pregunta ella, completamente sorprendida mientras yo lo estoy mucho más.

—Dijo que era material defectuoso. La única razón por la que no me reprobó fue porque mi edición fue impecable y porque lo cité.

—Oh, qué considerado de su parte.— Ava pone los ojos en blanco. —Ese hombre es un ególatra con demasiado poder.

—Dímelo a mi. No sé si podré recuperarme de este grado. Él dejó muy claro que pensaba que yo era tonta, y lo único que tenía a mi favor era mi capacidad de prestar atención en clase el tiempo suficiente para citarlo.

Ava toma un sorbo de su botella de agua. —Odio decirlo, pero... ese hombre necesita un poco de amor propio. El siguiente trabajo que entregues, incluye una muñeca inflable y una suscripción a un sitio web pornográfico. Podría ayudar a aliviar la tensión que claramente ha enroscado dentro de él.

—Si estás tratando de garantizar que suspenda esta clase, entonces esa es la manera...

—Julia—, una voz profunda interrumpe por detrás. Acercándose, un tipo en jeans ajustados y un suéter verde bosque sale a la luz. —Eres Julia, ¿verdad? — Poco a poco, mis ojos se dirigen hacia la cara del hombre, tomando su cintura estrecha, hombros anchos, sombra de las cinco en punto, y ojos azul claro. Theo Scott. Trago con fuerza. La belleza del hombre es difícil de evitar en el momento en que se siente su presencia.

Lo conocí en una de las fiestas de la fraternidad de Kevin hace unos meses. Ambos estaban borrachos y difamando sus palabras casi hasta el punto de hacerlas irreconocibles. Ellos llevaban camisa sin abotonar, sin nada mas debajo, las mangas enrolladas, como si fueran herramientas totales, pero aunque sabía que eran la definición de duchas esa noche, no pude evitar darme cuenta de lo atractivo que era Theo y de la forma en que sus ojos se rastrillaban sobre mí unas cuantas veces, lo que hacía que me alejara de mi ropa mentalmente.

Kevin me advirtió que si no me vestía como una persona sin hogar, los chicos de la fraternidad me bombardearían, así que seguí su consejo y me vestí de forma más relajada. Funcionó, en su mayor parte, pero a algunos chicos no les importaron los calcetines de tubo. El espécimen frente a mí es uno de esos tipos. Sorprendente. Aunque el atuendo no estaba muy lejos de lo que normalmente uso. No me gusta mucho la moda. Tengo un par de cosas que me gusta usar, overoles y calcetines de tubo incluidos, y lo dejo así. Ava, por otro lado, tiene más sentido de la moda que yo, ya que sus diademas combinan con sus camisas.

—¿Tengo razón? ¿O estoy pensando que eres otra persona?— Se inclina ligeramente, tratando de ver mejor mi cara.

—No, soy Julia.

—Eso es lo que pensaba—. Sin invitación, Theo toma la silla por detrás de él, la gira y se sienta en ella hacia atrás, apoyando sus brazos en el respaldo, con sus poderosas piernas a horcajadas sobre el asiento. —¿Cómo va todo?

Un poco sorprendida por lo cerca que está, me acomodo en mi silla para crear distancia. Luego agarro un poco de mi cabello para dejarlo detrás de la oreja y me ajusto las gafas. —Bien.

—¿Sí?— Me estudia y luego echa un vistazo a la mesa donde inmediatamente ve mi trabajo. Lo saco de la vista, pero es demasiado tarde. —Parece que tienes la marca roja de la muerte.

Avergonzada, meto la carpeta en mi mochila y me alejo de él, sentada correctamente en mi silla, a diferencia de él. —No es nada.

—¿No se parece a nada? ¿Qué clase?

—No es asunto tuyo—, dije. Esto es mortificante. Mi primera C, y el mejor amigo de mi hermano tiene que verlo.

Levanta las manos en defensa. —Oye, no estoy tratando de molestarte, sólo ayudarte. Soy un estudiante de último año, si eso quieres, y conozco bien a los profesores y sé cómo complacerlos. La fraternidad tiene una hoja de Excel con todos los maestros que figuran en ella: lo que enseñan, sus debilidades, antojos, y lo que no pueden obtener lo suficiente en la escala de calificaciones. Nuestra fraternidad puede ser la casa con más fiestas, pero también tenemos el promedio de notas más alto, y no es porque todos somos hijos de puta inteligentes. Es la hoja de cálculo de Excel. Así que vamos, puedo ayudarte. ¿Quién es el profesor?

Lo miro sospechosamente. —¿Por qué querrías ayudarme?

—¿No es obvio?— No. Me tira del cabello, pero yo le quito la mano de encima, haciendo que sacuda la cabeza y se ría. —Eres la hermana pequeña de Kevin. Es mi mejor amigo, por eso cuido de su gente, que eres tú.

—Creo que estaré bien—. Vuelvo a mi bolso donde saco mi portátil.

Mirando todo el intercambio desde el otro lado de la mesa, Ava mete la nariz en mi negocio diciendo: —Julia, no seas tonta, necesitas su ayuda. No creo que la muñeca inflable sea una opción viable.

Cierro los ojos en cuanto oigo el tono arrogante de la voz de Theo. — ¿Muñeca inflable? Las cosas se acaban de poner interesantes. ¿De qué clase de muñequita estamos hablando?

—No hay muñeca—. Abro mi ordenador e introduzco mi contraseña.

Sin saber cuándo callarse, Ava añade: —Tiene al profesor MacKenzie por comportamiento humano. El señor parece tener un disgusto por Julia.

—Ava—, le digo, pero no le presta atención a mi tono. Inclineda sobre la mesa, le tiende la mano a Theo. —Por cierto, soy Ava, la mejor amiga de Julia.

—Ex mejor amiga—, murmuro.

Theo toma su mano en la suya y la sacude suavemente. —Theo Scott. Soy el mejor amigo de Kevin—. Se vuelve hacia mí y me dice: —Así que tienes a MacKenzie, ¿eh?

Theo no parece un tipo que vaya a dejar de insistir, así que aprieto mis dedos en la sien e inclino mi cabeza hacia él. —Lo sé.

Asiente con la cabeza para comprender. —Él es una maldita pieza de trabajo. Tardamos dos años y seis hermanos en averiguar cuál era su trato,

pero una vez que lo hicimos, superamos todas las tareas.

—¿De verdad?— Mis ojos se abren de par en par. La forma en que su sonrisa se estira en su boca hasta el punto de que aparece el más pequeño de los hoyuelos me hace preguntarme cuántas mujeres captura este hombre en su pequeña telaraña a diario.

—De verdad.

—Está bien... así que ¿cuál es el truco?—. Su sonrisa crece. —Oh, ¿así que ahora estás interesada en mi ayuda?—. Pongo los ojos en blanco. —Si vas a ser un idiota, olvídalo. No necesito esto ahora. Le preguntaré a Kevin.

—Bueno—. Se encoge de hombros. —Pregúntale a Kevin—. Sorprendiéndome, se levanta rápidamente de su silla y la lleva de vuelta a la mesa que le corresponde. Nos hace un breve asentimiento con la cabeza y dice: —Señoritas, estudien felices—. Con un guiño, se va hacia otra mesa al otro lado de la biblioteca, golpeando a puñetazos a unos cuantos tipos al pasar. Dios, es un fastidio.

—¿Por qué no dejaste que te dijera cómo esquivar a MacKenzie?— La boca de Ava está prácticamente abierta en estado de shock. Saqué mi teléfono de mi mochila. —Porque es uno de esos tipos que se muere por saberlo todo. Conozco bien a los de su calaña, y ceder a la zanahoria colgante que estaba sobre mi cabeza no me habría servido de nada. Sólo me habría debido a sus arrogantes maneras—. Empiezo a escribir un texto. —Tengo otras formas de obtener la información.

Le envío un mensaje a Kevin.

Julia: Oye, ¿tienes una hoja de Excel sobre cómo manejar a todos los profesores?

Los puntos empiezan a rebotar, Kevin responde inmediatamente.

Kevin: No lo hago personalmente. Theo está a cargo de ello. ¿Quieres su información de contacto para que puedas preguntarle?

Ugh, por supuesto. Presiono mi frente contra la mesa, golpeándola levemente contra la madera dura.

—Déjame adivinar—, Ava interviene. —¿Theo es el de la información?

—Que mal, quiero hacerlo bien en esta clase, en verdad.

—Quieres hacerlo bien en todas las clases. Esto te molestará hasta el punto de que me molestes a mí, por lo tanto, será mejor que te levantes de tu silla y vayas con ese chico para descubrir el secreto.

Me quejo aún más fuerte. —No quiero hacerlo.

—No tienes elección.

Ella tiene razón, de verdad que sí. Esto va a ser increíblemente doloroso, ceder a su arrogancia, dejándolo “ganar”. Dios, odio esto con cada hueso de mi cuerpo. No se trata realmente de odiar a Theo, pero él es la opción obvia para mi ira en este momento.

Mi silla se raspa contra los antiguos pisos de madera, mi cuerpo se derrumbó y fue derrotado. —Bien. Pero, por favor, solo para el registro, odio tener que hacer esto.

—Soy consciente de que el trabajo duro y el estudio no te va a llevar a ninguna parte con MacKenzie. Necesitas la clave del éxito.

—De verdad, de verdad que sí, esto es mera necesidad—. Con pasos pesados, me dirijo hacia Theo, que tiene un libro en la mano y un rotulador en la boca, con los ojos moviéndose de un lado a otro sobre la página que tiene enfrente. Está ligeramente encorvado en su silla, parece tan confiado, y por alguna razón, eso realmente me irrita.

Su mesa está llena con otros tres tipos que ocupan espacio, dos de ellos en sus computadoras, el otro destacando al igual que Theo. De repente, todos me miran aparte de él, con su mirada que me atraviesa un agujero de vergüenza.

Manteniendo sus ojos entrenados en su libro, Theo dice, —Déjame adivinar, Kevin te envió a mí porque no tiene acceso a la hoja?

Cuento hasta diez a medida que mi mandíbula se mueve de un lado a otro. —Para que conste, no me agradas nada—. Finalmente baja su libro y me mira fijamente. —Sabes, eso duele, Jules.

—No me llames así. Mi nombre es Julia.

—Bien consciente, cariño—. Acaricia la silla vacía que está a su lado. —Siéntate.

—Prefiero estar de pie. Espero esto sea corto—. Crucé mis brazos sobre mi pecho.

Me hace una ojeada, con los ojos fijos en mis pantalones cortos de bermudas que se ciernen sobre mis rodillas. —¿Realmente eres tan testaruda?

—Estoy aquí por información sobre un profesor, no para una charla, así que si no tienes intenciones de divulgar lo que sabes sobre MacKenzie, me iré.

Los chicos de la mesa toman parte en la conversación, sin añadir ni una sola palabra ni una sola vez ni dar la espalda, simplemente mirando como si estuvieran viendo un programa de televisión, esperando a ver qué pasa después. Noticia de última hora: si Theo no derrama los frijoles rápidamente, lo siguiente que va a pasar es una patada rápida en la entrepierna. ¿Brutal? Tal vez, pero no estoy de humor. Nunca me había sentido tan mal en una clase y

eso me molesta. He trabajado duro para obtener mis calificaciones casi perfectas. He dejado el culo en la estacada. La universidad lo es todo para mí y si hay un código que no puedo descifrar, pero tengo la respuesta a mi disposición... lo tomaré. Por eso estoy impaciente frente a este ególatra hombre, o niño, si medimos su edad emocional.

Sonriendo, él sigue mirándome y pone su libro sobre la mesa junto con su rotulador. Une sus manos y asiente hacia la silla. —Siéntate como una persona normal y te diré cómo manejar a MacKenzie. Me niego a decírtelo mientras te ciernes sobre mí como un buitre sediento de sangre.

—No soy un buitre—, me burlo, tomando asiento a su lado. Me aseguro de que mi lenguaje corporal sea lo más cerrado posible, construyendo mentalmente una fortaleza a mi alrededor.

—Estás actuando como tal—. Arranca un trozo de papel de su cuaderno, coge un bolígrafo, garabatea sobre él y luego me da el papel. Apenas puedo leer lo que escribió, su letra es afilada e inclinada. —James....

—William James—, ofrece Theo. —Cada artículo que escribas para MacKenzie, debería centrarse en las teorías de él, con citas adicionales del propio MacKenzie. Incluso si él habla de otras teorías, siempre rodearlas de vuelta a William James.

—¿En serio?

—Sí, en el momento en que pones todo el papel alrededor de William James es el momento en que empiezas a ser el mejor de la clase. La teoría ha sido probada por lo menos cinco veces, lo que significa que ha llegado a la hoja de cálculo. Funciona a la perfección.

—Hablas en serio, me sorprende—. Mantiene sus ojos entrenados en mí cuando me dice: —Hayward, ¿cómo has superado la clase de comportamiento humano de MacKenzie?

Un tipo de otra mesa se gira hacia Theo y dice: —William Maldito James, es mi salvador—. Una sonrisa se curva en la esquina de los labios de Theo. —Mira, William James. Confía en mí. Tendrás a MacKenzie comiendo de la palma de tu mano—. Con un guiño, recoge su libro y vuelve a leer.

Miro el trozo de papel roto en mi mano y luego lo vuelvo a ver. Conflicto, no sé si quiero darle un puñetazo en el ojo por ser tan arrogante, o abrazarlo, mostrándole lo agradecida que estoy por la información. Ninguno de los dos parece apropiado, así que en vez de eso, me despido y vuelvo a la mesa de la biblioteca, como una persona más alegre en mi paso, emocionada por probar la nueva teoría. Nunca he tenido que recurrir a este nivel de manipulación para

aprobar una clase, así que la humillación de buscar el santo grial de Theo para aprobar es un trabajo extenuante. Más vale que el idiota ese tenga razón.

CAPÍTULO SIETE

JULIA

—Hola, Nora—. La asistente de Theo mira hacia arriba desde su computadora, con los dedos aún apuntando a las teclas. —Srta. Westin, es un placer verla. ¿Está aquí para su cita de las tres con el Sr. Scott?

—Sí, ¿está listo?—. Nora asiente con la cabeza. —Creo que está a punto de terminar una conferencia telefónica, pero me dijo que entrara cuando llegara.

Agarro con más fuerza la correa de mi bolso y me dirijo a la oficina, preguntándome si estaba bien que hiciera “Visitas de oficina”. Desde que empecé mi negocio, todas las entrevistas se habían llevado a cabo en mi lugar de trabajo, pero aquí estoy, por segunda vez, encontrándome con Theo en su edificio, sumisa a su disponibilidad de tiempo.

Culpo a su habilidad para convencer a alguien de que haga exactamente lo que él quiere. Es un encantador, alguien más grande que la vida y tan estimulante a veces que no puedes evitar quedar atrapado en su red. Es otra razón por la que estoy nerviosa de tenerlo en el programa, porque fácilmente podría romper el corazón de muchas de mis clientes con una simple sonrisa de sus labios llenos.

Cuando empujo a través de su puerta, está caminando de un lado a otro frente a su ventana, con el Bluetooth pegado a su oreja y con las manos en los bolsillos.

He visto a Kevin hacer negocios, y es despiadado y tenso. Theo no se parece en nada a él en su forma de trabajar. Es tan despreocupado, y lo único que lo delata es su intensa mirada y la forma en que su voz baja cuando está decidido. El hombre es un millonario, y eso no vino de una perspicacia relajada para los negocios o de una actitud tolerante. Es concentrado y tenaz, probablemente nunca ha perdido un acuerdo o una meta que haya perseguido. En ese sentido, somos muy parecidos. Pero sólo de esa manera.

En el momento en que me ve, sus ojos se concentran en mi vestido y luego se cierran rápidamente sobre mis ojos. Se lleva la mano al auricular, dice —Envíame un informe—, y luego cuelga. Coloca el Bluetooth en su escritorio y gira la esquina sólo para apoyarse en la superficie y cruzar los brazos sobre su impresionante pecho. Esa sonrisa es aterradora para estar en el lado del

receptor.

—Hola Jules, gracias por venir.

¿Recuerdas la última vez que noté que era atractivo? Lo decía en serio. No es sólo la forma en que se ve con su desordenada cabellera rubia muy californiana, o el constante desorden acariciando su mandíbula, o la plenitud de sus labios. Es la actitud que tiene, la forma en que se comporta: confiado y carismático. Afortunadamente, a lo largo de los años he llegado a conocer a Theo a un nivel diferente, es decir, creo que soy una de las pocas chicas que se ha cruzado en su camino y se ha resistido a él.

—Normalmente no hago esto—. Me siento en su sofá y empiezo a sacar mi libreta. —Sólo tenlo en cuenta.

Se desliza a mi lado, su cuerpo firme se aleja de mí, su perfume se filtra en mi espacio, limpio y masculino... adictivo.

Nos acomodamos en el sofá, su cuerpo se mueve hacia adentro mientras sus dedos caen bajo mi barbilla, donde me tira ligeramente, volviéndome para enfrentarme a él. Su expresión sincera, su voz profunda, su pulgar haciendo un pequeño movimiento a través de mi mandíbula. —Aprecio que hagas una excepción por mí, Jules.

El aire se detiene a nuestro alrededor y por alguna razón realmente extraña, quiero enterrar mi cabeza en su cuello para buscar su consuelo. Su abrazo, un tierno y reconfortante abrazo que he experimentado una vez y sólo una en mi vida. Recuerdo lo segura que me sentía, lo caliente que estaba su cuerpo, la fuerza de su pecho, la seguridad de sus brazos.

Tal vez mi habilidad para resistirlo no es tan fuerte como pensaba.

Parpadeo unas cuantas veces, aclaro mi garganta y ajusto mi posición en el sofá, moviéndome a unos centímetros de distancia. No hay razón para que estemos sentados tan cerca. —Sí, no hay problema.

Abro el cuaderno, hago clic con el lápiz y me ajusto las gafas a la nariz, manteniendo los ojos hacia abajo por un breve instante antes de inclinar la cabeza lo suficiente como para captar la sonrisa en la cara de Theo y la forma en que se apoya tan casual en el sofá, los brazos extendidos a lo largo de la espalda, el pecho estirando la tela acariciando su piel. La V de su camisa se abre, el bronceado de su piel contrasta con el blanco de su camisa... y por mi vida, no puedo apartar la mirada.

Desafortunadamente para mí, se da cuenta de mi mirada descarada.

—Inténtalo un poco más, Jules. Un botón podría abrirse de golpe.

Ahí está él. El Sr. Imbécil de apellido Arrogante. Y eso me saca de quicio.

Puedo resistirme a él. Fácilmente. Vuelvo a mi cuaderno, un rubor que se desliza por mis mejillas mientras se ríe para sí mismo. Dios, es mas que solo un fastidio.

—¿Tienes tu hoja de burbujas?— Chasquido mis dedos, sosteniendo mi mano mientras escribo la fecha en mi cuaderno. Necesito hacer algo más que mirar la camisa parcialmente desabrochada de Theo.

Me coloca una hoja en la mano seguida de la siguiente: —Interesante prueba. Fue una verdadera alegría completarla—. El sarcasmo gotea de sus labios.

—Trabajé duro para armarla—. Dije.

—¿En serio? Porque sentía que todo el asunto era un gigantesco golpe de atención para ver cuán frustrado podías poner a tus clientes.

Me siento recta, firme sobre mis hombros. En todo caso, protejo lo que he creado. He pasado los últimos diez años trabajando en ello y no hay forma de que acepte que alguien lo ridiculice.

—¿Disculpa? En cada una de estas preguntas se reflexionó seriamente, junto con las respuestas elegidas. Toda esta prueba fue creada a partir de las conductas humanas y las decisiones que toman. Cada respuesta me da una idea de la persona que eres.

—Sabes que puedes preguntarme cómo soy.

Sacudo la cabeza. —Cualquiera puede mentirme sobre su personalidad e idiosincrasia, pero las preguntas que respondiste me proporcionan una visión en profundidad de tu verdadera psiquis. A menudo cosas que pueden o no saber de sí mismos.

—Así que si contesté al camión de bomberos o a las pantimedias, ¿cuál es la fruta favorita que te dice la persona que soy?

Sonrío con orgullo. —Fácilmente.

Inclina la barbilla hacia mí. —Bien, explica.

Sacudo la cabeza. —No voy a regalar nada.

—Compláceme. Sólo dame un ejemplo para que sepa que no me vas a presentar a una mujer rara a la que le gusta coleccionar uñas de los pies de extraños.

—Eres absurdo.

—Bien consciente, ahora dame un ejemplo—. Me da esa mirada persuasiva que le otorga sus victorias, y es por eso que cedo.

Dejé escapar un largo aliento antes de apoyar las manos sobre mi regazo, doblándolas una encima de la otra. —Bien, pero este ejemplo sólo está

orientado a esta pregunta. No todas las preguntas están formuladas así.

—Anotado—. Me pide que continúe.

—La pregunta de la fruta era más sobre la asociación. Si no recuerdo mal, las respuestas fueron camión de bomberos, pantimedias, girasol y Chicago, ¿verdad?

—Así es—. Me sigue la corriente con un encogimiento de hombros.

—Dependiendo de tu personalidad, cada respuesta coincide con el tipo de persona que eres. Si tú eliges un camión de bomberos, significa que es más probable que disfrutes de una baya que de cualquier otra fruta. Las pantimedias, dado que son típicamente de color marrón, me dice que no comes muchas frutas. El girasol es un claro indicador de que eres un comedor saludable, y como Chicago es una ciudad urbana, implica que eres más un comedor de fruta cruda, terrenal.

Me mira con una mirada perdida.

—¿Qué sentido tiene eso?

Para aquellos que no han estudiado durante muchos años la ciencia del comportamiento, no tiene sentido.

—¿Qué elegiste?—. Estrangula su boca hacia un lado, casi como si me dijera que lo tengo atrapado.

—Camión de bomberos.

Asiento con la cabeza, una sonrisa de conocimiento asomándose más allá de mis labios. —¿Disfrutas o no de una ensalada de bayas, Theo?

No puede mentir, porque lo conozco demasiado bien para mi gusto. Lo he visto muchas veces con una ensalada de bayas en la mano. Es la misma ensalada de frutas que a Kevin le gusta comer, con alguno que otro kiwi cortado también.

—Esto no significa nada. Así que me gustan las bayas. ¿Qué tiene que ver eso con la persona que soy?

—Me dice que hay un poco de dulzura en ti. Y esa es sólo una pregunta, una marca en la cuenta de la dulce columna. Hay mucho más que eso. Todas las respuestas están contadas y añadidas, lo que me da un claro indicador de quién eres. ¿Eres un criador, un artista, o un protector?

La comprensión comienza a tomar forma. —Es como un indicador del tipo MyersBriggs.

—Pero para salir.

—¿Y ha funcionado?

Honestamente, me siento un poco insultada de que tenga que preguntar.

Pensé que Theo tenía alguna pista de lo exitoso que ha sido mi negocio. No es que importe lo que él piense.

Asiento con la cabeza. —Sí. He pasado diez años trabajando y perfeccionando estas preguntas. Es una pequeña parte de mi evaluación general, pero me da un buen punto de partida.

—Ya veo. Bueno, fue una tortura, para que lo sepas.

Sonríó tímidamente, volviendo a mi cuaderno. —No eres la primera persona que dice eso.

—¿Pero realmente crees que necesitabas hacerme esas preguntas? Me conoces lo suficiente, Jules, para saber que soy un protector.

Lo conozco lo suficiente, pero preferiría no entrar en esto con una opinión sesgada. Quiero que pase por todo lo que hago con mis clientes, así tengo un perfil firme para mostrarles a las mujeres. La ventaja de la prueba de la hoja de burbujas es que no hay lugar para la objetividad. La computadora marca las hojas, así que los resultados no pueden ser falsificados. Él debería saberlo y entender por qué tengo que empezar de cero con su análisis de color.

—Es mejor empezar de nuevo, como si no te conociera—. Saco un papel de mi carpeta y lo pongo en la mesa frente a mí. —¿Empezamos?

El sofá se mueve de nuevo y desde el rabillo del ojo, veo a Theo ponerse cómodo, cruzar una de sus piernas y relajarse en el sofá. —Lánzalo.

Ha pasado bastante tiempo. No sé cuántas horas.

—Estás bromeando, ¿verdad?

—Sólo responde las preguntas.

Theo está sentado en una silla frente a mí ahora, con la chaqueta de traje despojada y las mangas de su camisa de vestir enrolladas hasta los codos. Me he quitado los tacones y he metido los pies por debajo del trasero, poniéndome en la posición más cómoda en la que una chica puede estar mientras usa un vestido que le queda bien.

Su mano gigante se clava en su pelo rebelde mientras tira de él una vez más, la frustración se desborda en olas, y con cada ola siento que su irritación crece.

Nunca dije que esto sería fácil, especialmente para un hombre ocupado

como Theo que ha recibido al menos treinta llamadas telefónicas desde que estoy en su oficina. Finalmente apagó el sonido de su computadora que sonaba cada pocos segundos con los correos electrónicos y su teléfono también ha sido silenciado, el zumbido comenzaba a ser desagradable. Estoy impresionada y ligeramente honrada de que me esté prestando toda su atención.

Casi me siento mal por él, por la cantidad de gente que quiere o necesita de su tiempo, pero de nuevo, viene con el territorio. Es dueño de su propia compañía de inversiones, nada en dinero todos los días, es un hombre codiciado, todo el mundo quiere un pedazo de él y, sin embargo, hay algo que decir acerca de que se tome el tiempo para sentarse conmigo y responder a estas preguntas. He tenido hombres de negocios de su calibre que se dieron por vencidos después de la prueba, pero debo decir que estoy impresionada. Persiguiendo esto incluso cuando está claro que se siente frustrado.

Podría haberme pedido que me fuera hace una hora. En vez de eso, vuelve a inhalar y se sienta en su silla. —¿Qué piensas, Jules?— Me mira de una forma puntiaguda, con las cejas levantadas.

—Recuerda, tengo que fingir que no sé nada de ti.

—Cristo—. Pasa la mano por encima de su cara. —Por supuesto que he tenido una aventura de una noche. Creo que era algo que no tenías que preguntarme.

—¿Cuántas?

Sus ojos se abren de par en par. —¿Cuántas aventuras de una noche he tenido? ¿En serio quieres que te dé un número?

—Sí, y si puedes ser lo más preciso posible, sería genial.

Saltando a sus pies, comienza a caminar a lo largo de la oficina. —Diablos, no tengo ni puta idea.

—Bueno, si necesitas hacer una estimación, está bien. Digamos, ¿Cómo veinte?— Muevo la mano de un lado a otro.

Se ríe, volviéndose hacia mí, con la mano agarrando su cuello. —Como veinte. Lindo, Jules. Probablemente en cientos.

—¿Qué?— Mi boca se abre. ¿Cientos? Ahora se supone que no debo juzgar aquí, pero es una cantidad grosera, ¿Cómo es que incluso...?

Detengo ese pensamiento. ¿Cómo es posible? Sólo tengo que mirar a Theo y saber exactamente cómo es posible. Aun así. Ese número exagerado de mujeres ha estado con Theo Scott, cabalgando arriba y abajo encima de él, sintiendo la forma en que sus amplias manos se extienden por todo su cuerpo.

Trago con fuerza. —Bueno, ¿eh?, cientos.

El silencio se interpone entre nosotros mientras paso la palabra cientos a mi cuaderno junto con una nota: le gusta mucho el sexo.

—No significaron nada—, añade, y finalmente se dio la vuelta para mirarme a la cara. Por supuesto que no significaron nada. El sexo sin ataduras es exactamente el tipo de hombre que es él. Sin embargo, cree que quiere salir en serio con alguien...

—No tienes que explicarme nada, Theo. Eres un hombre adulto que puede hacer lo que quiera con su vida. Te sugiero que dejes las aventuras de una noche, durante este proceso de citas. Trata de conocer a las mujeres con las que te emparejé. El sexo no lo es todo.

—Lo es cuando lo estás haciendo bien—. Su voz desciende aún más que antes cuando estaba al teléfono. —¿Lo has estado haciendo bien, Julia?

Conmocionada, maniobré mi pluma en mi mano. —No veo por qué eso es relevante para lo que estamos haciendo ahora—. Levanto las gafas y siento que se acerca, con un propósito en cada paso mientras se sienta frente a mí.

—¿Cuándo fue la última vez que tuviste sexo?

—Nos estamos saliendo de la pista, Theo. Sigamos adelante.

—No, quiero saber.— Su voz es suave, lo noto casi preocupado. Lo miro y veo la forma en que se inclina hacia adelante, los antebrazos en las piernas, las manos entrelazadas, un pellizco en la frente. Esos ojos de él, musgosos con un tinte azul ahora, me atravesaron, prácticamente sacando la respuesta que él quiere de mí.

—No importa—, respondo débilmente.

—¿Unos meses?— Yo no contesto. —¿Un año?— Hago garabatos en mi papel. —¿Ha pasado un año, Jules?— Me muerdo el labio inferior, la respuesta en la punta de la lengua.

—Vamos, estás aprendiendo todo sobre mi persona. Lo menos que puedes hacer es decirme cuándo fue la última vez que tuviste sexo.

No veo cómo eso importa, pero por alguna razón, me rindo. —Unos dos años, ¿de acuerdo? Ahora sigamos adelante.

—¿Dos años?— Su frente se arruga mientras emite un silbido bajo. —No puedes hablar en serio.

—¿Por qué mentiría sobre algo así?— Tiro de las puntas del cabello, examinándolas, tratando de evitar el contacto visual con el hombre sentado frente a mí. He estado sujeta a su mirada demasiadas veces, y no hay manera de que pueda mirarlo a los ojos en este momento.

—Supongo que no lo harías. Maldita sea—. Respira hondo. —Al menos dime esto, ¿Haz tenido un orgasmo?— Yo no digo nada. No hay forma de que responda a eso.

—Demonios, Jules—. Se levanta de su silla y comienza a caminar, como si le dijera que es él quien no ha tenido sexo en dos años. —Tenemos que arreglar esto—. Girando sobre su talón, se mueve hacia mi vestido. —Quítate eso y siéntate en mi escritorio. Al menos te haré venir con mi lengua, para darte un poco de alivio.

Casi me ahogo con mi saliva. —¿Disculpa?

—Vamos—. Acaricia su escritorio. —Súbete. No tardarás más de un minuto en bajarte y luego podremos volver a tus preguntas.

La mirada en sus ojos, la postura de su cuerpo, el conjunto de su mandíbula... se está volviendo muy serio. Realmente quiere que me desnude y que le deje chuparme. Oficialmente me he perdido. Sacudiendo la cabeza, me pongo de pie y me pongo los tacones de nuevo.

—Jules, no necesitas usar tacones, sólo quítate el vestido.

—Esto ha terminado—. Empiezo a empacar mis cosas. —Realmente se ha terminado. Estas preguntas han afectado tu estado mental. Debería haber sabido que sólo podías manejar un poco a la vez. Lo reprogramaré con Nora.

Estoy a mitad de camino de su puerta cuando me agarra de la mano y me impide salir. El agarre de sus dedos alrededor de mi muñeca se afloja lentamente a medida que su pulgar comienza a frotar círculos lentos alrededor de la parte interior de mi muñeca, enviando locamente una ola de escalofríos hacia arriba y hacia abajo de mi columna vertebral.

—No se ha terminado. Lo digo en serio. Considéralo un gesto amistoso entre dos personas que se conocen. Demonios, si el zapato estuviera en el otro pie y yo fuera el que no hubiera tenido sexo en dos años y te ofrecieras a chupármelo, me bajaría los pantalones en dos segundos.

—Eso es porque eres un hombre que metería su pene en un agujero en la pared para que te lo chupara cualquiera.

—Hola—. Hace una mueca. —No me acuesto con paredes. No me metas en una categoría con un montón de cretinos. Sólo digo que somos amigos y que deberíamos poder hacer este tipo de cosas el uno por el otro.

Suavemente quito mi muñeca de la suya y el hombro de mi bolso. —Somos conocidos, Theo. Eres el mejor amigo de mi hermano, y eso no significa que seamos amigos—. Cualquier otra cosa con Theo sería demasiado peligrosa y mala para mi salud. No. Gracias. Me doy la vuelta y salgo por la puerta. —

Haré una cita para terminar las preguntas. Que tengas un buen día.

CAPÍTULO OCHO

THEO

Somos conocidos. Puedes imaginarte que eso no me sentó bien. Tres días después y todavía no me sienta bien. Bueno, tal vez me puse demasiado fuerte con todo el asunto de comerla en mi escritorio, ya que ha sido una fantasía mía, ¿Pero qué demonios se supone que tenía que hacer?

Julia Westin no ha tenido sexo en dos años, y ni siquiera lo hizo cuando vino. Hablando de alucinar con la mente.

Todo en lo que podía pensar era en cómo puedo mejorar esto. ¿Cómo puedo desnudarla y mostrarle de qué va todo esto?. No es de extrañar que piense que nada tiene que ver con el sexo: no ha sido follada adecuadamente. ¿Con quién ha salido en los últimos diez años? Sé que tuvo un novio perdedor en su último año de universidad que la dejó justo antes de la graduación. Que se vaya al diablo ese imbécil. El rumor es que está calvo y trabajando en un empleo de escritorio para una compañía de suministros de oficina de rango medio. Al menos esa fue la última actualización que recibí de Kevin.

Y luego estaba ese tipo, el entrenador profesional, a quien conoció en una clase de yoga. Resultó que el tipo era un completo idiota y la estaba engañando con otras cinco mujeres. Kevin podría haber tenido algo que ver con que despidieran al imbécil y lo echaran del lugar, dejando que todos los gimnasios de la zona triestatal supieran que se follaba a sus clientas.

Luego estaba el corredor de inversiones que tenía un potencial real, que Kevin dijo que podía verse a sí mismo llevándose bien con el tipo. Eso fue hasta que llevó a Julia a casa a conocer a su mamá y se enteró de que su ex novia de hace mucho tiempo estaba de vuelta en la ciudad y soltera...

Kevin le enviaba un paquete por correo, cada mes, una maldita bomba de brillo que le salía por la nariz cada vez que abría el paquete. Fue idea mía, y como no teníamos nada mejor que hacer con nuestro dinero, contratamos a un investigador privado para que tomara fotos del cretino, en el preciso momento en que abría el regalito. Una de las fotos de él, sacando el brillo de sus ojos, fue mi protector de pantalla por unas semanas. Dios, todavía me hace gracia.

¿Quién fue el último tipo? ¿Una aventura de una noche de la que nunca le contó a su hermano? Debe haber sido así, ya que no podía imaginarme a Julia

saliendo con alguien y no contárselo a Kevin. Son tan unidos esos hermanitos.

Supongo que a lo que se reduce eso es a que Julia podría ser buena para encontrar el amor para los demás, pero no para sí misma.

Toc. Toc.

—Sr. Scott—. Nora atraviesa la puerta, con el iPad en la mano. —¿Qué pasa?—. Entra en mi oficina y cierra la puerta detrás de ella. —El Sr. Carlino ha estado en espera durante los últimos diez minutos, ¿Va a contestar la llamada?—. Mierda. Estaba soñando despierto con Julia y su falta de sexo y me olvidé por completo de una llamada telefónica que le había hecho a Nora.

—¿Puedes decirle que lo llamaré de vuelta en cuanto pueda?

—No hay problema.

Me siento en mi silla y me paso la mano por el cabello. Dos años. ¿Por qué es tan difícil de comprender para mí?. Tal vez porque a mis ojos, Julia Westin es la chica perfecta. Inteligente, hermosa, un poco tímida, pero tiene una boca ingeniosa cuando quiere usarla. La única razón por la que no me he movido antes, además de esa vez, es porque.... bueno... bueno... el miedo al rechazo. Ya me ha rechazado una vez. ¿Cómo se sentiría volver a recibir una negativa? Estoy bastante seguro de que casi me rompe.

Otro golpe.

—¿En qué puedo ayudarlo, Sr. Scott?—. Me pongo un bolígrafo en la boca antes de contestar, tratando de pensar en cómo Nora puede ayudarme. —¿Cambió la cita con la Srta. Westin?

—Sí.— Busca en su iPad. —Está previsto que la vea el viernes.

—Viernes, hmm—. Golpeo mi pluma contra mi labio, mientras miro hacia el techo. —Ven y siéntate.

El suave chasquido del cierre de mi puerta suena en la oficina, y Nora se sienta frente a mí, con las manos apoyadas en su regazo, un robusto juego de hombros.

No soy un jefe de mierda como la mayoría de los hombres que están en mi posición. Yo no trabajo demasiado, y a Nora le doy muchos beneficios por soportar las horas que a veces tiene que trabajar, pero ahora mismo, estoy pensando que podría necesitar un aumento después de la conversación que estoy a punto de tener con ella.

—Nos conocemos desde hace unos años, ¿verdad?—

Nora asiente con la cabeza. —Cinco para ser exactos.

—Cinco, vaya. Es mucho tiempo para conocer a alguien. ¿Dirías que sabes mucho sobre mí?

Un poco cautelosa, dice Nora, —Yo diría que sé casi todo sobre usted, señor. Viene con el territorio.

—Supongo que sí, ¿verdad?— Me muevo en mi asiento y me pongo a su altura. —Si te dijera algo personal sobre mí, ¿Qué harías con la información?

—No sé a qué se refiere, señor. Tengo un NDA con usted. Todo lo que me cuente, nunca saldrá de estas paredes.

Le apunto con mi pluma. —Sabía que me gustabas, Nora. Recuérdame que te compre un traje nuevo. Y unos tacones.

Sus ojos se iluminan. —Sí, señor. Pero eso no es necesario.

Podría serlo después de lo que voy a decir. —Nora, ¿sabías que estoy enamorado?

Se desplaza en su asiento, mostrando visiblemente un toque de incomodidad. —No lo sabía, señor.

Me inclino hacia adelante en mi escritorio. —Sí, lo estoy. La pluma la lanzo a un lado, y pongo las palmas de las manos sobre los papeles esparcidos por mi escritorio. —Estoy muy enamorado de alguien y no sé qué hacer al respecto. No tengo a nadie con quien hablar de ello.

—¿Ni siquiera con el Sr. McCool o el Sr. Westin?

Me río. —No. A esos dos sería a las últimas personas a quienes les contaría.

—¿Puedo preguntar por qué?

—Porque no tienen idea de que me siento así. Lo he mantenido oculto durante años...

—Oh—. Nora se ajusta el cuello de su blusa. —¿Puedo preguntar de quién está hablando para que pueda ser un poco más útil?

Le doy una bofetada al escritorio. —Pensé que nunca me lo preguntarías—. Me levanto de mi silla y me subo las mangas de mi camisa de vestir mientras descubro el secreto que he estado guardando durante tanto tiempo. —Estoy enamorado, Nora, enamorado de la hermana de mi mejor amigo.

Observo de cerca la reacción de ella, que resulta ser una pequeña sonrisita. —Tenía el presentimiento de que diría eso, señor.

—¿Por qué?

—Bueno, primero, la forma en que la mira, como un hombre que está reclamando su derecho.

—Tengo esa mirada primitiva, ¿eh?

—Sí, así es. Además, ella es la única a la que le quita el calendario o la deja entrar en su oficina cuando está en medio de una reunión.

—Necesita saber que es importante para mí. Dejaría cualquier cosa por ella.

—Se nota. Está el aspecto post-bendición que tiene cada vez que sale de su oficina. Siempre toma batidos después de que ella se va, y dada la estricta dieta que ha seguido, ha tomado más batidos últimamente de lo normal.

Dios, me encantan los batidos. La mantequilla de cacahuete de chocolate ha sido mi destino estos últimos días desde el lugar de la esquina. Ponen un remolino de mantequilla de cacahuete alrededor del borde de la taza antes de poner el batido dentro. Hay algo en ese pequeño toque que hace que las calorías valgan la pena.

—¿Crees que voy a enloquecer y perder antes de que consiga algo con la chica?

Nora se ríe. —Creo que debería ser cauteloso—. Nora era la persona indicada para la pregunta. Que haya notado los cambios en mi comportamiento cuando estoy con ella es impresionante. No llevo el corazón en la manga.

Metó las manos en los bolsillos y me sacudo los talones. —Muy bien, la próxima sacudida será cuando consiga que Julia salga conmigo. ¿Cómo suena eso?

—Suena como una celebración para mí. ¿Cómo la va a invitar?

—Y es allí donde está el problema—. Camino por mi oficina, dejando salir todos mis problemas personales sobre Nora. —La única razón por la que ha venido a mi oficina es porque cree que quiero que me ponga en su programa de citas, cuando en realidad, el objetivo es acercarme a ella durante estas reuniones.

—Ah, ya veo. Pero, ¿Lo va a emparejar con mujeres?

—Sí, y me imaginé que saldría en algunas citas sólo para apaciguarla y luego entrar en picada. Pero tengo que hacer que ella quiera enamorarse de mí cuando me abalanzo, ¿sabes?

Con una sonrisa, Nora se adelanta en su asiento. —Quiere hacer posible que no pueda decir que no cuando confiese sus sentimientos.

—Exactamente. Dios, eres inteligente. Por eso te contraté. Afilada como una tachuela—. Me golpeó la cabeza. Y veo el orgullo que brota de ella.

—¿Y por qué no puede simplemente decirle lo que siente de antemano?

Aunque es un poco embarazoso, soy sincero con ella. —Porque, en la universidad, le dije que me gustaba... en cierto modo, y ella me rechazó.

Las cejas de Nora se elevan, su cara ahora está en estado de shock. —¿Ella le dijo que no?

Riendo, me ajusto el cuello de mi camisa de vestir. —Bueno, yo era un presumido en ese entonces. Presidente de mi fraternidad sin nada en la mezcla de lo que iba a hacer cuando me graduara. No la culpo. Ella estaba en una vía rápida para obtener su doctorado. No era el tipo de hombre con el que ella saldría.

Me tiré de la nuca. Diablos, no estoy seguro de ser el tipo de hombre con el que saldría ahora, pero creo que estamos destinados a algo. La quiero como mía. Así que, es hora de hacer que eso suceda.

—Es difícil de creer, señor.

—Eres muy buena en tu trabajo, Nora. Has recorrido un largo camino desde tu primer día.

—Gracias, Sr. Scott. Ahora, ¿Cómo puedo ayudarlo con su vida amorosa?

—Gran pregunta—. Me golpeo la barbilla. —¿Cómo puedes ayudarme? Bueno, la última vez que hablé con ella, no terminamos las cosas con una buena nota.

—Lamento oír eso.

—Sí, yo también lo lamento, y mucho—. Todavía no puedo creer que no haya tenido sexo en dos años y que haya rechazado mi oferta de “ayudarla”. Vaya, se arrepentirá de no tomarlo antes en el momento en que presione mi lengua contra su clítoris por primera vez. —Pero, por eso necesitamos actuar rápido. Deberíamos enviarle algo a su oficina, dile que estoy deseando verla el viernes.

—¿Le gustaría enviar flores?

Sacudo la cabeza. —Julia no es una chica de flores. No, tenemos que enviarle una caja de bolígrafos.

A mitad de la frase, escribiendo en su iPad, Nora hace una pausa. —¿Le he oído bien? ¿Quiere enviarle una caja de bolígrafos?

—No cualquier caja de bolígrafos, Nora. Estoy hablando de su pluma favorita. Vive y respira por esos bolígrafos. He tenido una experiencia cercana a la muerte por su puño flotando sobre mi entrepierna debido a uno de ellos. No te metas con ellos.

—Ah, bueno. Lo entiendo. Así que ella apreciaría el gesto.

—Ella lo haría. Voy a necesitar que le entregues una docena de bolígrafos Paper Mate Profile en azul a su oficina, pero que parezcan un ramo de flores. Ponlos en un jarrón o algo así.

—Está bien—. Nora toma notas.

—Y luego el viernes, una hora antes de mi reunión con ella, voy a necesitar

que cambies el lugar de encuentro. Hazle saber que tuve que viajar al norte de la ciudad y que hice reservaciones en Chez Louis.

—Chez Louis. ¿Quiere que haga esas reservaciones después de que termine aquí?

—Sí. Diles que a Theo Scott le gustaría la mesa junto a las ventanas. Ellos me engancharán. Y por favor, asegúrate de que haya una limusina esperando por Julia para que la lleve al norte.

—Puedo hacer eso—. Toma algunas notas más, dando golpecitos en su iPad.

—Eso debería bastar por ahora. Fase uno, haz que se fije en mí.

—Estoy bastante segura de que ya se ha fijado en usted, Sr. Scott—. Me doy la vuelta para enfrentarme a ella. —¿Por qué dices eso?

—Porque cada vez que viene aquí, justo antes de entrar en su oficina, respira hondo. Las mujeres no respiran profundamente así a menos que estén calmando sus nervios. Creo que se fija en usted, Sr. Scott, pero sólo tiene que aumentar su encanto—. Y por eso contraté a esta mujer: nota patrones de respiración. Jodidamente brillante.

—Tengo ganas de besarte, pero me abstendré—. Reboto sobre mis talones, sintiéndome entusiasmado. —¿Qué tal un choca esos cinco, o...?

Nora mueve la cabeza. —Los batidos vienen cuando acepte una cita—. Se levanta de su silla y extiende su mano. —Pero me quedo con los cinco por ahora—. No tan bueno como un batido, pero lo tomo de todos modos y le doy la mano, sonando como una grieta en mi oficina. Dios, eso se sintió bien.

A los días después, recibo un mensaje.

Julia: ¿Realmente me enviaste un ramo de plumas?.

Theo: No cualquier bolígrafo. *LOS* bolígrafos.

Julia: No puedo creer que te acordaras.

Theo: Un hombre no olvida que casi le arrancan las pelotas del cuerpo por algo así.

Julia: Me tomo muy en serio mis utensilios para escribir.

Theo: Yo sé eso. Espero que estemos bien después de todo lo que pasó.

Julia: Estamos bien, Theo.

Theo: Y somos más que conocidos, ¿verdad? Creo que en este momento podría llamarte amiga, Jules.

Julia: Sí, somos amigos.

Theo: Mierda, sí, lo somos. Y como tu amigo, quiero saber, ¿qué estás haciendo con tu sequía?.

Julia: ¿Quieres dejarlo ya?

Theo: ¿Sabes lo doloroso que es para mí hacerlo?. Sólo díselo a tu AMIGO, ¿planeas tener alguna cita pronto? ¿Algún chico que te haya llamado la atención?.

Julia: Estoy en un paréntesis.

Theo: Se podría decir que sí, Srta. Dos Años.

Julia: ¿Estás tratando de hacerme enojar? Si es así, estás haciendo un gran trabajo.

Theo: Estoy tratando de ver si debo decirle a tu hermano que hay otro novio en el horizonte que necesitamos cuestionar a fondo.

Julia: Créeme, si hubiera un chico con el que estuviera pensando salir, tú y Kevin serían los ÚLTIMOS a los que se lo diría.

Theo: ¿Qué? Por qué?

Julia: Porque ustedes dos siempre parecen tener demasiadas opiniones. Creo que es mala suerte. La próxima relación en la que me involucre se mantendrá alejada de Kevin y de ti por el tiempo que pueda evitarlo.

Theo: Dura, Jules, muy dura. Y aquí estoy poniendo mi vida amorosa a merced de tus brillantes manos.

Julia: Esa fue tu elección, y la mía es mantener las cosas en privado.

Theo: Ah, lo averiguaré de alguna manera. Pero mientras tanto, disfruta de esos bolígrafos. Nos vemos el viernes.

Julia: Hasta el viernes y gracias de nuevo. Puede que haya sonreído demasiado cuando vi el jarrón.

Theo: Eso es exactamente lo que me gusta oír, porque tu sonrisa es hermosa.

CAPÍTULO NUEVE

THEO

ÚLTIMO AÑO EN LA UNIVERSIDAD DE YALE

—¿Qué estás haciendo ahora?—. Pregunta Roark, con resaca por primera vez desde que lo conozco.

—Me dirijo al Coffee Bean y luego a la biblioteca—. Le eché un vistazo. —¿Vas a volver a meterte en el contenedor en el que dormiste anoche?

Roark se frota el ojo con la palma de la mano. —Cristo, hombre. Creo que fumé demasiada hierba anoche—.

Ah, eso lo explica todo. El alcohol nunca afecta a Roark de esta manera, no hasta el punto de que parezca un muerto andante. —¿O'Reilly?— Pregunto. Es todo lo que tengo que decir. Es el otro estudiante de intercambio de Irlanda que vino con Roark. Se fueron por caminos separados cuando aterrizaron en los Estados Unidos, Roark yendo por la ruta de la fraternidad mientras que O'Reilly fue por la ruta de los deportes. Aunque es el capitán del equipo de rugby, es más conocido por estar a medio cocer la mitad de la semana y la parte más confusa de todo esto es que el hombre juega mejor lúcido que cuando no lo está. Tal vez porque no piensa demasiado las cosas y sólo practica el deporte. De cualquier manera, siempre que se reúna con Roark, está garantizado que verás a dos irlandeses caminando por el campus como si fueran bolsas de basura humana.

—Diablos, amigo. Anoche jugamos el peor partido. Shot Toke—.

Hago una pausa en mi persecución hacia el kiosco de café. —¿Me estás diciendo que después de cada disparo que hiciste, fumaste?

Lentamente asiente con la cabeza. —Perdí la cuenta después de siete.

—Jesucristo, ¿cómo es que sigues vivo?

—Ni la más remota idea—. Respira hondo y se inclina por la cintura. —Mierda, voy a vomitar.

Apunto a un cubo de basura cerca del edificio de economía. —Hazlo, hombre. Tengo chicle cuando termines.

Sacude la cabeza. —Tengo un frasco de Jameson en mi mochila. Voy a arrancar y a concentrarme. Nos vemos luego, amigo—.

Y con eso, corre hacia el cubo de la basura junto a la abertura del edificio de economía, mete la cabeza en el agujero y deja que todo salga.

Y aquí estos estudiantes de economía pensaron que iban a aprender sobre el mundo de los negocios hoy, no ver a un irlandés vaciar su estómago en un contenedor de basura.

Café. Necesito café para superar esa imagen. Me dirijo al kiosco que está en medio del cuadrilátero. El olor a cafeína ya me está despertando de mis estudios nocturnos. Podría montar un espectáculo, actuando como si estuviera de fiesta, pero en realidad, eso es sólo el viernes y el sábado. El resto del tiempo estudio como un hijo de puta decidido. Cuando me gradúe de la universidad, voy a cobrar un CD de mi abuelo y lo voy a usar de la mejor manera que conozco para invertir.

Estoy planeando un futuro exitoso, y no puedo hacerlo si estoy de fiesta todas las noches. Puede que sea inteligente, pero no tanto como Kevin, que puede salirse con la suya si no estudia en absoluto y aun así aprobar sus exámenes. El tipo es un robot, lo juro.

—¿Qué te traigo?—, le pregunta el camarero a la chica de enfrente. —¿Puedes traerme un café con leche de soja, por favor?

Conozco esa voz. Doy un paso adelante y me inclino sobre el hombro de la chica. —Buenos días—. Se asusta y salta hacia atrás, justo en mi pecho. —Dios mío, me asustaste.

Le sonrío perversamente a Julia Westin, llevando sus pantalones de chándal y camisa térmica de manga larga, y no puedo evitar preguntarme si lleva calcetines de tubo debajo de esos pantalones holgados. Mi suposición es que sí.

—Esa era mi intención—. Me acerco y saco la cartera mientras hablo con el camarero. —Tomaré lo mismo que ella—. Pongo un billete de diez dólares pagando por los dos.

—Eso no es necesario. Puedo pagar por los míos.

—Sí, ¿y adivina qué? Puedo pagar por los dos, así que déjame ser un caballero y comprarte un café con leche—. Afortunadamente, a pesar de las miradas, no se resiste mucho.

—Bien—. Se cruza de brazos sobre el pecho, y como si fuera lo más difícil que ha tenido que hacer, dice: —Gracias.

—Mira, eso no fue tan difícil—. Le golpeo el hombro con el mío juguetonamente, pero todavía puedo sentir lo salada que está. No estoy seguro de por qué, acaba de conseguir un café gratis.

Ella pone los ojos en blanco y camina a un lado conmigo. —No tienes idea de lo doloroso que fue decir eso

—¿Tan doloroso como pedir ayuda con el profesor MacKenzie? ¿Cómo va eso, por cierto?—. Se muerde el labio y mira hacia otro lado, pareciendo que quiere meterse en sí misma.

Con una risa en la voz digo: —Déjame adivinar, el último trabajo que entregaste fue una A—. Le doy un empujón en el hombro otra vez. —Sólo confiesa que tenía razón.

—No sé cómo mi hermano te soporta. Eres realmente molesto.

—¿Porque tengo razón?

—Sí, porque siempre tienes razón y lo sabes—. El camarero pone nuestros cafés en el mostrador y yo me acerco, agarrando los dos. Le entrego el suyo a Julia y la observo mientras lo acuna cuidadosamente con ambas manos, tomando el ligero aroma de la Navidad en una taza.

—No hay nada de malo en confiar en mis conocimientos. ¿No debería excitar a las mujeres?

—La inteligencia es sexy. La arrogancia no lo es.

—¿Estás diciendo que soy arrogante?

Ella asiente con la cabeza. —Sí, tú eres la definición.

—Así que porque soy un hombre seguro de sí mismo, ¿eso me hace engreído?

—Hay una diferencia entre la confianza y la arrogancia.

Ella toma un sorbo y comienza a alejarse. No llega muy lejos antes de que yo camine hacia atrás delante de ella, queriendo continuar esta conversación. Puede que sea densa, pero no veo la diferencia en absoluto.

—Explica la diferencia. Edúcame—. Se detiene y resalta una cadera, la molestia en los ojos y la cruz de los brazos. —¿En serio? Necesitas que te deletree esto?

—Sí—. Sonrío.

—Bien—. Toma un sorbo de su bebida antes de explicar. —Es simple. Cuando un hombre está seguro de sí mismo, no tiene que jactarse de ello; lo muestra en su lenguaje corporal y en la forma en que se presenta a sí mismo. Cuando es arrogante, se asegura de que todos a su alrededor lo sepan agitando las encías y jactándose de lo que sea que tenga en mente en ese momento.

—¿Crees que alardeo?

—No lo creo, lo sé..

—¿Sí? ¿De qué me has oído presumir?—. Me paro frente a ella,

bloqueando su camino, tomo una postura amplia que me enraíza.

—De todo.

—Dame un ejemplo.

—Hay tantos.

—Sígueme la corriente—, aprieto. —Escoge uno.

—Bueno, ya sabes...— Sus ojos flotan a un lado, sus labios estridentes. — Hubo un tiempo en que...— Se mueve de pie. —Oh, cuando tú...—. Se chasquea el dedo. Ella no tiene nada.

—Deja de mentir. No tienes ni un ejemplo de mi alardeando, por lo tanto te equivocas—. Me pongo a su lado y le cubro los hombros con mi brazo, caminando con ella por el cuadrilátero. —Ah, se siente tan bien tener razón, ¿sabes? Aquí estás, Julia Westin, pensando que puedes desacreditar a Theo Scott, pero qué poco sabes de mí. Si prestaras más atención en lugar de juzgarme todo el tiempo, te darías cuenta de que soy un individuo humilde, sin mostrar ni una pizca de arrogancia. No, este tipo no. Soy lo más genuino que hay. Odio decirlo, pero realmente me has engañado, Jules.

—¿Has terminado?

—¿Eh?—. Ella se aleja de mis garras y de mi lado en un instante. Diablos, echo de menos su pequeño cuerpo metido cerca del mío.

—Primero, no me llames Jules. Es Julia. Y segundo, querías un ejemplo..., justo ahí. Sabía que si no te daba uno de inmediato, tú rellenarías el espacio en blanco por mí con tus próximas palabras. Enfréntalo, Theo, eres el más gallito de todos y no sabes cómo ser otra cosa que eso.

Con una sonrisa rápida, se gira sobre su talón, recorre el patio con sus calcetines de tubo, saludando y sonriendo a Roark que chupaba una petaca antes de entrar en un edificio. ¿Por qué él la hace sonreír y yo la hago gruñir?. Demonios, ella me tendió una trampa, y ni siquiera lo vi venir. Me ha vencido, y diablos, quiero ver si puede hacerlo de nuevo. No muchas universitarias me han desafiado, ¿Pero esta chica? ¿La hermana de Kevin? Ella es brillante. Sardónica. Y me gusta.

CAPÍTULO DIEZ

JULIA

—Hola Jules—. Theo se levanta de su silla con un traje azul marino de tres piezas, muy guapo, con el pelo ligeramente peinado hacia un lado, un reloj grueso y caro que mira más allá de los puños de sus mangas. Inclínandose hacia adelante, presiona su mano contra mi cadera y me roza la mejilla con sus labios, su voz es sensual cuando dice: —Gracias por encontrarte conmigo aquí—. Siento un suave estruendo de su voz en mi oído de una manera muy inesperada, pero íntima, un escalofrío me golpea la columna vertebral, una vértebra a la vez.

—No hay problema—, respondo a pesar de que durante todo el viaje hasta aquí estuve jurando que había una tormenta, irritada porque una vez más tuve que arrastrarme por la ciudad de Nueva York para trabajar en el perfil de Theo. Cuando Nora me llamó para hablarme de la cita, casi lo cancelo todo. Eso fue hasta que ella dijera que hizo reservaciones en Chez Louis.

Kevin me hizo una fiesta de cumpleaños aquí hace unos años, y todo lo que pude hacer fue delirar sobre cómo es mi lugar favorito en la ciudad para comer porque hacen la mejor berenjena a la parmesana. Es una coincidencia que nos reuniéramos en este lugar o Theo tiene algún tipo de memoria loca, porque apenas recuerdo que estuviera en la fiesta.

—Me tomé la libertad de pedir a los dos berenjenas a la parmesana. Espero que esté bien. Pensé que tendrías hambre, ya que ha pasado una hora desde el almuerzo—. Tomo mi servilleta del plato y la pongo en mi regazo. Necesito agua. La temperatura en mi cuerpo ha subido a un nivel anormal, con el que no me siento cómoda cuando estoy cerca de este hombre.

Pongo mi vaso de agua en la mesa y lo giro un poco sobre ella hasta que estoy lista para hablar. —La berenjena a la parmesana es perfecta. Gracias—. Busco mi bolso. —¿Nos ponemos a trabajar?

—Claro, podemos trabajar hasta que llegue la comida—. Estira las manos y mueve el cuello de lado a lado, como si se estuviera preparando para tres asaltos en el ring de boxeo. Ignorando su calentamiento, coloco mi cuaderno, mis preguntas, y saco uno de mis bolígrafos favoritos, lista para tomar notas.

—Bien, veamos. La última vez hablamos de aventuras de una noche.

—Podemos hablar más de eso si quieres.

Lo miro fijamente. —Prefiero no hacerlo.

—Está bien, no hace falta que me des el mal de ojo. Continúa—. La condensación rueda de su vaso de agua mientras lo recoge, mojando sus largos y gruesos dedos. Desde el otro lado del borde, me sonrío y levanta las cejas mientras bebe un sorbo, una mayor cantidad de agua de la que yo esperaría. Cuando deja su vaso, pregunta: —¿Tengo algo en la cara?

—No, ¿por qué?

—Porque me estás mirando demasiado.

Mierda. Uy, quería pensar en algo que decir que no admita que tiene razón... otra vez.

—Se llama observación, Theo. Es parte de mi trabajo. Todo lo que haces y dices es un rasgo de personalidad que necesito saber.

—¿Estás segura de eso? Porque realmente parecía como si estuvieras mirándome fijamente, asimilando mi buen aspecto. Siempre te han gustado mis ojos.

—¿Qué? No, no te miraba demasiado, sólo te observaba para lo que te acabo de explicar. ¿De dónde diablos supones esas cosas?

—Ava. Me lo dijo en tu fiesta de 25 años. Me contó que dijiste que mis ojos son hermosos—. Él canta la palabra “hermoso”, lo que automáticamente me hace querer darle un puñetazo en los dientes.

—Estaba borracha seguramente.

—Sí, pero para ser alguien que lee a la gente para vivir, sabrías que el alcohol saca a relucir la verdad en las personas.

—Y la idiotez—, murmuré bajo y para mí misma, sacando la siguiente pregunta de mi iPad. —¿Has estado enamorado alguna vez?

—No.

La certeza de su voz me hace mirar hacia arriba. —¿De verdad?

—Sí. Nunca he estado enamorado. ¿Qué hay de ti?

—¿Cuántas veces tengo que decirte que estas preguntas no son sobre mí?

Imita mi irritación. —¿Y cuántas veces tengo que decirte que no me importa?—. Él asiente con la cabeza. —Vamos. Te daré una respuesta si tú me das una.

—Sabes que no soy yo la que está en el programa de citas, ¿verdad?

—Sí, no importa. Aún quiero oír tu respuesta—. Se inclina hacia adelante y susurra. —No te preocupes, todo lo que digas está a salvo en mi bóveda. No se lo diré a tu hermano.

—Ah, ¿Así que no irás a ver a tu novio después de esto para decirle todas las cosas que he tratado de ocultarle?

Sacude la cabeza. —No, tu secreto está a salvo conmigo, lo que es un gran riesgo para mí, porque si mi señor se entera de que le he estado ocultando algo, no va a estar contento.

—Hay algo muy malo con ustedes dos.

—Lo amo, y no me avergüenza decirlo.

—¿Ah?—. Apunto a Theo con el dedo. —Estás enamorado. Acabas de mentir.

Él eclipsa mi mano con la suya, bajándola a la mesa. —Guarda tu dedo meñique acusador. Me preguntaste si alguna vez estuve enamorado. Dije que no, porque no lo he estado. No estoy enamorado de tu hermano. Lo amo, como amo a mi pene, y no puedo vivir sin él.

Mis ojos entran en la rueda ocular gigante. Este hombre, en serio... Como es un poderoso y respetado magnate de las inversiones inmobiliarias en la ciudad de Nueva York, su situación esta fuera de mi alcance.

—Siguiente pregunta.

—De ninguna manera, aún no has contestado la última pregunta. ¿Alguna vez has estado enamorada, Jules?

No va a dejar pasar esto, no importa cuánto lo intente. No hay manera de eludir su persistencia, así que es mejor ceder para acabar con todo. Dejo mis ojos en el papel, mientras muevo la cabeza y contesto —No, nunca he estado enamorada.

—¿Ni siquiera de un imbécil novio universitario?

Hay sorpresa en su voz. Juego con mi pluma, haciendo clic dentro y fuera, tratando de moverme con cualquier cosa que mantenga mis nervios a un lado para no hervir a fuego lento. —Podría haber pensado que estaba enamorada en ese entonces, pero sé que no era así. Era lujuria. Puedo distinguir la diferencia ahora—. Trago con fuerza y lo miro. —Y para que lo sepas, hablar de esto contigo es muy difícil. No es fácil ser una casamentera que nunca ha estado enamorada.

—¿Por qué es tan difícil decirme eso?

—Porque sí—. Parpadeo un par de veces. No puedo creer que le vaya a decir esto. —Siempre he intentado impresionarte, hacerte pensar lo mejor de mí. Tú eres capaz de ver más allá de mi fino velo, y estoy segura de que me consideras una contradicción directa con mi negocio, con mi doctorado. Puedo ser buena leyendo a la gente, pero soy terrible leyéndome a mí misma.

Theo cruza la mesa y agarra mi mano sobre la suya, su pulgar lentamente haciendo pequeños círculos sobre mi piel, iluminándome desde adentro con un pequeño toque. Me hace querer tirar de mi mano hacia atrás, pero no lo hago. Raro.

—Jules, desde el primer día, cuando te presentaste en la fiesta de la fraternidad en pantalones cortos y calcetines blancos, me he quedado impresionado, tanto que me he sentido intimidado. Se necesitaron grandes pelotas u ovarios en tu caso para aparecer en una fiesta como esa, y supe en ese momento que ibas a ser una fuerza a tener en cuenta.

—¿Por los calcetines de tubo?

—Todo por los calcetines de tubo.

—¿Ha terminado, señora?—, me pregunta el camarero, con los dedos en alto y listo para tomar mi plato. Presiono mi mano contra mi estómago y veo el plato completamente vacío. Me devoré la berenjena a la parmesana como si fuera mi trabajo. —He terminado, gracias—. Desde una posición relajada, un tobillo cruzado sobre su rodilla, la mano agarrando su vaso de agua, Theo me mira atentamente, estudiando. Si él no supiera ya la manera en que puedo terminar con un plato de berenjena a la parmesana, pensaría que me está juzgando, pero sé que eso es lo más alejado de la verdad.

—¿Estás listo para volver a las preguntas?

—Lo estoy.

Antes del almuerzo, se quitó la chaqueta y la colocó detrás de su silla. Ahora se está arremangando su camisa, mostrando un impresionante conjunto de antebrazos que se ondulan con cada movimiento que hace. Kevin ha hablado antes de la rutina de entrenamiento de Theo, diciendo que no pasa mucho tiempo en el gimnasio, pero que cuando lo hace, se vuelve loco, sus términos, no los míos, entra y sale. Por la forma en que su camisa de vestir se extiende sobre su pecho, puedo ver de lo que Kevin estaba hablando. Y odio que me dé cuenta porque la mirada tiene que parar. En primer lugar, es un cliente. Segundo, es Theo. El odioso y molesto Theo, el mismo tipo que ha pasado los últimos diez años frustrándome sin parar.

Necesito hacer estas preguntas, concertar otra cita y seguir adelante.

—Deberías usar ese color más a menudo—. Su voz atraviesa la música clásica rasgueando a través del elegante restaurante italiano. Miro mi blusa amarilla y luego lo vuelvo a mirar. Él lleva una vida agitada, pero está sentado aquí conmigo, tomándose su tiempo y no corriendo para volver al trabajo. Sería fácil confundir su postura despreocupada con el pensamiento de que aquí es exactamente donde quiere estar. Como si quisiera pasar todo su día conmigo. Probablemente esté ansioso por encontrar a su mujer y harto de todo este proceso.

—Es bonito—, añade. Un rubor sube por mis mejillas; se siente como si hubieran subido la temperatura en este lugar. Un ligero brillo de sudor me golpea, y cojo mi vaso de agua, tratando de enfriar mi temperatura interna. ¿Qué demonios está pasando conmigo?. Voy a culpar a Theo por haberme desviado del rumbo. Estoy fuera de mi agenda. Yo no salgo a reunirme con los clientes, ellos van a mí, y él me está lanzando por un remolino... como siempre lo hace. Soy estructurada y reflexiva, me aseguro de sopesar todas mis opciones antes de tomar decisiones, y desde que conozco a Theo, sé que es espontáneo, y ha sido una lucha para mí aceptarlo. Hasta el día de hoy.

Silenciosamente, murmuro un agradecimiento y luego despierto a mi iPad, donde empiezo a hojear las preguntas, mirándolas en silencio.

Cuando formé este cuestionario, había un propósito: encontrar las coincidencias más compatibles y, aunque parezcan invasivas, hasta ahora han hecho un buen trabajo. Actualmente puedo reclamar una tasa de éxito del noventa y dos por ciento en las parejas que coinciden, he pagado el cincuenta por ciento de mis préstamos universitarios, y debería poder dar trabajo a otro empleado de tiempo completo en los próximos doce meses para ayudar a reducir un poco mis horas. No está mal para una mujer independiente de 31 años. Por lo tanto, nunca he sentido la necesidad de reevaluar mis preguntas de análisis.

Sentada aquí haciéndole a Theo las mismas preguntas que le he estado haciendo a los clientes durante unos años, por primera vez desde que empecé el programa de citas ¿Cual es tu Color?, me siento avergonzada. Quiero saltármelas, pasarlas, y por razones obvias, no quiero escuchar las respuestas. Pero Theo fue a verme para encontrar el amor, al menos eso dice, y la única manera en que puedo hacer mi trabajo, y emparejarlo bien, es rellenando su perfil de citas lo mejor que pueda. Una de las razones por las que hago estas preguntas en persona es para poder leer el lenguaje corporal del cliente. Las computadoras no pueden hacer eso, pero yo sí, y leer a las personas a través

de múltiples contextos es uno de los factores que ha asegurado mi éxito. Si no fuera importante impresionar a Theo con lo que he logrado, le diría que responda las preguntas por sí mismo, o que las omita por completo, pero ese no es el caso. Desde que lo conocí, he querido mostrarle que soy más que la chica tranquila en el mono que conoció hace tantos años y que necesitaba ayuda para aprobar una clase.

Quizá quiera impresionarlo porque mi hermano siempre habla muy bien de él. Quizás porque Theo siempre parece tener razón cuando estoy cerca, o tal vez porque en el fondo quiero impresionar al chico más popular de Yale, el que todo el mundo conocía, al que todo el mundo amaba..., sigue amando.

Créeme, sé que es una obsesión malsana que tengo, tratar de impresionar a alguien a quien antes de esto quizás he visto dos veces al año después de la universidad, pero no sé, algo acerca de él se me pegó todos estos años. Y ese “algo” es la razón por la que voy a necesitar otro vaso de agua helada.

—Bien, las siguientes preguntas podrían ser un poco invasivas....

—¿Más invasivo de lo que ya he contestado?

Lentamente asiento con la cabeza, manteniendo mis ojos enterrados en el iPad frente a mí, actuando como si me estuviera desplazando a través de las preguntas. —Desafortunadamente, sí, pero todo es parte del programa, y estoy tratando de asegurarme de encontrar la mejor combinación para ti, intelectual y físicamente—. La quietud en el aire entre nosotros estalla una gota de sudor en mi espalda mientras lo miro despreocupadamente, encontrando sus ojos entrecerrados.

—¿Físicamente? ¿Tan profunda eres, Jules?

Oh Dios, ¿por qué tuvo que enfatizar la palabra *profunda*? ¿Está tratando de hacer esto lo más incómodo posible?. ¿A quién estoy engañando? Por supuesto que así es. Ese es Theo. No es que no haya entrevistado a hombres guapos antes. Nueva York está lleno de ellos. Pero este hombre está desenmarañando mi separación normal. Cuadrando mis hombros, me siento con la cabeza en alto y trato de encontrar mi profesionalismo, y equilibrio, al asentir con la cabeza. —Sí. No me gusta equivocarme cuando emparejo a la gente, así que cuanto más sepa, mejor. Ahora, ¿te importa si continuamos?.

Trabaja su mandíbula hacia adelante y hacia atrás, sus ojos se concentran en mí, estudiándome cuidadosamente. —Bien. Si, sigamos adelante.

Dejé escapar un largo aliento. Esto podría ser mucho peor. Podría estar haciéndole estas preguntas a mi hermano. Puedo estar agradecida de que perdiera la apuesta y no Kevin. O Roark, aunque leerlo a él y a su

personalidad podría ser interesante. Creo que cualquier especialista en comportamiento humano querría investigar la vida de Roark, estudiar cada uno de sus movimientos, porque es un millonario exitoso, hecho a sí mismo, que tiene cero respeto por la ética empresarial o el profesionalismo.

Pasando a la primera pregunta, me pongo en ello. —¿El sexo es importante para ti?

—Mucho.

Ni siquiera se salta un latido, girando su taza sobre la mesa, su atención esta sólo en mí. Asiento con la cabeza. —En una escala del uno al diez, ¿qué importancia tiene?

—Once.

Lo miro y trato de leer su lenguaje corporal, pero no ha cambiado, lo que significa que no se siente ni siquiera un poco incómodo. Theo es una criatura sexual. Como pensaba.

—Umm, sólo voy a escribir diez.

—Escribe lo que quieras, Jules, pero ten en cuenta que el sexo es una gran parte de mi vida.

Actúo como si estuviera anotando una nota cuando por casualidad pregunto: —¿Por qué?

—Porque me enorgullezco de hacer que las mujeres me persigan—. Se pone serio. —El trabajo es el trabajo. Invierto, gano dinero y lo hago todo de nuevo. No hay mucho en él en estos días que me excite. Hacer ejercicio es otra cosa que hago sin pensar. Hago ejercicios y sigo adelante. Pero el sexo, hay tantas facetas que entran en juego, y cada mujer es diferente, encontrar la clave de su placer es algo de lo que me enorgullezco.

Se me seca la boca. ¿Dónde está el maldito camarero con un recambio cuando lo necesito?. —¿Pero qué pasa cuando eres monógamo? Sabes que esta no es una forma especial de Tinder, ¿verdad? No estoy aquí para engancharte con una aventura de una noche.

—Confía en mí, Jules, si todo lo que quisiera fuera una aventura de una noche, seguro que no estaría sentado aquí respondiendo a todas tus tontas preguntas—. Su pie cae al suelo mientras se inclina hacia adelante. —Y cuando sea monógamo con una mujer, eso es algo que tomo en serio, pasaré todo mi tiempo libre explorando todas las formas de hacer venir a mi chica—. La palabra se le sale de la lengua, suave y lisa, enviando un escalofrío que hace vibrar los huesos a través de mí.

—¿Quiere que rellene su vaso?—, pregunta el camarero. Con la mano

extendida, lo moví en su dirección y casi golpeé al hombre en la pierna. —Sí, por favor—. La sonrisa que cruza la cara de Theo, lo cual no sólo me irrita, sino que también demuestra una cosa: él sabe que tiene un efecto en mí.

Estamos llegando al final. Eso es todo. No más discusiones. Estamos haciendo preguntas rápidas. Eso es lo que me digo a mí misma. Bebo mi vaso de agua. —¿Cuál es tu posición sexual favorita?

—¿Tengo que elegir?

—Sí—. Se rasca el lado de la mandíbula, contemplando realmente su respuesta y no puedo evitar preguntarme, ¿Cuántas posiciones sexuales conoce? He hecho una... pero no se trata de mí.

—Diablos, no lo sé—. Se pasa la mano por el pelo, como si realmente estuviera en apuros. —Si tuviera que elegir, supongo que tendría que elegir... — Se detiene. —Mierda. Uh— lanza las manos al aire —No puedo elegir. Las amo a todas.

—Theo.

—No, no estoy eligiendo, y realmente depende de la mujer también. Si tiene un culo increíble, quiero cogerla por detrás y que me folle como una vaquera. Pero si sus tetas son increíbles, voy a querer...

—Olvida que pregunté—. Levanto mi mano. —Sigamos adelante—. Escaneo la siguiente pregunta y realmente me odio en este momento. —¿Te importaría chupársela a tu compañera?

—Me encanta, carajo. Puede sentarse en mi cara cuando quiera.

Diablos. —¿Y te importa si tu compañera te la chupa?

Me da una mirada puntiaguda. —¿Qué tipo va a decir que no a una mamada?

—Sólo tengo que asegurarme—. Escribo en mi Ipad. —¿Estás abierto a explorar sexualmente con juguetes?

—Claro que sí. Y de ambas maneras, ya sabes, juguetes para mí, juguetes para ella, estoy bien con lo que sea.

—¿Alguna vez te ha costado mucho... estar a la altura de las circunstancias?

—Nunca. Siguiendo pregunta.

No creí que eso pasara, no con el apetito voraz que tiene por el sexo. —¿Has participado alguna vez en juegos anales?— Una estúpida sonrisa se extiende por su cara. Se lame sus labios y asiente con la cabeza.

—Sí, y antes de que preguntes, la respuesta es si, yo también he participado en el juego anal.

Maldita sea, maldita sea.

Me aprieto las piernas, la idea de que Theo deje que alguien... No, ni siquiera puedo pensarlo. Mi voz está por encima del susurro. —¿Alguna vez has tenido relaciones sexuales con el mismo sexo?

—No.

—¿Trío? —

—No, no es lo mío. Me gustan los espectáculos de una sola mujer.

Y por alguna razón eso me sorprende, tal vez porque Theo parece un jugador, o quizás porque su currículum sexual parece tener cinco páginas con el tipo de experiencia que tiene, pero ningún trío, es un poco chocante. Debe captar la confusión en mi rostro, porque dice:

—Puede que tenga experiencia, pero sé lo que quiero y lo que no quiero. Cuando estoy con una mujer, no quiero distraerme. Quiero darle toda mi atención y asegurarme de que no sólo se venga una vez, sino que lo haga varias veces.

Asiento con la cabeza, mis labios se mueven mientras hablo y mientras escribo. —Le gusta hacer venir a las mujeres. Múltiples veces. Lo tengo— Múltiples veces. No una vez si tienes suerte. Múltiples. Cristo.

Se ríe entre dientes. —Me alegra que hayas hecho esa nota. Y tú, ¿cuál es tu posición favorita?

No está sucediendo. Sacudo la cabeza. —De ninguna manera voy a hablarte de esto. Lo siento.

—¿Por qué no? Tú lo sabes todo sobre mi vida sexual, además del tamaño de mi pene—. Se inclina aún más hacia adelante. —¿Quieres saber el tamaño?

—No, por el amor de Dios, no—. Y ahí está esa sonrisa otra vez.

—No hay necesidad de ponerse nerviosa, sólo de asegurarse de que no es algo que tienes que escribir.

—No, no es necesario—. Me enderezo el vestido y respiro profundamente. —Bien, una pregunta más y entonces puede que rellenes el resto por correo electrónico—. Tengo que terminar con esto. Pude hacer la mayoría de las preguntas importantes y leer su lenguaje corporal. Vamos a comprobar la confianza sexual en su perfil porque... sí, no hay problema con su apetito por el examen. También es un amante desinteresado, intencional, concentrado. El sueño de toda mujer, en otras palabras.

—¿Sólo una pregunta más?. Pero estábamos llegando a lo bueno.

Despreocupadamente miro la hora en mi teléfono. Tres horas, ¿cómo es posible? —Tengo algunas cosas que hacer en la oficina, así que probablemente deberíamos terminar con esto...

—Me parece justo—. Mira su reloj. —¿Cuál es la última pregunta?

—Describe a la chica de tus sueños en tres palabras.

Sus dedos tocan el tambor contra la mesa. Toque. Toque. Toque. Sus labios trabajan a un lado como él piensa. Hay algo que decir sobre la manera en que se toma su tiempo para responder a algunas de estas preguntas, al menos a las importantes. Es considerado, algo que he anotado en su perfil.

—Tres palabras, tendría que ser... inteligente, reflexiva...— y sus ojos se dirigen a mi pecho por un breve segundo —Y tetas increíbles.

Una llama de calor quema mi cara y mi voz se vuelve débil. —Son cuatro palabras.

—Bien consciente, Jules— Guiña el ojo y se levanta de la silla sólo para arrojar su chaqueta sobre sus hombros y abotonarse el abrigo. —Estaré esperando tu correo electrónico.

Y con eso, se agacha en la cintura, me aprieta un beso en la mejilla, luego se pavonea fuera del restaurante sin mirar atrás, dejándome incómoda, un poco caliente y molesta, con un montón de curiosidad.

Sólo porque soy tan curiosa, miro a mi pecho donde noto que la V de mi vestido es increíblemente baja, mostrando una cantidad decente de escote. Mi cara arde de calor mientras sus palabras resuenan en mis pensamientos. ¿Estaba hablando de mis tetas?, ¿Y por qué me importa si es así?

CAPÍTULO ONCE

THEO

—¿Por qué caminas tan rápido?— pregunta Roark, corriendo para mantenerse al día. —Vas a hacer que me desgarre la ingle.

—Te dije que tengo que ir a un lugar.

El almuerzo con Roark duró demasiado. Hablamos de negocios y luego pasó la última media hora discutiendo los pormenores de una mujer con la que se acostó anoche. Describió la forma de sus areolas y la longitud de sus pezones. Era excesivo e innecesario. Y me ha dejado atrás. Tenía planes, y ahora estoy corriendo por las calles de Nueva York tratando de llegar a la oficina de Julia antes de que se vaya.

—No creí que hablaras en serio—. Me coge y me tira del brazo, ralentizándose. —Te estás poniendo todo sudoroso, amigo. ¿Por qué no cogiste tu limusina?

—El tráfico es una mierda a esta hora. Caminar es más rápido—. Mantengo mi mirada hacia adelante, mi cerebro trabajando horas extras, calculando los minutos que me quedan antes de que Julia se vaya y la cantidad de bloques que tengo que caminar.

—¿Esto es algún tipo de reunión de negocios?

—Claro.

—Eso no suena convincente—. Roark tose a mi lado. —Cristo, mis pulmones.

—Tal vez si hicieras ejercicio, no estarías buscando aire ahora mismo.

—Hago ejercicio—, defiende, pero puedo oír una sonrisa en su voz. Creo que es el único bastardo que conozco que puede hacer flexiones y abdominales todas las mañanas con una carrera ocasional, beber como un caballo por la noche y tener el cuerpo que tiene. Casi parece inhumano.

Molesto, le digo: —¿Hay alguna razón por la que me estás siguiendo?

—Sí, no pudimos hablar del programa de citas. Quiero una actualización. Hace tiempo que no tenemos una y ya conoces las reglas.

—Ahí es donde me dirijo ahora, y me estás haciendo llegar tarde...

—¿Ah, sí?—, pregunta, su voz irritante y molesta. —Cuéntame más ¿Estás entusiasmado con las mujeres potenciales que vas a conocer? ¿Crees que

puedes manejar un compromiso? Nunca supe que fueras un chico para salir con alguien en forma estable.

—Las cosas cambian—, respondo bruscamente, acelerando mi ritmo. Roark tira de mi hombro, otra vez, para bajarme el ritmo. —¿Qué quieres decir con que las cosas cambian? ¿Lo dices en serio?

—Sí—, respondo con firmeza.

—Amigo—. Su voz se vuelve seria. —Creo que esto es algo de lo que deberíamos haber hablado en el almuerzo.

—En vez del tamaño de los pezones de la chica de anoche?

—Bueno—. Se detiene, y desde el rabillo de mi ojo capto su sonrisa. —Sólo podríamos haber hablado de ello unos minutos menos. Pero realmente quieres zambullirte en esto de las citas, ¿eh? ¿Qué ha cambiado?

Mis pies golpean contra la acera. Sólo unas pocas cuerdas más. Creo que puedo atraparla antes de que salga de su oficina.

—Tengo 33 años, Roark. No quiero estar solo para siempre. Es hora de que busque a alguien con quien pueda pasar el tiempo, aparte de ustedes dos, tontos.

—Oye, somos buena compañía.

—Sí, ¿pero te puedo abrazar?

—¿Abrazo?— La cara de Roark se retuerce de asco. —¿De dónde demonios viene esto? ¿Abrazos? Amigo, eso es una mierda que se obtiene de las relaciones.

—Lo sé.

—¿Y tú quieres eso?—. Ya casi llego, puedo ver la entrada de su oficina.

—Sí, así es.— Lo quiero con cierta chica, alguien que me capturó desde el primer momento en que la conocí. No me había dado cuenta en ese momento. Y ahora me ha sacado la cabeza del culo, después de haberla visto hace unos meses en el parque, tan guapa que sabía que tenía que encontrar la manera de salir con ella, de ser parte de su vida.

Tal vez lo estoy haciendo mal, pero la última vez que mencioné la idea de que saliéramos juntos, ella pensó que no éramos para nada adecuados. Aunque, no creo que realmente me tomara en serio. ¿Esta vez? Esta vez demostraré que hablo en serio. Que encajamos bien. El ajuste perfecto. No tendrá otra opción que creerme. Creer en un *nosotros*.

—Bueno, dame un abrazo, hombre—. Roark trata de empujarme a su abrazo, pero yo lo ahuyento. —¿Qué demonios estás haciendo?

Se ajusta la chaqueta de su traje. —Felicitándote. Diablos. ¿No puede un

amigo alegrarse por otro amigo? Quieres amor. Es un gran paso.

Sacudiendo la cabeza, me giro hacia mi destino y alcanzo la puerta del edificio, pero Roark me detiene.

—¿Lo sabe Kevin?

—¿Saber qué?— Pregunto, mi piel empieza a picar. Si no la encuentro, Roark lo pagará.

—¿Sabe Kevin que estás a punto de tomar un camino dentro de las relaciones?

Hay una cosa que decir sobre Roark: puede que beba como un marinero y se vaya a la mierda por la ciudad de Nueva York, pero es perspicaz. Y, Jesús, por un segundo pensé que él sabía lo que sentía por Julia.

—Quiero decir, él sabe lo de la apuesta obviamente, así que creo que usted ya lo saben ¿No?

Roark sacude la cabeza y sonrío. —No cuando es su hermana la que te interesa.

Mierda.

—¿De qué estás hablando?— Mis palmas empiezan a sudar, la verdad me parte en dos. ¿Cómo diablos lo sabe?

—Ah, no juegues conmigo. Puedo verlo en tu cara.

—Estás borracho, amigo—. Le doy una palmadita en el hombro. —Despeja y haz algo de trabajo por una vez en tu vida—. Me retiro y abro la puerta del edificio justo cuando oigo a Roark gritar:—Sólo admítelo, te gusta.

A veces realmente lo odio a él y a sus costumbres irlandesas.

No tengo una reunión con Julia. Quiero cogerla con la guardia baja antes de que se vaya. Cuando me puse en contacto con su asistente, Lucy, me dijo que a Julia le gustaba salir de la oficina los viernes alrededor de las 4:45. Bueno, son las 4:30 y espero que ella no escupa fuego cuando me vea entrar por su puerta.

El edificio moderno es bastante tranquilo en comparación con el bullicio normal por los pasillos en el mío, así que cuando llego a su oficina, espero por Dios que todavía esté allí. Han pasado tres días desde nuestro encuentro, y necesito verla de nuevo. He pensado en cada palabra, en cada rubor en sus dulces mejillas, y en cada ascenso y descenso de sus espectaculares pechos cuando su respiración se aceleró durante nuestra última conversación. Quiero el segundo asalto. Necesito el segundo asalto.

Es por eso que no he entregado mis respuestas a sus preguntas. Y ¿Por qué no he respondido a sus emails?. Porque quiero hacer esto en persona otra vez.

Quiero hacerle las mismas preguntas, averiguar qué fue lo que dije que la excitó. Porque eso pasó, se excitó. Hubo momentos en los que describí lo que haría por mi mujer cuando vi que su mente se preguntaba si la forma en que he complacido a las mujeres en mi pasado sería lo que podría hacer con ella en el futuro. Y quiero saber todas las formas en que puedo derribarla. Un placer para ella. Despojarla de su exigente control ciego, con satisfacción y felicidad sexual.

Con una respiración profunda agarro la manija de la puerta de su oficina y la tiro, aliviado cuando se abre. La recepción está vacía, lo que me hace creer que Julia dejó que Lucy se fuera a casa temprano, tan buena jefe, así que me dirijo a su oficina, donde la puerta está parcialmente abierta.

Por un breve momento, la observo en el trabajo, sus dedos apretando el teclado, sus ojos entrecerrados en la pantalla de la computadora frente a ella, y honestamente, la concentración en su frente es una gran excitación. Es inteligente, inteligente y decidida. Respeto la forma en que ha construido un negocio desde cero y ha tenido éxito sin la ayuda financiera de su hermano. Ella lo ha hecho por su cuenta y eso no podría ser más sexy para mí.

Con mi nudillo, golpeo la puerta, sorprendiéndola. A través de los gruesos lentes negros posados en su nariz, sus ojos se concentran en mí y lentamente comienza a relajarse.

—Theo, ¿qué haces aquí?

Empujo todo el camino a través de la puerta y me quito la chaqueta de mi traje, sólo para arrojarlo en el sofá. Antes de sentarme, le doy un beso rápido en la mejilla a pesar de querer mover mis labios suavemente sobre los suyos. —Vine a responder el resto de mis preguntas.

—Te dije que les respondieras en un correo electrónico.

Sacudo la cabeza. —No, quiero toda la experiencia. Quiero que me lo preguntes en persona.

—No tengo tiempo.

—Mentira—. Me levanto del sofá y camino detrás de su escritorio donde agarro el respaldo de su silla. Su perfume de vainilla flota a mi alrededor, haciéndome retroceder por un segundo. Mierda, huele muy bien. Casi celestial. Es tentador acercarme.

Honestamente, ¿qué haría ella en este momento si me inclinara sobre su hombro y le metiera la lengua por el cuello hasta la mandíbula donde le mordisqueo el camino a sus labios? ¿Lo odiaría o se pondría cachonda?

Desde el tenso juego de sus hombros y la forma en que no gira en mi

dirección, voy a adivinar que flotaría en el lado de: *no te acerques a mí*. Pero no estoy preocupado. Puedo cambiar eso. Miro su computadora y veo en qué está trabajando. Un mensaje a Panera.

—Uh, ¿estás realmente ocupada?

Rápidamente mira hacia la ventana y cruza los brazos sobre su pecho, girando su silla para mirarme. —Si no das retroalimentación inmediata sobre tu comida, terminas olvidándote.

—Son justas las cuatro y media, ¿A qué hora almorzaste?

Se muerde el rabillo del labio y le haría el amor si se me pone dura en un instante, viendo la forma en que sus dientes rozan su labio hinchado y húmedo.

—Doce y media, pero tomé nota—. Vuelve a girar y se sostiene la nota que se hizo a sí misma: “Rip Panera, un nuevo imbécil”.

—Interesante elección de palabras. ¿Puedo preguntar qué hizo Panera para recibir una retroalimentación como esa de tu parte?

Sus ojos se volvieron hacia un lado, una leve sonrisa en su cara. —Olvidaron mi galleta en la entrega.

—Bueno, eso es algo que no puedes dejar pasar.

—Lo sé—, se queja. —La única razón por la que decidí comprar una ensalada fue para poder comer la galleta, o de lo contrario habría ido con los macarrones con queso.

—Obviamente. El puto dulce— Asiento hacia la computadora. —¿Qué has escrito hasta ahora? Veamos si podemos darle sabor a este email, y conseguirte un año de galletas gratis.

—¿Crees que harían eso?

Dios. Mierda, me está mirando con la expresión más linda que he visto en su hermosa cara. Como si quisiera que la ayudara. Tan increíblemente hermosa. Y por una vez, siento que tengo lo que ella necesita. —Será mejor que lo intente.

Volviéndose hacia su computadora, ella abre la pantalla y yo leo la carta en voz alta.

—A quien corresponda. Pedí una ensalada de pollo con manzana Fuji y galletas de temporada hoy y no recibí la galleta en mi pedido. Estoy muy molesta...— Sacudo la cabeza. —Jules, esto no servirá. Tienes que ser firme. Déjame intentarlo—. Me inclino sobre su hombro y cojo el teclado. El calor de su cuerpo me golpea inmediatamente, y me aseguro de mantenerla bloqueada con mi pie para que se vea obligada a permanecer cerca. Quiero sentir su calor todo el tiempo que pueda. Es adictivo. Ella es adictiva. Me

rompo los dedos y miro por encima del hombro. —¿Estás lista para esto?—. Sus labios están sellados, los ojos bien abiertos, ella asiente con la cabeza y luego mira a mis anchos hombros antes de volverse hacia mis ojos. Esa pequeña lectura, la que ella trató de ocultar, me hace creer que tal vez, y sólo tal vez haya algo que se esté gestando entre nosotros.

—Bien, en primer lugar, tienes que cambiar el encabezado de este email. Empecemos con: *escuchen, chupapollas sedientos de sangre*.

Ella me empuja, pero yo no me muevo. —No puedes escribir eso—. Ella se ríe. —Claro que puedo. Es más impactante.

—Es de mala educación.

—Es grosero que hayan olvidado tu galleta. Ahora, ¿dónde estaba?. Sí, *chupapollas sedientos de sangre. Compré una ensalada sólo por comer una galleta después, y su incompetente harén, al que les gusta llamar empleados, se olvidó de mi preciosa galleta.*

—No puedes llamarlos incompetentes.

—¿Por qué no? ¿No lo son? Olvidaron tu galleta.

—Podrían haber estado ocupados.

Pongo los ojos en blanco mientras Julia me empuja de nuevo. —Puedo ocuparme por la carta más tarde.

—¿No quieres mi ayuda?

—No quiero que montes una escena con Panera, que me hace entregas regularmente. Confío en su servicio para alimentarme, así que no los llamo chupapollas sedientos de sangre.

—Si no quieres mi ayuda, creo que deberíamos empezar con las preguntas—. Me paro y me dirijo a su sofá donde saco el teléfono del bolsillo y le envío un mensaje de texto rápido a Nora.

—No planeaba quedarme hasta tarde.

—Yo tampoco, así que olvidemos que esto es trabajo y tratémoslo más como una forma de conocernos mejor—. Me giro, guiño el ojo y me apoyo firmemente en su sofá, estirando los brazos y marcando mi territorio.

—No hay necesidad. Me conoces desde hace años, y estas preguntas son sobre ti para que pueda crear un perfil.

—Oh, no, vine aquí por la experiencia completa, así que quiero que me las hagas.

Ella me da un repaso superficial, sus ojos vagando por mi cuerpo, antes de que suelte un fuerte suspiro y sucumba a mi encuentro improvisado. Apaga su computadora, toma su cuaderno y su iPad y se dirige al sofá. —Sabes, eres

realmente molesto.

—Y aun así, estás a punto de tener una sesión para conocerme mejor.

—Porque sé que no me darás otra opción—. Ella tiene razón en eso. Tenía el corazón puesto en pasar la noche del viernes con ella, así que aquí estoy.

—¿No tienes planes para esta noche? ¿Saliendo con los chicos?

Sacudo la cabeza. —Mi prioridad eres tú, Jules y este programa—, agrego.... Sólo para despistarla. La mirada en blanco y la forma en que se inquieta nerviosamente con su pluma me hace creer que estoy haciendo todo lo correcto para reunir su afecto.

—Bien, es bueno ver dedicación—, contesta torpemente y tira a perder el tiempo con su cuaderno. —Creo que quedan quince preguntas, así que podemos superarlas rápidamente y seguir nuestro camino—. O podemos ir a cenar, a tomar algo o a mi casa. Cualquiera de esas opciones funcionaría para mí, pero no digo eso, porque sería una forma segura de asustarla. Ya está nerviosa, y no quiero alejarla cuando empiezo a sentir que estoy ganando terreno.

—Suena bien. ¿No has contestado ninguna de estas preguntas?

Sacudo la cabeza. —Ni siquiera las he mirado—. Mentira. Estudié las preguntas y elegí cuáles le haría a Julia a cambio. Elegí sabiamente, asegurándome de que pensara que era algo de lo que ella se sentiría cómoda al hablar conmigo.

—Bueno, entonces vamos a empezar. Si tuvieras que dibujar físicamente a la chica de tus sueños en tu cabeza, ¿cómo sería?

—Chica de ensueño, ¿eh?— Esta es fácil. Mantengo los ojos fijos en ella mientras digo: —Siempre he sido un tipo de rubias—. Toma notas y asiente con la cabeza. —Me encantan las curvas de una mujer, algo para agarrar cuando me entierro en lo más profundo de ella—. Julia mira hacia arriba por un momento antes de concentrarse en su cuaderno de notas. —Pezones que se endurecen cuando....

—La descripción del pezón no es necesaria.

—¿Estás segura? Porque puedo entrar en detalles.

—Estoy segura que sí, pero por favor, sigue adelante.

Me río. —De acuerdo. Ojos azules, labios gordos, más baja que yo, pero no tanto que tenga que arrodillarme para besarla. Oh, y me encanta el tipo nerd—. Cuando me mira, le digo sin vergüenza: —Sabes, puedes escribir: como Julia Westin, si quieres.

—¿Qué?

Su cara se sonroja y me río. —Relájate, Jules. Relájate—. Me inclino y le agarro la rodilla, sacudiéndola un poco. —Relájate y diviértete. Siempre estás tan tensa—. No responde, sólo sigue tomando notas. Se pone las gafas en la nariz y pasa el dedo por el iPad.

—¿Preferencia de estilo de ropa?

Calcetines de tubo blanco. —No podría importarme menos. Parece una pregunta sin sentido cuando una personalidad puede eclipsar la elección de una falda—. La más pequeña de las sonrisas se tira de sus labios mientras lo escribe, y mi pecho se hincha con orgullo. A ella le gustó esa respuesta.

—¿Cuál sería tu primera cita ideal?

Me rasco el lado de la mandíbula, actuando como si estuviera pensando en la pregunta. —¿Una cita ideal con mi mujer ideal?

—Sí.

—Hmm... Bueno, probablemente una comida donde pueda compartir una buena conversación con ella. Tiene que ser capaz de aguantar cuando le hago preguntas, y necesito tiempo para hacerlo.

—Bien, ¿qué más?

—Y entonces probablemente daría un paseo por Central Park, me tomaría de la mano y vería cómo encaja a mi lado. Le preguntaría sobre su familia, cómo se lleva con sus padres y hermanos. Una relación cercana con las personas que han estado con ella toda su vida es importante para mí, me muestra que tienen un corazón fuerte y amoroso.

—Tiene sentido.

—Y entonces tendríamos algún tipo de postre. Preferiblemente helado—. Finalmente, comienza a relajarse, ella mira hacia arriba y pregunta,

—¿Por qué helado?

—Porque puedes saber mucho de alguien por su elección de helado.

—¿Es eso cierto?

—Sí—. Desempolvo el brazo del sofá con el dorso de la mano y le sonrío a Julia. —Y luego, después del helado, estaría tentado de invitar a la chica a mi casa, pero no lo haría.

—¿Por qué?

—Porque hay una ciencia para cortejar a una mujer. No puedes cogértela la primera noche y creer que no va a pensar que fue usada. Tienes que asegurarte de que sepa que estás interesado, muy interesado, y luego le das un beso de buenas noches, asegurándote de que se suba a un taxi a salvo.

Julia cruza una pierna fina sobre la otra, exponiendo un poco más el muslo.

—¿Y cómo lo haces para saber que ella está interesada?— Sé a ciencia cierta que esa no es una de las preguntas del papel. Se está metiendo en la conversación, y eso me encanta.

—Lenguaje corporal—. Me volteo hacia Julia, acercándome un poco más. —Se inclinaría cuando hablo, haría contacto visual, pero de vez en cuando, bajaría la mirada a mis labios. Lo mismo yo, si ella me interesa mucho—. Lo hago, concentrándome en los labios de Julia por un tiempo. —Me aseguraría de frotarle círculos lentos en el dorso de la mano cada vez que tuviera la oportunidad, y cuando nos besáramos, presionaría mi cuerpo contra el de ella, dejando que sintiera lo duro que me hace al estar en mis brazos—. Ella traga fuerte y yo me acerco más. —Le agarraría la mandíbula con ambas manos, pasando mi pulgar por encima de sus labios una vez antes de bajar la cabeza—. Julia se lame los labios. —Y luego moviendo mis labios a una respiración lejos de los suyos, me quedaría quieto, dejando que el aire nos azotara, dejándola empapar en el momento antes de que yo reclamara sus labios con los míos.

Julia asiente con la cabeza, inclinándose hacia adelante, esperando más. — Al principio sería exploratorio, nada demasiado intenso, y luego lentamente enfocado en seducir sus labios, coaccionándolos hasta que se separen, dándome suficiente espacio para deslizar mi lengua a lo largo de la costura de su boca.

Con una mirada confusa en sus ojos, Julia se pone los dedo en los labios, casi reproduciendo la escena sin darse cuenta y traga. —Pero lo dejaría así, alejándome antes de que nuestras lenguas se conozcan, dándole una pequeña muestra para que conozca mis intenciones. Y antes de meterla en el taxi, antes de mandarla a casa, la acercaría a mi pecho por última vez y le mantendría la barbilla firme mientras le susurro: *Te llamaré*. Y luego le pondría un beso en los labios y la ayudaría a subir al vehículo. Y para que sepa que estoy interesado, me aseguraría de llamarla al día siguiente—. Deslizo mi mano por el sofá y cierro el espacio entre nosotros, mis dedos acercándose a su muslo expuesto. —¿Cómo está eso, Jules?—. Sus ojos se concentran en mi boca, su pecho palpita más rápido que antes, y sus labios brillan por su lengua constantemente asomándose y mojándolos.

—Eso es...

Se inclina un poco más hacia adelante como si estuviera bajo un hechizo, su mano deslizándose sobre la mía. Mierda, se siente bien, suave y gentil, y la forma en que me mira, como si con un chasquido de dedos caería

inmediatamente en mi regazo. Dios, la quiero a ella.

—Eso es....

Toc. Toc. Mierda.

Julia se asusta y envía sus notas y el iPad al suelo mientras Nora asoma la cabeza a través de la puerta. —¿Sr. Scott?— ¡Maldita sea, Nora!. Es un momento terrible, carajo.

Tratando de no mostrar mi enojo, ya que soy yo quien le pidió a Nora que viniera aquí, la saludo con la mano y ella muestra un aspecto muy nervioso.

—No quiero interrumpir su reunión, pero tengo la entrega que pidió—. Sostiene una bolsa de Panera.

—Puedes ponerlo en la mesa de café. Gracias, Nora.

—No hay problema, señor.

—¿Tienes las llaves de mi casa en los Hamptons?

Se da palmaditas en el bolsillo de la blusa y asiente con la cabeza. —Bien, diviértete este fin de semana, no rompas nada, y puedes poner cualquier comida en mi tarjeta.

—Gracias, Sr. Scott. Se lo agradezco mucho.

—Te aprecio, Nora. Ahora lárgate de aquí—. Sonríe y se va, dejándome solo con Julia una vez más. Cuando me doy la vuelta, sus brazos están cruzados, su cuaderno recogido, y ella me está estudiando pensativamente. Ignorando la forma en que me mira y trata de leerme, tomo la bolsa y saco una caja de una docena de galletas de temporada de Panera y dos cartones de leche.

—Pensé que te vendría bien un poco de leche y galletas, ya que no las compraste a la hora de comer.

—¿De verdad hiciste que tu asistente nos trajera galletas?

—A cambio del uso de mi casa en los Hamptons.

—Parece un intercambio desigual.

Ella sonríe salvajemente. Esa sonrisa abierta y honesta. Diablos, me encanta. Es la sonrisa que maliciosamente juega con sus ojos, iluminándolos. Me encogí de hombros y abrí la caja de la panadería, ofreciéndole una galleta que ella toma sin siquiera pensarlo dos veces. —Odio pedirle a Nora que haga cosas fuera de horario, así que siempre me aseguro de que haya algo a cambio. No quiero ser nunca uno de esos jefes abusivos.

Ella toma un bocado de la galleta mientras yo pongo las pajitas en nuestros cartones de leche y le doy uno.

—Es muy considerado de tu parte. No hay mucha gente en tu posición que

considere ofrecer su casa de vacaciones a su asistente por una caja de galletas.

—No mucha gente tiene una asistente como Nora. Necesito que se quede, así que la mantengo feliz—. Le doy un mordisco a una galleta y me recuesto en el sofá. —¿Puedo preguntarte cuál sería tu cita perfecta? ¿Quizás tomar un pequeño descanso para comer galletas?

Ella lo considera, torciendo sus labios a un lado, y justo cuando pienso que me va a rechazar y me va a hacer otra de sus preguntas, bebe su leche y dice: —Mi cita perfecta es difícil de conseguir, porque siempre me ha gustado hacer las cosas de improviso—. Mientras desentraña los detalles de lo que le gusta en el mundo de las citas, escucho con mucha atención. —Depende de con quién salgas en una cita. Si la persona es más extrovertida, quiero hacer algo divertido y emocionante. Pero si la persona es más reservada, una cena y una película me parece bien.

—¿Pero prefieres que la persona sea más extrovertida?

Se encoge de hombros. —He estado con ambos tipos de personas y ninguna ha funcionado, así que supongo que necesitaré una combinación de ambas.

—¿Has pensado en salir con alguien recientemente?

Ella sacude la cabeza enseguida. —No. Estoy tratando de concentrarme en mis clientes ahora mismo, y si un tipo se cruza en mi camino, lo pensaré.

—¿Alguna vez has salido con un cliente?

Sus ojos se abren de par en par. —Nunca. Eso sería cruzar una gran línea. No estoy aquí para recoger chicos para mí. Estoy aquí para encontrar el amor para mis clientes.

—¿Es esa una de las razones por las que te sientes cohibida siendo soltera y emparejando a la gente? ¿No quieres que piensen que les estás robando sus citas?

—Sí, una de las grandes razones.

Si sólo supiera que quiero que me robe desesperadamente. —¿Cuántos clientes tienes?

—Unos doscientos.

—Guau, ¿hablas en serio?

Ella asiente con la cabeza. —Sí, y están en diferentes etapas del proceso de citas. Trato de mantener una amplia base de clientes para poder ofrecer a todos su pareja perfecta.

—Tiene sentido. ¿Cuántas personas de las que has emparejado que se han casado?

—Unos cincuenta. Es un programa muy exitoso, pero sólo para aquellos que

invierten tiempo y energía, ¿sabes?

—Sí, lo entiendo. Así que.... ¿te has probado a ti misma? ¿Sabes de qué color eres para las citas?

Ella sacude la cabeza. —No, no lo he hecho. Nunca pensé que ponerme a prueba me ayudaría, así que utilicé a estudiantes universitarios para crear mi línea de base, y obtener una amplia gama de personalidades ha demostrado ser invaluable. Una de las estudiantes que hicieron la prueba beta conmigo se casó hace tres años con el chico con el que la emparejé. Ella fue mi primer 'cliente' en ese momento.

—Eso es bastante bueno. ¿Te invitaron a la boda?

—Estaba invitada—. Ella toma otro sorbo de su leche después de una mordida de su galleta, sus labios envolviéndose alrededor de la paja, chupando. Mierda.

—Pero no fui porque no quería establecer un precedente de que voy a las bodas de todos mis clientes.

—Inteligente. ¿Te imaginas la cantidad de bodas a las que tendrías que haber asistido?

—¿Estás sugiriendo que tengo éxito?

La miro a los ojos. —Sé que tienes éxito, Jules.

—Bueno, esta última parte son preguntas rápidas. Su propósito es medir tu reacción inmediata y tu instinto visceral. ¿Crees que puedes manejarlo?—.

Julia se ha quitado los zapatos, está acurrucada en el sofá y nutriéndose de su segunda galleta que descansa en la parte trasera del sofá encima de una servilleta. Está cómoda y ya no está tan rígida. Su cabello rubio flota sobre sus hombros, y no puedo evitar notar la forma en que su blusa se abre en los botones, revelando su piel suave y aterciopelada. Quiero deshacer unos cuantos más y seguir mis dedos sobre la hinchazón de sus pechos. Dios, tiene unas tetas perfectas.

Hemos pasado la última hora repasando las preguntas finales de la encuesta completa, y ahora parece que este es el final del camino cuando se trata de averiguar el color de mis citas.

Odio admitirlo, pero voy a extrañar todas estas preguntas y la forma en que

mis respuestas hacen sonrojar a Julia. Voy a extrañar esos momentos íntimos en los que ella y yo estamos flotando sobre una mesa, conociéndonos el uno al otro... o más bien como Julia me conoce a mi. Y si fuera completamente honesto, no quiero pasar de esta fase de preguntas todavía, porque estoy extremadamente nervioso por la siguiente. La etapa en la que intento convencer a Julia de que salga conmigo. Eso es después de que me consiga una cita. Sí, de alguna manera, voy a tener que convencerla de que la persona con la que me tendió una trampa no era la adecuada, lo que podría interpretarse erróneamente como una crítica a su trabajo. Lo último que quiero es que piense que su programa de color no funciona. Y también fue muy clara al decir que no saldría con un cliente o alguien que había emparejado con otro cliente, para ella sería un gran error. Eso sería cruzar una gran línea. Pero, ¿Qué pasa si soy la pareja perfecta para la cliente con la que ella me empareja? A los ojos del cliente. No de mí.

¿Por qué pensé que era una buena idea otra vez? ¿Y por qué voy a ir a la cita? Dos razones. Una, para que Julia no sienta que le he hecho perder el tiempo, a pesar de que yo... pero no porque el tiempo que paso con ella no sea en realidad una pérdida de tiempo. Además, quería que ella conociera mi verdadero yo. Como pensé, creía que yo era seguro y arrogante, alguien que no tenía ganas de pasar el tiempo conociendo a una mujer, alguien que sólo conocía el lenguaje de una aventura de una noche. Sólo me conoce como el mejor amigo de su hermano. Necesito que me conozca como Theo Scott, su amigo. Alguien que le gusta simplemente porque sí. Alguien con quien quiera pasar tiempo. Mucho tiempo. Y la otra razón por la que planeo tener una cita con quien sea que Julia me consiga. Es por la apuesta. Tengo que seguir adelante con al menos una fecha para cumplir el contrato. Estúpido, lo sé.

—¿Preguntas rápidas? Bueno, voy a darte las mías. Mueve los ojos, pero no se molesta por ello esta vez. Todos aclaman el poder de las galletas y la leche. Lo tomo como una gran victoria para mí. Parece que finalmente la estoy agotando. Julia, fresca, tranquila y hermosa, está bajando sus defensas, y yo estoy a punto de plantarme firmemente en su corazón. Al menos eso espero.

—¿Estás listo?

Lo primero que me venga a la mente. —Listo—. Cierro los ojos y apoyo la cabeza en el sofá. —Pégame.

—En un mundo ideal, ¿cuánto tiempo dura el juego previo?

Calmo mi cabeza hacia un lado y la miro por un ojo con la ceja levantada.

Me empuja en el hombro con su bolígrafo. —No pienses, sólo responde.

—Me pillaste con la guardia baja. No sabía que esto iba a ser sexual.

—Tengo que cubrir todas las bases. Ahora, responde la pregunta.

—Bien, veamos, cinco minutos de chupar cada teta, cinco minutos por cada muslo interno, diez minutos de follar con la lengua, tal vez dos minutos para pellizcar el pezón, luego hay acción en el lóbulo de la oreja, mordiscos en el cuello.....

—Se llama juego rápido por una razón. No necesito una descripción, sólo una respuesta.

—Cuarenta minutos. Si quiero ser minucioso.

Ella sonríe y sacude la cabeza, casi como si no me creyera.

—¿Qué es esa mirada?

—Nada.

—No, me estás juzgando. Es un tiempo respetable.

—Cuarenta minutos es el tiempo más largo que nadie ha contestado.

Pongo las manos detrás de la cabeza y casualmente coloco una pierna sobre la otra. —Eso es porque muchos hombres no saben follar como yo.

—Cuarenta minutos de preliminares es absurdo, Theo.

—Cuarenta minutos de juegos previos deberían ser la norma. Ofrece tanto tiempo para que un hombre haga lo que necesita hacer.

—¿Y qué es eso?

—Le da tiempo a un hombre para explorar el cuerpo de su mujer, jugar con ella, y llegar al punto del orgasmo sin empujarla, dejándola empapada y anhelando mucho más.

Su boca se separa para buscar aliento, y diablos, quiero cerrar el espacio entre nosotros y meter mi lengua en su garganta, mostrarle exactamente de lo que estoy hablando.

—Bien,— dice finalmente, volviendo a sus notas.

—¿Qué hay de ti, cuál es tu tiempo de juego previo?

—Definitivamente no son cuarenta minutos.

—Ah, nunca has experimentado tanto tiempo antes porque si lo hubieras hecho, entonces habrías dicho los mismos minutos.

Se aclara la garganta. —Siguiendo adelante, responde por favor: Si la persona con la que sales te envía una foto sucia, ¿qué haces?

—Masturbarme. Fácil—. Su linda nariz se arruga. —¿De verdad?

—Claro que sí. ¿No es ese el objetivo de una foto sucia? ¿Para excitar a la otra persona? Así que, si me enciendo, me encargaré de ello. Masturbándome—. Golpeo su bloc de notas. —Anótalo—. Se ríe y escribe algo. Mientras ella

está ocupada en lo suyo, le pregunto:—¿Cuántas noches a la semana te tocas?

Su pluma se detiene y no dice nada, sólo se queda ahí sentada, quieta. Dios, quiero que su respuesta sea muchas. Quiero saber que se está cuidando por lo menos cinco veces a la semana, pero sabiendo lo conservadora que ha sido Julia con todas mis preguntas, no puedo preverla.

—Cuatro veces a la semana.

¿Escuché bien? Sentado, con la boca floja, los ojos parpadeando rápidamente, levanto su barbilla para que tenga que mirarme. —¿Te masturbas cuatro veces a la semana?

—A veces—, responde tímidamente. —No actúes como si no lo hicieras.

—Diablos, lo hice esta mañana, no tengo vergüenza en admitirlo. Sólo me sorprende que lo hagan todos—.

Se encoge de hombros. —Cuando tienes los juguetes adecuados, lo hace divertido.

Bien, necesito un puto minuto. Sólo un maldito minuto. Julia Westin tiene juguetes. Y no cualquier tipo de juguetes. Increíbles juguetes sexuales. Mierda, puedo verla, retorciéndose en su cama de color blanco, peleando sobre la almohada, su pecho agitándose, sus pezones arrugados, sus muslos temblando mientras sus manos trabajan su vibrador expertamente sobre su clítoris. La boca abierta, un gemido en la punta de la lengua, los dedos de los pies rizados. Mierda, estoy duro como una piedra y cada vez más duro.

Trago con fuerza y cuando finalmente abro la boca, sale todo chirriante. —¿Qué clase de juguetes?

—Tengo vibradores y un consolador con un estimulador de clítoris.

Santo cielo. Mierda. —No, no lo tienes—, digo con incredulidad. Ella asiente con la cabeza y da golpecitos con la mano a su bolígrafo en su bloc de papel.

—De verdad que sí. Así es como una chica soltera puede atravesar las calles de Nueva York sin cortarle la cabeza a alguien.

—Mierda—. Me paso la mano por el pelo.

Se inclina sobre el sofá y me vuelve a pinchar con su pluma. —Y recuerda la regla, lo que se dice entre nosotros, queda entre nosotros. No necesito que le cuentes a mi hermano lo que escondo en mi mesita de noche.

—¿Están en tu mesita de noche?

—Y estamos avanzando de nuevo. Siguiendo pregunta: ¿Grabarías alguna vez una cinta de sexo?

Pero quiero pasar más tiempo hablando de estos juguetes sexuales. No.

Quiero verla con sus juguetes, complaciéndose a sí misma, mientras me masturbo. Y luego me la comeré, me la follaré tan fuerte que verá estrellas, y me la comeré un poco más. Rayos. Infiernos. Si Julia supiera lo cerca que estuve de arrojarla a su escritorio y levantar su vestido. ¿Cómo carajo voy a detener esa imagen en mi mente para seguir respondiendo preguntas?

—Julia, dame un minuto. Tienes juguetes sexuales. Eso es tan jodidamente sexy.

—Theo. Detente. Necesitamos...

—No. Carajo. Dame un minuto. Los chicos son visuales, y tengo una gran imaginación.

Por la respiración acelerada y el pequeño chillido que sale de sus labios, ella está conmigo en esto. Dios, la quiero a ella. Ahora mismo. Pero, eso está absolutamente fuera de la mesa. Por ahora.

—Theo.

—Sólo dame un maldito segundo—. Piensa, Scott. Piensa en otra cosa que no sean juguetes. ¿Con quién me he reunido hoy? Oh sí. Aburrido Sr. Blah Blah Blah de donde sea. Cada minuto con él era una tortura. Halitosis. Vuela a media asta. De acuerdo. Bien, yo me encargo de esto. Respiro profundamente y digo: —Está bien. Vamos por la siguiente pregunta—. Miro su cara cuando no habla inmediatamente, y todo lo que veo es asombro. No tiene ni idea de lo sexy que es. Ni idea de que puede excitarme. Dios. Esta mujer.

—Jules...

—Correcto. Sí. De acuerdo. ¿Grabarías alguna vez una cinta de sexo?—

Contigo. Sí. —No, ser un cabrón rico me ha impedido hacer eso.

—Inteligente—. Se mete unos cabellos sueltos detrás de la oreja. —¿Qué es lo mejor que una mujer puede hacerte en la cama?

—Confiar en mí. Simple y llanamente. Sólo confiar en mí.

Mi respuesta atrae sus ojos hacia los míos. —Es la mejor respuesta que he oído en mi vida.

—¿Sí?— Muevo las cejas. —¿Tengo puntos extra?

Ella se ríe. —No.

—¿Alguna vez has abierto la puerta sin ropa, Jules?

Eso hace que se ría de nuevo y sacuda la cabeza. —No, y nunca planearía hacerlo.

Es tan linda cuando se ríe. —¿Qué?, vamos, es divertido—. Hago un gesto con la mano. —Bienvenido a mi casa, y en caso de que te lo estés preguntando, este es mi pene endurecido, y te estará esperando en el

dormitorio.

—Y entonces tu vecino se acerca...

—No es un problema para mí. Tengo el ático.

—Oh, lo olvidé. Estás loco.

—En muchos sentidos, Jules. Estoy cargado de muchas maneras.

—Entonces, ¿qué te parece? ¿Sacaré una A?

La ciudad ha caído en la oscuridad, las únicas luces del edificio que están encendidas están en los pasillos, y el suelo suena espeluznantemente silencioso. Las últimas dos horas han estado llenas de Julia haciéndome preguntas y yo resbalando las mías de vez en cuando, no sobrecargándola, sino obteniendo suficiente información de ella para registrarla y con suerte usarla para otro día.

Como sus juguetes. Mierda, espero poder cavar en su mesita de noche algún día.

Entre los dos, nos comimos cinco galletas, dos cajas de leche y una naranja. Llegamos a un punto en el que nos reímos como idiotas demasiadas veces, y ahora todo se está deteniendo estrepitosamente mientras escondo otro bostezo.

—No obtienes una nota al final de todo esto.

Los ascensores se cerraron y Julia se volvió hacia mí, apoyando un hombro contra la pared. —Pero por las preguntas que has contestado y la forma en que las has respondido, tengo algunas ideas sobre el color que podrías tener.

—¿Sí? ¿Te importaría compartirlo con la clase?

Ella agarra con más fuerza la correa de su bolso. —No. Nunca me comprometo completamente con un color hasta que miro todos los datos. Vas a tener que esperar.

—Lo entiendo, información ultra secreta. Eso es genial. Puedo esperar—. Me meto las manos en los bolsillos. —Al menos, espero que te hayas divertido repasando todo conmigo.

—Ha sido entretenido, eso es seguro. Creo que has tenido algunas de las respuestas más perspicaces y vibrantes que cualquiera de mis clientes.

El ascensor suena y ambos salimos al mismo tiempo y nos dirigimos a la entrada de la calle. Sostengo la puerta abierta y pongo suavemente mi mano en

la parte baja de su espalda, guiándola hacia el oscuro asfalto de la acera.

—Admítelo, he sido tu cliente favorito hasta ahora.

—No nos adelantemos.

—Vamos—, me burlo, tirando de la correa de su bolso, ella queda un poco más cerca. —Será nuestro pequeño secreto. Soy tu favorito.

Extiende la mano y la presiona juguetonamente contra mi pecho para empujarme, pero antes de que pueda moverme, tomo su mano en la mía y la acerco. Me mira sorprendida, pero cuando ve mis labios, ese choque se convierte en lujuria, sus pupilas crecen, su boca se humedece, un anhelo vibrando fuera de su cuerpo se siente.

—Oh, mucha...— Se tropieza con sus palabras. —Mucha diversión.

—Eso es porque soy un buen hombre, Jules. Creo que es hora de que te des cuenta de eso.

Lentamente muevo mi otra mano hacia su cadera, manteniéndola en su lugar.

—Siempre supe que eras un buen hombre, Theo. Ese nunca ha sido el problema.

—¿Entonces cuál es el problema?

La acerqué aún más, su boca a unos centímetros de distancia de la mía, su cuerpo casi completamente a ras del mío. Estamos tan cerca y, sin embargo, parece que todavía hay una milla entre nosotros. Despacio y con firmeza, mantengo mis ojos en los de ella.

—La cuestión...— Se lame los labios y me mira fijamente a la boca, su cuerpo se acerca un poco más. Diablos, me va a besar.

Mi pene se endurece por el pensamiento, presionando contra la cremallera de mis pantalones, recordándome que ha pasado demasiado tiempo desde que estuve con una mujer.

Se lame los labios otra vez. —El problema—, repite, apretando suavemente su mano contra mi pecho.

—Hey amigo, ¿qué haces?—. Al igual que el petróleo y el agua, Julia rebota en mí, terminando el momento que estábamos compartiendo, y pone al menos tres pies de distancia entre nosotros en el momento en que oímos el lirismo irlandés de Roark Maldito McCool. ¿Qué demonios hace este idiota aquí? Mis dientes rechinan, mis fosas nasales se abren, mis manos se flexionan a mis lados, me doy vuelta para ver la sonrisita de mi ahora ex-amigo de pie a mi lado, comiendo un maldito perrito caliente y mirando entre Julia y yo como si fuéramos un espectáculo callejero.

—¿De dónde diablos saliste?

Señala una librería al otro lado de la calle. —Oh, ya sabes, poniéndome al día con la lectura—. Cuando es un imbécil, su acento irlandés se hace más fuerte con cada palabra. —¿Acabas de terminar tu reunión? Ya es bastante tarde.

—Muchas preguntas—, responde Julia, dando otro paso atrás.

—Tantas preguntas—. Digo yo con pereza.

—¿Es así, muchacha?— La estudia. —¿Vas a quedarte ahí parada y actuar como si no me conocieras? Ven a saludar a tu amigo con un abrazo—. Roark abre los brazos y casi a regañadientes Julia entra en ellos. Por encima de su hombro, me sonrío y luego le da otro mordisco a su perrito caliente. Cuando la libera, le da un repaso, pasando demasiado tiempo en su pecho. —Te ves bien, Julia. Kevin hizo bien en mantenerme alejado de ti.

—Te mantuvo alejado porque tienes una enfermedad venérea—, le digo, mi temperamento me saca lo mejor de mí. —Vete a la mierda, no tengo nada—. Se vuelve hacia Julia. —De verdad que no. Mantengo mi verga cubierta en todo momento, incluso con mamadas. No quiero que una boca enferma me chupe el pene.

—Jesucristo—, murmuro mientras arrastro mi mano sobre mi cara.

—Bien, es bueno saberlo—. Ella da un paso atrás y nos hace una ola corta. —Me voy a ir. Theo, programaré una cita con Nora para repasar tus resultados y los próximos pasos.

—Puedes llamarme, ya sabes.

—Nora está bien. Que tengas una buena noche—. Y con eso, se da la vuelta y prácticamente se aleja a toda velocidad de la manzana.

Una vez fuera de la vista, golpeo a Roark justo en la carne de su brazo. —¿Qué demonios, hombre?

—Ay—, se queja mientras borra el punto dolorido. —¿Por qué fue eso?

—Sabes exactamente por qué fue eso. ¿Estuviste esperando en la librería todo el tiempo que estuve ahí arriba?

La sonrisa en su cara es tan grande que mi puño se está preparando para otro golpe. —Sí, lo estaba. Brillante idea, si se me permite decirlo. Y no sólo pude estropear tu pequeño adiós, sino que me puse en contacto con el cuerpo femenino y leí todo sobre las zonas erógenas de una mujer y cómo complacer particularmente a cada una de ellas.

—Te crees muy gracioso, ¿no?

—¿Cuál es el problema? Pensé que no te gustaba—. Su voz es baja, tratando de imitarme y sólo me enoja más.

—Sabes muy bien que eso no es verdad—. Me agarro de la nuca. — Diablos, hombre, por fin parecía dispuesta a besarme, y tú lo arruinaste.

—No, no iba a besarte. Podría haber parecido que sí, pero no lo haría. Es demasiado tímida.

—Iba a besarme. Se inclinó hacia mí.

Me mueve el dedo, mastica el resto de su perrito caliente y me hace esperar antes de responder. Traga, se quita las manos de encima y dice: —Ella se sacudió. Inclinarsse y balancearse es diferente. Y créeme, conozco a Julia Westin lo suficiente como para saber que no va a besar al mejor amigo de su hermano fuera de su lugar de trabajo. Lo haría en privado, donde pudiera correr a su habitación, enterrar la cabeza en su almohada y pensar en todo lo que acababa de hacer.

Odio que tenga razón. Y odio aún más que sepa algo tan íntimo como eso sobre Julia.

Me da una palmadita en el hombro. —Lo siento, hombre, pero ella no iba a besarte y francamente, deberías estar agradeciéndome.

—¿Gracias? ¿Por qué demonios?

Con su mano en mi hombro, me empuja hacia la limusina que lo espera y abre la puerta, dejándome entrar. Una vez que le da mi dirección al conductor, abre una botella y se toma un largo trago. —Te hice un favor. Te salvé de la vergüenza, ella no haría algo para lo que no está preparada.

—¿Cómo demonios sabes que no está preparada para ello? He pasado las últimas dos semanas mostrándole quién soy realmente.

—No, esa mierda no importa. Eres más listo que eso, Theo. Julia tiene que pensar en algo antes de hacerlo. Le gusta fingir que hace cosas de improviso, pero no lo hace. Se habría arrepentido de ese beso si hubiera ocurrido en ese momento. Pero ahora que casi sucede, es como si hubieras plantado la semilla y ella realmente pudiera empezar a pensar en ello. ¿Cómo sería estar con Theo Scott?. Ella sabe todo sobre ti después de todo el maldito interrogatorio que pasaste, pero ahora puede decidir si es algo que le interesa o no.

Me apoyo en el cojín del asiento y miro hacia adelante, las luces del taxi que tenemos delante son casi cegadoras.

—Creo que tú y yo sabemos que odio esto más que nada, pero creo que tienes razón, Roark.

—Sé que tengo razón. Te lo digo, lo mejor que te ha pasado esta noche es el momento que rompí entre ustedes dos. Me lo agradecerás más tarde.

No estoy seguro de eso, pero su teoría tiene algo de peso.

Mirando por la ventana, le pregunto:—¿No crees que es raro que sienta algo por Julia?

—No. Me preguntaba cuándo ibas a aceptar tus sentimientos y hacer algo al respecto.

Más tarde, me pavoneo en mi oficina como Leonardo DiCaprio en ese meme, donde se ve como el hijo de puta más alegre que ha caminado por una calle. Como si un rayo de sol me estuviera transportando por el culo, pavimentando un camino dorado para mí, donde las piruletas y el algodón de azúcar flanquean el camino, estoy feliz. Realmente feliz.

El viernes por la noche fue... Dios, si sólo Roark no se interpusiera en el camino. Pero no puedo pensar en eso, porque Julia casi me besa y eso era todo lo que necesitaba. La tengo justo donde la quiero. No me sorprendería si entrara a su oficina, esperando los resultados de mis pruebas y me dijera que en vez de seguir adelante con las citas, simplemente debería salir con ella.

Ese fue el pequeño escenario que se me ocurrió esta mañana mientras me duchaba y ¿Sabes qué?, quiero creer que es verdad. ¿Cómo podría no serlo? Estaba tan enamorada de mí.

Al tacto, la forma en que me miraba. Estaba escrito en toda su cara. La forma en que ella reaccionó a mi cuerpo, y en que casualmente miró mis labios, lamiendo los suyos, mojando su deliciosa boca. Sí, le gustaba. Su lenguaje corporal no mintió.

Nora está en su escritorio como la buena asistente que es, con el café en la mano, esperándome. Me envió un mensaje de texto anoche cuando salió de mi casa en los Hamptons para agradecerme de nuevo y decirme que tuvo un gran fin de semana. Estoy contento de darle esos beneficios, ya que confío mucho en ella profesionalmente y ahora también personalmente.

—Nora—, golpeo su escritorio cuando me acerco y le pido unos batidos. — Tenemos que celebrar.

—¿En serio?—, pregunta, con un aspecto muy emocionado. —¿La Srta. Westin aceptó tener una cita con usted?

Me detengo en el lugar y me estremezco, girando mi talón para enfrentarme a ella. —Bueno, no exactamente—. Nora me mira.

—Pero compartimos un momento el viernes por la noche maravilloso.

—¿Compartieron un momento?— No está muy impresionada.

—Sé que suena patético, pero casi nos besamos—. Asiento con la cabeza y sonrío. —Mira, un momento.

—¿Por qué no se besaron?

—Roark lo arruinó. Estaba esperando al otro lado de la calle y justo cuando estaba a punto de cerrar los últimos centímetros, interrumpió, asustó a Julia y mató el estado de ánimo.

Nora se ríe, sus hombros tiemblan. —Lo siento, señor, pero es gracioso.

—Es un imbécil—. Me muevo de pie, me siento emocionado. —Pero, ¿sabes lo que esto significa?, que ella está interesada. Podía sentir su necesidad.

—¿La va a invitarla a salir?

—No lo sé—. Me agarro de la nuca, pensando en mi próximo movimiento. —Va a revisar los resultados de mis pruebas y me llamará.

—Hmm—, Nora golpea su pluma en su escritorio, pensando. —¿Aun así lo va a emparejar con alguien?

Nunca pensé en eso. Quiero decir, el objetivo final para ella es encontrarme un buen partido, pero después de estas dos últimas semanas, después del *casi beso*, ¿No querría hablar de ello, quizás coquetear con la idea de salir conmigo? No soy tonto. Veo la forma en que me mira. Sentí su aliento engancharse cuando me acerqué, a unos centímetros de presionar mi boca contra la de ella. Se siente atraída por mí, pero la pregunta es, ¿Actuará en consecuencia?.

—En este momento, creo que sería un poco raro si ella intentara emparejarme, ¿no crees?

—A menos que se asustara y decidiera alejarse.

Dios, podría verla haciendo eso. Si hay algo que ella siempre ha puesto es al menos un pie de espacio entre nosotros. En la universidad, creo que fue porque yo era el mejor amigo de su hermano. Bueno, no. Pensó que yo era un engreído, un sabelotodo. Un cabeza de culo. Ahora ella sabe mejor que nadie que no es así. Creo que es porque es muy profesional y no quiere desdibujar las líneas. Tengo que admirar eso. Y aun así, quiero borrar esas malditas líneas.

—Mierda—. Me mordisqueo la parte interior de la mejilla. —Debería enviarle un mensaje de texto, ¿verdad? ¿Seguir, ver cómo le fue el fin de semana? ¿Debería enviarle algo más? ¿Más galletas?

—Definitivamente deberías enviarle algo. Pero no galletas—. Nora despierta la pantalla de su ordenador y empieza a escribir en voz alta. —No flores, y ya hicimos bolígrafos. Hmm, ¿Algún chiste interno en la universidad? ¿Algo que le venga a la memoria?

—Una vez le compré tampones—. Nora me mira de reojo y vuelve a su ordenador. —¿Qué tal su bebida favorita?

—Oh, le gustan los cafés con leche de soja.

—Perfecto—. Una suave sonrisa pasa sobre Nora. —Lo haremos simple, le enviaremos un venti chai chai latte con una nota en la taza. Sólo algo para que sepa que está pensando en ella.

—Maldita sea, eso es bueno.— Me inclino sobre su escritorio mientras empieza a enviar mensajes de texto por su teléfono.

—Tengo un amigo que trabaja en Starbucks que puede hacer que esto suceda para nosotros. ¿Qué quiere que diga la nota de la taza?

—¿Tienes lindas tetas?

Sin siquiera mirarme, Nora sacude la cabeza y murmura: —No tengo ni idea de cómo es tan rico diciendo tanta...

Me río y presiono mi mano contra su hombro. —Se llama *que no te importe un carajo y toma lo que quieres*—. Le doy un apretón mas y luego camino hacia mi oficina mientras llamo por encima de mi hombro. —Que escriban: *Espero que esto ayude con la depresión del lunes*.

Una vez en mi oficina, saqué mi teléfono y pensé en enviarle un mensaje de texto. Quería enviarle uno todo el fin de semana, desesperado por sus comentarios y sus ocurrencias ingeniosas, pero no lo hice. Ahora que es lunes, no creo que pueda esperar más. ¿Pero sería demasiado necesitado si le envío algo para beber y un mensaje de texto?. No si le envío un mensaje de texto ahora. ¿Qué tengo que perder? Lo último que quiero es ir a su oficina una vez que tenga los resultados y revisar los perfiles que me ha encontrado. Sé que es parte de la apuesta, pero después de tener a Julia en mis brazos, tan cerca de reclamar su boca, es todo en lo que puedo pensar, todo lo que quiero. A la mierda la apuesta, y las reglas sobre salir con la hermana de tu mejor amigo. La quiero y se lo voy a decir de una manera sutil, por supuesto.

Escribo un mensaje y se lo envío.

Theo: Buenos días, ¿cómo te fue el fin de semana? ¿Lavando calcetines todo el día?.

Puede que nunca haya estado en una relación seria, pero siento que puedo manejar esto.

Ni siquiera estoy de humor para echar un vistazo a mis correos electrónicos, me siento en la silla de mi escritorio y miro por las ventanas, tomando las frías calles de Nueva York con la mirada. Afortunadamente no tengo que caminar lejos en el frío abrasador, sólo un rápido salto desde mi auto hasta el edificio, pero ver el castigo, a todos abrigados hasta la cabeza, caminando por ahí, me recuerda por qué odio los meses entre el Año Nuevo y la Primavera. Sin embargo, he hecho que Julia venga a mi oficina, lo que significa que ha tenido que enfrentarse al frío cada vez. Mierda. Eso es un movimiento de porquería.

Mi teléfono suena con un mensaje de texto, e inmediatamente empiezo a sonreír como un tonto. Ni siquiera consideré dejar mi apartamento. Hace mucho frío ahora mismo.

Julia: Calcetines... ¿de dónde viene eso?.

Mierda, tal vez nunca he hablado de sus calcetines de tubo antes. Sólo los he admirado desde lejos. Es hora de confesar. Y envío un mensaje de texto:

Theo: La primera vez que te vi, te pusiste calcetines y los rockeaste como una campeona. Desde entonces, siempre espero verte con esas fundas de tela blanca.

Julia: ¿Qué es lo que te pasa?.

Me río y me acurruco en mi asiento, como si estuviera de vuelta en la secundaria y hablándole a mi enamorada.

Theo: ¿Qué? ¿No puede un chico admirar los calcetines de una chica?

Julia: Los calcetines no suelen ser admirados.

Theo: Márcalo en mi perfil como una especialidad mía. Entonces, ¿cuándo podré volver a verte?.

Julia: Suenas un poco impaciente.

Theo: Tal vez porque lo estoy.

Julia: Estaré en contacto con Nora para preparar algo.

Theo: O puedes enviarme un mensaje de texto.

Julia: ¿Y molestarte con cosas tan serviles?.

Theo: Cualquier cosa que trate contigo no es servil, Jules.

Julia: Es Julia :)

CAPÍTULO DOCE

THEO

ÚLTIMO AÑO, UNIVERSIDAD DE YALE.

Toc. Toc.

—Theo, Denise está abajo diciendo que dejó su sostén en tu cuarto—. Levanto la vista de mis libros. El estudiante de segundo año que está de pie en mi puerta tiembla un poco mientras espera a que yo hable. No hacemos neblina en nuestra fraternidad, pero infundimos miedo en los de clases baja, haciéndoles saber que no se debe molestar a los de clases alta.

—¿Denise? Sí, se cogió a Thompson anoche, no a mí. Está jugando contigo, hombre. ¿Qué lleva puesto?

—Un abrigo largo.

Pongo los ojos en blanco. —Amigo, está desnuda de bajo. Mándala de vuelta a su dormitorio o a donde diablos viva. No la dejes subir aquí.

—Lo haré. ¿Debería decirle algo?

—Que tal vez debería tener un poco más de respeto por sí misma, en lugar de volver aquí por segunda vez consecutiva, buscando a otro tipo.

—¿Realmente quieres que diga eso?

—No—. Me paso la mano por la cara. —Cristo. Estoy tratando de estudiar, hombre. Déjame en paz y no dejes que nadie más me moleste.

—Está bien. Lo siento, Theo—. Silenciosamente, cierra la puerta y me deja en paz.

Denise. No sería la primera vez que intenta hacer esto. Ella ha estado en la casa de la fraternidad varias veces, siempre tratando de engancharse conmigo, pero siendo rechazada, así que ella se engancha con alguien que no parece tener estándares, siendo Brady Thompson su última conquista.

Las vacaciones de invierno están a la vuelta de la esquina, las finales se acercan, y es hora de irme, carajo. Los chicos de la casa saben que cuando faltan dos semanas para los finales, no me gusta que me molesten. Sí, emiten la sensación de que estoy con una chica, o drogado, o lo que sea que se les ocurra, pero en realidad, estoy pegado a mi escritorio estudiando como un hijo de puta.

Y hay una razón para ello, para el engaño, porque quiero ser una sorpresa. Quiero ser la persona que sale de esta universidad con las expectativas más altas colgando sobre su cabeza y dejando a todo el mundo fuera del agua.

Crecer con el *don de Dios*, mi hermano mayor que no podía hacer nada mal, todos en mi familia han tenido bajas expectativas de mí. Por lo tanto, las he mantenido bajas para que cuando tenga éxito, pueda lanzar el dedo medio a cualquiera que haya dudado de mí. Sí, ni lo más mínimo de madurez, pero nunca dije que jugara el juego como un adulto. —¿Estás bromeando? Puedo estar aquí arriba—. Oigo el eco de la voz de una chica por el pasillo.

—No tienes permiso—. Oigo crujir la voz de un novato. Son los más nerviosos cuando se trata de patrullar los pasillos.

—Sí, así es. Suelta mi mano. Necesito encontrar a mi hermano.

Hermano. Sólo hay un tipo en el tercer piso que tiene una hermana en la universidad.

—¿Quién es tu hermano?—, pregunta el novato.

Voy a mi puerta, la abro justo a tiempo para encontrar a Julia luchando contra el chico de primero.

—Suéltala, imbécil—, le dije, entrometiéndome entre ellos —Esta es la hermana de Kevin.

—¿Kevin tiene una hermana?

Lo empujo hacia un lado, lejos de ella. —Sí, así que recuerda esta cara, porque se le permite estar aquí cuando quiera. ¿Lo entiendes?

—Sí. Lo siento, Theo—. Se queda ahí parado torpemente, así que finalmente le digo: —Lárgate—, y se escabulle. Meto las manos en los bolsillos y miro a Julia. —Lo siento por eso. Todavía estamos entrenando a algunos de ellos.

Ella fija su suéter grande y se ajusta su cola de caballo, llevándola a un lado y por encima de su hombro. —No hay problema—. Hace girar un mechón de pelo. —¿Está Kevin aquí?

Sacudo la cabeza. —Está en el campus en una reunión con un profesor. ¿Qué pasa?

—Maldita sea—, murmura.

—¿Está todo bien?

—Umm—, se muerde el labio inferior —No realmente

—Bueno,— me arrastro. —¿Puedo ayudarte?

—Preferiría que no lo hicieras.

—¿Y por qué es eso?— Doblo mis brazos sobre mi pecho, tratando de no

ofenderme. Hay un golpe contra la pared y luego un gemido bajo. Dios, ¿Thompson invitó a Denise a subir? de nuevo.

No queriendo que Julia esté sujeta a lo que sea que esté pasando en la habitación de Thompson, la tomo de la mano y la llevo a mi habitación. Cerré la puerta para darnos algo de privacidad, sin darme cuenta de que en el momento en que la tengo en mi habitación, mi mente comienza a vagar con todas las cosas que podríamos hacer aquí. ¿Qué esconde bajo esa sudadera de gran tamaño?. ¿Usa lencería secreta como algo especial sólo para ella? ¿Lleva puesto... calcetines de tubo?

—¿Qué estás haciendo?—, pregunta ella, apartando su mano de la mía y mirando alrededor de mi habitación. Insultado viendo que piensa tan mal de mí, que posiblemente me aprovecharía de la situación, aun que no esta tan lejana de la realidad.

—No te engañes, Jules. Te estaba trayendo aquí para que no tuvieras que estar expuesta a la cogida de Thompson. Ahora, ¿qué pasa?—. Se le cae la cara y por un segundo, pienso en disculparme, cuando levanta la barbilla y dice:

—Sólo necesitaba un poco de ayuda de mi hermano. Pero no es gran cosa. Puedo volver a mi dormitorio.

—¿Regresar caminando? Son como ocho kilómetros.

—Sí, lo sé.

—¿Caminaste hasta aquí?— Inclino mi cabeza a un lado, estudiándola.

—Sí, pero no es gran cosa. Sólo, dile que pasé a verle

—Jules, puedo....

—Es Julia—, dice ella con severidad. Pongo los ojos en blanco. —Puedo llevarte de vuelta a tu dormitorio.

—No es necesario.

Me burlo. —Lo es, porque si tu hermano sabe que te dejo volver a tu dormitorio al atardecer, hará de mis pelotas su propio saco de boxeo. —Tomo las llaves de mi habitación. —Vamos, te llevaré a casa—. Ella no se mueve. —Julia, en serio, no vas a volver sola—. Todavía no se mueve. —Cristo, mujer—. Me rasco la nuca. —¿Qué pasa?

Se tuerce la sudadera con los dedos y dice:—¿Me prestas 20 dólares?— Antes de contestar, ella dice rápidamente: —Dejé mi billetera y mi teléfono en el coche de mi amiga. Ella se fue el fin de semana y, umm, realmente necesito algunos.... ya sabes... productos femeninos.

Retengo la sonrisa que quiere aparecer. —¿Necesitas tampones?

—Prefiero no entrar en detalles. Esto ya es bastante vergonzoso.

—¿Necesitas que te lleve a una tienda?

—Más o menos—. Se encoge y luego suspira. —Dios, odio tanto tener que pedirte ayuda.

—No te preocupes, Jules.— Le pongo el brazo alrededor de sus hombros vestidos de suéter y le doy un buen apretón. —Claro que te ayudare. Me encantan los productos femeninos.

—Cállate—, gime mientras la guío fuera de mi habitación y bajo las escaleras traseras que conducen al garaje. —Te das cuenta de lo humillante que es esto para mí, ¿verdad?

—Bien consciente, pero déjame decirte que estoy emocionado. Nunca antes había elegido tampones. Esta es una nueva experiencia de vida para mí.

—Esto no es una experiencia. Te quedarás en el auto y punto—. Una cosita mandona.

Al llegar al lugar, me lleno de interrogantes —¿Cómo puede una chica saber por dónde empezar?— Pregunto, mis ojos vagan por los estantes. Rosa, púrpura y azul, blanco y negro con envases de mujeres deportistas y corazones, y promesas de que *no olor* y bla bla bla Nunca he visto nada igual.

—¿Qué te dije? Sólo cállate y quédate ahí—. Ella señala el final del pasillo, pero yo no la escucho, ¿por qué lo haría?

—¿Necesitas tampones súper grandes?— Saco una caja de la estantería y miro la parte de atrás. —¿Eres de gran flujo?—. Me arranca la caja de la mano y la vuelve a poner en el estante. —No necesito uno máximo. Sólo normal.

—Ah, de acuerdo. ¿Qué marca usas?

—No necesito tu ayuda, Theo—. Camina hacia una sección de cajas de aspecto negro con colores de neón. Ella coge una caja de tampones y una caja más pequeña de lo que parecen almohadillas, pero no tengo ni idea. Tratando de ver mejor, le pregunto: —¿Qué son?

—No es asunto tuyo—. Se va por el pasillo y yo la alcanzo rápidamente.

—¿Sabes?, si me educas, podré sentir empatía contigo. Dame un poco de información sobre el mundo de la menstruación.

—Realmente no quiero hablar de esto ahora mismo. Paguemos por todo y vámonos.

—¿Pero qué hay del chocolate? ¿No es eso una cosa? ¿Necesitas chocolate, Jules?

—Sólo necesito estas dos cosas, ahora.

Ella camina hacia una caja registradora, pero yo no la sigo, sino que doblo la esquina y me dirijo directamente al pasillo de los dulces de la farmacia. Y como soy yo el que tiene la billetera, tiene que seguirme.

—¿Qué te gusta? ¿Blanco? ¿O eres una chica Hershey?

—Theo, por favor, vámonos.

Sacudo la cabeza y la acerco a mi lado. —Si estamos haciendo un período, lo estamos haciendo bien. Ahora, escoge algunas cosas que te harán sentir mejor. Dulces, helados, papas fritas... ¿necesitas algo de esa mierda de Midol? —. Desde mi hombro, me mira, noto que hay confusión en su mirada.

—¿Por qué estás siendo amable conmigo?

Hmm..., tal vez porque la encuentro interesante, porque es inteligente y hermosa incluso bajo su loca ropa de gran tamaño. Quizás porque hay algo en ella que me ha cautivado. Pero no puedo decir eso. Además, ¿Cree que normalmente soy malo con ella? ¿Por qué está tan sorprendida de que esté siendo amable?

—Porque eres la hermana pequeña de mi mejor amigo, lo que significa que cuando él no está, yo me ocupo de ti—. Le aprieto el hombro. —Ahora dime lo que quieres.

Brevemente, se muerde el labio inferior, pensando si debe aprovechar o no mi oferta. Cuando se le caen los hombros y suelta una gran bocanada de aire, sé que está cediendo. Mira, sólo un poco de persuasión y siempre me salgo con la mía.

—Me gustan las galletas de Mrs. Fields, la crema agria y los volantes de queso cheddar.

—¿Sí? Eso podemos hacerlo—. Caminamos hasta el pasillo de la comida, encontramos una bolsa gigante de volantes, seguida de dos cajas de galletas de Mrs.

—No necesito dos cajas.

—¿Quién dijo que ambas eran para ti?— Guiño el ojo y luego me dirijo a las neveras para tomar una copa. Le traigo una leche para los dos y le digo:— ¿Necesita algo más?

Ella sacude la cabeza. —No lo creo.

—Bien, vamos a comprar entonces...

Pasamos los siguientes minutos revisando la caja, la chica del otro lado del mostrador se da cuenta de nuestra colección de artículos y le da a Julia una mirada de simpatía, y extrañamente algún tipo de reconocimiento femenino pasa a través de ellas. Algo así como, buena suerte este mes, espero que tu

útero sea amable.

Hago lo mismo con los hombres. Cuando los veo clavados en la entrepierna, muchacho, oh muchacho, haz que mis pelotas se marchiten de dolor por el pobre gigante. ¿Esto es lo mismo?. Probablemente no. No creo que sean comparables. Los períodos menstruales son bastante seguros y están relacionados con el parto. No los podría comparar con ningún tipo de dolor masculino porque es inútil; ni siquiera están en la misma liga.

Una vez que estamos en mi coche, abro la bolsa y saco las leches y mi caja de galletas. El empaque es incómodo, pero una vez que tengo dos galletas, le doy una y le levanto la leche.

—Salud por tu período. Que la tía Ro sea una perra tranquila.

Julia sonrío. —Qué elocuente—. Y luego hacemos sonar nuestras leches y comemos nuestras galletas en silencio. Después de un rato, Julia se da la vuelta en su asiento y se pone de frente a mí, descansando el lado de su cabeza sobre el reposacabezas. —Gracias por tu ayuda, Theo, te lo agradezco mucho.

—Cuando quieras, Jules. Siempre puedes contar conmigo.

CAPÍTULO TRECE

JULIA

—Esto no puede estar bien—, murmuré para mí misma, repasando los resultados una vez más. La mano presionada contra mi frente, sintiéndome demasiado agotada, repaso los resultados de su hoja de burbujas y me pellizco la frente.

Por eso no debería haber hecho un contrato con Theo, porque tenía la sensación de que algo así pasaría. Lo conozco desde hace años y, sin embargo, aquí estoy, mirando cada una de sus respuestas y analizando y sintiendo que no lo conozco en absoluto.

Pasé toda la noche revisando cada aspecto en mi sistema. Mis observaciones, sus respuestas y los resultados no eran lo que esperaba en absoluto. Ni siquiera cerca. Por eso decidí dejar todo a un lado y volver con la mente fresca hoy. Pero después de retomar y dirigirlo todo, se me ocurre el mismo tono de las citas. Rojo. ¡ROJO!. Theo no es tan rojo.

Los rojos son fríos, siniestros, casi malvados en cierto modo. Son conocidos por ser despiadados en todas las facetas de sus vidas, incluso en el dormitorio, con lo que estoy de acuerdo. Theo parece ser muy despiadado cuando se trata de las cosas físicas, pero ¿En la vida normal? Parece que no puedo entenderlo.

Pienso en la universidad y en los pequeños momentos que pasé con él. Sí, era un imbécil la mayor parte del tiempo, siempre presumiendo y demostrando lo increíble que era, pero detrás de la bulliciosa fachada que le gustaba lucir, había un lado más suave, un lado sensible, uno que ahora he experimentado un par de veces.

El otro día, cuando me trajo galletas, o cuando hizo reservaciones en mi restaurante favorito para una de nuestras reuniones, o el ramo de plumas, o el café con leche de soja con la nota en él, fue tan dulce, tan considerado. Y su nota era perfecta.

Los rojos no hacen eso. Los rojos no son considerados ni dulces. Son fríos y calculadores. Son difíciles de llevar y el único color con el que pueden tener la oportunidad de emparejarse son las naranjas, y es sólo porque son una versión más clara de un rojo.

No puedo entender que le haya puesto a Theo una naranja.

Todo este tiempo adiviné que era un azul o un verde, dos colores similares, porque ambos tienen el instinto protector y un tipo de carisma que atrae a la gente.

Estoy tan confundida. Me siento en mi silla y doy un largo suspiro justo cuando Lucy llega. —Hola, Srta. Westin. Ava está aquí para verla—. Gracias a Dios, necesito la distracción. —Genial. Puede entrar—. Ava aparece por la puerta con una bolsa de comida en la mano y con una sonrisa gigante. —Ah, no te he visto en mucho tiempo—. Rodeó mi escritorio y me da un gran abrazo, con comida y todo. Cuando se aleja, va a mi área de asiento donde deja la comida y da palmaditas en el sofá que está a su lado. —Te estoy requisando el almuerzo. Siéntate, háblame de tu vida.

Esto es exactamente lo que necesito. Me quito los tacones y me abro camino a través de la gruesa alfombra de mi oficina y me siento al lado de Ava, que está sacando sándwiches de queso a la parrilla de sus cajas.

—Me amas, ¿verdad?— Pregunto, tomando los enormes sándwiches que hemos llegado a amar juntas.

—Sabes que sí. Espero que hayas hecho ejercicio hoy porque estamos a punto de subir algunas calorías.

—Estoy totalmente de acuerdo—. Me río. —No he tenido uno de estos en mucho tiempo.

—Me lo imaginaba, y por eso los traje.

Hace unos años, cuando Ava y yo nos mudamos a la ciudad, encontramos este restaurante llamado Cheez Whiz, y todo lo que hacen son sándwiches especiales de queso a la parrilla con el pan más crujiente que hayas comido en tu vida. Estos sándwiches son gotas de granizo gigantescas del cielo en tu boca. Nunca me he arrepentido de tener uno.

El sonido crujiente de nuestros dientes trabajando a través del sándwich llena la oficina mientras ambas comemos bocados y gemimos al mismo tiempo. Sí, son así de buenos.

Masticando y hablando, digo: —Gracias, realmente necesitaba esto hoy.

—¿Sí? ¿Teniendo un día duro en el negocio de los casamenteros?

—Se podría decir que sí.

—¿Qué pasó?

Miro alrededor de mi oficina como si alguien estuviera grabando esta conversación y susurro, —¿Prometes mantener esto entre nosotras?

Ava pone los ojos en blanco. —Julia, ¿A quién demonios se lo voy a decir?

Sabes que todo lo que dices siempre queda entre nosotras.

—Lo sé, sólo me pongo nerviosa. Técnicamente tengo un NDA.

—El cual preparé para ti, así que como tu abogada, voy a decir que está bien—. Con ese tipo de razonamiento, ¿cómo podría no decírselo? Si me meto en problemas, ella es la que tendrá que pagar mi fianza.

—Bien, ¿Te acuerdas de Theo Scott?

Ava se limpia la boca con una servilleta marrón. —¿Cómo podría olvidar a Theo Scott? Gobernaba la Universidad de Yale y es el mejor amigo de Kevin. Es difícil olvidar a alguien como él.

—Sí, bueno, vino a verme hace poco y me pidió ser parte de mi programa..

—Espera...— Ava me pone la mano en el brazo, —Theo Scott te pidió que lo emparejaras—. El mismo que nunca tuvo una novia en la universidad, o en cualquier momento después de eso, que sepamos.

Asiento con la cabeza. —Sí, ese mismo.

—Bueno, esto sí que es confuso.

—Háblame de ello. Estaba tan desconcertada que no creí que fuera en serio, así que le pregunté a Kevin si era parte de su apuesta en Fantasy Football League.

—Oh Jesús, lo fue, ¿verdad?—. Asiento con la cabeza y le doy un mordisco a mi sándwich, masticando rápidamente antes de hablar. —Los dos lo negaron, pero finalmente los agoté. Le dije a Theo que esto no era una broma para mí y ¿sabes lo que dijo?

—Probablemente algo estúpido.

—No—, Meneo la cabeza, ahora en un rollo. —Me dijo que quería encontrar el amor.

Ava está a medio sorbo de su bebida cuando empieza a toser y a chorrear agua por todos sus pantalones. —¿Qué? No hay manera.

—Eso es lo que pensé. Pero lo decía en serio. Pasó por todas las preguntas, se sentó durante el proceso de entrevista y ahora está esperando a que yo haga una cita para revisar sus resultados.

—Guau—. Ella se sienta. —Quiero decir... WOW. Nunca hubiera esperado eso de él. ¿Por qué el cambio repentino?

—Supongo que cree que es hora de asentarse, se encontrar calma.

—Bueno, creo que llegando a cierta edad, los chicos pueden cambiar, pero imagínatelo—. Mi amiga está un poco cansada de sus relaciones pasadas, así que su comentario no me parece extraño. —Así que le hiciste todas las pruebas, ¿Y de qué color es?—. Tomo un sorbo de mi agua, realmente

lavando el queso antes de responder, porque honestamente, todavía no puedo creerlo.

—Esa es la razón por la que estoy teniendo problemas, por lo que estoy teniendo un día raro.

—¿No es lo que esperabas?

Me limpio los dedos en la servilleta y me tumbo en el sofá, sintiéndome tan confundida. —Ni siquiera un poco. Estaba segura de que era un azul o un verde.

—¿No lo es?— El giro en la nariz de Ava me hace creer que está tan confundida como yo. Sabe todo sobre el programa de citas. Ella ha pasado por todas las diferentes personalidades conmigo varias veces, especialmente después de ayudarme con el papeleo legal, así que su sorpresa está justificada.

—No—. Como si estuviera contando un secreto, le susurro: —Es un rojo—. Sus ojos se ensanchan y su frente se eleva. —¿Qué? De ninguna manera.

—Lo es. Lo he comprobado varias veces. Su personalidad sexual es roja.

—Podría habértelo dicho, pero no debería pesar tanto como todo lo demás, ¿verdad?

—No, no debería. Pero cuando llegó a su prueba, cayó en la categoría roja con un sorprendente noventa por ciento.

—Pero—. Ava cruza los brazos sobre su pecho y se vuelve más hacia mí. —No se parece en nada a un rojo. Es un líder, sí, pero también es carismático, es inspirador, es un ayudante...

—Es un protector—, termino por ella.

—Exactamente. ¿Lo hemos leído mal todos estos años? Quiero decir, garantizado que no he pasado tanto tiempo con él como tú, pero aun así, por las cortas interacciones que he tenido, puedo decirte ahora mismo, que ese hombre no es un rojo—. No tiene que decírmelo. Todavía estoy tratando de entender los resultados, y ahora me siento insegura de si mi programa esta en lo correcto. Me hace cuestionar mis métodos y mis años de investigación científica. No entiendo cómo ha podido pasar esto. ¿Cómo pudo destruir tan fácilmente todas las teorías que yo tenía sobre su personalidad? ¿Qué dice sobre mí? ¿Cómo puedo ser tan mal juez de carácter para alguien que ya conozco?

—¿Qué debo hacer? ¿Realmente le pongo una naranja?—. —Quiero decir, ¿Tienes elección en el asunto?

—No puedo hacer que se haga la prueba de nuevo, ¿verdad? Eso le daría la idea de que todo mi programa es un engaño, y eso es lo último que quiero. De

hecho, tenía unas cuantas chicas en mente para él, unas cuantas amarillas y moradas que pensé que encajarían bien, pero si es rojo, no hay manera de que pueda juntarlo con esas mujeres, porque les rompería el espíritu antes de que se sirva la ensalada.

Los labios de mi amiga estaban apretados, ella realmente estaba pensando en la situación y es por eso que la amo. Ella no está aquí para tirar sugerencias vacías, sino que usa su mente muy capaz para ayudar a estirar la mía. Sus puntos de vista son siempre perspicaces. Incluso en la universidad, cuando afrontémoslo, éramos unas jovencitas, era lo mismo. Nunca he sentido que nuestra relación fuera unilateral, pero ella estaba ahí para mí cuando tenía problemas con los hombres, o cuando Theo se metía en mi cabeza de alguna manera. No era muy a menudo, pero cuando lo hizo, me llevó un tiempo superarlo.

Él tiene esta habilidad de cavar en tu alma y plantarse allí. Es una cosa muy AZUL, la habilidad que tiene para mantenerse a tu alrededor incluso cuando estás a kilómetros de distancia.

—¿Sabes?, odio decirlo, pero tal vez es un rojo, pero no lo muestra porque eres la hermana de Kevin. Piénsalo, es un magnate de inversiones inmobiliarias en la ciudad de Nueva York y tiene treinta y tres años, y eso no sucede muy a menudo. Tiene que tener algo de rojo en él para estar donde está hoy. Tal vez esté sea mas rojo de lo que esperabas.

—Quiero decir... Supongo que sí—. Me muerdo una uña, pensando en ello. —Pero no muestra los rasgos de un rojo en su vida diaria. Como por ejemplo, en las últimas dos semanas ha sido dulce y amable....

—Porque eres la hermana de Kevin. No va a ser un imbécil contigo.

—Pero no soy sólo yo. Es increíble con su asistente. Si fuera realmente un rojo, no hay manera de que le diera a su asistente la llave de su casa en los Hamptons para el fin de semana sólo por traernos galletas. Si fuera rojo, habría forzado a su asistente a traernos galletas, sólo para decirle que esperara afuera hasta que termináramos por si acaso hubiera algo más que necesitáramos.

—Cierto—. Las dos suspiramos mucho y nos sentamos en nuestros asientos, realmente hundiéndonos en el cojín. —¿Y qué pasa si le pones a una naranja? Quiero decir, si su color se muestra como un rojo, entonces tal vez sólo tienes que ir con los resultados, ¿sabes?

—Sí, supongo que sí.

—Siento que estas dudando.

Demasiadas dudas —No quiero arruinar esto.

—¿Qué quieres decir?

Miro al techo, recordando las interacciones con Theo. —Desde el primer momento en que lo conocí, siempre ha habido un aire de que tiene razón, no importa lo que pase y lo sabe. Y lo que realmente molestaba, era que cada vez que yo estaba cerca de él, de alguna manera, siempre terminaba superándome aunque no fuera su intención. Él sentó un precedente para mí, como que no importa lo que haga, quiero impresionarlo.

—Julia, no puedes hablar en serio.

—Sé que es estúpido—, Me paso la mano por el pelo, agarrándome fuerte a las hebras sueltas. —Pero incluso cuando trato de decirme a mí misma que su opinión no importa porque no está en mi vida como en la de Kevin, todavía quiero demostrarle que soy más que la hermana menor, que en realidad puedo estar a la altura de la liga en la que él está.

—Estás más allá de su alcance. Tienes tu doctorado. Tiene una licenciatura.

—Y él con una cartera inmobiliaria que rivaliza con cualquier millonario del mundo. Él es un hombre hecho a sí mismo.

—Tú también lo eres.

Ava es dulce, tratando de compararme con Theo, pero honestamente, no hay ninguna comparación. Él es superior.

—Pero no es del mismo calibre y eso no viene al caso. Lo que estoy tratando de decir es que no quiero haberlo puesto a través de este programa de citas, todas las preguntas y pruebas sólo para arreglarlo con la persona equivocada. No quiero que piense que todo mi programa fue una pérdida de tiempo, porque creo que eso casi me mataría.

—Él nunca pensaría eso.

—Si no lo encuentro con la persona correcta, después de descubrir que es un rojo, creará que este programa fue un completo fracaso—. ¿Y si las mujeres con las que sale también son críticas con ¿Cuál es tu color? ¿Y si, como ven lo mal que les ha ido con él, pierden la lengua y difunden que mi programa es una farsa?

Ava parece tan perturbada como yo me siento, pero afortunadamente se calla. Ella puede ver exactamente dónde está mi mayor preocupación. Y honestamente, aunque Theo ha sido dulce, considerado e interesado, sé que en el fondo me sentiré humillada si no es compatible con alguien que le guste. No hay manera de que pueda detener esa sensación, así que seré meticulosa en encontrar la pareja perfecta para él.

Ya en la reunión con Theo, empezamos nuestra conversación.

Theo se frota las manos y dice excitadamente: —Bien, dámelo. ¿De qué color soy para las citas?

Sólo porque soy neurótica, hice los resultados de la prueba dos veces más sólo para confirmar lo que aún no puedo creer. Luego me tomé mi tiempo para evaluar realmente a las mujeres con las que podría emparejarlo. Revisé sus perfiles, tratando de encontrar la mejor coincidencia posible. Se me ocurrieron dos mujeres que pensé que podrían mantener la atención de Theo y llevarse bien con su rojo interior oculto, y espero que funcione.

—Bueno, después de tomarme mi tiempo revisando tus resultados, llegué a la conclusión de que eres un rojo...

—Rojo, hmm, interesante. ¿Qué significa eso?

—Bueno, significa que a veces eres un hombre de negocios, despiadado, y que gustas de hacerte cargo en el dormitorio—. Intento aligerar un poco mi respuesta, sin querer ir demasiado lejos en los detalles de una personalidad de citas rojas, ya que claramente los rojos no son mis favoritos.

—Se hace cargo en el dormitorio es muy preciso. Buena decisión—. Él sonrío. —¿Qué más va con ser un rojo?

—Bueno, puedes leer más sobre ello en mi artículo. No quiero aburrirte con detalles ni hacerte perder el tiempo. Lo que realmente importa ahora mismo es repasar las dos opciones de citas que tengo para ti.

Su frente se arruga y la sonrisa de su cara se desvanece. —Sí, las fechas—. Se rasca el lado de la mandíbula y sus ojos caen de la excitación a completamente planos. Eso es raro. —¿Encontraste cerillas?

¿Qué está pasando? Hace dos segundos tenía una actitud burlona, una emoción que se apoderaba de él, pero ahora, es casi como si hubiera hecho vuelta de ciento ochenta y estoy viendo su rojo interior que nunca supe que poseía. Tal vez no me equivoqué.

—Bueno, como decía, encontré dos coincidencias. Verás, los rojos son un tipo especial de personalidad, realmente sólo coinciden con otro color, que sería el naranja.

—De acuerdo—, dice con un poco de escepticismo. Y por alguna razón eso me pone nerviosa. Puedo sentir una quemadura en mi pecho, y rezo para que no se vea a través de mi blusa.

—Teniendo en cuenta a la mujer de tus sueños, revisé mis naranjas y tengo dos mujeres en mente para ti—. Le presento sus perfiles. —Carly y Tabitha—. No recoge los perfiles, sino que los deja sobre la mesa, estudiándolos desde

lejos. Está callado, y no sé si está feliz o enojado. ¿Cree que las chicas son atractivas? ¿Le gustan sus descripciones de trabajo? ¿Los rasgos de personalidad que resalté?

Cruza las manos y me echa un vistazo. —¿Cuál te gusta más?— No hay tono de burla, ni sonrisas, ni guiños, ni nada.

—Creo que Tabitha sería tu mejor pareja.

—¿De verdad lo crees?— Su voz es severa. Me retuerzo las manos. ¿De dónde vino su repentino cambio de humor? Se recuesta en el sofá y me da un repaso lento, analizando lo que siento por cada centímetro de mi cuerpo. —¿Realmente crees que Tabitha es mi mejor pareja?

¿Me estoy perdiendo algo? —Bueno, después de repasar todos los resultados de las pruebas y revisar los perfiles...

Se pone de pie y empuja su mano a través de su cabello, tirando de las hebras. —Arréglalo. Hazle saber a Nora cuando esté libre.

Se dirige hacia la puerta de mi oficina, abotonando su chaqueta de traje con la cabeza hacia abajo, casi temblando como si estuviera decepcionado.

—¿Te vas?, Theo. Espera—. Se detiene en la puerta pero no se da la vuelta. —¿Qué está pasando? Pensé que esto era lo que querías.

Emite un profundo suspiro y de repente se enfrenta a mí, su rostro desprovisto de esa sonrisa arrogante que me encanta odiar. —Tienes razón, esto es lo que quiero. Fija la fecha. Estoy deseando conocer a Tabitha.

Intenta volver a retroceder, pero yo pongo mi mano en su brazo, manteniéndolo en su lugar. —Si hice algo mal, por favor, házmelo saber. Pareces enfadado conmigo.

—Estoy bien. Te haré saber cómo va la cita. Buenas noches, Julia—. Y con eso, se va, caminando por el pasillo mientras saca el teléfono del bolsillo de su chaqueta. Él no está bien. Theo es arrogante, descarado, extrovertido... no hosco. De mal genio. Pero eso no es lo que realmente me preocupa. Así es como se fue.

Buenas noches, Julia. Julia No Jules. Casi se siente como una bofetada en la cara. ¿Qué diablos hago ahora?.

CAPÍTULO CATORCE

THEO

—Odio todo esto—, me quejo, cambiando mi camisa por un suéter.

Roark está saltando en mi cama, actuando como una adolescente viendo a su mejor amiga prepararse para una cita, pero en vez de girar su cabello y hacerme preguntas sobre mi cita, se está tragando una cerveza y eructando el alfabeto. —C, D, E.

—¿Quieres parar con esa mierda? Cristo, hombre. No necesito que eructes esta noche.

—¿Un poco nervioso?— Se instala en el extremo de la cama y mira fijamente mi ropa.

—Sólo molesto—. Me bajo el suéter y lo sitúo alrededor de la cintura, ajustando las mangas alrededor de mis hombros voluminosos. —En vez de salir con Julia, tengo que llevar a cenar a una chica llamada Tabitha.

—Tabitha suena como un nombre sexy. ¿Qué aspecto tiene?

Me encogí de hombros. —No tengo ni puta idea. Cuando Julia me mostró los perfiles, apenas me concentré en ellos porque la rabia empezó a consumirme.

—¿Tienes espacio para enfadarte? ¿Invitaste a salir a Julia?

—No tuve oportunidad antes de que ella empezara a lanzarme perfiles en mi dirección. Esperaba que pudiéramos haber hablado de la otra noche, ya sabes, de la que interrumpiste.

Se ríe. —Uno de mis mejores momentos.

—Eres un imbécil.

—Oye, creo que necesitas dar un paso atrás y respirar por un maldito segundo. Estas demasiado volátil ahora.

—Porque voy a salir con una chica que no me importa nada. Porque la chica con la que quiero salir cree que busco el amor con otra persona, cuando en realidad la busco a ella. Voy a tener que fingir que me estoy divirtiendo para no quebrar a esta chica, y luego encontrar la manera de demostrarle a Julia que me preocupo por ella, cosa que creí que ya había hecho. Quiero decir, ¿qué más tengo que hacer? Le envié regalos considerados, he dedicado tiempo para ella, le he enviado muchos mensajes haciéndole saber que estoy pensando en

ella, y Jesucristo, casi la beso. ¿Qué más tengo que hacer? ¿Dibujar un mapa de carreteras a mi maldito corazón y dárselo a ella?

¿De verdad no tiene no entiende por qué estaba enfadado? ¿Por qué me fui furioso? ¿Cómo diablos no lo sabe?

Roark me mira fijamente, con la cerveza en la boca. —¿Una hoja de ruta para tu corazón? ¿De dónde diablos sacas esta mierda?

Me subo las mangas hasta el suéter. —Leí algunos artículos sobre citas.

—¿Se les llamaba “salir con nenazas”?

Lo señalo a él. —Eso es ofensivo. Se llama ser estúpidamente romántico.

—¿Sabes lo que es romántico?— Roark se apoya en una mano y presiona la palma contra mi colchón. —Decirle a la chica que te gusta, que en realidad te gusta. Eso es ser romántico, y no hay confusión en lo que respecta a tus sentimientos.

—No puedo hacer eso.

—¿Por qué no?

—Porque sabes lo que pasó en esa fiesta—. Me miro en el espejo y trato de domar mi cabello rubio a un lado.

—¿Estás hablando de la fiesta de fin de semestre de la fraternidad?

—Sí.

—Eso fue hace mucho tiempo y nunca dijiste lo que pasó, sólo que la cagaste y para informarte si Kevin sabía algo sobre su hermana.

—Esa noche ha sido tatuada en mi cerebro. Hice mi movida entonces, ella me rechazó, y ahora siento que tengo que hacer mucho más que decirle lo que siento.

—¿Qué pasó?

Sacudo la cabeza. —No voy a entrar en eso ahora, es una historia muy larga.

—Entonces, ¿qué vas a hacer? ¿Ir a esta cita? ¿Guiar a esta chica?

—No—. Levanto mi brazo y hago unos cuantos movimientos con mi desodorante debajo de mi sudadera y luego cambio al otro brazo. —Voy a ser cortés y terminar la noche sin expectativas.

—¿Y eso es justo?

Soy sincero con Roark. —La vida no es justa, créeme. Si lo fuera, no habría perdido a propósito una apuesta con ustedes, imbéciles, para pasar tiempo con Julia sólo para que ella me pusiera en contacto con otra persona. Si la vida fuera justa, ya estaríamos juntos.

Hay un pinchazo en la frente de Roark mientras sus ojos se estrechan sobre

mí. —¿Perdiste la apuesta a propósito?

Le doy una mirada de verdad. —Sólo un idiota se sienta en el banquillo de Russell Wilson, o alguien que intenta perder.

—Lo sabía, diablos—. Él salta de la cama y me pega en el brazo. —¿Te das cuenta de la clase de mierda que tengo que oír cada vez que estoy cerca de Kevin sobre cómo es el mago del fútbol de fantasía? El idiota tuvo suerte una semana y ahora lo tiene sobre mi cabeza. Si no hubieras puesto a Russell en el banquillo, mi vida sería mucho más fácil.

Le doy una palmadita en el hombro y sonrío. —Llámalo karma por el bloqueo de la otra noche. En vez de ser un imbécil, la próxima vez piensa en las consecuencias.

Empiezo a alejarme cuando Roark me dice: —Espero que Tabitha trate de besarte esta noche. Espero que sea una maldita pegajosa y que no puedas quitártela de encima.

—¿Recuerdas lo que dije sobre el karma?

—Mierda, karma. Soy irlandés, tenemos la suerte de nuestro lado.

Soy un hombre. Por si acaso te lo estabas preguntando. Soy un hombre de sangre roja con una libido que se enciende con una pequeña brisa de sex appeal. Nos pasa a los mejores de nosotros, incluso cuando estamos locos por la lujuria de otra persona.

Así que cuando digo que esta cena ha sido incómoda, no estoy bromeando.

Tabitha, también conocida como Tabby Cat, como la llaman sus amigos, decidió venir a cenar con el vestido más atrevido que he visto en mi vida. Plateado, escote profundo, apenas cae hasta la mitad del muslo, extremadamente provocativo, y no deja nada a la imaginación. Y lo digo en serio.

Ya se ha tomado tres tragos esta noche. Y no estoy mirando. Realmente no lo hago. Pero cuando empieza a rebotar de emoción, lo que sólo puedo imaginar es que las dobles empiezan a sacudirse con ella, es difícil no ver que se le salga un pezón.

Después de sus pezones y una carga de escote un tipo está obligado a tener una erección menor. Ella también es preciosa. Cabello sedoso, brillante y

oloroso, ojos azules, labios de plástico y un cuerpo para matar. Cuando ella se presentó, inmediatamente pensé que si no intentaba que Julia me mirara de nuevo, me llevaría a Tabitha a casa conmigo.

Estoy un poco impresionado con Jules y su habilidad para emparejar a la gente, porque dejando el pezón a un lado, esta cita está bien. Pero, la forma en que está vestida la gata atigrada me recuerda a una cita de Tinder, no algo que esperaba a través del negocio de citas de Julia. Su traje no grita que estoy buscando una relación a largo plazo. Lo sé, porque he estado en “citas” con muchas Tabithas antes de esta noche. Por otro lado, no sé mucho de esta chica aparte de que es gerente de una prestigiosa compañía de joyería, le encanta la Zumba, enfatizó sacudiendo sus maracas, incluso me las mostró, que su talla de braga es número uno y cuando está lloviendo, le hormigean los dedos de los pies. Ese último chisme era algo que no necesitaba saber.

Para que conste, a ella también le gusta correr su dedo del pie, eso no es un hormiguelo, porque es una noche seca, y va desde mi pierna hasta mi muslo. He tenido que quitarle el pie varias veces y luego disculparme por un espasmo. Creo que está a un golpe de pensar que tengo una enfermedad.

Pero por el amor de Dios, hay un momento y un lugar para la fornicación de pies, y una primera cita en un restaurante de lujo no es el momento ni el lugar, a menos que fuera Jules. Si Jules estuviera sentada frente a mí en lugar de Tabby Cat, estaría jadeando y golpeando mi pierna arriba y abajo en el suelo como un perrito cachondo.

Tabitha hace girar su copa de vino, me ofrece una vista desde su vestido y me dice: —¿Qué clase de programas ves?

Ella tiene esa voz ronca, he estado dando vueltas alrededor de la manzana un par de veces. Es raro, me gusta, y no me gusta. Es confuso.

—Espectáculos—. Su dedo del pie encuentra mi espinilla y yo me alejo rápidamente, llevando mi tobillo a mi rodilla opuesta.

La cena está lista y rezo para que el camarero se dé cuenta de que estoy esperando la cuenta.

—¿Como la televisión?

—Sí, ¿qué más hay?

—Bueno, hablas de Broadway.

—¿A quién le gustan los musicales hoy en día?

Pone los ojos en blanco. —El mundo necesita darse cuenta de que el canto y el baile están muertos. Ahora todo se trata de las películas de Marvel. Acción y emoción. Fantasía. ¿Te gustan las fantasías, Theo?

No quiero responder a esa pregunta porque, demonios, sí, me gustan las fantasías. Lo que quiero es vivir los deseos que tenemos dentro de nosotros, pero me temo que si intento responder a esa pregunta, en dos segundos Tabitha me sacará de mi asiento y me llevará al baño de damas. Así que vuelvo a su primera declaración.

—Los musicales no están muertos. Son muy entretenidos. Me gusta ver uno al menos una vez al mes, y como vivo en Nueva York, necesito aprovecharlo.

—¿Ves musicales?—. Asiento con la cabeza y tomo un sorbo de mi agua. Sí, nada de alcohol para esta noche, ya que quería mantenerme alerta.

—¿No es femenino?

—¿No es sexista de tu parte pensar eso?— Hay un tono en mi voz que realmente hace que retroceda. Gracias a Dios, porque no estaba de humor para pelear por los musicales.

—Lo siento—, dice finalmente después de mirarme fijamente durante lo que pareció ser un minuto. —No sabía que te apasionaban los musicales.

Me agarro el tobillo y trato de actuar lo más relajado posible. —No es apasionado. Sólo tengo un aprecio por las artes. Eso es todo.

—Eso puede ser sexy—. No intento ser sexy, pero lo dejaré pasar. —¿Pero qué hay de los programas de televisión? ¿Ves alguno?

—Eh, no realmente. No tengo mucho tiempo, dada mi carga de trabajo, pero cuando veo algo, me gusta ponerme al día con Game of Thrones.

Sus ojos se iluminan, sus labios se curvan en una sonrisa gigante, y de repente empieza a aplaudir. Da unos tres aplausos antes de... y sí, ahí está, su pezón. Maldita sea, ¿por qué siempre son tan duros?

Cuando termina de aplaudir, agarra la mesa y se inclina hacia adelante. —Juego de Tronos es mi programa favorito de todos los tiempos.

—¿Ah, sí?—. Ella asiente con la cabeza vigorosamente. Tranquilo, asesino, no querrás que te rompan el cuello.

—Me encanta la historia, la desnudez, el asesinato, el incesto. No puedo tener suficiente.

—¿Amas el incesto?— Pongo una ceja rara. Eso es una mierda extraña, y no creo haber oído a nadie decir que le guste el incesto en Juego de Tronos. Es más bien, ¿Viste que se cogió a su hermana otra vez? ¿Qué clase de imbécil hace eso?

—Bueno, ¿sabes?— Ella mueve un poco los hombros. —El tabú de todo esto. No tengo hermanos, y no me gustaría tener sexo con ellos, pero el hecho de que esta gente se acueste con quien quiera, es interesante. ¿No crees?

Llevo el agua a mis labios. —Es muy interesante..

—Y Dios, los dragones. Ni siquiera podía imaginarme lo que era tener a esas bestias en el aire en ese entonces. Me habría aterrorizado.

Voy a hacer una pausa por un segundo. ¿Acaba de decir que no podía imaginar lo que sería tener dragones volando por ahí? Como si, Juegos de Tronos es un período de tiempo real donde los dragones gobernaban los cielos?. ¿Lo he entendido bien?. Creo que voy a necesitar una aclaración.

—¿Qué quieres decir exactamente?—. Pregunto lentamente, queriendo entender lo que está diciendo.

—Quiero decir, podría lidiar con el incesto y la vergüenza desnuda frente a toda la ciudad, pero los dragones es donde yo lo llamo renunciar.

—Como si fueras un personaje de la serie—. Intento aclararlo.

—No, como en los viejos tiempos—. Me mira como si yo fuera el que no tuviera ni idea. —Ya sabes, en la era del dragón.

Bueno, ahora sí que estoy preocupado. ¿Cree que los dragones son reales? Porque si es así, vamos a tener un problema mayor que solo lo de los pezones.

—¿Estás diciendo que los dragones son reales?—. Ella retrocede, casi como si la hubiera abofeteado. —¿Intentas decirme que no lo son?

—Hmm.. Quiero decir, creo que cualquiera te diría que no son reales.

Pone los ojos en blanco y cruza los brazos sobre el pecho. —No puedo creer que esto esté pasando de nuevo.

—¿Otra vez pasando?— Esta cita podría haberse vuelto interesante. ¿Ha hablado a otros sobre su miedo a vivir en una era de dragones?

Tratando de ser lo más gentil posible, le digo: —¿Le has dicho a alguien más que tienes miedo de los dragones?

—Otra cita. Trató de convencerme de que los dragones no son reales.

—Porque no lo son—. Mis ojos parpadean rápidamente, preguntándome si esto es un sueño. —Los dragones son criaturas míticas.

—No, los dragones vivían en la época medieval. Por eso usaban espadas todo el tiempo, para apuñalar a las bestias.

Casi me ahogo con el agua. Escupiendo un poco, puse el vaso sobre la mesa y planté los dos pies en el suelo, necesitando estar a la altura de esta chica. —Tenían espadas en ese entonces porque no se habían inventado las armas y si las hubieran tenido, ¿no crees que habría sido mucho más fácil matar a un dragón con una espada de un metro? Sabes que los dragones respiran fuego, ¿verdad? Una calada y tu caballero de brillante armadura está muerto.

—La armadura es ignífuga—, responde con un levantamiento de la barbilla.

Jesús.

—Estás delirando—. Ya está, lo he dicho. Lo siento, pero no puedo hacer esto. No puedo sentarme aquí y escuchar a una mujer contarme sobre una época antes de nosotros en la que los dragones gobernaban los cielos y la armadura de los caballeros era retardadora de llamas. Soy demasiado inteligente para estar cerca de alguien tan... tan... tan... tonta.

—¿Disculpa?

Saco mi billetera y tiro unos cuantos billetes de cien dólares, sin importarme que probablemente esté pagando demasiado. Sólo necesito salir de aquí. Hablando de un aguafiestas. Ningún resbalón en los pezones rectificará a esta mujer. Me inclino sobre la mesa y enuncio para que ella pueda oírme correctamente. —Dije que eres delirante.

Sus fosas nasales se ensanchan, su cara se torna roja, y antes de que me dé cuenta, el resto de su vino sale volando de su copa y se dirige hacia mi nariz.

Ella empuja su silla fuera de ella y se para abruptamente mientras yo trato de estornudar un poco del desagradable merlot.

—Si tú hicieras una investigación, *Sr. Fui a Yale*, sabrías que los dragones son reales y que los científicos han estado tratando de ocultar su existencia de las masas. Lee la Biblia. Te dará una educación muy necesaria.

Me limpio la cara. —¿Es la misma Biblia que dice que Jesús alimentó a una multitud de cinco mil personas con cinco panes y dos pescados?

Cada vez más enfadada, se inclina hacia delante y prácticamente me riñe en la cara. —Se llama magia, imbécil, Wikipedia.

Ella comienza a alejarse, y sólo porque soy el imbécil que he llegado a ser, grito: —Wikipedia no es una fuente confiable. Ninguna escuela o universidad lo permite como referencia citable.

Su espalda se volvió hacia mí, un balanceo en sus caderas, ella levanta su mano en el aire y muestra su encantador dedo corazón a todo el restaurante. Con clase. Muy, muy elegante.

CAPÍTULO QUINCE

JULIA

SEGUNDO AÑO, UNIVERSIDAD DE YALE.

—Creo que ya no puedo mantener los ojos abiertos—. Ava los sostiene con los dedos mientras sus codos descansan sobre la mesa de la biblioteca.

Puedo sentir su dolor. Estoy completamente azotada. La semana de los finales me está pateando el trasero. Pensé que mi primer año era duro, pero mi segundo año ha subido un escalón, dejándome sin dormir, viviendo de café y caminando por los hermosos terrenos pavimentados de Yale como un zombi entre exámenes.

La universidad lo es todo para mí, pero ahora mismo quiero un descanso. No es un divorcio, aún no estoy a ese nivel, aunque me gustaría mucho algún tipo de pausa entre medio. Sólo unos días más y todo habrá terminado. Entonces podré sentarme en mi cama, con mi laptop en el regazo, y ver todas las películas románticas que mi pequeño corazón desea. Va a ser un sueño.

—Creo que voy a salir. ¿Quieres venir?—. Levanto la vista de mi libro, con el rotulador en la mano, y sacudo la cabeza. —Tengo unas cinco páginas más para tomar notas y luego me iré.

—¿Quieres que te espere?

—No, estoy bien. No tengo ganas de llevar tu cuerpo dormido de vuelta a nuestro dormitorio. Te veré en la mañana.

Ava empieza a empacar. —Vamos a ir al bar de tostadas francesas mañana por la mañana, ¿verdad? Davie me dijo que tienen todas las compotas de frutas que se te ocurran.

—Sí. Creo que la barra de tostadas francesas es lo único que me motiva hoy a superar este material. Te veré por la mañana. Ten cuidado al volver, ¿de acuerdo?

—Lo haré. Te veo por la mañana y no te quedes hasta muy tarde. Podrías atravesar el material, pero si no tienes la cabeza en él, no vas a retener nada.

Ava levanta su mochila sobre su hombro y me da un beso de aire, retrocediendo rápidamente. Se va a desmayar en el momento en que su cabeza golpee su almohada.

Bien, es hora de concentrarse. Cinco páginas más. Puedo hacer esto. Sentada, me abofeteo ligeramente las mejillas, parpadeando rápidamente para despertarme. Tomo un trago de mi café frío, sacudo mis hombros, y luego regreso a mi página, las palabras flotando a través de ellas, frases olvidadas por mucho tiempo. Mierda. Tal vez necesite hacer un poco de estiramiento.

Tomando una rápida observación de mis alrededores, veo a otros dos estudiantes quemando el aceite de medianoche completamente inmersos en sus libros, sin prestarme la más mínima atención. Ver que la costa está despejada, me anima. Me levanto de mi silla, agarro mis manos por encima de mi cabeza y me inclino de lado a lado antes de hacerlo hacia adelante en una posición de perro de yoga hacia abajo. Mantengo la postura durante unos segundos antes de volver a levantarme y repetir el proceso cinco veces. No soy un yogui, pero vi algo en YouTube sobre saludos al sol. Sé que no lo estoy haciendo bien, pero está lo suficientemente cerca.

Una vez que termino mi última ronda, me siento en mi silla y me digo a mí misma que estoy refrescada, que todo lo que necesitaba era un poco de estiramiento de yoga en mi vida.

Dejando salir una larga bocanada de aire, destapo mi rotulador y me pongo a horcajadas sobre el libro con las manos. Allá vamos.

Comportamiento humano, bla, bla, bla. Parpadeo un par de veces. Intentémoslo de nuevo. El comportamiento humano es bla, bla, bla.

—Vamos, Westin—, murmuré para mí misma, una vez más dándome una buena bofetada en la mejilla.

Me pregunto si mañana tendrán crema batida con las tostadas francesas. Chispas de chocolate Arándanos, tienen que tener arándanos. Oh, demonios. Esto no tiene sentido. Cierro mi libro y preparo mi mochila. Ava tenía razón. Tengo que dejarlo por hoy. Está la lectura y el aprendizaje, luego está la lectura de la misma frase una y otra vez y aún así no poder absorberla. Creo que me he golpeado con mi pared de ladrillos.

Un buen descanso nocturno y unas tostadas francesas es realmente lo que necesito para revitalizarme, no unos saludos de sol a medias. Se trata de los carbohidratos y azúcares refinados durante la semana de los finales para que pueda superar la presión de superar todos mis exámenes.

En un tiempo récord, limpio mi desastre, lo guardo en mi mochila y salgo de la biblioteca, rezando para que mis compañeros estudiantes nocturnos lleguen más lejos que yo.

El campus está oscuro, sólo unas pocas lámparas iluminan el cielo de

medianoche, dando un resplandor misterioso a los viejos edificios de piedra. Incluso de noche, la oscuridad oculta la intrincada arquitectura, sigo pensando que es la universidad más bonita de Estados Unidos. Recuerdo haber visitado a Kevin por primera vez aquí, con los ojos bien abiertos, mi corazón inmediatamente adherido al azul de Yale esparcido por todo el hermoso e histórico campus. Sabía que esta era la universidad a la que tenía que venir, en la que me doctoraría. O al menos espero ganar mi doctorado. No habrá doctorado si no puedo aprobar estos exámenes, lo que significa que tengo que ir a pie a mi dormitorio y dormir un poco.

Agarro las correas de mi mochila y tomo el ritmo justo cuando, desde el rabillo del ojo, veo que se acerca una figura alta. Mi estómago salta, mi ritmo cardíaco se dispara mientras que el hombre que no puedo distinguir sigue su ritmo hasta que está justo a mi lado.

Me congelo, lista para lo peor cuando el tipo dice, —¿Julia?

Mirando con un ojo abierto, reviso la figura masculina y lo reconozco de una de las fiestas de la fraternidad a las que asistí con Ava, no una de las de Kevin, lo cual iba en contra de sus reglas, pero mi amiga realmente quería encontrarse con ese tipo que casualmente la dejó plantada. Nunca se lo conté a Kevin porque no había necesidad de que se enfadara.

—Oh, sí...—. Mantengo mis manos quietas a pesar de que él las sacude. Casualmente se la mete en el bolsillo.

—Trent—. Presiona su mano contra su pecho. —Nos conocimos en Sigma Chi hace unas semanas.

—Sí. Me alegro de volver a verte—. Lo hago corto y dulce. No tengo intención de hablar de tonterías. Lo odio. No soy buena en eso. —Bueno, que tengas una buena noche.

—Espera—, me tira del hombro. —¿Adónde vas? ¿Quieres ir a tomar algo?—. ¿Este tipo es de verdad? Es la una de la madrugada, la mayoría de los bares de por aquí cerrarán pronto. Y son los finales.

—No, gracias—. Trato de alejarme, pero él mantiene su mano en mi hombro, haciendo que mis nervios se pongan muy tensos. —Estoy cansada, así que me voy a mi dormitorio.

—Te acompaño—. Me agarra con fuerza del brazo. —¿En qué dormitorio vives?

—Puedo caminar sola, de verdad, está bien.

—¿Dónde vives, Julia?—, pregunta, con el veneno goteando de su voz. Intento soltarme de él, pero en vez de eso, me agarra por los dos hombros y me

encierra en su costado.

—Suéltame—. Intento alejarme de él, pero es inútil, es más fuerte que yo.

—No hagas una escena, sólo dime dónde vives y te acompañaré a casa.

—No quiero que me acompañes a casa. Por favor—, le ruego, las lágrimas llenan mis ojos. —Suéltame.

—Si no me dices dónde vives, entonces...— Antes de que pueda terminar su frase, me la arrancan de un lado, seguida de un fuerte chasquido de hueso sobre hueso.

Horrorizada, me doy la vuelta para encontrar a Trent tirado en la acera con Theo clavándole un gran golpe en el suelo, tirando del puño de nuevo hacia atrás y golpeándole en la cara repetidamente.

Crujido tras crujido suena a través del aire silencioso de la noche, y si no estuviera tan aterrorizada por lo que podría pasarle a Theo, lo dejaría continuar, pero él está tan cerca de graduarse, y no quiero que arruine eso por un imbécil.

Corro hacia él y me subo a sus voluminosos hombros, tratando de retenerlo. —Theo, para—, grito. —Por favor. Estoy bien. Estoy bien. No vale la pena perder tu educación.

Él tiene un puño en el aire, listo para conectarse con la cara ensangrentada de Trent una vez más cuando se detiene, mis palabras lo hunden. Tirando del estúpido por la camisa, lo acerca a su cara. —Denuncia y te denunciaré por ser un delincuente sexual en el campus, y lo perderás todo. Tócala de nuevo y me aseguraré de terminar lo que no terminé aquí. ¿Lo entiendes?— Rudo y decidido, enuncia cada una de sus palabras.

Cuando el tipo no responde, Theo lo sacude y le pregunta de nuevo: —¿Entendido?

El idiota tose unas cuantas veces y se limpia el ojo ensangrentado. —Lo entiendo.

—Bien—. Él lo libera, dejándolo caer al suelo. —Tienes diez segundos para largarte de aquí antes de que llame al resto de los chicos para ver que opinan de esto.

Como si se hubiera encendido un fuego bajo su trasero, Trent sale corriendo del suelo, cuidando su sangrienta cabeza. Theo mantiene sus ojos en él por unos cuantos latidos más antes de girarse hacia mí donde las líneas dentadas de su cara se ablandan, preocupación que se transforma sobre sus rasgos mientras me agarra por los hombros y me mira hacia arriba y hacia abajo.

—¿Estás bien, Jules?—. No sé si es porque lo que acabo de experimentar

fue aterrador, si es mi adrenalina, o si es la profunda preocupación y protección de Theo, pero no puedo contener las lágrimas mientras llenan mis ojos. Inmediatamente él me abraza. Cálido y fuerte. Sus brazos como rocas, envolviéndome, protegiéndome de todo y de todos los que nos rodean. Poco a poco el aire se detiene, la noche nos cubre mientras caigo en el tan necesitado consuelo del abrazo de Theo. Es algo que nunca había sentido antes, este tipo de abrazo, como si estuviera tratando de moldear nuestros cuerpos juntos. La tensión y la preocupación me dejan entre lágrimas mientras me aferro a este héroe inesperado. ¿Pero cómo? ¿Cómo es que está aquí? ¿Cómo lo supo?

Silenciosamente me acaricia el oído, un sonido melódico de consuelo mientras el lado de su cabeza presiona contra la mía, la gruesa textura de su despeine queda atrapada en mi pelo, tirando de las hebras. Pero no me importa, me gusta la cercanía, la barrera que está creando a nuestro alrededor.

—Shh, está bien, Jules. Estoy aquí.

—Él... no me dejaba ir—. Lloro, los acontecimientos me golpean, me doy cuenta de lo que podría haber pasado si Theo no hubiera aparecido asustándome hasta la médula, rompiéndome la piel en un ataque de escalofríos.

—Lo sé y créeme, tu serás la última chica que toque. El presidente de su fraternidad tendrá noticias mías—. Presiono mi mejilla contra su pecho, mis brazos envueltos alrededor de su cintura cónica, los músculos de su espalda tensos y flexionados. Cuando se aleja, me levanta la barbilla para mirarme a los ojos. —No volverá a tocarte nunca más, te lo prometo.

Asiento con la cabeza. —¿Me acompañas a mi dormitorio?

—Por supuesto—, responde suavemente, envolviendo tiernamente su brazo alrededor de mis hombros.

En silencio, caminamos a través de arcos y bajamos por largos túneles de piedra, sin hablarnos ni una sola vez. No sé qué decir en este momento. Este es un lado de Theo que nunca había visto. Un caballero protector, con armadura brillante que no hubiera esperado del arrogante asno que conocí hace un tiempo. Nunca pensé que el orgulloso sabelotodo sería tan fuerte... tan substancial. Tan protector de mí.

Cuando llegamos a mi dormitorio, Theo me suelta y va a meterse las manos en los bolsillos cuando hace un gesto de dolor y, en su lugar, sostiene las manos a su lado. Ahí es cuando veo sus nudillos ensangrentados e hinchados.

—Theo—. Levanto una de sus manos y lo examino. —Estás todo cortado y ensangrentado. Deberías haber dicho algo. Deberíamos hacerte ver las manos.

—Estoy bien—, dice secamente. —No te preocupes por mí. ¿Tú te sientes bien, Jules?

Lo miro, estoico y alfa, no hay manera de que vaya a la sala de emergencias para que le revisen los nudillos. Probablemente se meterá las manos bajo un poco de agua fría y lo dejará por esta noche, así que no tiene sentido molestarlo.

—Estoy bien—. Yo asiento, dejando caer su mano a un lado.

—¿Estás segura?

—Sí—. Una brisa se levanta y me roza un mechón de pelo en la cara. Antes de que me lo pueda poner detrás de la oreja, Theo extiende la mano y coloca suavemente el pelo detrás, con los dedos clavados en mi mejilla antes de alejarse, dando un paso hacia atrás. —Gracias—, digo rápidamente antes de que se retire por completo. —No sé qué habría hecho si no hubieras llegado en ese momento.

—El lugar adecuado en el momento adecuado—. Me hace una seña con la cabeza. —La próxima vez que estudies tan tarde, llama a uno de nosotros y te acompañaremos de vuelta. Nunca se puede estar seguro.

—De acuerdo—. Me muerdo el labio inferior, moviéndome en mi lugar. —¿Puedes no contarle a Kevin sobre esto? Ya es tan protector que no sabe cuándo dejar a su hermana sola.

—No sé si puedo hacer eso, Jules. Si fueras mi hermana, me gustaría saberlo.

—Se va a volver loco..

—Tiene derecho a hacerlo. Si no se lo dices tú, lo haré yo. Merece saberlo—. Odio que Theo tenga razón... una vez más...

—Está bien, se lo diré mañana por la mañana—. Theo asiente con la cabeza y antes de que pueda alejarse, me acerco a él y le cubro la cintura con mis brazos una vez más, dándole las gracias de la única manera que conozco: con un abrazo, un abrazo realmente agradecido.

Vacilante al principio, finalmente recíproco me abraza y me sostiene fuertemente, con la barbilla presionada en la parte superior de mi cabeza. No estoy segura de cuánto tiempo estuvimos allí abrazados, pero lo que sí sé es que esa noche, cuando me fui a la cama, me sentí segura.

Y me gané esa sensación de seguridad de una fuente muy poco probable, el mejor amigo de mi hermano.

CAPÍTULO DIECISÉIS

JULIA

—Tabitha, puedo asegurarte que no era mi intención ponerte un, como tú dices, agujero de verga.

—Dijo que los dragones no son reales, Julia. Ya sabes lo apasionada que soy con los dragones.

Mierda, me olvidé totalmente de su obsesión por los dragones. La chica está enamorada de ellos y como alguien que se lleva casi todos los negocios, asentí y sonreí y la escuché hablar una y otra vez de la extinción de los dragones y de cómo el hombre común estaba demasiado intimidado y encontró la manera de hacer que se extinguieran.

Uno de mis clientes más interesantes, la he mantenido a bordo porque en mi mente, sé que puedo encontrarle la pareja perfecta, alguien que pueda apreciar su amor por los dragones, alguien que es tan sexual como ella, pero que también le guste empollarse y vestirse con el equipo de Juegos de Tronos. Aunque, me lo dijo, en una de sus fiestas, apareció desnuda y tuvo a alguien tocando una campana detrás de ella llamando a la vergüenza todo el tiempo.

Dijo que era su fiesta más popular hasta la fecha. Me imagino que sí.

—Lo sé, lo siento, Tabitha. Realmente pensé que Theo iba a ser un buen partido para ti.

—Era un imbécil. Me llamó delirante. Pensé que habías hecho este programa para chicas como nosotras, chicas que son diferentes y extravagantes. Así es como me lo vendiste—. Mierda. Mierda. Esto es lo que más temía.

—Y lo hice—, le dije, intentando calmarla. —Lo siento. Ustedes dos encajaban tan bien en el papel, que pensé que tal vez él estaría más a tu nivel cuando se tratara de...—. Me trago —los *dragones*.

—Ugh,— se queja. —Era tan prometedor. Era tan sexy y la forma en que sus pantalones se aferraban a sus piernas y a la entrepierna. Dios, su bulto—. Mis ojos se ensanchan y mis orejas empiezan a arder cuando me imagino su bulto, uno que he notado antes. —Lo pasamos muy bien antes de la charla del dragón, pero sabes que eso es un cambio para mí.

—Lo sé, Tabitha, y de hecho tengo otro chico con el que me encantaría que

salieras. Acaba de terminar sus preguntas conmigo, así que está disponible.

—¿Es un rojo?

—Lo es, lo que es una buena noticia para ti porque sé que tienes un don para los rojos, pero también le gusta ir a las ferias del Renacimiento en su tiempo libre.

—¿De verdad?— Su voz se transforma de estar quejándose a positivamente excitada.

—Sí. Ya le hablé de ti—. Eso es mentira, pero cualquier cosa para mantener a un cliente contento. —Estaba triste porque tuviste una cita, pero cuando lo llame, estoy segura de que estará encantado de saber que sigues disponible. Quiero decir, estás disponible, ¿verdad?

—Sí, Dios mío, sí. ¿Y es sexy? ¿Le gusta follar?

¿Por qué tiene que decirlo así?. —Sí, tiene muchas fantasías sexuales que quiere cumplir.

—Oh, suena como un sueño. Quiero conocer a ese hombre escurridizo.

—Eso es genial. Me alegra oírlo. Te llamaré con detalles. ¿Estás disponible esta semana?

—Sí. No hay asuntos urgentes que atender. Gracias, Julia, eres la mejor.

—Cuando quieras—. Sonríe y cuelgo el teléfono, dando un largo suspiro. Eso estuvo cerca. Estaba tan involucrada en emparejar a Theo con una chica que pensé que le gustaría físicamente, que me olvidé completamente del amor por los dragones de Tabitha. Y dado que Theo se graduó como el mejor de su clase en la Universidad de Yale, no hay manera de que lo deje pasar. Vamos, Westin. Esta es tu vida. Tu compañía. No te distraigas. Respiro profundamente. Yo. Puedo. Hazlo. Oprimo el botón del intercomunicador y llamo a Lucy a mi oficina. Ella asoma la cabeza por la puerta y dice:—¿Sí?

—¿Puedes citar a Theo Scott lo antes posible? Necesito hablar con él.

—Oh, en realidad está en la sala de entrada. Estaba esperando que colgara el teléfono.

—¿Está aquí?— Me siento más derecha y aliso mi blusa color crema.

Lucy me mira por encima de su hombro. —Sí, y no parece feliz—. Por supuesto que no lo está. Al pararme, enderezo algunas cosas en mi escritorio y digo: —Hágalo pasar—. En unos segundos, Theo entra corriendo por la puerta de mi oficina y comienza a caminar por el espacio que hay delante de mi escritorio, con una mano tirando de la nuca.

Finalmente, —¿Qué clase de broma de mal gusto fue esa, Jules?—. No puedo evitar sonreír interiormente. Me llamó Jules otra vez. —¿Me estás

molestando?

—¿Qué? Claro que no—. Se detiene y me mira de frente, con las manos volando hacia un lado. —Ella creía que los dragones eran reales. REAL. Como si estuvieran volando alrededor del cielo en un momento dado.

Me estremezco. —Lo sé, me olvidé de eso—. Dios, me siento tonta ahora mismo. Me tomó tan desprevenida con los resultados de sus pruebas que dejé caer la pelota. Siempre tengo notas especiales sobre cada cliente, y no miré las de Tabitha. Lo último que quería hacer era arruinar la primera cita de Theo, y estaba tan preocupada por no arruinarlo, que terminé perdiendo la marca por completo. Debe estar preguntándose cómo diablos he tenido éxito hasta ahora. Si no puedo emparejar a alguien que conozco desde hace años... Dios. Esto es tan irritante.

—Lo siento—, digo en voz baja, con la mirada fija en mis manos y la humillación subiendo por mi columna vertebral. —Quería que tuvieras la cita perfecta, y estaba tan concentrada en encontrarte la pareja correcta que juzgué mal.

Deja salir una larga bocanada de aire y se acerca al sofá donde se sienta y me mira fijamente. Encorvado, con las manos juntas frente a él, su cabello rubio rebelde y sus ojos azules se acercan. Puede que no esté de acuerdo con Tabitha en que los dragones son reales, pero estoy de acuerdo con ella en una cosa: *Theo es realmente sexy*.

Pelo despeinado, cejas melancólicas, mandíbula cuadrada, sólo un poco de polvo para que sepas lo hombre que es en realidad. Sí, siempre ha tenido un gran atractivo sexual.

—No tienes que esforzarte tanto, Jules. El partido puede estar justo enfrente de ti, y ni siquiera lo estás viendo.

—Lo sé. No debería esforzarme tanto. Supongo que quería asegurarme de que obtuvieras lo que querías, ya que eres el mejor amigo de mi hermano y todo eso. Sentí la presión.

—No hay necesidad de sentirse presionada. Ya sabes.

—No te preocupes, tengo la cita perfecta para ti. Carly, la segunda chica que elegí. Ella va a estar genial. Es hermosa, de ojos verdes, piernas largas, le encanta el sexo y es florista. Dulce personalidad. Está divorciada, no hay drama y le encantan los deportes, especialmente el fútbol.

—Jules, quiero decirte...

—Y ya le hablé de ti, y no puede esperar para salir en una cita—. Eso también es mentira, pero como dije, hay que mantener contentos a los clientes,

constantemente empujándolos a la siguiente cita si la primera no funciona. Siempre me doy tres intentos, lo que creo que es bastante justo. Tinder no garantiza ese tipo de probabilidades.

—¿Ya has fijado la fecha?—, pregunta incrédulo.

—Sólo tienes que consultar con Nora cuando estés disponible, pero ya que estás aquí, ¿El viernes funciona para ti?

Suspira y se recuesta en la silla, mirando hacia el techo. —Claro, está bien. El viernes funciona.

Me siento tan mal. Probablemente esté mentalmente exhausto de su cita con la primera muchacha. Para alguien que tuvo que sentarse en su *presentación* sobre cómo son reales los dragones, sólo puedo imaginarme cómo fue anoche. ¿Cómo se me ocurrió que podría enamorarse de ella? Incluso si él es un rojo, ella no era la indicada. Estoy tan fuera de juego ahora mismo. Queriendo asegurarle que no cometió ningún error al venir a verme, me acerco a mi escritorio y me siento a su lado en el sofá. Coloco tranquilizadoramente mi mano sobre su muslo, que le rompe la cabeza en mi dirección, conectando sus ojos con los míos. —No te preocupes, Theo. Te ayudaré a encontrar lo que buscas. Siempre digo que me des tres intentos; funciona siempre. Pero creo que Carly es la indicada.

—¿Eso crees?

—Lo sé—. Le guiño el ojo y le doy una palmadita.

Theo: ¿Qué pasa si no me presento en esta cita?.

Julia: Te mataré. ¿Y por qué no quieres ir?

Theo: Tal vez porque Carly probablemente no sea la indicada.

Julia: Sé que te lo arruiné con toda la cita de la dama dragón, pero créeme. Carly es la chica para ti.

Theo: Si tú lo dices. Pregunta, si estuvieras saliendo conmigo, ¿Qué querrías que me pusiera?.

Julia: ¿Te está costando mucho elegir la ropa? Sólo ponte algo simple.

Theo: Eso no es lo que pregunté. Si tuvieras una cita conmigo, ¿Con qué querrías verme? ¿Con qué crees que me veo más sexy?.

Julia: ¿Pescando cumplidos?

Theo: Sólo responde la pregunta.

Julia: Creo que los nervios de la cita están haciendo efecto. Estás actuando como un idiota.

Theo: Sólo ayuda a un buen tipo. Dios, Jules.

Julia: Bien. Hmm... ¿Qué me parece que te queda bien?

Theo: Si.

Julia: Vaqueros oscuros, botas marrones y ese suéter azul marino que llevas puesto con una camiseta blanca. Es lo suficientemente casual para el restaurante al que vas a ir, pero también con estilo para que no parezcas un vago. Y empuja tu cabello a un lado. Esa mirada indisciplinada que has estado usando últimamente te hace parecer angustiado.

Theo: Has creado la mirada rebelde. Me tiré del pelo por tu culpa.

Julia: Fue una mala cita.

Theo: No tienes ni idea.

Julia: Esta será buena, te lo prometo. Pero no olvides lo que te dije. Ella no besa en la primera cita, pero tendrá sexo en la segunda.

Theo: Eso es un gran salto en la moral.

Julia: Yo no hice sus reglas, fue ella. Tiene que tocar al tipo primero.

Theo: Cuando dices que me toque, ¿Te refieres a ella metiendo su mano en mis pantalones? Porque llevo puestos mis vaqueros ajustados y no creo que haya mucho espacio para su mano.

Julia: ¿Por qué siempre eres tan desagradable?

Theo: ¿Por qué siempre eres tan hermosa?

Julia: ¿Estás bebiendo?

Theo: No, pero estoy a punto de empezar.

CAPÍTULO DIECISIETE

THEO

¿Afeitarse o no afeitarse?. No podría importarme menos en este momento. Maldición, Julia. Estoy en su oficina, tratando de confesarle lo de mi maldito enamoramiento, y de lo único que puede hablar es de Carly.

A Carly le gustan los animales. A Carly le gusta comer alitas de pollo mientras ve el fútbol. Carly puede diseñar ramos que hacen llorar a la gente.

Por Dios, Julia no dejaba de hablar de la mujer. Para cuando salí de su oficina, estaba casi seguro de que Julia estaba realmente excitada por Carly. Si yo estuviera en tríos eso sería sexy, pero como dije en mi entrevista, soy un hombre de una sola mujer.

Así que una vez más, dejé a Julia sintiéndose irritada, apenada, y preguntándome por qué demonios voy a tener otra cita.

Volver a tener una pequeña charla, todas las preguntas de mierda sobre lo que haces, dónde creciste, a qué universidad fuiste, en qué te especializaste... ¿Son los dragones reales para ti?. No estoy de humor.

Por eso he estado bebiendo un vaso de whisky mientras me preparo. A mí no me importa. No me importa un carajo.

En este punto, creo que Julia va a seguir tendiéndome una trampa hasta que lo haga bien, lo que sería una pesadilla para mí. Tengo que romper el ciclo. Algo va a tener que cambiar, porque estas citas no me acercarán a mi meta y soy demasiado cobarde para decírselo. ¿Cómo es que ya tiene mis pelotas?

—Hola, ¿estás en casa?— La voz de Kevin resuena en mis pasillos y, por alguna razón, mi estómago hace un giro nervioso como si me hubiera pillado in fraganti con la mano en la blusa de Julia.

En este punto yo tomaría la ira de Kevin sobre otra cita con una mujer al azar. Me trago el resto de mi whisky y lo pongo en el mostrador del baño. —Aquí atrás, hombre.

Me miro al espejo y busco cualquier signo de culpa. No, sólo parece que he tomado dos vasos de whisky. Perfecto, sobre todo porque tengo que salir para mi cita en media hora.

Los tacones de los zapatos de diseñador de Kevin hacen clic contra mis pisos de madera caros, y cuando llego a mi dormitorio, saco mi cabeza del

baño y saludo.

Podría estar sobre compensando.

—Hey, Amigo. ¿Qué pasa?— Pregunto, poniendo mi mano en mi cadera y haciendo una pose no tan casual. Es oficial: Estoy muy incómodo. Pero no puedo evitarlo. Lo único que se me pasa por la cabeza mientras miro a mi mejor amigo de más de diez años es: Quiero salir con tu hermana. Quiero besar a tu hermana. Quiero tocarle las tetas. Lamerlas. Chuparlas. Pasar horas y horas con mi boca en la suya, explorando cada centímetro de ella.

—¿Por qué te lames los labios así y me miras raro?

—¿Qué?— Me río nervioso. —No estaba mirando, quiero decir, mis labios...—. Me vuelvo a reír.

—Necesito bálsamo labial—. Me doy la vuelta y busco en mi cajón un poco de Carmex. —¿Qué estás haciendo aquí?

Entra en el baño y se apoya en el marco de la puerta. —Vine a ver cómo estabas. Has dejado de responder a los regalos que te he estado enviando a tu oficina, recordándote tu pérdida. ¿La cesta de lubricante estaba fuera de lugar?—. Se ríe, su cabeza inclinada hacia atrás.

—¿No tienes mejores cosas en las que gastar tu dinero?

—Tu vergüenza vale la pena. ¿Qué hay del libro sobre citas para tontos y el anillo de pene?

—Nora estaba roja brillante cuando lo trajo a mi oficina. Avergonzaste a la pobre chica. Terminé dándole una tarjeta de regalo para un día de spa para compensarla. Te dije que no te metieras con mi asistente. No puedo perderla.

—Algún día la voy a robar. Sabes que mi asistente apesta literalmente y en sentido figurado.

Me vuelvo hacia Kevin, con el dedo en la cara. —Aléjate de mi Nora, o te juro por Dios que te cortaré las pelotas y te las meteré por la garganta. Nora es mía.

Kevin se ríe. —Cálmate, hombre. Sabes que nunca te quitaría a esa chica; estarías corriendo en un círculo constante sin ella.

—Así es, ni siquiera la mires. No se te permite poner los ojos en ella, nunca.

—Tienes problemas—. Kevin me hace un repaso por sobre mi ropa, la que Julia eligió. —¿Tienes planes?

Asiento con la cabeza y me olvido de afeitarme. No hay necesidad cuando realmente no me importa. Con el vaso vacío en la mano, paso por delante de él y me dirijo a mi bar, seguido de cerca por mi amigo.

—Tengo una cita esta noche, una que tu hermana arregló para mí.

—¿De verdad?— Quiero girar y golpear a Kevin entre los ojos para que no oír su excitación. —¿Realmente vas a tener citas? ¿Averiguaste de qué color eres?

—Sí—. El sonido de la apertura de mi botella escocesa es música para mis oídos.

—Entonces, ¿qué eres? Azul o verde, ¿verdad?—. Me sirvo un vaso por los dos. —No, rojo.

Cuando le doy a Kevin su vaso, me mira de forma extraña. —¿Rojo? ¿Cómo diablos te volviste rojo?—. Me encogí de hombros, —No lo sé, tal vez porque llené burbujas al azar después de las primeras quince preguntas. Tú estabas allí; tratamos de hacer un patrón.

—Oh, sí.— Se estremece. —Diablos, no pensé que arruinaría los resultados de tus exámenes. No hay forma de que seas un rojo, hombre. Mierda, Julia debe estar pasando un mal rato tendiéndote una trampa.

—Puedo ser un rojo—, respondo, tomando un sorbo de mi whisky, sin saber lo que es un rojo porque no me tomé el tiempo de mirar mi panfleto. Y antes de que pienses que soy un idiota por no preocuparme por el programa, déjame decirte la verdad. Sé que el programa de Julia es increíble, pero dado lo que siento por ella, es completamente redundante. Para mí.

—No eres tan rojo. Te preocupas demasiado.

—Si me importara, ¿Estaría bebiendo antes de mi cita?—. Tomo otro sorbo de mi vaso. —Eso es raro. ¿Por qué estás bebiendo?

Porque tu hermana cree que quiero salir con extrañas al azar y no ha captado ninguna de las pistas que le he dado.

—Porque me importa un carajo—, respondo, con los brazos abiertos. —Voy con la mentalidad de no tener sexo, tratando de ver a dónde me lleva eso.

—Probablemente una bofetada en la cara y más vino en la nariz.

Gimo. —¿Por qué diablos le cuento las cosas a Roark?

Riendo, Kevin dice, —Pero, amigo, los dragones son reales.

—Cierra la puta boca—. Arrastro mi mano sobre mi cara mientras Kevin sigue riéndose. —Eso fue culpa de tu hermana.

—Oye, fue un error, igual que los resbalones del escote que enseñaba los pezones.

Lo señalo con la mano sosteniendo mi vaso. —El primer resbalón fue caliente, el cuarto fue estúpidamente aterrador mientras ella prácticamente respiraba fuego caliente por mi cuello por mi incapacidad de comprender a

los dragones de la vida real.

—Deberías haberle enseñado una foto de una lagartija y decirle que aún existen, pero que se achicaron con el rayo encogedor de Wayne Szalinki.

—Por extraño que parezca, creo que me habría creído.

—Mierda, eso hubiera sido bueno—. Kevin se ríe y toma un sorbo de su bebida. —¿Quién es la chica de esta noche? ¿Parece prometedora?

Me encogí de hombros. —No tengo ni idea. Sólo espero que se mantenga loca para sí misma.

Ya en la cita... preciosa, lista, inteligente, está comprobado. No es una locura, lo verifico.

Tengo que admitir que Carly es una verdadera ganadora, casi perfecta. Ella es sexy, puede mantener una conversación, y aún no ha dejado que ninguna de sus locuras aparezcan. Y cuando se levantó para ir al baño, miró por encima de su hombro para ver si la estaba mirando. Y diablos, yo estaba contemplándola.

Pero todo se vino abajo, no sentí algo más. Ni una pizca de emoción me despertó. He llegado a la conclusión de que Julia me ha roto el corazón.

Soy una cáscara vacía de un hombre, caminando por el mundo de las citas, buscando a esa mujer para que aparezca y me haga sentir completo de nuevo.

Puedo imaginarlo en mi cabeza, el solitario y patético Theo Scott, sosteniendo un letrero que dice: “Pertenece a Julia. Por favor, regresarlo si lo encuentra solo”. Sin embargo, ella está completamente ciega al letrero, como si estuviera escrito con tinta invisible.

—¿Desean postre?—, pregunta el camarero. Carly sostiene su estómago y sacude la cabeza. —No puedo meter otra cosa.

—Yo también estoy satisfecho—. Asiento con la cabeza al camarero. —Pero me vendría bien otro trago—. Levanto el vaso vacío que he bebido durante la cena.

—¿Algo más para usted, señora?—. Carly mira el vino y dice: —Tomaré una copita más.

Asintiendo, el camarero se va, dejándome solo una vez más con esta hermosa mujer a la que no tengo ningún interés en volver a ver.

—¿Dijiste que fuiste a Yale?

Asiento con la cabeza. —Sí.

—Una vez fui a una fiesta de una fraternidad. Fue la mejor fiesta a la que he ido.

—¿Sí?—. Me animo. —¿Era Alpha Phi Alpha?

—No me acuerdo. Pero estaba en una casa gigante de piedra con una gran entrada y una escalera curvada.

Sonríó a sabiendas. —Esa era mi fraternidad. Y te graduaste al mismo tiempo. Me pregunto si nos vimos y ni siquiera lo sabíamos.

—Vaya, qué pequeño es el mundo. Aunque, creo que me acordaría de ti.

—No estés tan segura, me mezclé con todos los idiotas borrachos.

El camarero regresa con nuestras bebidas de las que ambos tomamos sorbos al mismo tiempo. —¿Qué hacías en Yale?

—Mi amiga estaba enamorada de un tipo y trataba de llamar su atención. Le dije que no podía ir sola a una fiesta de fraternidad, así que fui con ella. Terminamos durmiendo en su auto esa noche y luego volvimos a casa a la mañana siguiente con las peores resacas de nuestras vidas. Ninguna cantidad de Dunkin' Donuts podría ayudarnos.

Me río y dejo mi whisky. —Eso es porque Dunkin' Donuts no es material para la resaca. Las papas fritas de McDonald's están en ese lugar. Cuando estábamos en el último año, hicimos que un estudiante de primer año pasara por el autoservicio y les preparara el desayuno a todos. Era una de las ventajas de ser un hombre de clase alta.

—Ugh, tienes razón. Una dona y una resaca no se mezclan.

—Ni siquiera un poco—. Le sonrío, preguntándome cómo sería la vida si no estuviera colgado de Julia. Kevin cree que no soy un rojo, así que teóricamente, no estaría interesado en Carly de todos modos. Se siente mal estar aquí con ella. Deshonesto de alguna manera.

—¿Estás bien? Sigues mirando a lo lejos, como si estuvieras contemplando algo.

—Lo siento—, murmuro, odiando que me hayan atrapado. —Sólo algunas cosas en mi mente.

Se muerde el labio inferior y mira hacia un lado. —¿Cosas en tu mente, u otra chica?—. Bueno, puedes marcar “sin rodeos” en su currículum de citas.

—¿Qué quieres decir?— Me comporto bien.

—No tienes que tratar de andar de puntillas alrededor. Tienes esa mirada.

—¿Qué mirada?— Nerviosamente hago rebotar mi pie bajo la mesa.

Me hace un gesto en la cara. —Esa mirada de desamparo, como si te faltara algo en tu vida. Lo sé bien, es el mismo tipo de look que he estado usando últimamente—. ¿Eh?

—¿Te importaría explicarlo?— Sorbo mi whisky y la observo de cerca mientras sus hombros caen y la chica perfectamente divertida con la que he estado pasando la noche se transforma rápidamente en otra persona, casi una imagen de mí mismo.

—La única razón por la que voy a decirte esto es porque aunque me lo he pasado muy bien esta noche, parece que no va a haber una segunda cita—. Voy a responder algo cuando ella me detiene. —Y está bien, porque no creo que hubiera ido a una segunda—. Bueno, ahora es una grosera. —Pero no es por ti. Yo sólo... demonios, salí en una cita con un tipo con el que Julia me junto hace dos semanas, y la pasé de maravilla. Era perfecto, el chico de mis sueños.

¿Por qué esto me parece un insulto directo? Tal vez he estado bebiendo demasiado. Me siento muy sensible. —¿Qué pasó?

—Terminamos la cita con una buena nota y enviamos mensajes de texto esa noche y el día siguiente. Estábamos haciendo planes para un segundo encuentro cuando tuvo que cancelar.

—¿Por qué?—. Ella suspira. —Su hija no estaba preparada para que él empezara a salir. Ha estado divorciado durante un año, tiene la custodia primaria de su hija, y ella es muy protectora con él. Le dijo que no quería que le hicieran daño otra vez como su madre le hizo a él. Así que dijo que necesitaba tiempo y no estaba seguro de cuánto le llevaría.

—Pero te gusta.

Ella asiente con la cabeza. —Mucho. Pensé que podría hacer esto, salir en esta cita y tratar de olvidarlo, pero parece que no puedo quitármelo de la cabeza por mucho que lo intente. Lo siento mucho, Theo.

—No te preocupes. Tu suposición no está muy lejos. Yo también me he puesto al día con otra persona.

—¿En serio? ¿Qué te detiene?

—No tiene ni idea de que me gusta—. Me siento tan estúpido hablando de esto con una extraña, pero el alcohol fluye y mis labios están sueltos. —Y no es por falta de intentos. Demonios, he hecho todo lo que está en el libro además de forzarla a mirarme fijamente mientras le digo, con mi mente, palabra por palabra que estoy loco por ella.

—¿Entonces por qué no hacer eso?— pregunta Carly. —¿Por qué no marchar a su casa ahora mismo y decirle, a quemarropa, *Quiero salir contigo*

?.

—Porque ya traté de invitarla a salir hace años y me fue horriblemente mal.

—¿Hace cuántos años?

—Universidad—. Hago un gesto de dolor.

Carly aprieta los labios. —Por favor, ¿Y tú estabas en una fraternidad? Probablemente yo también habría dicho que no. Han pasado años desde entonces. Estoy segura de que has madurado, así que no puede haber una razón para que ella diga que no ahora.

—Puede que también...

—¿Cómo? No te entiendo....

—Bueno, que también...— Me muerdo el labio inferior. —Es la hermana pequeña de mi mejor amigo.

En cámara lenta, los labios de Carly comienzan a inclinarse hacia arriba y sus manos se cierran frente a su pecho. —Oh, Dios mío, eso es tan estupendamente mono. Tienes que decirle que te gusta ahora. Es la historia de amor perfecta, enamorarse de la hermana de tu mejor amigo. Siento que mi corazón no puede soportarlo.

Me rasco el lado de la mandíbula, con mi sombra de las cinco en punto erizada a lo largo de las uñas. —¿Realmente crees que debería decírselo?

—Claro que sí. Que tal esto: Le dices que estás enamorado a pesar de los años que han pasado, aun sigues pensando en ella.

—¿Así de fácil?

Lentamente asiente con la cabeza. —Sí, ve directo a su apartamento, llama a su puerta, y cuando la abra, no le des la opción de decir nada, sólo captura su boca con la tuya y luego deja que el resto sea historia.

Mi mente empieza a girar, mi cerebro me inventa todo tipo de escenarios en los que puedo sorprender a Julia.

—Vamos, dame la mano—. Carly extiende su mano. —Los dos vamos esta noche, tomamos esta escena de citas por los cuernos y la hacemos nuestra perra.

Me río, sintiéndome cada vez más seguro de mí mismo a cada segundo. Puedo hacer esto totalmente. Sólo camina hacia Julia y dile a bocajarro que quiero salir con ella. Simple.

—De acuerdo—. Le doy la mano a Carly. —Hagámoslo.

—Si—. Ella aplaude y luego dice: —Pásame tu teléfono. Quiero darte mi número, porque vamos a tener que seguirnos el uno al otro. Quiero saber cómo funciona esta chica misteriosa—. Le entrego mi teléfono. —Prométeme que me

pondrás al día.

—Sólo si tú haces lo mismo.

—Promesa.

Fuera del restaurante, le llamo un taxi y nos separamos con un abrazo y la promesa de mantenernos en contacto.

Y así es como me encuentro fuera del apartamento de Julia, un poco achispado, con un nudo gigante en el estómago. Sólo dile la verdad, dile cómo te sientes, a quemarropa.

No más andar de puntillas alrededor de la verdad.

No más dejar que adivine cómo me siento.

No más fechas al azar donde todo lo que pienso es en la chica que usa gafas y calcetines. Esto es todo.

Agarro el borde del marco de su puerta y miro fijamente al número seis de oro clavado en su entrada roja. Puedo hacer esto. Respiro hondo y golpeo mis nudillos contra la madera maciza.

Apiñado en la entrada, colgado de la moldura para apoyarme, mi cabeza se inclina, esperando a que ella abra, para saludarme con esa linda sonrisa suya. Las tablas del suelo crujen. Una bola de nervios se retuerce en mi estómago. La puerta se abre. Se me cae el estómago.

Ella aparece en el otro lado, la confusión se extiende por la pequeña arruga de su frente. Yo la acojo. Camisa blanca y larga, cabello atado en un bollo en la parte superior de la cabeza, una pequeña cantidad de lo que parecen ser migas de galletas en la comisura de la boca y...diablos... calcetines de tubo.

Estoy enamorado. La quiero... más. Y voy a hacerla mía para el final de la noche.

—¿Theo?— Me hace un repaso de la ropa que eligió, la que ella cree que es la más sexy. —¿Qué estás haciendo aquí?

CAPÍTULO DIECIOCHO

JULIA

SEGUNDO AÑO, UNIVERSIDAD DE YALE

—¿Cuántas copas te has tomado?— pregunta Ava, esquivando los golpes de un lado a otro a través de los altavoces. ¿Por qué las canciones de Ne-Yo son tan pegadizas? Me hacen bailar todo el tiempo. Avergonzándome.

Inclino mi vaso rojo y miro su contenido. —Media cerveza.

—¿Qué? Pensé que habías dicho que ibas a soltarte esta noche. Es el final del semestre, así que es hora de relajarse.

—Me siento rara bebiendo en la fraternidad de mi hermano.

—¿Por qué? ¿No es para eso que están las fraternidades? ¿Para ir de fiesta?

—Creo que en realidad son para formar una hermandad que más tarde, en el camino....

—Hey hermosa, ¿quieres bailar?— Josh Fanning, un estudiante de segundo año que ha sido conocido por rivalizar con Roark McCool en las Olimpiadas de cerveza, gira su brazo alrededor de Ava.

Siendo la chica loca que es, ella gira en sus brazos y le rodea el cuello con los suyos. —¿Vas a hacer algo más o vas a quedarte ahí parado mirando mis pechos? Necesito ser capaz de hacer un juicio preciso de tu técnica de baile antes de comprometerme contigo a tres minutos sudorosos.

¿Mencioné que está estudiando para ser abogada y nunca se mete en nada sin un pensamiento racional? Incluso después de unas copas, está practicando la toma de decisiones inteligentes. Estoy extrañamente orgullosa de ella.

—Voy a machacar mi gran pene gordo en tu trasero—, responde mientras baja las manos a su culo.

Josh, gran pene gordo no es un término sexy, al menos en mi opinión.

—Entonces es una cita—, anuncia Ava con entusiasmo. Al menos pensé que estaba practicando la toma de decisiones inteligentes. —No te metas en problemas—, me llama por encima del hombro mientras me mueve los dedos.

Bueno, ¿qué demonios hago ahora?. La casa está repleta de estudiantes que celebran el final del semestre. El comportamiento estruendoso que uno nunca esperaría de los futuros políticos y médicos tiene lugar detrás de estos muros

sagrados. Lo único bueno de Alpha Phi Alpha es su estricta política de no usar cámaras ni teléfonos. Confiscan todos los dispositivos de grabación antes de entrar por las puertas, como un guardarropa, pero para la electrónica. Es inteligente, porque estos tipos saben que van tener una vida después de la universidad y no quieren que la evidencia de sus días de fiesta se extienda por todas partes.

Y qué bien saben divertirse. Desde la esquina de la casa, acojo a la multitud. La pista de baile está a la izquierda en la gran sala, las bebidas son servidas en la cocina por los estudiantes de primer año que compiten por un lugar en la casa, y luego está la sala de estar, que es la sala de besos. Si te gustan las caricias fuertes y la orgía de labios, ahí es donde quieres estar.

No me acerco a esa habitación; la atmósfera es embriagadora, con tensión sexual y sexo en seco. En vez de eso, me quedo en el espacio común, ocasionalmente siendo golpeada por alguien que pasa por aquí, nunca me gana una disculpa.

Soy invisible en estas fiestas, aunque, lo mantengo así deliberadamente. No confío en ninguno de estos tipos, porque mi hermano dejó muy claro cuáles son sus intenciones: las conexiones. Kevin me ha dado conferencias muchas veces sobre venir a sus fiestas. No le importa que venga, le gusta porque sabe que no me pasará nada malo porque está ahí para protegerme, pero también me ha hecho saber que todos los chicos de la fraternidad tienen una cosa en la cabeza en sus fiestas: el sexo.

Esto puede parecer una locura, pero no soy una chica de una sola noche. Estás desquiciada, me dirás, lo sé. Nunca he tenido ese gen sexual que me tienta a lanzar la precaución al viento y saltar en una cama con un tipo al azar. Necesito el romance, la posibilidad de una conexión más profunda, de sentir algo más que solo lo físico, que también es importante, pero debe siempre haber algo más y eso solo se consigue con tiempo.

—¿Dónde está Ava?— La voz de Kevin aparece detrás de mí. Desde que le conté lo que pasó la semana pasada, cuando Theo fue a rescatarme, ha estado encima de mí cada vez que ha tenido la oportunidad. Decir que estaba listo para partírle el cráneo a ese tipo es quedarse corto. Ya no se me permite estar sola en ninguna parte del campus. Eso no va a durar mucho, créeme. No lo permitiré.

Con sus ojos vidriosos, la sonrisa perezosa en su cara, y una renuncia a su postura, me río interiormente. Está borracho y lo mejor de que Kevin esté así es que siempre trata de actuar como si no lo estuviera.

—Está bailando con Josh Fanning.

—¿Qué? ¿Por qué? Es un imbécil.

—Supongo que le parece bien bailar con un imbécil esta noche.

Kevin me abraza y tropieza durante un segundo antes de ganar terreno. —
Dejó a mi hermana sola. Eso no está bien.

La cerveza se le cae del aliento y me pregunto cuántas bebidas habré tomado.

—Estoy bien—. Le doy una palmadita en el estómago. —¿Dónde está tu novio?— No he visto a Theo desde el incidente. Quería ver cómo estaba él y sus nudillos, pero me distraje con los exámenes.

—¿Novio?— Su frente se une. —No soy gay—. Sí, está muy borracho. —
Estoy hablando de Theo. Ustedes dos normalmente están pegados a la cadera en estas fiestas.

—Oh—, mueve la mano hacia la sala de orgías. —Creo que está allí con Alyssa Conner. Ella ha estado detrás de él por un tiempo.

—Alyssa Conner, ¿por qué me resulta familiar su nombre?

—Es la capitana del equipo de baloncesto. Tiene las piernas más largas del mundo. También fue la chica que se ofreció para que le sacaran fotos de su cuerpo en la fiesta de Acción de Gracias.

—Ah, así es como la conozco. Todos cantaban su nombre y aplaudían—.
Recuerdo la firma del aplauso de béisbol que va con el canto del nombre de un jugador.

—Esa es la chica—. Kevin se balancea de nuevo. —Hermana, creo que necesitas algo de comida. ¿Quieres algo?

—Estoy bien. Creo que pronto me iré a dormir. Me he tomado media cerveza y parece que no puedo entrar en el espíritu de la fiesta.

—Pero acabas de terminar otro agotador semestre. Deberías soltarte, hermanita.

—Dejar suelto para mí cae en las líneas de una película y helado en la cama. Soy aburrida.

—No—, Kevin me da un beso en la cabeza—. Eres perfecta. Si decides irte, no olvides de despedirte de mí primero. Quiero asegurarme de que tengas un aventón a casa.

—De acuerdo—. Le doy un abrazo rápido y ni siquiera me molesto en discutir sobre el viaje porque eso es algo que no se podría concebir. Es muy protector, y es una de las razones por las que lo quiero tanto. Siempre me está cuidando, y sorprendentemente, no me siento asfixiada por ello. No tiene

muchas novias, pero sé que la mayoría de las chicas no tienen este tipo de relación con sus hermanos mayores. Él me da confianza para ser yo. Rarezas y todo eso. Lo veo a través de la multitud y mientras se dirige a la cocina en la parte de atrás de la casa, con gente que lo saluda en el camino. Nunca seré como él, tan amable, tan relajado.

Conozco mis fortalezas y debilidades, y una de mis mayores debilidades es mi incapacidad para socializar. La única razón por la que vengo a estas fiestas es porque me encanta mirar a la gente. Me mezclo fácilmente, desapareciendo en el fondo, así que es fácil observarlos. Es muy útil con mis estudios de comportamiento. Ahora, si tan sólo pudiera ir por ahí y preguntar con un bloc y un bolígrafo.

Hablando de una total aguafiestas.

—¿Qué haces aquí sola?—. Ni siquiera necesito dar la vuelta para saber que Theo Scott está detrás de mí. Esa voz confiada se ha convertido en una que reconozco fácilmente ahora. Me doy la vuelta para enfrentarme a él, con la cara llena de pelusa como el resto de los chicos de la fraternidad, algo sobre no afeitarse hasta después de los exámenes finales, y sus labios aparecen en las esquinas, sus ojos me dan una ojeada.

—De hecho, ya me iba a ir. Ava está bailando, y no siento la escena de la fiesta.

—No, no puedes irte—. Me empuja a su lado y empieza a caminar por la casa. —Es el final del semestre, Jules, y eso significa que lo celebras.

—Esta no es mi clase de celebración.

—No, no lo estás haciendo bien. Sígueme—. Theo me guía entre la multitud y me lleva de vuelta a la cocina donde encuentro a Kevin con un sándwich en la mano y una cerveza en la otra, hablando con una chica que está sentada a su lado en el mostrador. Me gusta el lenguaje corporal de mi hermano, su sonrisa, la forma en que flirtea tan fácilmente con la chica. Desearía tener un poco de él dentro de mí en lugar de ser esta persona cerrada todo el tiempo.

—Por aquí—. Theo tira de mi mano, deslizándose su palma en la mía, enviando una emoción directamente a mi brazo.

Estoy tan concentrada en la forma en que su mano grande eclipsa la mía que no es hasta que estamos sentados afuera, al lado de una lámpara de calor, que me doy cuenta de que nos agarró un bufé personal de comida, bebidas, una bolsa de papas fritas, y un paquete de galletas. Ocupamos dos sillas de plástico con un pequeño tronco entre nosotros que sirve como mesa auxiliar. El ruido del interior se derrama hacia el exterior, pero es atenuado por las

puertas de madera maciza que conducen al patio trasero. Es tranquilo.

—Aquí—. Theo me da un pequeño cartón de leche, lo que me hace reír, y abre un paquete de galletas Chips Ahoy y una bolsa de papas fritas de barbacoa. —No es la Sra. Fields y Ruffles, pero servirá—. Sostiene su cartón de leche y dice: —Salud por otro semestre.

Le echo un vistazo a la leche en sus manos. —¿Vas a beber eso? ¿No has estado bebiendo cerveza?

Se toma un trago grande. —Sí, ¿cuál es tu punto?

Hago un círculo de gestos alrededor de mi vientre. —¿No se va a arremolinar con tu cerveza?

—Tengo un estómago de plomo, así que no necesito preocuparme—. Se pone una galleta en la boca y mastica. —Vamos, sírvete tú misma. No seas tímida.

Lo estudio, no estoy segura de por qué estamos sentados afuera juntos, comiendo papas fritas, galletas y leche cuando hace unos minutos estaba acurrucado con Alyssa Connor, o al menos eso es lo que dijo Kevin. Casi se siente asqueroso.

—Sabes que no tienes que hacer esto.

—¿Hacer qué?—, pregunta, mientras el crujido de una patata frita suena en su boca.

—Pasar el rato conmigo porque estaba sola... porque sientes lástima por mí por lo que pasó la semana pasada.

Se mete otro chip en la boca. —No siento pena por ti, así que quítate eso de la cabeza. Y sé que no tengo que estar contigo. Elijo hacerlo—. Y ahora está callado, su mirada vaga hacia el patio trasero boscoso. —¿Por qué vienes a estas fiestas si no te gustan?

Supongo que no hablaremos de cómo me defendió, y por lo que parece, sus manos están bien. Lo más probable es que quiera dejarlo.

Rindiéndome, finalmente tomo una galleta y le doy un pequeño bocado. —Porque a Ava le gusta venir, y a mí me gusta observar a la gente—. Me ajusto las gafas y me vuelvo hacia él, su mirada cambió para acogerme. —Los entornos sociales pueden definir a una persona y explicar su personalidad en voz alta y clara. Tienes a los artistas, alguien como tú, que lo tienen en su ADN para asegurarse de que todos se diviertan. Luego están los seguidores, aquellos que no son lo suficientemente valientes como para liderar, pero que no tienen problemas para mostrar su lado divertido. Esa debe ser Ava. Y luego están los ermitaños, que serían como yo. La gente tranquila, los tímidos, los

introvertidos. La gente que desearía poder ser más como un artista, pero que nunca tendría el coraje de hacerlo.

—No quieres ser un artista—, responde Theo, tomando un sorbo de su leche, su voz es más seria de lo que he oído antes. —No es tan bueno como parece. A veces es sólo un espectáculo.

—¿Es agotador?

Se mete la mano por el pelo. —Sí, lo es—. Arrulla la cabeza hacia un lado y me lleva. —Es mucho más tranquilo tomarse un segundo para respirar, para apreciar las pequeñas cosas como la leche y las galletas.

—¿Y yo soy la clase de chica con la que compartes leche y galletas?

—Lo dices como si fuera algo malo.

Me encogí de hombros y le di otro mordisco a mi galleta. —No lo es. Sólo soy una apuesta segura cuando se trata de leche y galletas, eso es todo.

—¿La leche y las galletas significan algo más que no estoy entendiendo?

Sacudo la cabeza y suspiro. —No, pero creo que me voy a ir.

Voy a moverme cuando Theo pone su mano sobre la mía. —Espera, quédate un rato. A menos que tengas una cita o algo—. Busca en mis ojos, tratando de leerme como yo le leo a él.

—No hay cita, sólo quiero un poco de paz.

Se mueve hacia el oscuro cielo nocturno. —¿Qué hay más pacífico que esto? Quédate conmigo, Jules.

—Soy Julia—, le recuerdo por lo que parece la millonésima vez.

Pone los ojos en blanco. —Sigues intentando corregirme, pero sabes que nunca voy a cambiar, así que déjalo—. Conociendo su personalidad, tiene razón; nunca cambiará. Está hecho de piedra, ha encontrado su camino, y este es el hombre que va a ser. Y no creo que eso sea malo, porque aunque parece haber alguna pompa y circunstancia que sigue a Theo, él es un individuo único y ser único es importante en un mar de seguidores. Solía pensar que era arrogante, pero al observarlo durante unos meses, me he dado cuenta de que ya sabe quién es. La mayoría de los chicos de su edad todavía están sobrepasando los límites, tratando de impresionar a todos en su órbita. Theo sólo... lo hace. Sin esfuerzo. Es intrigante.

Me ofrece otra galleta, a la que le doy un mordisco. —Actúas como si esto fuera una tarea para mí, salir contigo—. —¿No es así?— Pregunto, realmente curiosa.

—No. Elijo con quién quiero y con quién no quiero salir. No compadezco a la gente, si eso es lo que estás pensando, y no tengo ninguna obligación de

pasar tiempo contigo.

—¿Así que no estás aquí porque soy la hermana de Kevin?

—No, Julia, no estoy aquí por esa razón—. La forma en que usa mi nombre completo, y el tono de su voz, me da escalofríos. —Mira—, se sienta en su asiento y se pone serio —He estado pensando y...—, se mueve incómodo, casi nervioso. —Me gusta estar contigo.

—¿En serio? Porque en realidad no hemos salimos.

Su mandíbula se mueve y deja salir un poco de aire. —Los momentos que hemos pasado juntos han sido divertidos.

—¿Comprar tampones es divertido para ti?

—Cristo—. Pasa la mano por encima de su cara. —¿Puedes callarte un segundo?

—De acuerdo—, respondo con escepticismo. ¿Qué está pasando ahora mismo? ¿Por qué parece que está a punto de vomitar? Para alguien que quiere leer a la gente para ganarse la vida, estoy teniendo un infierno de un tiempo tratando de determinar el estado de ánimo de Theo en este momento.

—Sólo pensé que tal vez podríamos salir más, ¿sabes? Sólo tú y yo.

—Como... una cita....

Tira de la nuca y me mira desde su cabeza hacia arriba, con un pliegue en la frente, esos ojos honestos e interesados que arden a través de mí. —Sí, como una cita.

—Ahí estás—. Una mujer borracha con piernas largas, con un sostén rojo de encaje y pantalones cortos, entra en nuestra fiesta para dos. Su cara me resulta familiar y luego escaneo su cuerpo y noto el aro en el ombligo que cuelga de su apretado estómago. Conozco esa barriga. Como muchos, dado el número de fotos que le hicieron. Alyssa Connor.

—Alyssa, ¿qué haces aquí?

—Buscándote—. Ella golpea a Theo en la nariz y luego me mira. —¿Quién es esta?

—La hermana de Kevin. Ahora vuelve a la casa y encuentra a Brian como ya te dije que hicieras.

He vuelto a ser la hermana de Kevin. De acuerdo.

Ella se queja: —Pero Brian no es tan divertido como tú.

—Sí, pero Brian va a hacer lo que tú quieras, no como yo. Ahora vete.

—No eres divertido—. Parecida a una niña petulante, da un pisotón y se dirige hacia la casa. Eso es hasta que entra en la casa y hace una desagradable llamada de búsqueda del chico. Theo se vuelve hacia mí, con una mirada de

disculpa en su cara. —Lo siento.

—No hay problema—. Me levanto de mi silla y endezco mi camisa. —Debería irme. Gracias por las galletas y la leche.

—Espera—. Se levanta abruptamente y toma mi mano en la suya. —¿Qué hay de la cita?

Su cálida palma me calienta, sus ojos suplicantes me golpean en el pecho con una ola de emociones que no esperaba, y cuando se acerca, dándonos casi cero espacio, se me revuelve el estómago.

—¿Una cita?—. Conmigo. Raro. ¿Debería pensar en ello? Este hombre no está a mi altura, eso está claro. Es un líder natural, un protector, un espectáculo. Inteligente y carismático con un futuro brillante esperándole. ¿Él me interesa? Vagamente, porque ¿cómo podría un hombre como él no despertar el interés de alguien? Pero con sólo un semestre más aquí, y dado lo popular y solicitado que es, ¿por qué querría tener una cita conmigo? No iría a ninguna parte. Lo que acaba de pasar con Alyssa sin duda se repetirá. ¿Por qué perder el tiempo? Es el mejor amigo de Kevin, y aunque no tengo confianza en la etiqueta de las citas, estoy casi segura de que eso es un gran NO. Estoy bastante clara de que sería la mayor perdedora en esta cita de fantasía, y va en contra de mi inteligencia comprometerme intencionadamente con algo que podría ser doloroso. ¿Una cita?

—Sí, una cita—, dice, entrelazando mis dedos con los suyos.

—Umm—. Presiono mis labios juntos, sintiéndome un poco rara sobre lo que estoy a punto de decir. Pero no habla en serio, *Julia, así que esto está bien*. —No creo que debamos, pero gracias por preguntar—. Torpemente, porque soy muy mala en este tipo de cosas, le doy una palmadita en la mano y me voy.

—Jules, espera.

—Gracias por todo, Theo—. Le hago un saludo rápido y luego despego, pasando por Kevin y saliendo por la puerta principal donde llamo a un taxi para mí.

Salir con Theo Scott ... esa si que no es una buena idea. No sólo sería una mala decisión por culpa de Kevin, sino que en el fondo estoy bastante segura de que salir conmigo se trataría de tachar la experiencia de salir con la chica nerd introvertida. Obviamente nunca se le ocurrió hacerlo antes, pero es curioso. No fueron los nervios los que vi en su expresión, sino más bien la precaución. ¿Debería o no sugerirme algo esta extraña idea? Se llenaba, por muy pocos momentos le daba luz verde y luego se iba alegremente a pastos

mucho más sensuales y carnales. Mientras que para mí, al experimentar un momento en el que alguien como Theo muestra interés, bien... podría fácilmente aplastar mi corazón. Así que, me fortificaré de nuevo contra él. Es un hombre increíble y único, pero nunca lo dejaré entrar en mi corazón, no si quiero mantenerlo intacto.

CAPÍTULO DIECINUEVE

JULIA

¿Es malo decir que disfruto los viernes por la noche cuando estoy escondida en mi apartamento, con nada más que una camiseta y calcetines de gran tamaño, un paquete de galletas abierto en mi mesa de café, un vaso de leche a su lado y una comedia romántica en mi TV?

El artículo de hoy que me trajo Netflix. Sus nuevas películas originales han estado haciendo feliz a mi pequeño corazón romántico.

Me pongo a ver “To All the Boys I've Loved Before” y “The Kissing Booth”, sí, ambas películas para adultos jóvenes, pero es mi género favorito. Tan inocente, pero con hormonas desbordantes, la pasión es intensa, el tipo de pasión ciega que me he perdido. La pasión que siento tan agotada en la vida real. ¿Qué quiere de mí? ¿Sólo está en esto por sexo? ¿Va a romper conmigo después de unas cuantas citas? ¿Es un asesino en serie que se hace pasar por un tipo decente que trabaja en ventas?

Estas son cosas de las que tienes que ser consciente cuando seas mayor. Salir con alguien ya es bastante difícil, por no hablar de tener que buscar a todas las enredaderas que intentan atraparte en su guarida de amor. Es una de las principales razones por las que creé mi programa de citas, para aquellos que son verdadera y honestamente serios acerca de encontrar el amor.

Ojalá pudiera encontrar algo para mí. Suspiro y me acurruco bajo una manta, escogiendo el stand de los besos. El viernes por la noche de cine se convirtió en el ritual cuando dejé de ir a fiestas universitarias. Además de las veces que he salido con alguien, no he roto la tradición. Basta decir que ninguna de mis citas ha querido pasar el rato aquí y ver películas.

Pero está bien, porque la hora de ir al cine es mi hora, y siempre deberíamos tener...

Tock, Tock - golpes en la puerta.

¿Quién diablos será?. Miro hacia la puerta. No pedí nada de comida y no estoy lo suficientemente cerca de mis vecinos para que me pidan una taza de azúcar.

¿Podría ser Kevin? ¿Quizás Ava? ¿Lucy? Con cautela pauso los créditos iniciales de la película y me acerco a la puerta, de puntillas, pero gracias al

viejo piso de los apartamentos de Nueva York, soy fácilmente detectable. Usando la mirilla, cierro un ojo y miro a través de él.

¿Qué diablos...?

¿Qué está haciendo aquí? ¿Y por qué tiene la cabeza inclinada hacia abajo como si no estuviera seguro de sí mismo mientras sus manos agarran las paredes?

Enderezándome, me tomo un segundo, alejándome de la mirilla, sólo para regresar, reuniéndome con un suspiro más, mis ojos parpadean rápidamente. ¿Por qué Theo está parado fuera de mi apartamento ahora mismo cuando se supone que está en una cita?

Si lo estropeó todo, lo mataré. Abro la puerta y lo miro. —Theo—. Le doy un repaso a su atuendo, que elegí. —¿Qué estás haciendo aquí?

No se mueve, sólo me mira fijamente, su pecho esta temblando, sus antebrazos flexionándose por el fuerte agarre que tiene en el marco de la puerta, y cuando miro sus encantadores ojos, parecen más oscuros, casi amenazantes.

¿Qué demonios pasa? Carly era la elegida, así que no debería haber habido otro incidente con una dama dragón. Mi cara palidece de vergüenza. ¿Cómo podría haberle fallado de nuevo?

—¿Estás...?

Entra en mi apartamento, cierra la puerta con el pie, y luego me da vueltas, inmovilizándome contra la pared.

¿Qué demonios...?. En estado de shock, lo miro fijamente. Su mano está en mi cintura, y la otra mano justo al lado de mi cabeza presionando contra la pared, atrapándome. Sus ojos se entrecierran, su respiración es difícil, sus labios húmedos al pasar su lengua. El calor eléctrico que fluye de él, consumiéndome, tanto como su perfume y la sensación de su fuerte cuerpo a pocos centímetros del mío. Un susurro de aliento flota entre nuestros cuerpos, el rasguño de sus vaqueros apenas roza mis suaves y desnudos muslos, y el cuero de sus zapatos acuna el costado de mis pies.

Capturada. Acorralada. Emboscada.

—¿Qué estás haciendo?— Pregunto con nerviosismo, con el aliento subiendo mi pecho, con la ansiedad por las nubes. Busco en sus ojos, cualquier tipo de incertidumbre, de decir que tal vez está cometiendo un error, pero no veo arrepentimiento, ni confusión. Sin mirada vidriosa a pesar del olor a alcohol en su aliento.

Todo lo que veo es pasión... lujuria. Su pulgar presiona círculos lentos

contra mi cadera mientras baja la cabeza aún más cerca, la proximidad de su cuerpo dinámico quema mi piel.

De un respiro, su voz rompe el silencio. —Estoy haciendo lo que debería haber hecho hace diez años.

Poco a poco, baja su boca a la mía y toma mis labios como rehenes. Un beso... exploratorio. Dos besos... anhelo.

Y en el tercer beso, se compromete completamente, moviendo su mano desde mi cadera hasta mi mandíbula, donde vanda mi mejilla, sosteniéndome tiernamente mientras sus labios se mueven a través de los míos.

Aturdida y conmocionada, me quedo ahí parada, sin saber qué hacer. ¿Theo realmente me está besando?

¿Por qué? Su cuerpo presiona contra el mío, su pecho, sus piernas enhebradas, sus manos agarradas.

Mi mente da vueltas, mi corazón late con fuerza, y mis instintos me dicen que le bese de nuevo, aunque la sensación de terror que corre por mis venas me confunde.

Pero después del tercer barrido de sus labios a través de los míos, persuadiéndome, tentando a soltarme por un momento, mi cuerpo se relaja y mis manos encuentran la parte posterior de su cuello.

Él gime en mi boca y con un arrastre de su lengua a través de mis labios, yo los separo, dándole acceso. No tarda mucho en aceptar la invitación mientras se sumerge hacia adelante, inclinando mi cabeza hacia atrás lo suficiente como para darle un mejor acceso.

Nuestras lenguas bailan. Nuestros labios se moldean. Nuestros cuerpos se sincronizan.

Este es Theo, el hombre que me ha molestado durante diez años, el tipo que me volvía loca cada vez que me encontraba con él. El tipo que una vez me salvó. El muchacho que una vez me invitó a salir.

Y entonces me doy cuenta. Estoy besando a Theo. Como, besarlo, besarlo. ¿Qué diablos estoy haciendo? Esto tiene que parar.

De repente, le arranco la boca y me salgo de sus brazos. Sus manos golpearon la pared mientras yo me alejaba cada vez más.

Presiono mi mano contra mi boca y lo miro salvajemente. Mis ojos rebotan de un lado a otro, lo escudriñan y buscan respuestas a medida que se forman millones de preguntas en mi cabeza.

Mis manos empiezan a temblar. Todas las razones por las que esto nunca debería haber pasado empiezan a perforar mi cerebro.

Es un cliente. Es el mejor amigo de mi hermano. No somos ni mucho menos compatibles. Debe ver la consternación en mi cara porque se mueve de nuevo, tratando de tomar mis manos en las suyas, pero yo me alejo, empujando mis manos detrás de mí.

—No—, digo, mi pecho sobresaliendo, mis pezones duros y fáciles de ver a través de la tela de mi camiseta. Una sonrisa gigante se extiende por su cara, sus ojos fijos en mis senos, su lengua girando sobre sus labios.

Él trata de intervenir de nuevo, pero yo me aparto del camino, retrocediendo hacia mi sala de estar. —Jules—. Susurra, sonando un poco exasperado.

—No me llames Jules. Se supone que tienes que estar en una cita con Carly. ¿Qué demonios haces aquí?

—¿No es eso obvio?— Su sonrisa se ensancha a medida que se acerca. Me tropiezo con mi sofá y trato de apartarme, pero él me alcanza y me atrapa contra el mueble. Mi trasero apenas es sostenido por el brazo del sillón mientras me apiña.

—No, no es obvio. Así que si retrocedes un poco, podemos discutir lo que pasó con tu cita.

—No quiero hablar de mi cita—. Me envuelve con su mano en la nuca y me mantiene en su lugar. —Quiero hablar de este beso.

—Esto fue un error—, dije rápidamente. —Un lapsus de juicio.

Un serio episodio mental en el que perdí todo el razonamiento. Aunque fue el mejor beso de mi vida. Su sonrisa se desvanece rápidamente mientras su frente se junta y la ira toma forma.

—Eso no fue un error, Julia, y lo sabes—. Me empuja hacia adentro por la cadera, se pone a tope con su cuerpo y me obliga a mirarlo. —Has querido besarme tanto como yo he querido besarte a ti.

—Theo, estás...

Sus labios chocan contra los míos, y esta vez en vez de ser tierno y explorador, es exigente y posesivo. La forma en que su lengua barre la mía, la forma en que su boca exige más, y en que sus manos me sostienen en su lugar sin esfuerzo, nunca antes había sentido algo así.

Y sin embargo, sé que tiene que parar. Pongo mi mano en su pecho, lo empujo de nuevo y me retiro a la mitad de la habitación donde sostengo mi mano contra mi frente tratando de entender lo que está sucediendo. Cuando miro hacia arriba, Theo está parado a unos metros de distancia, con el pecho agitado, con ganas de verle los ojos.

—Ven aquí, Jules.

Sacudo la cabeza. —No puedes darme órdenes como si fuera tu pequeña marioneta. No funciona así.

A pesar de que es un rojo total en el dormitorio. Me dirijo al espacio entre nosotros. —Eso no puede volver a pasar.

—Al diablo con que no puede—. Se me acerca justo cuando levanto la mano para detenerlo. Mi palma se encuentra con su pecho.

—Hablo en serio, Theo.

—Y yo también hablo en serio. Jules, te deseo.

—Estás borracho.

Sus ojos se vuelven más oscuros, su frente pellizcándose hacia adentro. —No estoy borracho, carajo. Te he querido desde hace mucho tiempo. ¿Por qué crees que perdí la apuesta a propósito con Kevin y Roark?

—¿Perdiste la apuesta a propósito?

—Sí— Intenta acercarse, pero yo lo mantengo en su lugar. —Quería acercarme a ti. Diablos, Jules, desde la universidad he querido salir contigo, presionarte contra la pared, sentir tus labios contra los míos, probarte. Pensé que superaría mi antojo, pero cada vez que me topaba contigo, mi deseo se intensificaba, y después de verte en la recaudación de fondos de Kevin, supe que tenía que encontrar la manera de tenerte.

—Yo no...— Trato de recuperar el aliento. —Realmente no lo entiendo. ¿Por qué no dijiste algo?— Theo no se reprime. Nunca. Nunca ha necesitado hacerlo... pero está sugiriendo... no... No, es inflexible aquí. Me quiere a mí. Y desde hace un tiempo... ¿Todo este tiempo ha sentido algo por mí mientras yo trataba de emparejarlo con otras mujeres? ¿Qué carajo...?

Pareciendo agitado, se clava la mano en el pelo. —No lo sé, tal vez porque me rechazaste antes, así que pensé que si esta vez trataba de cortejarte en vez de salir de la nada y pedirte una cita, serías más susceptible a decir que sí.

Me burlo, con las manos cruzadas sobre el pecho. Mi enojo empieza a acumularse mientras pienso en las últimas tres semanas y en todo lo que hemos pasado. Todo fue en vano. —No hablabas en serio sobre salir conmigo en la universidad.

—Sí. Rayos, Julia. ¿No era obvio?

—No—. Sacudo la cabeza. —No lo fue. Esa noche que me invitaste a salir, acababas de estar con Alyssa Connor, así que no iba a decir que sí a una cita cuando te besaste con otra chica unos minutos antes.

—No nos besamos. Ella era una distracción hasta que pude encontrarte a

solas. No quería tener nada que ver con Alyssa. Te deseaba, Jules—. Él se acerca más, pero yo lo mantengo a un brazo de distancia. —Recuerdo haberte visto esa noche, sola, viendo a Ava bailar. La estabas observando, completamente inconsciente todo el tiempo que yo te estaba observando. Me encantaba la forma en que te ponías las gafas en la nariz y la forma en que te movías de vez en cuando, bailando ligeramente al ritmo de la música, o cómo cada pocos minutos escudriñabas la habitación para encontrar a Kevin, para asegurarte de que estaba a una cierta distancia de ti. Y aunque ese tipo trató de atacarte apenas una semana antes, todavía andabas por ahí en un lugar público con la cabeza bien alta. Te observé, Julia, observé todos tus movimientos, y te deseaba tanto.

No. Esto no puede estar pasando ahora mismo. No hay forma de que le guste a Theo. Él es... es un rojo. Debe estar con alguien que pueda cumplir con sus exigencias y su despiadada personalidad. Nunca me he hecho la prueba, pero sé que un rojo no es para mí.

—Y entonces cuando dijiste que no a salir conmigo, diablos, pasé el resto de la noche en mi habitación repitiendo todo lo que te dije, preguntándome cómo podría haberte invitado de otra manera, cómo podría haberte hecho cambiar de opinión. Pero no presioné, porque después de eso nunca volviste a otra fiesta, y pensé que era por mi culpa.

—No— Sacudo la cabeza. —Fue porque no pertenecía allí. No quería ser esa chica que se quedaba esperando a que mi amiga anotara su próxima conquista, pero eso no importa ahora—. Camino hacia mi puerta y agarro la manija. —Tienes que irte, Theo.

Cuando miro por encima de mi hombro, no veo movimiento alguno del hombre que ha puesto mi noche patas arriba. En cambio, se mantiene firme en su lugar, con las manos en los bolsillos y un poco de piedra en los talones.

—No me voy a ir. Tenemos que hablar de esto.

—No hay nada de qué hablar.

—¿De verdad vas a decirme que no sentiste nada cuando te besé? Porque parecía como si sintieras algo.

—Estaba atrapada en el momento. No quise engañarte.

Se adelanta, un sentimiento de furia en sus pasos. —No me jodas, Julia. Estoy aquí, diciéndote que me gustas, pidiendo una oportunidad para salir contigo. ¿Realmente vas a decirme que no... Otra vez?

—Sólo soy... Dios, sólo estoy tratando de—. Lo miro de arriba a abajo, tomando su ropa. —¿Qué hay de Carly?

Enojado, se mete la mano por el pelo. —Me importa un carajo Carly. Estoy aquí por ti.

—¿Así que las últimas tres semanas, todas las preguntas, las entrevistas, todo eso fue una broma para ti?

—No.

—Pero nunca quisiste mi ayuda, ¿verdad?

Emite un profundo suspiro. —Jules.

—Vete, Theo—. Me dirijo a la puerta. —Sólo vete.

—No era una broma para mí—. Su voz se suaviza, la tristeza corta mi amargura. —Era una forma de acercarme a ti, una forma de verme como otra cosa que no fuera el mejor amigo de tu hermano, o el idiota bebedor de cerveza que conociste en la universidad—. Tengo que mirar hacia otro lado porque con cada frase que pronuncia puedo sentir que mis defensas comienzan a bajar. —Quería pasar tiempo contigo, Jules. Quería pequeños momentos a los que pudiera aferrarme mientras trataba de ganarme tu corazón. Quería mostrarte a través de las pruebas y entrevistas, que soy el tipo de hombre con el que querrías salir.

Oh... demonios. Miro hacia arriba y lo veo en sus ojos, lo genuino que es, lo desesperado que está por mí.

Me muerdo el labio, mis manos empiezan a temblar, los nervios se apoderan de mi cuerpo. Al igual que la noche en la fiesta de la fraternidad cuando me invitó a salir, una pequeña parte de mí quiere decir que sí. La parte curiosa, la parte que quiere tirar toda la precaución al viento.

Pero nunca he sido esa chica. Nunca he sido de las que deciden algo por capricho. Siempre he sido metódica y reflexiva con cada decisión que he tomado y comenzar una relación con Theo es una decisión enorme, una que no veo que pueda tomar en un día.

—No puedo, no ahora mismo. Lo siento—. Abro la puerta de mi apartamento y miro al suelo, sin poder ver la derrota en sus ojos.

El sonido de sus botas se estremece contra los pisos de madera mientras se detiene frente a mí y me inclina la barbilla hacia arriba. Durante los primeros latidos, se queda en silencio, buscando respuestas, respuestas que no puedo darle. Y entonces, —Dijiste que no ahora. ¿Eso significa que hay una oportunidad?

—No lo sé. Yo...

Solemnemente asiente con la cabeza y me pellizca la barbilla con el pulgar y el índice, susurrando brevemente sus labios contra los míos. Tierno y suave,

luego se aleja. —Puedo ver la incertidumbre en tus ojos, la cautela. No quiero que te metas en esto con preocupaciones sobre lo que podríamos ser. Entonces, esperaré. He estado esperando por mucho, ¿qué es un poco más de tiempo?— Da un paso atrás, con los ojos fijos en mí. —Esto está lejos de terminar, Jules. Saca tu lista de pros y contras, porque la vas a necesitar. Nos quiero a nosotros, Jules. Juntos. No estoy hablando de una sola cita. Yo. Quiero un Nosotros. Repasa tus observaciones de mi carácter, de mis fortalezas, de mis debilidades, y cuéntalas en las columnas que necesites. Esta vez, sin embargo, no correré con la cola entre las piernas. Esta vez me quedaré cerca, Jules. Porque no hay nadie más con quien quiera estar. Sólo contigo.

Y con eso, sale de mi apartamento y se va por el pasillo. Lentamente cerrando la puerta, me giro y me apoyo en ella, mi cabeza golpeando contra la madera dura, mi corazón pesado, mi estómago enfermo de nervios.

Theo Scott dijo que quiere salir conmigo... de nuevo. Y como antes, no creo que pueda decir que sí.

—Srta. Westin, su hermano está aquí para verla— oigo a Lucy a través del intercomunicador, sorprendiéndome. Levanto la cabeza de mi escritorio y me limpio rápidamente los ojos, rayas negras de rímel manchando mis dedos. Mierda.

—Oh, un segundo...

La puerta de mi oficina se abre y Kevin se pavonea casualmente llevando una bolsa de Doritos y una botella de dos litros de cerveza de raíz. —Hey Ju — Sus ojos se centran en mí, y su expresión jovial se transforma en preocupación. —¿Qué está pasando?

Y aquí vienen las lágrimas. No han parado desde el viernes. No importa lo que haga, siguen cayendo. He pasado el día de hoy escondida en mi oficina, evitando todas las reuniones con los clientes, queriendo hablar con ellos por teléfono, porque al menos puedo controlar mi voz aunque me caigan lágrimas por la cara.

¿Y por qué estoy llorando? Porque mis emociones están por todas partes. No puedo pensar con claridad sobre la situación de Theo. Todo en lo que puedo pensar es en la derrota en sus ojos y en el beso apasionado que

compartimos, combinado con la traición que siento de él, usando mi programa. Mis pros y contras no se encuentran en ninguna parte y todo el pensamiento racional ha sido arrojado por la ventana.

Pasé el fin de semana con la cabeza atascada en una caja tras otra de galletas, migas esparcidas por mi pecho con todas las películas románticas de Netflix tocando repetidamente en el fondo. Ahora que miro en retrospectiva, El stand de los besos, probablemente no fue la mejor opción en las películas, pero Dios, el amor de joven, el mejor amigo de mi hermano, probablemente me golpeó demasiado cerca.

¿Y se me ocurrió alguna idea? Ninguna. En vez de eso, me puse un cartón de leche vacío en el pecho y lloré. Lloré tanto tiempo que mis ojos estaban tan inyectados de sangre el domingo por la mañana tuve que empaparlos en gotas para que se abrieran.

Estropeándolo, digo: —No estoy teniendo mi mejor día.

—Puedo ver eso—. Kevin rodea la esquina de mi escritorio, toma mi mano en la suya y me lleva a mi sofá donde nos sienta a los dos. Se inclina hacia la mesa de café y coge unos pañuelos de papel para mí. —¿Qué está pasando?

Me limpio la nariz. —Oh, ya sabes, sólo un poco de esto y aquello—, respondo vagamente, porque ¿qué puedo decir realmente? Tu mejor amigo me besó el viernes como nunca me habían besado antes, y ahora estoy confundida? Eso no va a salir bien.

—¿Un poco de esto y aquello? Lo siento, Julia, pero esa respuesta no va a ser suficiente—. Llega a los Doritos y a la cerveza de raíz. Con un movimiento rápido abre la bolsa y me da un chip que me meto rápidamente en la boca. Luego abre la soda y me da los dos litros. Sin avergonzarme, vuelco la botella y tomo un trago, manteniendo los dos litros cerca de mi pecho mientras me como otro Dorito.

—Los doritos son tan buenos, no se si mejor que las galletas, pero muy buenos—, digo en un suspiro, mis lágrimas empiezan a secarse.

—Sí, los traje porque hace tiempo que no te veo, pensé que te sorprendería—. Me mira hacia arriba y hacia abajo, mi apariencia desaliñada es un paso atrás obvio de cómo me comporto normalmente. Pantalones de vestir arrugados, blusa manchada, y mi pelo en un pony de lado bajo, no me parezco en nada a la doctora Julia Westin.

Al menos Lucy fue lo suficientemente amable como para no decir nada cuando pasé junto a su escritorio esta mañana. La única indicación de que mi apariencia la despistara fue cuando me preguntó si podía conseguirme una

camisa nueva.

—Eres un buen hermano—. Le doy una palmadita en la rodilla. —El mejor hermano.

Cae el silencio, el sonido de los chips crujiendo en nuestras bocas y el ligero zumbido de mi computadora es el único ruido en la habitación.

—¿Estás lista para hablar?

Sacudo la cabeza. —En realidad no.

—Bueno, no me iré hasta que hables, ¿me estás diciendo que voy a tener que ponerme cómodo?—. Se quita la chaqueta y la pone como una cortina en el sofá y luego me da esa mirada fraternal que dice: “Suéltalo”.

Sucumbiendo a su habilidad de sacar cualquier cosa de mí, suspiro. —Hay un tipo—. Voy a mantenerlo vago, porque... bueno, no quiero que maten a Theo.

—¿Cómo se llama?

—Voy a guardarme ese detalle para mí porque no necesito que te pongas como mi hermano mayor, contratar a un investigador privado y averiguar todo lo que no deberías saber sobre mi vida amorosa.

—¿Cuándo he hecho eso?— Le doy una mirada puntiaguda que le hace reír. —Bien, una vez, pero el tipo estaba siendo un imbécil y por lo que parece, este también está siendo un idiota.

—En realidad no. Me pilló con la guardia baja. No esperaba que sintiera algo por mí. Es demasiado para mí como para absorberlo—. Me quito un pedazo de pelo de la cara. —Es alguien a quien nunca pensé que le gustaría, tal y cómo soy. Por eso, nunca lo he mirado de esa manera tampoco. Y luego entra en mi vida, diciéndome que le gusto desde hace mucho tiempo y que finalmente está haciendo algo al respecto. Quiero decir, ¿cómo se supone que debo tomarme eso?

—¿Le gustas desde hace mucho tiempo?

—Aparentemente. No tenía ni idea. Casi se sentía como si hubiera salido de la nada—. No menciono que trató mi programa como una broma, porque eso fácilmente delataría a Theo.

—Bueno, ¿te gusta?

Me muerdo el labio inferior, trabajando esa pregunta una y otra vez en mi cabeza. Es lo que he estado tratando de contestar yo misma. —Creo que podría, si.

—¿Cuál es el problema entonces?

Miro hacia mi ventana, el cielo nublado y frío de Nueva York que brilla gris

durante el día. —Creo que podría lastimarme, romperme el corazón. Y no estoy segura de estar dispuesta a arriesgarme.

Kevin toma mi mano en la suya. —Si él te hace daño, yo le hago daño.
Ojalá fuera tan fácil.

CAPÍTULO VEINTE

THEO

No.

Desgarrar. Arrugar. Tirar.

Estúpido.

Desgarrar. Arrugar. Tirar.

Básico.

Desgarrar. Arrugar. Tirar.

—Vamos, imbécil, eres mejor que esto—, murmuré para mí mismo, con la pluma lista. Pero nada. No se me ocurre nada.

—Diablos—. Tiro mi pluma a la sala de estar, me recuesto en el sofá y me trago el resto de mi cerveza. Esto es inútil. No se me ocurre una idea que valga la pena usar para ganar el corazón a Julia. Ni una sola.

Cuando se me ocurrió hacer una lluvia de ideas, abrí una cerveza y me sentí vigorizado. Eso fue hasta que cada idea que empecé a escribir en mi cuaderno era pura mierda.

¿Vestirse como un osito de peluche y entregar flores en mano? Nadie hace eso. Cantando una canción de amor, preferiblemente algo como la versión de K-Ci y JoJo de All My Life, en el vestíbulo de su oficina. Nadie quiere oírme cantar.

Contratar a un skywriter para que diga: “Sal conmigo, Jules” encima de su oficina. Eso es contaminación innecesaria. ¿Por qué soy tan patético?

El timbre de la puerta del ascensor me hace estremecer de arrepentimiento. En total desesperación, podría haberle enviado a Roark un texto con la sirena emoji y las palabras, en mi casa, ahora.

Desearía no haberlo enviado, porque todo lo que voy a recibir es mierda de él. Pero también añadí el emoji de la cerveza, así que debería tener refuerzos de él.

Cuando las puertas del ascensor se abren, Roark dice: —¿Encontraste una verruga en tu verga?

—No—, me quejé. Sí, ya me arrepiento de esta decisión.

Roark se cae en el sofá a mi lado y me da un paquete de seis Guinness. Dios, debí haber sido más específico sobre qué cerveza traer. No tengo ganas

de beber mi cerveza ahora mismo.

Toma todos los trozos de papel en el suelo y luego se vuelve hacia mí. —
¿Estás a la caza de una nueva propiedad?

—¿Por qué pediría tu ayuda cuando se trata de propiedades?

Se encoge de hombros y abre una cerveza. —No lo sé. ¿Estás desesperado?

—No estoy desesperado por los negocios, estoy tragando duro. Estoy desesperado por las relaciones.

Con la boca abierta y ojos bien abiertos, Roark rota lentamente, así que está frente a mí. Al igual que yo, tiene un don para el dramatismo y su expresión facial lo está demostrando ahora mismo. —Cuéntamelo—. Como un idiota, cruza una pierna sobre la otra y me golpea las pestañas.

Lamentando seriamente esta decisión.

—¿Puedes dejar de actuar como un imbécil, por favor? Sólo sé normal.

—Si querías alguien normal, no deberías haberme mandado un mensaje a mi.

—Bueno, Kevin no era una opción, así que, ¿puedes tratar de no hacer de esto una gran cosa, dejar de lado tus comentarios sarcásticos y ayudarme?

Bebe de su cerveza. —¿Cómo sé cómo ayudarte si no sé de qué se trata?

—Sabes muy bien de qué va esto. Utilicé la palabra... relación.

—No, ni idea—. Realmente lo odio. De verdad, de verdad lo odio. —Esto es sobre Julia.

—¿Qué? No tenía ni idea—, responde con la mano en el pecho. Le puse su cerveza en sus brazos y señalé el ascensor. —Vete antes de que te rompa el cráneo.

—Whoa, whoa, whoa—. Su acento irlandés se hace más fuerte. —¿Cuál es la prisa, muchacho? Acabo de llegar.

—Y es hora de que te vayas..

Hay un ligero indicio de seriedad en su expresión facial cuando dice: —De acuerdo, estaré tranquilo. ¿Qué pasa con Julia?

—¿No vas a ser un imbécil?

Levanta las manos en defensa. —Intentaré no serlo—. Como estoy desesperado, decido hablar con la esperanza de que pueda actuar como un humano empático por un segundo y ofrecerme un buen consejo.

—Fui al apartamento de Julia el viernes por la noche y le dije cómo me siento. Lo arriesgué todo en la línea.

—¿Qué?— Roark muestra un shock genuino. —Mierda. ¿Cómo ha ido eso?

Muerdo mis labios. —No como estaba planeado. Me pidió que me fuera

después de besarla.

—Espera—. Roark levanta la mano. —¿Besaste a Julia y ella te pidió que te fueras? Amigo, ¿qué tan malo fue tu beso?

De repente me levanto del sofá y agarro el brazo de Roark, arrastrándolo hacia el ascensor. En ese momento le sale una risa profunda y sincera. Presiono el botón de bajada, y las puertas se abren de inmediato justo a tiempo para que yo pueda empujarlo hacia adentro.

Todavía riéndose, dice: —No seas tan sensible. Hablemos de esto, tal vez pueda darte algún consejos.

Cuando las puertas del ascensor comienzan a cerrarse, le señalo con el dedo y le digo: —Si le dices una palabra a Kevin, te cortaré el pene. No me pongas a prueba, porque lo haré.

Cerveza a mitad de camino a la boca, se cubre la entrepierna y hace un gesto de dolor al cerrarse finalmente el ascensor.

Maldita pérdida de tiempo. Contemplo mis opciones de con quién hablar y me doy cuenta de que sólo hay una persona con la que me siento cómodo en este momento.

Es hora de lanzar otro mensaje...

Tamborileo mis dedos sobre la mesa, esperando impaciente, mis ojos escudriñando la pequeña cafetera, un café intacto frente a mí.

Por quinta vez, reviso mi reloj. Un minuto más. No la culparía si no apareciera. Sonaba como un tonto desesperado cuando le envié un mensaje de texto, pero eso es exactamente como estoy: desesperado.

Después de que Roark se fue, puse la sesión de conspiración a descansar y pasé el resto de la noche viendo El stand de los besos. Estaba pausado en la televisión de Julia, y pensé que tal vez si ella me da una oportunidad, tendría una cosa más de que hablar con ella, especialmente porque hice que las cosas fueran incómodas entre nosotros.

Y demonios, esa película fue buena. Como hombre, una historia de amor adolescente no debería ser algo que me llame la atención, pero yo estaba en ello. Soy un romántico de corazón aparentemente, que si ese es el caso, ¿dónde demonios están todas mis buenas ideas para ganar a la chica?

No hay un blog sólido sobre las citas que yo pueda encontrar que básicamente no haga que toda la raza masculina parezca un montón de imbéciles. Lo que me hizo pensar, necesito empezar un blog.

Esa idea duró unos diez minutos hasta que me di cuenta de que no tengo nada que decir más que invertir tu dinero y enriquecerse, y hay un montón de blogs de dinero que pueden elaborar esa receta para el éxito.

Es por eso que terminé viendo la misma película dos veces, pero me lo guardare para mi mismo.

La puerta de la cafetería se abre y finalmente entra, adornada con una larga parca negra, un sombrero de invierno con un pompón blanco, una bufanda rosa y unas botas. Cuando me ve, levanta la mano en mi dirección y rápidamente toma una taza de café humeante.

—Siento llegar tarde. Caminar afuera en esta nieve es casi imposible—. Rápidamente se acomoda y cubre con su abrigo la silla vacía entre nosotros y también deja su bolso en el suelo. Con una respiración profunda, me sonrío y me dice: —Cuéntamelo todo.

En un extraño cambio de acontecimientos, la chica con la que Julia me emparejó es ahora mi hada madrina cuando se trata de citas.

—¿Por dónde empiezo, Carly?— Pregunto, encorvado en mi silla.

—Por el principio.

Agarra la taza de café de papel con ambas manos y se la acerca a la cara, el vapor calienta su roja nariz. La atención se centró completamente en mí, me felicito por haber tomado una decisión inteligente y haber contactado a Carly anoche. Sabía que ella sería comprensiva, y cien veces mejor que Roark. Si tan sólo hubiera pensado en enviarle un mensaje primero.

Queriendo darle toda la primicia, empiezo desde el principio como ella me pidió. Le hablo del beso, de mi confesión, de la reticencia de Julia, de cómo pensaba que yo estaba tratando el programa como una broma, de todo.

Y una vez que termino, Carly se sienta allí, una mirada pensativa en su expresión, una pequeña rareza en sus labios. —¿Y dijo que ahora mismo no puede?— Yo asiento con la cabeza mientras ella toma otro sorbo de su café, el líquido descansa sobre su lengua durante unos segundos antes de tragar. —Ahora mismo me lleva a creer que todavía hay una oportunidad.

—Eso es lo que estoy pensando—. Me siento emocionado. —La puerta la dejó abierta.

—Que es exactamente lo que haría una mujer confundida. Ella no te cerró completamente, pero tampoco dijo que sí, lo que significa que hay mucho

espacio para cambiar de opinión.

—¿Eso crees?—. Carly asiente lentamente. —Totalmente. Lo que significa que tienes que seguir con tu romance. Tienes que mostrarle lo perfecto que serían juntos, cómo puedes ser el hombre que ella está buscando.

—Puedo hacer eso, pero todo en lo que pienso se siente tan mal.

Coloca su taza de café sobre la mesa y la gira en la base, con una sonrisa en los labios. —Déjame adivinar, ¿estabas pensando en hacer algo extravagante como escribir en el cielo?

—¿Cómo?—. Me detengo un momento. —¿Por qué pensarías eso?

Se ríe suavemente. —Porque los hombres como tú siempre intentan ser demasiado extravagantes.

—¿Qué quieres decir con hombres como yo?

—Ya sabes, hombres con dinero para regalar en el bolsillo—. Su sonrisa se convierte en una sonrisa completa. —Admítelo, estabas pensando en un avioncito.

Aprieta la mandíbula. —Eso no viene al caso—. Se ríe aún más, pero no creo que se esté burlando de mí como Roark, así que su humor jovial no me pone los nervios de punta. —Quiero decir, podría haber pensado en contratar un avión, pero eso es todo lo que era, una idea.

—Me alegra que lo hayas pensado, porque ese no es el tipo de enfoque que necesitas con Julia. He pasado una buena cantidad de tiempo con ella y una de las cosas que me di cuenta es que es tranquila y reservada, así que necesitas hacer que tus gestos sean poderosos, pero subestimados. ¿Tiene sentido?

—Así es. Lo tiene.

—Exactamente. ¿Desde cuándo la conoces?

—Más de diez años..

—Así que sabes mucho de ella, ¿verdad? ¿Han tenido momentos juntos en esos diez años?

—Muchos—. Me sonrío a mí mismo, pensando en los años que pasé a escondidas con Julia.

—¿Y fueron todos buenos momentos?

Todos excepto uno, pero ese casi desastre significó que tuve que sostenerla en mis brazos. A pesar de la maldita razón, fue la primera vez que me di cuenta de que haría cualquier cosa por esta chica, incluso si eso significaba ser expulsado de Yale por haber estado a punto de golpear a alguien hasta matarlo.

—Sí, en su mayor parte fueron todos buenos. Pero aun así, parecía tan

completamente sorprendida que yo sintiera algo. Ella no tenía ni idea, y no sé cómo o por qué.

—No estoy diciendo que este sea el caso, ¿pero qué pasa si ella nunca ha creído que estaba en tu liga?

—Eso es ridículo, Carly...

—Ambos sabemos que es ridículo—. Ella dice eso con una sonrisa, y me doy cuenta de que a Carly le gusta y respeta a Julia, lo que me da más confianza. —Pero dijiste que ella te veía como el artista, el que siempre se sostiene a sí mismo, y a ella como la observadora. El reticente feliz de existir en las sombras. Incluso en la universidad era la observadora de personas, y es parte de lo que la hace brillante en su trabajo. Por lo tanto, para mí tiene sentido que ella nunca atribuya las interacciones como un interés propio. Mi suposición es que se ha sentido invisible para ti, que no ha lamentado eso, sino que se ha encogido de hombros y ha pensado que esa era simplemente la realidad.

Dios, esta chica es inteligente. —No sé cómo cambiar su forma de pensar, Carly. Si así es como ella me ha percibido, a nosotros, a mis interacciones, ¿cómo puedo revertir eso? Estamos hablando de diez años aquí.

Ella mueve las cejas. —Empiezas a recordar, pero compartes esos momentos desde tu perspectiva. Muéstrale cómo te sentiste entonces. Saca de esos momentos, y envíale cosas para recordarle, y cómo afectaron lo que tú sentías por ella. A menos que ella vea el pasado desde tu punto de vista, desde su experiencia, sólo creará su versión de tu historia. Créeme, son los pequeños recuerdos que te hicieron quererla los que más la impresionarán.

—Las pequeñas cosas.

Ella asiente con la cabeza. —Sí. Parece tan simple, ¿verdad?

—Así es—. Me siento en mi silla, rascándome el lado de la mandíbula. —¿Y qué si le envío recordatorios esta semana? ¿Algo que le muestre que estoy en esto a largo plazo y que seríamos la pareja perfecta?

—Suena romántico para mí. ¿Tienes algo en mente?

Una pequeña sonrisa se asoma más allá de mis labios. —Calcetines de tubo.

Un pellizco en las cejas de Carly. —¿Calcetines de tubo?

Lentamente asiento con la cabeza, mi sonrisa se extiende hasta convertirse en una sonrisa de Grinch. —Sí. Calcetines de tubo.

CAPÍTULO VEINTIUNO

JULIA

—Lucy, no quiero ser una estúpida, ¿pero tienes ese café?—. Me froto las sienes, una migraña mortal que me golpea en la parte de atrás de los ojos.

No hay respuesta.

—¿Hola? ¿Lucy?— Baje mi cabeza a mi escritorio, la madera fresca temporalmente aliviando el dolor atroz que rebota a través de mi cráneo. Nada.

—Lucy—, gemí como Rocky agonizando. La puerta de mi oficina se abre. Gracias a Dios. Ojos cerrados porque el sol brilla demasiado en este martes por la mañana, levanto la mano y muevo los dedos.

—Ponlo aquí en mi mano.

—¿En tu mano?

Levanto la cabeza. Un dolor chirriante y penetrante golpea la parte posterior de mis ojos mientras miro fijamente a un Theo vestido con estilo y preocupado. Esa voz ronca. Ese aroma masculino. Esa cara guapa.

Me golpea de inmediato, como si fuera una excavadora que se me clavara en el pecho.

Quiero culpar al dolor de cabeza, digamos que la migraña se ha apoderado de mí, pero en ese momento, siento que mi cabeza se marea, una sensación de luz que se eleva a través de mi cerebro cuando él se inclina a mi lado y presiona su cálida mano contra mi espalda.

—¿Estás bien?—. Silencioso, preocupado.

—No— Trago con fuerza, un ligero brillo de sudor sobre mi piel.

—Lucy—, dice Theo,—Tráeme una toalla fría, por favor.

Antes de que pueda decir lo que está haciendo, Theo me levanta de mi silla y me lleva al sofá donde me acuesta. Recupera el cesto de basura junto a mi escritorio y lo pone delante de mí justo antes de sentarse y maniobrar mi cabeza sobre su regazo.

Lucy entra corriendo con una toalla de mano y se la da a Theo, que me la aprieta contra la nuca. —¿Ha comido algo?

—Su sándwich de desayuno habitual.

Me acaricia cuidadosamente la frente. —¿Has tomado alguna medicina,

Julia?

—No—, digo débilmente, lágrimas que me pinchan en los ojos, queriendo caer.

—¿Puedes traerme un ibuprofeno, por favor, Lucy, y un poco de agua?

—Por supuesto—. Lucy se aleja, el sonido de sus pasos en retirada como piedras cayendo en mi oído.

Calmadamente, Theo frota su pulgar sobre mi frente. —Si necesitas vomitar, la canasta está a tu lado.

—Gracias—, susurro, mi cabeza se siente como una bomba de tiempo con cada latido que pulsa duramente a través de ella.

Quiero preguntar por qué está aquí y cómo supo mi situación esta mañana cuando normalmente Lucy es la que hace todo esto. Quiero preguntarle por qué me cuida tan gentilmente cuando le hice abandonar mi casa la otra noche.

Pero no puedo. En cambio, cierro los ojos e incluso exhalo mi respiración, tratando de ayudar a aliviar algunos de los síntomas de mi migraña.

—Tranquila—, Theo dice. —Te quiero, Jules—. Me acaricia la ceja con la almohadilla de su pulgar y luego mueve su pulgar a mi sien donde lentamente la masajea y luego regresa a mi ceja.

Se siente increíble y extrañamente erótico.

—Aquí tiene—, dice Lucy.

Temporalmente, la mano de Theo se aleja de mi cara, sólo para sostener una píldora frente a mí. Luego abre una botella de agua. —Toma esto muy rápido y luego recuéstate.

Con los ojos aún cerrados, tomo la medicina y luego hago lo que me sugirió.

—Retén sus llamadas hasta que se te diga lo contrario. Gracias, Lucy.

—Por supuesto, Sr. Scott. Estaré justo afuera—. La puerta se cierra suavemente, el silencio es justo lo que necesito. Theo gira sobre mí, apenas moviéndose hasta que siento que el suave interior de su chaqueta de traje de seda cae sobre mis hombros. Quita la toalla y luego vuelve a masajear mi frente con sus meticulosos dedos.

No tardo mucho en dormirme con la sensación de que sus dedos me rozan la piel con firmeza en mi memoria.

Después de lo que parecen horas, abro los ojos, mi migraña ha desaparecido por completo y Theo no está en ninguna parte. Muy despacio, demasiado asustada de que el dolor vuelva con toda su fuerza, me levanto del sofá, la chaqueta de de él se desliza por mi cintura. ¿La dejó conmigo?

Enrollo la lujosa tela entre mis dedos, dejando que el suave aroma de su

perfume alivie la tensión en mis hombros. ¿Dejó algo más? Me volteo hacia la mesa de café y no veo nada más que una botella de agua apenas sorbida y el bote de basura justo debajo de ella.

Hmm, decepcionante. No estoy segura de qué hora es, pero sabiendo que necesito hacer algo de trabajo, poco a poco me levanto del sofá y me dirijo a mi escritorio donde veo una nota grabada en la parte superior de mi computadora.

Una cara sonriente se refleja en mis labios mientras me siento y leo.

Querida Jules, Espero que te sientas mejor. Odiaba verte sufrir. Puede que no tenga un doctorado como tú, pero sí tengo mi título de enfermero en TLC, y este enfermero dice que te tomes el resto del día libre. Antes de que puedas siquiera pensar en poner en marcha tu ordenador, quiero que sepas que Lucy robó todos los cables importantes de tu equipo y de Internet. Le dije que se fuera a casa y que volviera con ellos mañana. Cuando estés lista, Mikey, mi chofer, estará abajo dispuesto para llevarte a casa. También se le ha ordenado que pase por Starbucks y te compre un café con leche de soja. El que te traje esta mañana ya está frío.

Envíame un mensaje para saber que estás bien. Siento no poder quedarme. Tuve reuniones que no pude reprogramar, pero ya sabes, estaré pensando en ti todo el tiempo.

*Que te mejores, Jules. Con amor,
Theo*

Hago rodar los dientes sobre mi labio, tratando de contener la estúpida sonrisa en mi cara, pero es inútil, estoy sonriendo como una tonta. Debería estar enfadada porque básicamente se hizo cargo de mi día, me hizo descansar, envió a mi asistente a casa y me dijo que me fuera a la mía. Debería estar enojada porque él mandoneará a mi asistente. Debería estar furiosa porque vino aquí cuando le dije que no podía manejar nada sobre nosotros.

Pero justo cuando trato de enfadarme, pienso en la forma gentil en que me cuidó, la amabilidad y la preocupación en su voz, y sin mencionar la forma en que dejó su chaqueta para que me acurrucara hasta cuando hacía frío afuera. ¿Cómo es posible que sea un rojo?

Más tarde le envió un mensaje.

Julia: Gracias por cuidar de mí hoy temprano. Te lo agradezco. No he tenido un dolor de cabeza como ese en mucho tiempo.

Theo: No hace falta que me lo agradezcas. Me alegré de haber estado ahí para ti. Justo a tiempo, supongo.

Julia: ¿Viniste a traerme un café esta mañana?.

Theo: Sí, yo también tenía algo que contarte, pero en cuanto te vi con dolor, tomé medidas.

Julia: ¿Qué era lo que querías contarme?.

Theo: Bueno, ¿recuerdas aquella vez que te encontré fuera del edificio de matemáticas y parecías una pesadilla viviente? Tus palabras, no las mías.

Julia: Vagamente.

Theo: Lo recuerdo como si fuera ayer. Estabas en el suelo tratando de encontrar un conjunto de notas. Me acerqué a ti preguntando si necesitabas ayuda. Sin decir una palabra, empezaste a apilar cuadernos y libros de texto en mis manos mientras te quejabas de cuánto trabajo tenías que hacer.

Julia: Guau, sí, no recordaba eso.

Theo: Te pregunté qué ayudaría y dijiste: *nada* a menos que pudiera sacarme un chai latte del culo.

Julia: Y luego me trajiste uno mientras estaba en clase.

Theo: Yep.

Julia: Eso fue... No puedo creer que recordaras eso.

Theo: Siempre te he cuidado, Jules. Siempre. Lo que te afectó a ti me afectó a mí. Siempre ha sido así.

Toc. Toc.

Levanto la vista de la luz deslumbrante y parpadeo un par de veces, mirando al hombre en mi puerta. Debido a que me tomé el día libre por las ordenes del enfermero de ayer, he estado trabajando el doble de duro hoy para ponerme al día. Le rogué y rogué a Lucy que viniera antes de lo normal con todos los cordones que necesitaba, pero me dijo que le habían prometido las llaves de la casa de Theo en Los Hamptons para un fin de semana largo si se quedaba fuera hasta las ocho. Aparentemente ella realmente quería un fin de semana fuera este verano.

Poco a poco mis ojos se concentran y Theo sale a la luz. Sorprendida, me siento derecha. —Theo.

—Hola Jules.— Entra, con una mano en el bolsillo y la otra con un pequeño

bolso. —¿Te sientes mejor?

Me acomodo las gafas en la nariz. —Yo, eh... lo estoy. ¿Por qué estás aquí? — Aunque, realmente no me sorprende. Me habría sorprendido más si no hubiera venido a ver cómo estoy. A menudo me ha dado momentos de su tiempo a pesar de ser un hombre increíblemente ocupado.

—Sólo quería dejar algo—. Pone la pequeña bolsa marrón en mi escritorio y luego da un paso atrás y se abrocha la chaqueta del traje. —Adelante, ábrelo—. Asiente con la cabeza hacia la bolsa.

Tímidamente, la miro, preguntándome qué está tramando. Por segundo día consecutivo está aquí, actuando como si todo fuera normal y no hubiéramos tenido el viernes más incómodo conocido por el hombre.

—Adelante—. Se mece sobre sus talones, una sonrisa que inclina los extremos de su boca hacia arriba.

Acuesto la bolsa y meto la mano en el interior, conectándola con algo suave. Confundida, lo saco de la bolsa y encuentro tres pares de calcetines de tubo rosa. Cuando los miro, sonrío aún más.

—El primer día que te conocí, llevabas calcetines de tubo, y desde entonces, me han excitado mucho—. Hace un guiño sugestivo. —Considéralo lencería en tu libro. Mantén los pies calientes y las piernas sexys. Que tengas un buen día, Jules.

Con eso, él despega, dejándome con la boca ligeramente abierta y el corazón acelerado.

¿Calcetines de tubo? ¿Sexy? ¿Qué?

Respiro profundamente. Dios, odio el olor a pis y moho. Tengo que salir de este túnel en algún momento.

Pero... está lloviendo a cántaros. La única razón por la que lo sé es porque cada persona que me ha pasado ha hecho un sonido mortal y luego ha subido corriendo las escaleras.

¿Metro o lluvia? ¿Por qué no vine preparada?. Sabiendo que no puedo estar junto a esta pared de pis todo el día, me lo trago y subo las escaleras.

Primero me golpea el frío y después el fuerte golpeteo de la lluvia. —Cristo —, murmuré, mi espalda arqueada, el agua helada. Me invento el último paso

como si un paraguas me cubriera la cabeza. ¿Qué?

Miro hacia un lado y encuentro a Theo de pie bajo la lluvia, sus hombros prácticamente tocando sus orejas mientras la lluvia recorre su hermoso rostro.

—¿Theo?

—Tardaste lo suficiente en llegar aquí. Rayos, mujer—. Me tira de la cintura y me pone contra su cuerpo, arropa a los dos bajo el paraguas. —Vamos—. Comienza a acompañarme hacia mi edificio de oficinas.

—¿Has estado esperando aquí todo este tiempo?

—No—, grita sobre la lluvia, —Estaba esperando en tu oficina con tu sándwich favorito para el desayuno, pero cuando me di cuenta de que estaba lloviendo, pensé que te habrías olvidado de un paraguas como siempre lo hacías en la universidad.

¿Está hablando en serio ahora mismo?

—Entonces, ¿sólo viniste aquí con un paraguas y me esperaste?

Él me guía a mi edificio. Afortunadamente está cerca de la parada del metro, así que no tuvimos que caminar demasiado.

Sacudiendo el paraguas, lo cierra y luego lo sostiene a su lado. —Sí, esperé. Siempre esperaré, Jules—. Se aparta y dice por encima de su hombro: —Disfruta el desayuno.

Y así sin mas, con su chaqueta pasando por delante de mi mano, sale por la puerta hacía una limusina en la que se sube rápidamente. ¿Qué es lo que acaba de pasar?

Casi se siente como una de esas películas anticuadas en las que un hombre deja su chaqueta sobre un charco para que una mujer no se moje los pies, pero en vez de su chaqueta, Theo me ofreció un paraguas.

Me salvó de la lluvia, me acompañó a mi edificio, me trajo el desayuno y se fue, dejando mi corazón latiendo con fuerza y sorprendentemente queriendo más.

Sin chai latte. Sin calcetines. Sin desayuno. No hay brigada de bienvenida cuando salí del metro esta mañana.

Va a ser un día normal, y maldita sea, me ha condicionado a esperar de él una sonrisa en la cara y algún tipo de regalo en la mano durante los últimos

tres días. Odio admitirlo, pero estoy un poco deprimida por no verlo, escuchar su explicación de por qué está en mi oficina, o sentir su toque reconfortante.

Son las diez en punto y casi no he hecho nada. Vuelvo a mis correos electrónicos, decidida a responder al menos algunas preguntas de mis clientes.

Sacudo los hombros, soplo un poco de aire y pongo los dedos en el teclado. Concéntrate.

Mis ojos se dirigen a la puerta. ¿Él está aquí?. No. No estoy preocupada por Theo ahora mismo. Me estoy centrando en... Marge y su... nuevo perro. ¿Eso cambiará el color de sus citas?

Miré por la ventana y bajé a la calle. ¿Hay algún coche negro ahí abajo?

No. Vamos, Julia. Eres mejor que esto.

Marge. Es una preciosa azul con un corazón de oro. Los animales son una gran adición... ¿Acabo de oír a Lucy hablar con alguien? ¿Hay alguien ahí fuera con ella?

Presiono el intercomunicador de mi teléfono. —Lucy, ¿hay una visita afuera?

—Umm, no. ¿Espera a alguien?

Me río nerviosamente. —No, lo siento, sólo pensé que había oído a alguien. Continúa—. Ignora a los locos. Esto no tiene sentido. Me siento en mi silla, la mano en mi frente y gimoteo. ¿Qué me ha hecho? ¿Y cómo me lo hizo tan rápido? No funciona así. Las pequeñas visitas a mi oficina no deberían poder convertirme en un charco de papilla esperando a que vuelva. Soy una mujer fuerte y segura, después de todo. Mi mundo no gira en torno a un hombre que viene a visitarme. Esto es absurdo.

Me levanto de mi silla y me pongo los tacones. Tengo que ir a dar un paseo, despejar mi cabeza, y luego ayudar a Marge, que envió diez fotos de su perro en caso de que su perro no fuera tan azul también.

A mi regreso...

—¿Cómo estuvo su paseo?— pregunta Lucy mientras yo atravieso las puertas.

—Maravilloso, justo lo que necesitaba—. Sonrío y golpeo su escritorio mientras paso. —Estoy pensando en chino para el almuerzo. ¿Qué hay de ti?

—Suena bien, ¿quiere que pida?

—Eso sería genial.

En el momento en que me cruzo con ella, la sonrisa que llevo se desvanece y mi irritación se apodera de mí una vez más. Ve a dar un paseo, te despejará

la mente, eso es lo que todos dicen. ¡Mentira!. Son todas mentiras. Todo en lo que pensaba era si me encontraría o no con Theo. Si lo vería o no hoy. Si llevaría o no vaqueros o un traje. Dios, me encantan ambos.

Eso no fue una caminata de ocio; fue una pesadilla. Decepcionada conmigo misma, paso por la puerta de mi oficina y me dirijo directamente a mi escritorio, donde me quito los zapatos de encima y exhalo en voz alta mientras despierto a mi computadora. Literalmente la odio.

—¿Siempre entras aquí como un tornado?

Diablos. El corazón me da vueltas en el pecho cuando casi me caigo de la silla.

—Santo cielo, Theo—. Intento domar mi pulso acelerado. —Me has dado un susto de muerte—. Se ríe y pone una pierna encima de la otra, con las manos perfectamente colocadas en su regazo en el sofá. —No quise asustarte, Jules, pero habría sido hilarante si te hubieras caído de espaldas en la silla.

Me alisé la falda y me acomodé en la silla. —Sí, muy gracioso—. Aunque estoy molesta por su inesperada aparición, también estoy tratando de no mostrar lo feliz que estoy, porque si fuera honesta, esto es exactamente lo que quería. Verlo hoy. Otra vez.

Esa cara sonriente, esos ojos, y la forma en que sus hábiles dedos se abrochan tan fácilmente la chaqueta de su traje. Tiene confianza y seguridad en sí mismo, y a pesar de su estatus social, su actitud no es nada estirada. Es adicto a estar cerca y es difícil no pensar en él cuando se ha ido.

—Me alegro de haberte atrapado antes de irme. Quería darte esto—. Se levanta del sofá y coge otra bolsa de papel del suelo antes de caminar hacia mi escritorio.

Lo que realmente me gusta de Theo es que a pesar de que tiene mucho dinero, rara vez muestra el hecho. Sólo se nota si miras de cerca sus caros trajes de Tom Ford o el sexy reloj que adorna su gruesa muñeca. Cada regalo que me ha dado ha estado en una simple bolsa marrón. Sin envoltorios elegantes, sin cintas inútiles, sólo una bolsa. Es lindo. Lo empacó él mismo. También es muy mío.

Me da la bolsa y se aleja del escritorio, con las dos manos en los bolsillos. —En la universidad, Kevin usaba una taza todas las mañanas. A nadie se le permitió tocarla, ni siquiera pensar en usarla.

—¿De verdad?

Asiente con la cabeza, con los labios delgados. —Sí. Era una taza que le diste en la universidad. Fotos de ustedes dos juntos por toda la cosa. ¿Y sabes

qué? Después de conocerte, era un cabrón celoso cada mañana que le veía beber en ella. Ojalá tuviera una taza igual—. Él asiente a la bolsa para que yo la abra.

Alcanzo y saco dos tazas de café, ambas con una foto envolvente de Theo y yo en la universidad. ¿Había fotos nuestras en la universidad?

—Una es para mí—. Se acerca y toma una. —Me encanta esta foto de nosotros, porque fue una de las pocas veces que te abracé. Ahora, todas las mañanas puedo desayunar contigo, como hizo Kevin, si quieres...—. Asintió con la cabeza en la taza que tengo en la mano. —Puedes desayunar conmigo—. Camina hacia la puerta, con la taza de café colgando de sus dedos. —¿Mencioné que te ves hermosa con esa blusa blanca?—. Me da una sonrisa de despedida. —Que tengas un buen día, Jules.

El silencio se instala en mi oficina mientras sus pasos suenan por el pasillo, mi puerta finalmente se cierra. Con una sensación de pesadez en el pecho, un peso presionando hacia abajo en los pulmones, tomo la taza en la mano.

Es una foto de una fiesta de togas que apenas recuerdo haber estado. Theo no lleva camisa, por supuesto, y yo llevo un cuello de tortuga con una toga sobre mí. Me veo absolutamente ridícula con mis gafas gigantes y mi cabello desaliñado, y sin embargo, Theo me está sonriendo.

Estudio su cara, la forma en que me miraba. Tan genuino... una sonrisa amorosa en su rostro. Se está agarrando a mi lado con firmeza, y sus ojos están fijos en mí mientras sonrío a la cámara. Parecía verdaderamente feliz de estar conmigo, de tenerme en sus brazos. Me encanta esta foto de nosotros, porque fue una de las pocas veces que lo abracé.

Esta chica ardilla, nerd, que no parecía pertenecer en absoluto, tenía la atención indivisa del chico más popular del campus. La misma chica tiene su atención ahora.

Hago rodar los dientes sobre el labio inferior, una sensación de nerviosismo en el vientre, mis músculos empiezan a temblar, mi mente da vueltas.

Le gustaba en la universidad. Incluso ahora le gusto de verdad. Esto no es una broma. Este es Theo poniéndose a sí mismo ahí fuera, queriendo desesperadamente salir conmigo. Y aunque he tratado de negarlo, se me han ocurrido todas las excusas para evitarlo, sé que en el fondo, no puedo evitarlo para siempre. Le he gustado tal y como soy a Theo, a otro nivel. Sólo he tenido miedo de darme la oportunidad.

Quizás es hora de que explore ese lado de mí. Tal vez es hora de que tenga una cita con Theo Scott.

CAPÍTULO VEINTIDOS

THEO

Aquí hay una taza, piensa en mí, desayuna conmigo, sé mi novia. ¡Cristo!. ¿En qué demonios estaba pensando?. La mirada en su cara lo dijo todo; lárgate de mi oficina ahora mismo, maldito psicópata.

Sí, su cara decía eso. Sus expresiones faciales son inequívocas. Me arrastro la mano por la cara, queriendo darme una patada en los testículos por pensar que le gustaría una taza de café con nuestra foto. ¿Qué soy yo? ¿Por qué en ese momento pensé que era una gran idea?. Soy tan encantador, tan adorable... tan estúpidamente tonto.

—Sr. Scott, David Preston está al teléfono. Quiere hablar sobre la propiedad de la Séptima Avenida.

Necesito trabajar un poco, olvidarme de mi estupidez, así que tomo la llamada. —David, ¿cómo te va?

—Bien, bien. Gracias. ¿Qué hay de ti?—. Aparte de que soy un patético saco de hombre, compitiendo por una chica que cree que soy un psicópata absoluto, perfecto.

—Genial. Entonces, ¿qué está pasando en la Séptima?

—Todo está bien con el edificio, estamos todos alquilados, pero quería llamar tu atención sobre algo. Se dice en la calle que el edificio contiguo al tuyo saldrá a la venta pronto. Pensé que te interesaría.

Me paso la lengua por los dientes, esa excitación que tengo en la boca del estómago cuando una nueva adquisición llega a mi regazo y empieza a hervir a fuego lento. —¿Es eso cierto? ¿Sabes lo que están pidiendo?

—Aún no, pero apuesto a que si entras ahí con un precio decente, venderán antes de que lo pongan en el mercado. Quieren salir y rápido.

—¿Por qué?

—Están vendiendo todos sus bienes raíces y se mudan a Tahití para vivir en una isla que están a punto de comprar, por lo que quieren vender sus edificios lo antes posible.

—Interesante. ¿Qué otras propiedades están vendiendo?

—No estoy seguro, ¿quieres que lo averigüe?

—Sí—. Tomo un bolígrafo y empiezo a hacer clic en él. —¿Puedes hacer un

informe para mí? Dame un resumen de las propiedades que están vendiendo, su valor, y descubre lo desesperados que está esta gente. Y si también puedes averiguar si hay alguien más interesado, te lo agradecería.

—No hay problema. Te lo tendré para el lunes. ¿Funciona eso?

—Sí, pero si descubres que estas propiedades son urgentes, por favor, hazlo saber antes.

—Por supuesto.

—Gracias, David.— Cuelgo y por un momento, olvido mis problemas de pareja. No he tenido una propiedad nueva en más de seis meses, y me he sentido un poco ansioso al respecto. Tener otro edificio en la Séptima llevaría mi portafolio al siguiente nivel. Es justo lo que estoy buscando cuando se trata de dar el siguiente gran salto.

—Sr. Scott—, dice Nora, asomando la cabeza por la puerta. —Me voy a casa a menos que haya algo más que necesite...

Sacudo la cabeza. —No, estoy bien, Nora. Gracias. Que tengas un buen fin de semana.

—¿Está seguro? Parece un poco apagado hoy.

Le doy una sonrisa falsa. —Sí, estoy bien. Voy a quedarme un poco más tarde, intentaré revisar algunos de estos emails. Te veré el lunes.

—De acuerdo—, responde con indecisión. —Si necesita algo, hágamelo saber.

—Lo haré—. Asiento en su dirección y vuelvo a mi computadora.

Cuando la bandeja de entrada se desborda, paso a través de las líneas de asunto, sin que ninguna de ellas capte mi atención ni remotamente.

¿Cuándo me pasó esto? ¿Desde cuándo estoy tan desesperado y necesitado por una mujer? Fue la recaudación de fondos olvidada por Dios. Le echo la culpa de todo esto a Kevin.

HACE SIETE MESES. EN LA RECAUDACIÓN DE FONDOS.

—Esto es una mierda de mierda—. Roark se lleva un vaso de Jameson a los labios. —Mira a esa señora. Tiene un palo colgando de su trasero.

Hace un gesto a una mujer mayor con un vestido dorado y la nariz a medio

camino del cielo. En una mano sostiene una copa de vino, con el meñique hacia afuera, un diamante del tamaño de mi globo ocular adornando su dedo.

Sí, tiene razón. Este evento es una mierda, pero Kevin invitó a todas estas personas por una razón: para recaudar fondos para su fundación, Children First, cuya meta es asegurarse de que ningún niño pase hambre aquí en la ciudad. Es una obra de caridad que comenzó hace unos años con su, ahora ex-novia. A pesar de que se separaron, él mantuvo la fundación en marcha porque después de años de pasar tiempo con estos niños, su fría y rígida fachada de negocios se derritió, y los niños descubrieron su corazón. No puedo decir que me sorprenda dado lo mucho que siempre se ha preocupado por su hermana menor. Está en su naturaleza preocuparse más allá que la mayoría.

Pero cuando se trata de los niños, su corazón se ilumina.

—Estoy bastante seguro de que esa mujer de la que hablas está casada con Richard Munson...

Roark se atraganta con su bebida. —¿Como el de Construcciones Munson?

Inclino mi vaso de whisky hacia él. —El único e inigualable.

—No me digas. Mira eso, nuestro chico Kevin es todo un adulto y está charlando con los ricos y famosos. ¿Crees que debería desnudarme hasta la verga y cruzar la habitación para recordarle de dónde vino?

Dejé salir una risita baja. —Yo no lo recomendaría. Ni siquiera pestañearía cuando se trata de quitarte la seguridad.

—Tienes razón. ¿Y sabes qué, no tengo ganas de pasar la noche en la cárcel.

No sería su primera vez, ni la segunda. Roark tiene un historial de problemas, principalmente peleas a puñetazos fuera de los pubs. Es su destino. Se ha salido con la suya con casi todos, pero ha habido algunos idiotas ocasionales que han presentado cargos. Le echa la culpa al temperamento irlandés.

Culpo a su consumo de alcohol, que supongo que se debe a sus raíces irlandesas.

—¿Cuánto tiempo más nos quedaremos?

Miro a mi Rolex. —Eh, yo diría que veinte minutos más y nuestro tiempo está cumplido.

Roark baja el resto de su bebida y luego se bofetea en los labios. —Eso significa cinco viajes más al bar—. Me da palmaditas en el pecho mientras pasa.

—El bar abierto fue una decisión inteligente por el lado de Kevin.

Maniobrando entre multitudes de pequeños grupos, Roark llega al bar en un tiempo récord y ya está buscando una propina en su billetera. El hombre nunca deja de sorprenderme. Es bueno que se haya hecho a sí mismo o de lo contrario nadie querría contratar su culo borracho.

Whisky a mitad de camino a mi boca, escaneo el evento lleno de gente. Escondido en un viejo edificio que yo no sabía que existía, Kevin organizó una noche para recordar con luces doradas contra las viejas paredes de piedra, una banda en vivo tocando música de banda grande y tapas dignas de alabanza. Los donantes están contentos, y cuando miro a Kevin, todo lo que puedo ver son los signos de dólares que iluminan sus ojos mientras habla con otro asistente. Este evento sin duda le costó por lo menos cien mil dólares, pero recuperará esa cantidad al menos cinco veces. No haría este evento si no lo hiciera.

Una carcajada me llama la atención al girar a la derecha para ver de qué se trata toda la conmoción. De pie en un vestido plateado que cae perfectamente en cascada por su cuerpo, modesto, pero aún hermoso, es Julia, la mano en los hombros de un hombre mayor, una sonrisa gigante en su cara mientras se ríe con él.

Mierda... se ve... se ve... deslumbrante. Cabellos rubios de rizos caen más allá de su hombro, lápiz labial rojo besa su boca, y una fuerte dosis de rímel ayuda a que sus ojos azules de bebé sobresalgan aún más de lo normal.

Pero no es el maquillaje, ni el vestido, ni el pelo lo que hace que mi pene presione contra la cremallera de mis pantalones; es el movimiento ascendente de sus labios y la ligereza de sus ojos.

Sólo he visto a Julia tan feliz, tan despreocupada un par de veces. Cuando deja caer el tono normal y serio y se suelta, en una vista preciosa para contemplar.

Dibujado a su sonrisa, a su risa, me invito a entrar en su círculo. Presiono mi mano en su cadera, haciéndole saber que estoy aquí. Ella mira por encima de su hombro y se ilumina justo antes de arrojar sus brazos alrededor de mi cuello. —Theo—, dice excitadamente, un poco difamada en sus palabras. Demonios, está borracha. Sorprendentemente, no se necesita mucho para emborrachar a Julia; un trago o dos y es una chica feliz.

Supongo que está en estado de dos tragos ahora mismo, sobre todo porque la tengo en mis brazos, algo que nunca ha hecho voluntariamente. Cosa que me gusta.

Una vez que me suelta, me pone la mano alrededor del brazo y me dice: —

Este es Theo Scott, el mejor amigo de Kevin, y un gran donante de la fundación.

Asiento secamente con la cabeza. —Encantado de conocerlos a todos, pero si no les importa, me llevaré a Julia por un momento.

El caballero mayor me hace una seña con la cabeza mientras la llevo a la pista de baile. Le doy a un camarero mi vaso vacío y luego agarro a Julia por la cintura, poniéndome en forma para bailar.

Cuando la miro, la veo sonriéndome. —Estás borracha—. —Hmm—. Ella asiente con la cabeza.

—¿Cuántas copas?

—Twoooo—, canta y se balancea en mis brazos.

—Dos de más, parece que sí.

—No—. Me golpea juguetonamente en el pecho. —Dos está bien—. Ella agarra mi hombro y luego mueve su mano a la parte posterior de mi cuello, enviando una ola de piel de gallina a mi brazo.

—Dos está bien, ¿eh? Dos parece que vas a tener dolor de cabeza por la mañana.

—De ninguna manera—. Ella presiona sus dedos en la parte posterior de mi cabeza, corriendo a través de mi cabello, justo sobre el botón que me hace querer sacar la lengua de mi boca y empezar a jadear.

La borracha Julia también parece ser coqueta, y me gusta. Mucho. Está haciendo realidad todos mis sueños universitarios sobre ella, todas esas noches que pasé preguntándome cómo sería salir con ella, hacerla mía, cómo se sentiría tenerla en mis brazos, tener sus labios en los míos.

Mierda, ¿qué haría ella ahora si yo me inclinara hacia adelante y tomara lo que yo quería tan desesperadamente en la universidad? Lo que he querido durante tanto tiempo, pero que he apisonado a lo largo de los años, pensando que nunca sucedería. Seguro que nunca pasaría. Pero esta noche, con sus brazos a mi alrededor, casi siento que tengo una oportunidad.

Presiona su mejilla contra mi pecho y cierra el resto del espacio entre nosotros. En un suspiro de felicidad, ella cae en línea con mis pasos, dejándome guiar completamente el camino.

Dios, se siente tan pequeña, tan perfecta. Cada uno de los sentimientos por esta mujer que he tratado de ocultar rápidamente pasa a primer plano en mi corazón.

Puedo imaginármelo. Julia y yo juntos... por fin. Tomados de la mano, riendo juntos, compartiendo noches juntos... compartiendo mañanas juntos.

Y por la forma en que sus manos recorren mi cuerpo y la mirada de completa satisfacción en su rostro, parece interesada. Podrían ser las dos bebidas. Podría ser el ambiente de la noche. Pero voy a ignorar ambos factores y decir que no es ninguna de esas cosas, que es la sensación de estar en los brazos de un amigo perdido hace mucho tiempo y, por último, que es una atracción intacta.

Le inclino la barbilla hacia arriba, sus ojos nublados, pero su sonrisa es tan clara como el día. Me tomo un momento para llevarla adentro, tan cerca, tan íntima, sus labios a sólo unos centímetros de distancia. —Estás preciosa, Jules.

—Me he rizado el pelo—. Se pone la mano debajo del pelo, mostrando las largas hebras rubias.

Riendo entre dientes, respondo: —Ya lo veo, y se ve muy bonito.

—Y no llevo sujetador—. Porque soy un hombre, mis ojos van directamente a sus pechos, tratando de ver a través de la plata de su vestido. Trago fuerte, la huella ligera de su pezón empujando contra la tela. Me pongo duro en un segundo, lenta y discretamente alejo mi pelvis de la de ella.

No sabiendo qué decir, respondo: —¿Ah, sí? Esta noche, tampoco llevas sujetador—. Su nariz se contrae mientras inclina la cabeza para mirarme fijamente.

No es mi mejor respuesta, pero estoy un poco confundido ahora mismo. Por alguna razón, no esperaba ver a Julia esta noche. No esperaba que se viera tan sexy. Tampoco esperaba que ella tuviera sus dedos corriendo por mi pelo, haciéndome sentir como un idiota lujurioso.

Sus manos se deslizan de vuelta a mis hombros y luego a mi pecho donde agarra las solapas de mi chaqueta. —¿Qué vas a hacer esta noche, Theo?

Parpadeo un par de veces. ¿Me está proponiendo matrimonio? Porque si es así, voy a despejar mi agenda para todo el fin de semana. Dedicaré las próximas cuarenta y ocho horas a convencer a Julia de que soy el hombre para ella, un hombre maduro, el tipo de hombre que puede cuidar de ella en más de un sentido. Soy diferente a lo que conoció en la universidad.

Soy estúpidamente refinado, exitoso, digno de salir con ella en una cita, algo que no estuve en la universidad. Pero tal vez ella lo vea ahora, quizás me vea a mí.

—¿Qué voy a hacer esta noche?—. Me chupo los labios. —Depende, ¿qué estás...?

—Ahí estás—. Kevin viene por detrás de mí y toma a Julia en sus brazos.

—El Sr. Armstrong quiere presentarte a su hijo—. Kevin me mira de arriba a abajo. —Bonita corbata, amigo—. Y luego se vuelve hacia Julia, evaluándola. —¿Estás borracha?

—Me tomé dos copas—. Se balancea.

—Diablos—. Kevin arrastra su mano sobre su cara. —¿Podrás conocer al hijo del Sr. Armstrong? Ha estado esperando toda la noche para tomar una copa contigo.

—Lo sé. Lo sé. Me lo dijo por teléfono el otro día—. Julia exhala un largo aliento y luego se pone de pie. —Bueno, lo tengo bajo control—. Como si fuera mi propia hermana, me da una palmadita en el hombro. —Que tengas un buen día, Theo.

Y con eso, se va con Kevin, que me sonrío por encima del hombro, y me da las gracias en silencio. ¿Un puto gracias? ¿Gracias por qué? ¿Aparecer en su evento de recaudación de fondos olvidado de Dios que sólo me recordó la razón por la que traté de ocultar los sentimientos que tenía por su hermana hace años? Mierda.

Me alejo de ellos, una furia interna que empieza a hervir en lo más profundo. Como una tormenta que se forma en el cielo, mi cuerpo empieza a zumbiar, mi irritación se apodera de mi.

Necesitando un trago, me acerco al bar donde encuentro a Roark, con la mano en la cadera de una mujer, con un vaso delante de él. Por el rabillo del ojo, me ve cuando pido un vaso de whisky.

Mis manos agarrando el borde de la barra, la cabeza inclinada hacia adelante, cuento hasta diez.

—Amigo, parece que estás a punto de atravesar una pared con el puño.

Cuidando mis movimientos, inclino mi cabeza en su dirección. —Una pared, tu cara, lo que sea que venga primero.

—¿Yo?— Roark sonrío y se señala a sí mismo. —¿Qué diablos hice?

—Molestarme—. Tomo el whisky del barman y lo bajo de un trago. Me limpio la boca con el dorso de la mano y pido otra. —Me molestas, carajo.

En la actualidad, en la oficina...

Esto es inútil. Quedarme aquí, actuar como si estuviera tratando de trabajar

cuando en realidad, no puedo concentrarme en una maldita frase, sino releerla una y otra vez. Necesito llamarla una noche, una noche solitaria, lamentable, viernes por la noche.

De mi bolsillo, saco mi teléfono y compruebo si hay algún mensaje de Roark. Siempre me manda mensajes los viernes por la noche, diciéndome dónde va a beber.

Y tal como pensaba, hay al menos cinco mensajes de él. Tentado, escudriño a través de ellos y considero la posibilidad de salir esta noche, perderme en una botella de whisky, ahogar mis penas en algún pub de mierda que capturó el corazón irlandés de Roark por la noche. Pero mientras mis dedos revolotean sobre el texto, parece que no puedo conseguir que me conteste el mensaje, y que acepte salir. En su lugar, abro mi aplicación de Google Maps y tecleo helado en la barra de búsqueda.

Sí, maldito helado. Ese es el nivel en el que estoy ahora mismo. Quiero un tazón gigante de helado especial con ingredientes como chocolate, crema batida y cerezas. Quiero un lugar que tenga Fruity Pebbles, donde pueda apilar tazas de mantequilla de maní y no ser juzgado. Aparecen algunos lugares en la pantalla y hago clic en el que tiene un nombre gracioso, no quiero una crema de fantasía, ¿porque querría estar comiendo helado con los niños?. Quiero que vean cómo es un hombre patético, un hombre que le ha dado el viejo intento de la universidad y ha fracasado, porque tal vez mi falta de mano les anime a esforzarse más tarde en la vida.

Fuera de mi oficina, oigo el leve sonido de pasos que se arrastran por el pasillo hasta que se detienen frente a mi puerta. ¿Nora olvidó algo? Espero a que entre por la puerta o al menos llame, pero cuando no lo hace, me pregunto qué diablos está haciendo.

¿Por qué está ahí parada? Sólo puedo ver la sombra de una persona a través de la puerta, así que sé que no se han ido.

Camino hacia ella, y sin darle a la persona del otro lado, la oportunidad de huir, abro abruptamente. Para mi sorpresa y francamente era eso, Julia se asusta, agarrándose el bolso al pecho.

—Dios mío—, dice ella, sorprendida. —Me asustaste, Theo.

Sin saber por qué está aquí, trato de no emocionarme mientras me meto las manos en los bolsillos. —Tú eras la que estaba fuera de mi puerta después del horario de trabajo. Si acaso, yo debería ser el asustado.

—Bueno, no tenías que abrir la puerta así, como una especie de asesino psicópata.

—No tenías que estar en el otro lado, flotando y sin decir una palabra—, contesto, con una sonrisa tirando de la esquina de mis labios.

—Estaba...—. Se muerde el labio inferior y se inclina hacia arriba. —Estaba pensando.

—¿Pensando en qué?— Me balanceo en la parte posterior de mis talones, tratando de ser lo más casual posible a pesar de que mis entrañas están agitadas por los nervios. Con sus tacones rojos y sexys, ella se mueve por el suelo y responde tímidamente: —Tú sabes... cosas...

—¿Qué clase de cosas?

—Cosas—, dice ella.

—De acuerdo—. Asiento con la cabeza y la miro de arriba a abajo. —Bueno, ¿hay algo en lo que pueda ayudarte?—.

Persistentemente testaruda, sacude la cabeza. —No.

—Es bueno saberlo—. Sostengo el pulgar por encima del hombro. —Si no necesitas nada de mí, voy a volver a mi escritorio.

Me doy la vuelta y me alejo cuando oigo un sobresalto en su voz cuando dice: —Espera.

No importa cuánto lo intente, no puedo contener la sonrisa ahora. Girando sobre un tacón, me enfrento a ella. Hay un nerviosismo en su postura y una arruga preocupada en su frente, pero esos ojos, que están fijos en mí, se abren, dejándome ver directamente en su alma.

—Yo... rayos—. Se retuerce las manos. —Quería darte las gracias por la taza.

Doy un paso adelante, cerrando el espacio entre nosotros para que sólo haya un pie que separe nuestros cuerpos. —No tenías que venir hasta aquí para agradecerme. Habría aceptado un mensaje de texto.

—Pensé que sería mejor decírtelo en persona.

—¿Sí?—. Meto un mechón de pelo suelto detrás de su oreja. —¿Por qué pensaste eso?

Sus ojos se desvían hacia un lado mientras sus dientes giran sobre su labio inferior, atrayéndome, haciéndome querer tirar de su labio regordete con mis propios dientes. Ha pasado una semana desde que la probé, y me está volviendo loco, estando así de cerca y sin poder hacer nada al respecto.

Así que quiero desesperadamente ser capaz de superar esta incómoda tensión entre nosotros, traerla a mis brazos y finalmente llevarla a una cita, pero necesito que ella haga el siguiente movimiento. No quiero presionarla. Ella sabe dónde estoy parado, y ahora necesito saber dónde está parada.

Sus hermosos y cautelosos ojos rebotan hacia adelante y hacia atrás, buscando en los míos. Sus manos se retuercen nerviosamente delante de ella, igual que mi estómago se retuerce dentro de mí. Quiero sacudirla, decirle que lo escupa ya, para terminar con mi miseria, pero en vez de eso espero pacientemente mientras lentamente se lame los labios y respira profundamente.

—Soy... Estoy nerviosa, Theo.

Con seguridad, froto suavemente mis manos arriba y abajo de sus brazos. — Soy yo, Jules. No hay razón para estar nerviosa.

—Es exactamente por eso que estoy nerviosa, porque eres tú—. Mordisquea en el lado de la mejilla, sus ojos se vuelven hacia otro lado por un breve instante. —Nunca pensé...— Se detiene para tomar otra respiración profunda. —Nunca pensé que yo te gustaría—. Antes de que pueda protestar, continúa. —Yo era la chica nerd, la que usaba cuello de tortuga en las fiestas de la fraternidad. Sigo siendo esa chica. Y tú, Theo—. Me mira a los ojos. — Tú eras el tipo con el que todas querían estar. Sigues siendo ese hombre. Somos totalmente opuestos, no tiene sentido, probablemente hay un uno por ciento de posibilidades de que...

Presiono mi dedo contra sus labios, silenciándola. Esta chica tan inteligente, ¿cómo puede ser tan densa cuando se trata de seguir a su corazón?

—¿Qué dice tu corazón?

—¿Qué?—, pregunta ella, sorprendida. Presiono mi mano contra su corazón, mi palma descansando justo encima de su pecho mientras mis dedos se curvan sobre su hombro. —Este latido que siento, el latido rápido de tu corazón, quiero saber qué tipo de mensaje de SOS te está enviando ahora mismo. Olvida tu cerebro. Dime lo que tu corazón está diciendo.

En la respiración contenida, espero con todo lo que hay dentro de mí que ella decida derribar el muro vigilado que ha levantado durante años y darnos una oportunidad. Darme una oportunidad.

Con los ojos bien abiertos me mira justo antes de dar un paso atrás, haciendo que mi estómago caiga en la derrota. Ella da otro paso atrás, sus brazos se deslizan fuera de mi alcance y en el último momento de desesperación, yo deslizo mi mano dentro de la suya.

Una mirada de fascinación cae sobre su cara mientras mira fijamente nuestra conexión, la forma en que nuestros dedos se entrelazan, cómo su mano encaja perfectamente en la mía, ¿no lo ve? ¿Cómo estamos destinados a ser?

Es hora de un último intento, mi último Ave María. En una respiración profunda, jalo de su mano y la giro hacia mi pecho donde la envuelvo con mi

brazo alrededor de su cintura, de vuelta a mi frente.

Ella jadea en mis brazos mientras inclino mi cabeza hacia adelante y presiono mis labios contra su oreja. —¿Qué te dice tu corazón, Jules?—. Mi respiración es mas rápida. El latido de su corazón. Un balanceo de emociones se arremolina en mi estómago.

Muevo nuestras manos conectadas a través de su estómago, acercándola aún más, sintiendo el rápido aumento y caída de su respiración. Sólo ríndete. Puedo sentirlo vibrar en ella, la indecisión, el anhelo de decir que sí.

Con mi nariz, recorro un camino desde su oreja hasta su mandíbula y luego vuelvo a subir por su mejilla. Ella gime silenciosamente y, para mi sorpresa, me pasa su mano libre por el cuello hasta la parte posterior de mi cabeza, donde sus dedos pasan a través de mi cabello. Presionando. Tirando. Excavando.

Mis ojos amenazan con retroceder en mi cabeza por su tacto, la forma en que me excita... ruego por más. Mi voz baja, como un lejano murmullo de trueno en la distancia. —¿Qué quieres, Jules?

La mano aún presionada contra mi cabello, ella se gira ligeramente en mis brazos, con la cabeza inclinada hacia atrás para verme bien. Me mira a los ojos. Parpadeo un par de veces. Se humedece los labios.

Yo lamo los míos, mi corazón golpea en mi pecho. Su mano aprieta la mía. Le agarro la cadera con la mano libre.

—¿Qué quiero?—, pregunta ella, su voz tan suave que casi no la oigo. —Te quiero... a ti, Theo. Te quiero a ti.

Antes de que pueda responder, ella se gira en mis brazos y agarra la parte posterior de mi cuello, llevando mis labios a los suyos. Cielos... Suspiro en su mano, bajando las mías por su espalda, justo por encima del punto de la hinchazón de su culo.

Mi corazón golpea, mi pulso se acelera a un ritmo de maratón mientras ella trabaja sus labios sobre los míos.

Al principio es blanda, tímida, casi como si tratara de medir mi reacción.

Le hice saber que esto es exactamente lo que quiero, lo que tan desesperadamente he estado esperando, acercándola, pero dándole permiso para que me registre la boca. Y lo hace.

Con un ligero golpe de su lengua a lo largo de mis labios, ella pide entrada, y yo no pierdo el tiempo dándosela. Separo la boca y emparejo el pulso de su lengua con la mía. Nuestras bocas se moldean juntas y nuestras respiraciones laboriosas se convierten en una sola mientras nos agarramos con fuerza.

Diablos, esto es incluso mejor que la primera vez que la besé y hay una gran razón del porqué: ella lo inició. Esta fue su idea, esta conexión... lo quiso... Gracias al cielo.

No la besé a la fuerza la última vez, pero la pillé con la guardia baja. Este beso, demonios, rivaliza con todos los besos que he recibido porque viene con toda su fuerza de la chica que he querido durante tanto tiempo.

Cuando se aleja, no pone mucha distancia entre nosotros, sino que mantiene sus manos alrededor de mi cuello, sus dedos apenas girando sobre mis mechones cortos de pelo.

—Tengo miedo, Theo.

—No lo tengas—. Pongo mis manos detrás de su espalda, sosteniéndola en su lugar. —No voy a hacerte daño. He querido esto desde hace mucho tiempo. No voy a hacer nada para arruinarlo.

—Pero hay muchos factores que influyen en salir con alguien.

Sacudo la cabeza. —No.

—¿No qué?

—No nos analices, sólo déjalo fluir. Deje a un lado los gráficos, las teorías y deja que fluyan los sentimientos. Vive el momento conmigo.

—Eres un rojo....

—Jules, olvida todo eso—. La agarro más fuerte. —Sólo siente. ¿Qué te está diciendo tu cuerpo ahora mismo?

Ella echa los ojos a un lado, una pequeña sonrisa tirando de la comisura de su boca. —Espero que me invites a salir—. Tan linda.

—¿Sí?—. Mis cejas se elevan hasta la línea del cabello. —Entonces vamos a remediar eso—. Le levanto la barbilla. —Jules, ¿quieres salir conmigo mañana por la noche?

Siendo la mujer diabólica que es, no responde de inmediato. En vez de eso, me hace esperar. Juro que aprendió estas tácticas de Kevin, nunca respondiendo de inmediato, siempre pensando en cada respuesta. Es exasperante, especialmente porque he estado esperando esta respuesta por un tiempo.

—Mañana por la noche podría tener planes—. Riendo, la acerco aún más, sus labios a los míos. —Ahora no lo sabes. Sal conmigo, déjame mostrarte la clase de hombre que puedo ser.

Sus ojos se suavizan. —Sé la clase de hombre que puedes ser, la clase de hombre que eres, y eso es lo que me aterroriza porque nunca he sentido algo así por alguien antes.

—¿Y crees que puedes sentir algo profundo por mí?— Pregunto, con el aliento prácticamente atrapado en el pecho. Lentamente asiento con la cabeza. —Sí, creo que sí.

—Bueno, eso es exactamente lo que quería oír—. Me inclino y le doy un besito en los labios. —Puedes confiar en mí, Jules. Esto es lo que quiero. Tú eres lo que quiero.

—Pero nunca has tenido una relación antes.

—Y aún así, te cortejé por toda la ciudad para que me agradecieras por una taza. Creo que ya me encargué de esto del romance—. Le hago un guiño. —Ahora vete de aquí antes de que te profane, te desnude y te doble sobre el escritorio.

Inmediatamente sus mejillas se enrojecen, lo que me hace reír. —¿Has pensado en eso?

Lentamente asiento con la cabeza, una sonrisa perezosa en mi cara. —Desde que te vi con una falda de lápiz hace cinco años—. Sus mejillas se vuelven más rojas.

—No te preocupes, me tomaré mi tiempo, porque mereces la espera. Todo en ti vale la pena esperar—. Asiento hacia la puerta de mi oficina. —Ahora vete de aquí. Te enviaré los detalles.

Da un paso atrás, con las piernas inestables, las manos torpemente cerradas delante de ella, casi como si no supiera cómo reaccionar ahora mismo. —¿Esto está pasando de verdad?

—Sí. Así es—. Da otro paso atrás, con la mano agarrando el borde del marco de la puerta. —¿Vamos a salir mañana? ¿En una cita?

—Sí—. Me meto las manos en los bolsillos.

—¿Y nos acabamos de besar?

Lentamente me paso la lengua por encima de los labios. —Sí, preciosa, lo hicimos, y fue extremadamente genial.

Como si tuviera que procesar todo paso a paso, mira al suelo y asiento con la cabeza alrededor de todo. —El mejor amigo de mi hermano.

—Otro hecho verdadero.

—¿Qué va a decir?

Me encogí de hombros. —Me encargaré de él, así que concéntrate en mantener la puerta de tu corazón abierta, porque estoy a punto de derribarte.

La más pequeña de las sonrisas se asoma más allá de sus labios. —De acuerdo.

—Bien. Te veré mañana, Jules.

Por fin veo sus ojos con los míos. —Te veré mañana—. Con eso, ella gira sobre sus tambaleantes piernas y se dirige hacia el vestíbulo. Cuando oigo el sonido del ascensor y las puertas cerradas, lo celebro, bombeando el aire con los puños y soltando un chillido menos que masculino.

Ni siquiera me importa que se me haya caído un testículo en el camino. Voy a salir con Julia. Esto requiere un plan de acción y refuerzos.

CAPÍTULO VEINTITRES

THEO

Necesito hacer una pausa. Tiempo muerto. Una pequeña interrupción en este viaje a mi vida amorosa porque... Santo cielo. Soy un hombre feliz ahora mismo. Ella me besó. Julia Yolanda, bastante seguro de que no es su segundo nombre. Westin me besó. Justo en los labios, y sus pezones estaban duros. Muy duro, carajo. Como dos piedrecitas perdidas, buscando mis dedos. Quería pellizcarlos, llevármelos a la boca, mostrarle todo lo que puedo hacer con su cuerpo. Pero quiere tomárselo con calma. Ella quiere romance. Puedo hacer eso por ella. He estado haciendo eso durante las últimas semanas, o al menos pensé. Parece que necesito intensificar mi juego. Y empieza con un texto de buenos días.

Así es como empiezan todos los grandes romances, con un texto de buenos días.

Demonios, estoy a punto de enviarle a Julia Regina, eso suena un poco mejor como opción de segundo nombre, un mensaje de buenos días.

Ajá, lo tengo. Dedos a la obra... ¡Listo. Mensaje enviado!. Eso es, con clase y sexy. A ella le encantará.

Me salto el abrigo porque es sábado y bajo en el ascensor hasta el coche que me espera, con el teléfono en la mano.

Cuando Carly tuvo la loca idea de que yo fuera a ver a Julia y tomara lo que yo quería, nunca pensé realmente que iba a suceder, y entonces un pie cayó frente al otro y antes de que me diera cuenta estaba llamando a su puerta. Y cuando nos besamos, rayos, sé que va a sonar muy cursi, pero juro por mi pene que oí a los ángeles cantar. Un coro de aleluyas resonó, proporcionando un momento culminante, un momento en el que toda mi vida se movió, como si fuera el lugar en el que se suponía que yo debía estar todo este tiempo, en sus brazos.

Y ese coro de aleluyas cantó anoche aún más fuerte cuando, después de una semana tortuosa de tratar de actuar con calma y tranquilidad, finalmente dio sus frutos.

Esto no es algo que pueda decirle. Puede que no haya tenido una relación antes, pero no soy idiota. Sé cuándo mantienes la boca cerrada y este es el

momento. No puedo correr a su apartamento, golpear su puerta hasta que ella la abra para decirle que mientras me besaba, sentí el suave espíritu de un ángel susurrando en mi oído, diciéndome que todo estaba bien en el mundo. Pensaría que estoy loco.

Cupido me golpeó en el culo anoche, me dio una paliza y me inundó de enamoramiento por una persona y una sola persona.

Julia Margaret, este si que puede ser, Westin. Mi teléfono zumba en mi mano, y como el hijo de puta mareado que soy, leo rápidamente el texto.

Julia: ¿Realmente me vas a preguntar si mis pezones todavía están duros a primera hora de la mañana? ¿Ese va a ser tu mensaje de buenos días para mí?

Me río. Vaya, tiene algo que aprender sobre mí.

Theo: Me pareció agradable, sincero. Esta parte de mí ha sido suprimida, Srta. Westin.

Me dirijo a la limusina donde mi chofer me abre la puerta. Como siempre, le choco los cinco y luego me subo.

Julia: Acabo de hacer una nota mental para recordarlo.

Theo: Así que te toca... ¿tienes un buen día? ¿Cómo está tu pene?

Julia: Eres imposible.

Theo: Estoy esperando...

Julia: Buenos días, Theo. ¿Cómo está tu pene después de anoche, ya bajó?

Theo: Casi, pero le di una palmadita al viejo y le dije que valía la pena esperar.

Julia: ¿Por qué eso es insoportable, pero todavía algo apasionado?

Theo: Porque es romántico, y hay más de donde vino eso. Tengo un montón de dichos románticos guardados para ti.

Julia: Oh, no puedo esperar.

Theo: ¿Sigue en pie lo de esta noche? No te despertaste y cambiaste de opinión, ¿verdad?.

Julia: Todavía estamos en el aire.

Theo: ¿Y?

Julia: Estos textos son demasiado agotadores para la mañana. Y no cambié de opinión.

Theo: Ves, eso no fue tan difícil. No te preocupes, debería haber un chai latte llegando a tu apartamento en unos tres minutos.

Julia: ¿Entrega de Chai? ¿Es así como es salir con Theo Scott?

Theo: Apuesto tus dulces pezones a que sí.

Julia: Bueno, gracias.

Theo: No hay de qué. Ahora ve a sacarte una foto desnuda para enviarme.

Julia: Theo...

Theo: Sólo estoy probando para ver si te mantienes firme en eso.

Julia: Sí, lo sé.

Theo: Bien, sólo estaba comprobando. Te enviaré un mensaje más tarde.
Que tengas un buen día.

Julia: Tú también. [Beso emoji]

Theo: Oh, por cierto, ¿cuál es tu segundo nombre?.

Julia: Ann, ¿por qué?

Theo: Por ninguna razón.

Anoche besé a Julia ANN Westin.

—Siéntate, Nora—. Apunto a la silla que está frente a mí. El resto de la oficina está tranquila porque es sábado, y no soy un bastardo que hace que la gente trabaje los fines de semana, a menos que seas mi asistente, y únicamente para que pueda chillar como una niña sobre cómo me besé con la chica de mis sueños anoche.

Con cautela se sienta y se agarra los brazos, con un poco de nerviosismo. Nunca la llamo los fines de semana a menos que sea una emergencia de alerta roja, y el mundo está a punto de estallar. Así que, puedo entender su inquietud.

Me levanto de mi escritorio y empiezo a caminar de un lado a otro, con la mano en el bolsillo. —¿Cuánto tiempo llevas trabajando para mí, Nora?

—Cinco años, señor.

Asiento con la cabeza. —Y en esos cinco años, ¿alguna vez te he decepcionado?

—No, señor—. Sacude la cabeza y parece demasiado asustada, la pobre mujer.

—Eso es lo que pensaba.

—¿Hay algo que hice mal?

Dios, me siento mal por ella, si no tuviera un don para el drama. Asiento con la cabeza y camino hasta la nevera escondida en mi pared. —Dudaste de mí.

—¿Dudado? Oh no, nunca. Sr. Scott, puedo asegurarle que nunca he dudado de usted. ¿Esto es por el Proyecto Polly? Le dije que era una gran empresa, pero si alguien puede hacerlo, ese es usted.

—Esto no tiene nada que ver con el Proyecto Polly—. Abro la nevera y saco dos batidos de la sección de congelados. Con una gran sonrisa en la cara, me vuelvo hacia ella y le ofrezco el batido. Inmediatamente exhala con alivio y presiona su mano contra el pecho.

—Dios mío, pensé que me iban a despedir.

Me río. Como si fuera a despedir a Nora. —Siempre es bueno mantenerte alerta—. Le guiño el ojo y le doy el batido.

Toma un sorbo. —¿Significa esto que finalmente va a llevar a la Srta. Westin a una cita?

Me trago un gran sorbo de batido de chocolate y mantequilla de maní, saboreando lentamente. Dios, esto es bueno. —Sí, esta noche.

—¿Esta noche?

—Digamos que después de una semana de cortejo, finalmente recobró la cordura y me dio una oportunidad—. Miro al techo en un estado de ensueño. —Nos besamos por unos segundos, aquí mismo en esta oficina—. Me concentro de nuevo en Nora. —Pero esta noche, tiene que ser mejor. Tengo que tener una idea increíble para una cita y ahí es donde necesito tu ayuda. Eres moderna, ¿verdad? Sabes que es una mierda genial.

—Podría tener algunas ideas—. Nora sonrío. —¿Quiere hacer algo divertido? ¿Algo extravagante? ¿Algo que le va a volar la cabeza? ¿Cuál es la vibración de esta noche?

Tomo un sorbo de mi batido y lo pienso. —Diablos, no lo sé. No quiero alardear de mi dinero, porque a ella no le importa esa mierda.

—Bien, así que no es extravagante.

—Pero el dinero no es un factor cuando se trata de ella, así que si tenemos que ocuparlo para conseguir lo que quiero, eso no es un problema.

—Lo entiendo, pero no quiere presumir de que tiene dinero.

—Exactamente—. Apunto a Nora. Una mujer tan inteligente. —La cena está obviamente involucrada, pero tiene que haber algo más, algo emocionante que ella nunca imaginaría.

—Tengo una idea—. Una astuta sonrisa cae sobre Nora mientras bebe de su batido. —Demostrará que tiene los pies en la tierra, pero que es divertido.

—Me gusta cómo suena eso...— Me detengo y levanto la mano. —Espera—. Meneo la cabeza. —No me lo digas.

—¿Por qué?

—Porque. ¿Y si es una buena idea y me pregunta cómo se me ocurrió? No puedo mentirle y decirle que soy tan bueno. Tendría que decirle que se te ocurrió a ti la idea. ¿Y qué clase de hombre se apoya en su asistente para planear la primera cita con la chica de sus sueños? Así no es como quiero empezar esta relación.

—Bueno, entonces, ¿qué quiere que haga?—. Pienso en ello, bebiendo mi batido y mirando por la ventana. —Quiero que te sientes ahí. Voy a hablar en voz alta sobre mis ideas. Necesito un simple movimiento de cabeza de tu parte, un sí o no básico, pero no hablar. ¿Lo tienes?

—Lo tengo—. Levanta el dedo. —¿Puedo decir algo muy rápido?

Me muevo a la silla de mi escritorio y despierto mi computadora. —Sólo si no se trata de la cita real.

—No lo es.

Le hago un gesto. —Entonces procede.

—He trabajado con usted durante cinco años y esta es la primera vez que me trata como a una asistente de verdad, como muchas de mis amigas asistentes son tratadas, y tengo que admitir que me gusta.

—¿Te gusta venir los fines de semana?— Pregunto, con la frente levantada en cuestión.

—Bueno, no todos los fines de semana, pero me sentía excluida cuando todas mis amigas se quejaban de lo horrible que eran sus jefes. Ahora puedo decirles lo dramática que fue su primera cita y me hizo venir.

Me río y escribo mi contraseña. —Asegúrate de no usar el batido, ya que eso te va a delatar. Diles que te obligué a pulir mis zapatos debajo de mi escritorio mientras los llevaba puestos.

—Sería un honor tener una historia que contar.

—Añade que te he robado muchos consejos.

Nora levanta las manos. —Tenemos que hacer esto creíble. Ya saben que usted no es un ladrón.

Golpeo juguetonamente mi escritorio con el puño. —Maldita sea, Nora, ahora sabrán que soy un blandengue.

CAPÍTULO VEINTICUATRO

JULIA

—Estoy luchando—. Ava me mira hacia arriba y hacia abajo, evaluando mi apariencia, que soy yo en bata, con cinco vestidos en la mano, mi cabello desordenado y sin maquillaje.

—Oh cariño, pareces un desastre andante—. De manera dramática, me derrito al suelo y entierro mi cabeza en mis manos. —No sé lo que estoy haciendo. No puedo recordar la última vez que tuve una cita. Y nunca he tenido una cita con un tipo como Theo antes. Es tan, tan...

—¿Soñado?

—Sí.— Asiento con la cabeza. —Es tan soñado. ¿Qué demonios se supone que haga con eso?

—Bueno, primero que nada, levántate y dame un abrazo porque oh Dios mío, besaste a Theo Scott anoche—. Técnicamente lo besé mucho antes de anoche, pero no me metí en esto cuando la llamé hace una hora para explicarle mi situación: cómo él me invitó a salir, me besó y me dijo que le había gustado desde la universidad.

Ava tira de mi mano y me ayuda a ponerme de pie. Me sostiene a distancia y me dice: —Bien, tenemos que trabajar. ¿A qué hora va a estar aquí?

—Dijo que me recogería a las siete

Mi amiga mira su reloj. —Tenemos una hora.

—¿Es suficiente tiempo?— Me estremezco.

—Mucho tiempo. ¿Sabes por qué?

Sacudo la cabeza. —No, ¿por qué?

Ella me rodea la cintura con su brazo y me guía al baño, dejando los vestidos en el suelo. —Porque a Theo le gustas tal y como eres, así que no tenemos que hacer mucho.

—Nunca dijo eso.

—No tiene que hacerlo. Le gustabas en la universidad cuando ibas en tren a Frumpville todos los días. Le gustas por ti, y creo que deberíamos mantenerte de la misma manera.

—No voy a usar una sudadera en esta salida—. Me siento en mi cama y cruzo los brazos. —Quiero estar guapa para él.

—Y lo estarás, pero no creo que debas producirte tanto. Mantén tu cabello y maquillaje igual, y si usas un vestido de corte bajo, entonces eso es lo que usas—. Ella sonríe y asiente al baño. —Vamos a domar tu cabello. Puedo hacerlo mientras te maquillas.

—Eso funciona para mí—. Me siento en mi vanidad, la que he tenido desde que estaba en la escuela secundaria, y empiezo a quitarme el maquillaje mientras Ava se para detrás de mí y se pone a trabajar en mi pelo con la plancha. Mientras me aplico la pintura de ojos, digo: —Estoy nerviosa—. Todavía me siento un poco estúpida diciéndoselo a Theo dos veces, pero él me entiende. Y parte de eso significa que puedo confiar en él. Pero todavía estoy un poco tambaleante.

Mi amiga divide mi cabello en secciones y me pega las piezas superiores a la cabeza para que pueda empezar a alisar la capa inferior. —¿Por qué estás nerviosa? Conoces a Theo desde siempre.

—Lo sé, pero esto es diferente. No es simplemente el amigo de mi hermano; en realidad está interesado en mí. ¿Y si digo algo estúpido?

—Entonces probablemente se reirá y te lo dirá. Sólo porque ustedes dos estén saliendo no significa que él vaya a cambiar. Sigue siendo el mismo tipo, pero ahora puedes besarlo, tomar su mano y mirarlo todo lo que quieras. No pienses en esto como una primera cita. Velo como salir con un amigo con beneficios extras.

—Nunca lo pensé de esa manera. Todo el día estuve tratando de encontrar puntos de discusión.

—Deja de pensar—, se burla con humor.

Elijo una sombra de ojos de color marrón claro neutro y empiezo a extenderla sobre mi párpado. —Ya lo hice. Se me ocurrieron veintidós puntos de discusión, temas de conversación reales.

—Dios mío, Julia, estás analizando demasiado esto. Sólo relájate y diviértete, disfruta el momento.

—Lo intentaré—. Añado un tono más oscuro al pliegue de mi ojo y luego hago una pausa, mirándome al espejo.

Miro fijamente a Ava. —¿Crees que estoy haciendo lo correcto?

—¿Qué quieres decir?

—Metiéndome en esta relación. Tantas cosas podrían salir mal.

—¿Estás hablando de Kevin?—. Asiento con la cabeza. —¿Lo sabe él?

Sacudo la cabeza. —No, y le pedí a Theo que no se lo dijera.

La plancha atraviesa mi cabello, el vapor de la herramienta caliente golpea

mi cuero cabelludo. —Honestamente, no creo que Theo hubiera considerado hacer un movimiento si no fuera en serio lo de estar contigo. Tenemos que hablar de otra cosa, porque toda esta preocupación no te está ayudando. Deberías estar emocionada, no preocupada.

—Tienes razón—. Levanto mi cepillo de sombras otra vez. —¿De qué deberíamos hablar?

—Háblame del beso—, Ella suspira.

—Era...— Respiro hondo y cierro los ojos, recordando el momento en que presionó sus labios contra los míos. —Era todo...

Ya casi es la hora. Respiro hondo. Entra lo bueno, sale lo malo. Eso no ayuda, todavía siento que voy a vomitar. Ava se fue hace cinco minutos después de ayudarme a ponerme mis jeans negros ajustados y mi blusa morada que emparejé con un bralette negro, ya que la parte delantera de la parte superior se baja, pensamos que sería sexy tener algo de encaje mostrando. Mantuvimos mi maquillaje neutro, no muy pesado, y alisamos mi largo cabello, fijando los mechones delanteros hacia atrás. Con labios brillantes y zapatos negros con suela roja, terminé el traje. Pero incluso viéndome y sintiéndome hermosa, soy una bola de nervios mientras estoy parada en medio de mi apartamento mirando la puerta y retorciéndome las manos.

¿Me puse desodorante? Me huelo la axila. Sí, al menos tengo eso a mi favor.

El ascensor al final del pasillo resuena y el calor en mi cuerpo se dispara, mi estómago se retuerce y gira.

Los pasos suenan a través de la sala y se acercan cada vez más hasta que... Toc. Toc.

Oh Dios, está aquí. Esto es todo. Me soplo en la mano, compruebo mi respiración, suavizo mi blusa, me acomodo mis senos por última vez y respiro profundamente.

Sólo relájate y diviértete.

Abro la puerta y encuentro a Theo de pie al otro lado con un ramo de flores. Delineado con un costoso par de vaqueros oscuros y un suéter blanco que se aferra a cada contorno de su pecho, con su pelo rebelde y hermoso, parece un modelo de revistas. Guapo y difícil de no mirar.

Sin un hola, sus ojos vagan desde las puntas de mis talones, por mis piernas, hasta la V de mi blusa que muestra una buena parte de mi delantera, hasta llegar a mi cara donde nuestros ojos se encuentran.

Su mirada se estrecha y observo cuidadosamente como su mandíbula se aprieta, el músculo cerca de su oreja se abulta mientras aprieta sus dientes. No dice nada. En vez de eso, da un paso adelante y me envuelve con su brazo alrededor de mi cintura, tirando de él hacia su cuerpo. De nariz a nariz, desliza su mano hacia mi culo, donde se aferra a mí con fuerza, enviando un estruendo de emoción a través de mi espina dorsal.

—Te ves increíble—, susurra justo antes de poner un beso suave en mis labios. Cuando se aleja, me mira a los ojos. —Vas a matarme esta noche—. Mueve su boca hacia la mía de nuevo, pero esta vez es más exigente a medida que su mano se desliza en mi bolsillo trasero. Una vez más, su control sobre mí no deja lugar a confusión. Me quiere muy cerca.

Deslizo mis manos por su pecho hasta sus mejillas donde me deleito en la sensación de su vello facial áspero y me pregunto cómo se sentirá contra mi piel suave, cepillando, raspando, tomando todo lo que él quiere.

Mi beso se intensifica, su mano bajando por mi cuerpo hasta la unión entre mis muslos, su aliento caliente y pesado, mi necesidad ardiendo profundamente dentro de mí. Cada músculo de la mitad inferior se aprieta a medida que lo presiono, mi lengua se desliza más allá de sus labios, exigiéndole que abra la boca, lo que hace con una persuasión nula. Cuando me froto contra su pelvis y siento lo duro que esta, ambos gemimos al unísono.

—Tenemos que parar—, dice. Trato de recuperar el aliento, mi cuerpo quiere mucho más. —A menos que quieras que cierre la puerta y te acompañe a tu habitación, saltándote la cita, creo que tienes que dar un paso atrás.

Lo quiero a él. Pero también quiero esta cita. Y quiero tomármelo con calma.

Dios mío, ¿Qué es lo que me pasa? Sintiéndome un poco tímida, doy un paso atrás y meto las manos en la parte de los bolsillos. Miro cohibida al suelo. —Lo siento.

Me levanta la barbilla con el dedo índice. —No lo sientas. Nunca te arrepientas de haberme dado afecto. Sé que quieres tomármelo con calma, así que te lo advierto. Eso es todo—. Él se me acerca más. —Porque no voy a ser capaz de tener mucha contención en lo que a ti respecta. He querido esto de *nosotros*, durante años.

Como es tan dulce, le doy un beso más en los labios, ligero y suave, y luego

le quito las flores que tiene en la mano. —¿Son para mí?

Sacude la cabeza. —Para tus vecinos. Quería hacerles un regalo para que cuando tenga la oportunidad de estar contigo, no se quejen con el casero por los gemidos que vendrán de tu apartamento.

Golpeo juguetonamente su pecho y llevo las flores a la cocina. Me sigue de cerca.

—En serio, son para los vecinos. Ese es el apartamento que comparte una pared de dormitorio, ¿verdad? Van a tener una banda sonora increíble.

—Sigue, Theo. Mira a ver a dónde te lleva—. Coloco las flores en un jarro y las lleno de agua. Se me acerca por detrás y me besa el cuello mientras se agarra a mis caderas. No puedo, así que inclino mi cabeza a un lado, dándole mejor acceso. Sus labios suben y bajan por la columna de mi cuello. Mis pezones se endurecen y él se da cuenta de eso

Mueve sus manos de mis caderas, desnatando mi estómago hasta justo debajo de mis pechos y ahí es donde lo detengo. Flores en el mostrador, me giro hacia su frente, mis pezones rozando contra la pared de ladrillo de su pecho mientras envuelvo mis brazos alrededor de su cuello.

—¿Qué estabas a punto de hacer ahora mismo?—. Ni siquiera tímido sobre su respuesta, dice: —Apretar tus senos, pellizcar tus duros y bellos pezones, tal vez abra esa blusa y haga un festín en tu pecho por una buena media hora hasta que ya no puedas tomar el placer y te rindas, viniendo de la sensación de mi húmeda y caliente boca sobre tus excitadas y pedregosas tetas.

Dios mío, no creo que vaya a pasar de esta noche. Estoy mojada. Estoy palpitando. Mis piernas se frotan con la necesidad. Nunca había sentido este nivel de calor antes.

Mi cuerpo se aprieta, queriendo que se olvide desesperadamente de todo lo que le he dicho acerca de tomar las cosas con calma.

—Eres peligroso— Juego con su cabello corto de la parte de atrás de su cabeza. —Esa boca tuya es malvada.

Una sonrisa torcida le tira de la boca. —Es mucho más malvada de lo que crees—. Se inclina hacia adelante y me susurra al oído. —Espera a que mi boca se regocije con tu vagina. Entonces no pensarás que soy peligroso. Sabrás que soy letal—. Me pellizca la oreja y luego se aleja, dejando espacio entre nosotros.

Sin aliento, lo miro fijamente mientras camina hacia la puerta principal, ajustándose sus jeans. Está tratando de actuar como si no estuviera afectado, pero puedo decir por la tensión en sus hombros y el apretón de su mandíbula

que está tan excitado como yo.

Hemos pasado cinco minutos juntos hasta ahora y ya estamos a punto de arder, así que, ¿qué significa eso para el resto de la noche?

Esto no es lo que esperaba cuando Theo me invitó a salir. El hombre es sofisticado y juguetón, pero suave. Así que esperaba que me llevara a un restaurante elegante donde lo más barato del menú fuera de cincuenta dólares. Pero en cambio, me sorprende y me lleva al restaurante de un hotel llamado Harold's Meat Plus Three.

Decir que me sorprendió es quedarse corto.

Cuando llegamos al lugar por primera vez, le eché una mirada de reojo. Un hotel con Theo, sólo podía imaginar cuál podría ser su idea de una cita, pero luego me llevó a Harold's, le dijo a la camarera su nombre y que tenía una reserva para dos. No nos guiaron a un rincón trasero o a una habitación especial. No, estamos sentados en medio de un restaurante de aspecto antiguo con azulejos geométricos blancos y de cerceta, hermosas mesas de madera con sillas de escuela primaria y un brillante letrero de neón en la pared frente a nosotros. Se siente como si nos hubiéramos transportado en el tiempo y honestamente, me encanta todo lo que hay en él.

No es llamativo. No es ostentoso. Es simplemente perfecto.

—¿Alguna vez has estado aquí?—, pregunta, recogiendo su menú.

—No, ¿Y tú?

—Muchas veces. A los chicos y a mí nos gusta venir aquí. Cada uno de nosotros pedimos nuestra propia comida y luego la compartimos. Es un festival de comida gigante y pasamos al menos dos horas desmontando todo lo que hay en la mesa—. Revisa su menú y guiña el ojo. —No te preocupes, no lo haremos esta noche, porque tengo otros planes después de esto.

—¿Implica una habitación en el piso de arriba?—. Le doy una mirada puntiaguda.

—Buen intento—. Sacude la cabeza. —Vas a tener que aprender a mantenerlo en tus pantalones cuando estés conmigo.

Mis ojos se abultan. —¿Yo?— Apunto a mi pecho.

—Sí, tú.— Inclina su barbilla en mi dirección. —Si mal no recuerdo,

cuando te di un beso dulce antes, eras tú la que intentaba limpiarme las amígdalas con la lengua.

Mi cara arde, y subo mi menú para bloquear su vista. Ni siquiera un segundo pasa antes de que él esté tirando hacia abajo la carpeta, esa sonrisa suya en modo de coqueteo completo. —No seas tímida conmigo ahora, Jules. Hacía un calor increíble.

Me aclaro la garganta y trato de no pensar en cómo su voz ha bajado de tono o en cómo me gusta la forma en que coquetea conmigo. —Entonces, ¿cómo funciona esto?— Echo un vistazo al menú, todas las letras se mezclan.

Se ríe y baja mi menú de nuevo, fijándolo a la mesa con el suyo. —Así que el nombre del restaurante describe el menú. Eliges una carne y luego eliges tres agregados.

—Está bien, eso puedo hacerlo.

—¿Hambre?— Me mira con ojos desesperados y, para torturarlo como si me hubiera estado molestando, le echo un vistazo al cuerpo y asiento con la cabeza. Cuando llego a sus ojos de nuevo, están oscuros, encendidos, listos para saltar. —Cuidado, Julia. Si crees que no voy a hacer un espectáculo en medio de este restaurante, estás muy equivocada.

—¿Qué clase de espectáculo?

Se inclina hacia adelante y dice: —No tengo ningún problema en levantar tus piernas sobre esta mesa y comerte delante de todos.

—Nunca lo harías—, me burlo. El sonido de una silla chirriando por el suelo, seguido por el gran cuerpo de Theo arrodillado a mi lado, me asusta. Muevo mi cuerpo para que me enfrente a él, y luego abre mis piernas y alcanza el botón de mis pantalones.

Lo detuve de inmediato. —¿Qué demonios estás haciendo?

—Dándome un pequeño aperitivo.

—No vas a hacer eso aquí.

—¿Qué? ¿Lamer tu vagina?

Mortificada por lo fuerte que acaba de decir, pongo mi mano sobre su boca y miro alrededor del lugar para ver si alguien nos está mirando. Veo a un par de personas que nos están viendo mientras siento a Theo moviendo su lengua contra mi dedo.

Y por alguna razón, en vez de apartar mi mano de inmediato, lentamente vuelvo a concentrarme en él mientras me mira fijamente, con determinación en sus ojos. Gira y luego aplana su lengua.

Oh Dios. Me duele. Me tiemblan las piernas. Mi excitación, el calor de mi

cuerpo y mi necesidad de abandonar la cena e ir a una de las habitaciones del hotel se hace cada vez más fuerte.

Cuando se aleja, se pone de pie y se inclina hacia mi oreja. —¿Te gustó eso, Jules?

Por extraño que parezca, asiento. Realmente me gustó. Me lamió la mano, pero todo lo que podía imaginar era que me lamiera en otra parte y no sólo entre las piernas. Lo quiero por todo mi cuerpo.

Una conversación de nuestras entrevistas iniciales me viene a la mente. Cuarenta y cinco minutos de juegos previos eran su promedio, lo que él cree que debería ser la cantidad de tiempo que pasaba tocando, sintiendo, besando y bromeando. Ahora puedo imaginarlo, lo deseo y lo necesito.

Un ligero rocío se extiende sobre mi piel, y mi mano se acerca a mi cuello mientras pienso en cómo se sentirían esos minutos de Theo jugando con mi cuerpo.

—Jules, ¿estás bien allí?—. Theo está de vuelta en su silla, menú en mano, dándome una sonrisa perezosa, sus ojos sabiendo exactamente en qué estoy pensando.

Atrapada in fraganti, asiento con la cabeza y vuelvo a leer. Me aclaro la garganta y digo: —El salmón parece bien—. Se ríe y sacude la cabeza, completamente consciente del poder que tiene sobre mí. El control que siempre ha tenido.

Minutos después...

—Tienes que decírmelo.

Sacude la cabeza. —Esa mierda es sagrada.

Ya casi terminamos de comer, sólo estamos con lo último en los platos. Compartimos la cena como un matrimonio de ancianos, repartiendo nuestros platos como si lo hubiéramos hecho durante años. Fue muy dulce.

Inclinándome hacia adelante, apoyo mis pechos sobre mis brazos cruzados y le doy un buen espectáculo, del que se aprovecha al máximo. —Vamos, al menos dame una historia.

Se lame los labios. —Dame un rápido vistazo a tus tetas y te lo diré.

—¿Qué?— Me siento y me río. —De ninguna manera.

Se encoge de hombros con indiferencia. —Entonces no hay historia. Lo siento.

—¿Realmente crees que estoy a punto de enseñarte mis tetas en medio de este restaurante donde cualquiera pueda ver? ¿Es eso lo que quieres? ¿Algún

otro tipo que me vea?

Su mandíbula se tritura. —Maldita sea. No, no lo sé.

Me río. —Olvidas que he aprendido los pormenores de ti, Theo. Eres un animal despiadado, territorial y alfa cuando se trata de lo físico. Una mirada de otro hombre en mi dirección y tu caspa se levantará y tus colmillos se verán.

—No soy una bestia salvaje—, se burla. Le doy una mirada puntiaguda, un levantamiento de mi ceja. —Bien, si otro tipo se pasa más de un segundo mirándote, puede que me enfurezca, pero eso no viene al caso. No te voy a decir nada sobre hacer una promesa para nuestra relación.

—¿Por qué? ¿Porque era vergonzoso?

—Sí, es vergonzoso y preferiría no pintarte ese cuadro. Quiero que siempre me veas como un millonario sexy con un pene gigante—. Qué ególatra. Tal vez es más rojo de lo que pensaba.

—Así no es como te veo en absoluto, en realidad—. Me recuesto en mi silla y tomo un sorbo de mi bebida.

—¿No?— desafía, despertando interés.

—No, no lo sé. Ni siquiera en lo más mínimo. Y para que conste, no tengo ni idea de lo grande que es tu verga.

—¿Cómo me ves?—. El tintineo de la vajilla de plata contra los platos de cerámica y el parloteo de la luz suenan en el restaurante, recordándome que no estamos solos, pero que aunque estemos rodeados de otros comensales, se siente como si estuviéramos en nuestra propia pequeña burbuja.

Sabía que así sería con Theo, juguetona y dulce con un camión cargado de calor, pero no sabía que me gustaría tanto. No se parece a ningún chico con el que he salido y no porque tenga éxito en su carrera y en su negocio, sino porque su personalidad es consumidora. Me quedo atrapada en él.

—¿Cómo te veo realmente?—. Él asiente con la cabeza, esperando pacientemente mi respuesta. —En mi cabeza, sigues siendo el tipo que habló con la chica nerd en la universidad. Un hombre con un corazón gigante, un espíritu juguetón y un alma cariñosa—. Tomo otro sorbo de mi agua tratando de actuar lo más casualmente posible a pesar de que mi corazón está latiendo a una milla por minuto.

Sus ojos no se mueven de los míos, su expresión facial permanece neutra, y el único cambio es lo más pequeño de elevación en la comisura de su boca. Si no lo hubiera mirado fijamente, tratando de observar cada uno de sus movimientos, me lo habría perdido.

Pasan los segundos, el aire a nuestro alrededor se detiene, la presión de su mirada me devora viva. Pero ninguno de los dos renuncia.

Hasta después de lo que parece un minuto. Theo mete la mano en su cartera, saca algunos billetes y los deja sobre la mesa. Se levanta de su silla y me tiende la mano. Desprevenida, pongo mi servilleta en la mesa y tomo su mano, dejándole que me guíe fuera del restaurante y a través del hotel. Cuando entramos en un ascensor, casi protesto, pensando que nos va a llevar a una habitación, pero cuando presiona el segundo piso, me callo.

Theo puede ser humilde y no el típico millonario, pero tampoco es un tipo del segundo piso.

Exige lo mejor. Tranquilo, con un pellizco en la frente, me sujeta a la cintura y me guía una vez que las puertas del ascensor se abren. El chasquido de mis talones contra el suelo alfombrado cae en línea con sus largos pasos hasta que estamos en el patio del hotel, donde hay media docena de carpas privadas rodeando los bordes del espacio cuadrado. El césped verde cubre la superficie cementada y los pinos en maceta importados se extienden por todo el espacio, proporcionando una auténtica sensación al aire libre en medio de nuestro entorno urbano.

—¿Qué es esto?— Respiro con asombro, tomando las luces centelleantes, los troncos sentados y las tiendas de lujo situadas en el centro de altos edificios de ladrillo y piedra.

Toma mi mano en la suya. —Por aquí—. Pasando por delante de unas cuantas parejas que están disfrutando de una tranquila fogata, me lleva a una tienda de campaña en la parte de atrás, donde hay un camarero que lleva una camisa de franela, vaqueros y un delantal ceñido a la cintura, de pie en la abertura de la tienda de campaña.

—Sr. Scott. Estamos tan contentos de que pudiera acompañarnos esta noche. Su tienda de campaña, tal y como la ordenó, está montada y todo lo que necesita está dentro. ¿Hay algo más que quiera?

Suavemente, Theo mete la mano en su bolsillo, saca unos billetes y se los mete en la mano mientras dice: —Privacidad.

—Muy bien, señor. Hay un teléfono en la mesa lateral por si necesitas algo. ¿Quiere que cierre la tienda?

—Sí.

Y con eso, Theo nos lleva a la carpa blanca y alta, ya que las solapas delanteras están cerradas, lo que nos da mucha privacidad.

Cerrado del mundo, tomo el césped liso bajo mis talones, el asiento de

amor de madera con cojines cubiertos de franela, las luces de cuerdas que rodean la tienda de campaña, y en la hoguera de gas hay un pequeño respiradero sobre ella y un mural fotográfico de un bosque en la pared trasera de la tienda de campaña. Esto es tan romántico.

—Es increíble, Theo. ¿Cómo supiste de esto?—. Me lleva al asiento donde nos sentamos los dos, manteniéndome cerca de él. —Mucho googleo—. Se acerca y enciende el fuego, dejándolo en un lugar bajo, y luego se recuesta en el sofá, llevándome a su lado. —¿Te gusta?

—Me encanta—. Me enrosco en él, sorprendida de su habilidad para ser romántico.

Nos sentamos allí, dejando que las llamas bailen frente a nosotros, los dos fijos en el calor naranja y azul que chispea de las rocas de cristal. Al fondo, oigo a los grillos gorjeando, agua ondulante que fluye y rebota en las rocas, y la risa ligera de los campistas que nos rodean. Es tranquilo, el final perfecto para nuestra cena, y algo que rara vez experimento: paz.

Moviendo mi mano hacia su pecho, hago pequeños círculos a través de su suéter con mis dedos, sintiendo la fuerza de su torso debajo de mí. —Estás callado. ¿Dije algo malo en la cena?

—No—. Me besa la parte superior de la cabeza, acercándose más. —Dijiste exactamente lo correcto.

—¿Entonces por qué estás tan callado?— No es propio de Theo estar tanto tiempo en silencio. Siempre está hablando, tratando de involucrarme en una pequeña charla que odio tanto. Honestamente, creo que esto es lo más silencioso que he visto en mi vida por su parte.

—Porque estoy muy feliz. Me has gustado por tanto tiempo, Julia, y finalmente te tengo en mis brazos, sabiendo que no vas a huir.

Entiendo, el deseo que ha albergado durante tanto tiempo, haciéndome preguntar cómo habría sido si hubiéramos empezado a salir antes. ¿Seguiríamos juntos ahora? Una parte de mí piensa que lo haríamos y otra parte de mí piensa que no. Ahora somos diferentes de lo que éramos en la universidad. Sí, tenemos algunos de los mismos atributos y morales, pero también nos hemos transformado en adultos.

—¿Crees que si nos hubiéramos reunido en la universidad seguiríamos juntos ahora?

—Absolutamente—, responde sin duda en su voz. —¿Por qué. Tú crees que no lo estaríamos?

Me encogí de hombros, odiando esa idea, especialmente después de todo lo

que ha hecho esta noche para hacer esta fecha especial. —No lo sé. Creo que hemos cambiado mucho, y me pregunto si nuestra relación también habría cambiado.

—¿Dudas de nuestra capacidad de longevidad?

—No, en absoluto. Sólo pregunté porque quería saberlo.

—Bueno, tu curiosidad está empezando a aumentar mi competitividad—. Me besa el costado de la cabeza. —Enfréntalo, Westin, estás atrapada conmigo ahora.

—Creo que he estado atascada contigo sin importar lo que pase.— Sonrío para mí misma, inclinándome más cerca.

CAPÍTULO VEINTICINCO

THEO

—Fui el campeón de los s'mores en la universidad, así que sígueme la corriente.

—¿Cómo es que alguien se convierte en el campeón de los s'mores?—. Julia pregunta mientras tuerce un pincho por su malvavisco en la mano.

—Fácil—. Pongo los ingredientes, una galleta, chocolate encima y otra galleta graham lista para colapsar encima del malvavisco. —Perfeccionas el asado y el momento de hacer el sándwich. Todo se trata de la temperatura y el tiempo.

—Eso suena ridículo y algo que los estudiantes de la universidad se unieron para hacerte sentir mejor.

La miro por el costado. —Los dos primeros años de la universidad, no hice s'mores correctamente. No fue hasta que investigué de segundo a tercer año que realmente dominé el oficio y sobresalí en mi habilidad, y fue cuando era un don nadie en ese momento, sólo otro idiota en la fraternidad. Así que puedes tomar tu teoría y metértela en tu hermoso culo perfectamente dimensionado y apretado—. Le doy un malvavisco, que ella acepta con una sonrisa.

—Es mucha pasión la que tienes por todo ello.

—Bueno, no cuestiones mis habilidades.

—Actúas como si fueras el mejor en todo.

Me acerco a ella y le susurro al oído: —Es porque lo soy.

Con mi mano sobre la suya, bajo los pinchos sobre las pequeñas llamas y comienzo el proceso de tostado. Hablando suavemente, con su cuerpo apretado contra el mío, le enseño la parte más importante de hacer las galletas perfectas. —Todo se trata del asado.

Se acurruca, apoyando su cabeza contra mi hombro, la sensación de estar cerca y segura, envía una sacudida de orgullo a través de mi pecho. Ella es mía. Esta brillante y bondadosa mujer es mía. Ningún otro logro se compara realmente con tener el corazón de esta mujer. —El asado, ¿en serio? ¿No se trata de los ingredientes?

—El chocolate estándar y las galletas son todo lo que se necesita, nada de

fantasía. Pero cuando estás asando, tienes que tener paciencia. Tienes que sostener el palo en alto y girar constantemente, así—. Le muestro la técnica, que aprende rápidamente. —Estás asando de adentro hacia afuera, con el objetivo de hacer el centro pegajoso, así que cuando lo aprietas, obtienes un perfecto tostado en los lados.

—¿Y necesitabas investigar para averiguarlo?—, bromea.

—En todo caso, soy minucioso—. Se ríe y sacude la cabeza. Enfocándose en el fuego frente a ella y en la rotación de su pincho, dice: —¿Puedo hacerte una pregunta?

—Cualquier cosa.

—¿Qué te hizo querer invitarme a salir ahora? ¿Por qué no después de la universidad? ¿Por qué no hace unos años? ¿Por qué ahora?

—¿Honestamente?—. Ella asiente con la cabeza. —Además del hecho de que tuve que lamer y curar mis heridas de tu último rechazo—. Ella pone los ojos en blanco dramáticamente. —Quería asegurarme de que estabas lista.

—¿Cómo podrías saber que estoy lista?

—Bueno, para empezar, no iba a preguntarte cuando aún estabas en la universidad. El rechazo era demasiado fresco y necesitabas tiempo para concentrarte en tus estudios. Y una vez que te graduaste y estabas haciendo tu doctorado, supe que no tenías tiempo para salir con alguien, a pesar de que tenías algunas relaciones de mierda aquí y allá. Pensé que nada duraría mucho tiempo y que no quería terminar en el cementerio de las relaciones pasadas de Julia. Así que esperé a que obtuvieras tu doctorado y establecieras tu negocio, hasta que estuvieras lista para hacer tiempo para ti misma.

—¿Cómo supiste que había que esperar?

—Porque conozco tu personalidad, Jules. Tú eres decidida, y nada puede ni debe interponerse en tu camino para conseguir lo que quieres. Ahora que lo tienes todo, sentí que era el momento perfecto para lanzarme con mi encanto—. Muevo las cejas. —Cuando te vi en la recaudación de fondos de Kevin, el aire ligero a tu alrededor, la brisa en tu paso, supe que estabas lista. Así que ideé un plan, y resultó que funcionó a mi favor.

—Como todo lo que haces.

—¿Es sarcasmo lo que oigo?— Me acerco y sigo girando su pincho, recordándole el toque mágico.

—Tal vez un poco—. Se golpeó el hombro con el mío. —Sé honesta, te gusta.

—¿Cómo qué? que no sólo eres bueno en todo, sino que también tienes

razón en todo.

—No soy bueno en todo—, me arrastro.

Hay una mirada escéptica en sus ojos cuando me mira de arriba a abajo. — Por favor, dime una cosa en la que no eres excelente... Diablos, incluso eres bueno en perder cuando quieres.

Le guiño el ojo. —Se trata de ser estratégico.

—Vamos—. Ella me empuja, haciendo que mi malvavisco caiga peligrosamente en las llamas. Me adapto rápidamente y le doy una mirada de condena.

Sólo se ríe. —Dame un vistazo a tus faltas.

—¿Sabes?, realmente no hay muchas.

Ella me mira fijamente ahora. —Compláceme.

—Aunque odio admitir en lo que menos sobresalgo, al contrario de la incredulidad, tengo algunas áreas en mi vida en las que necesito mejorar...— Mueve los ojos, pero se inclina, buscando información como si fuera un perro rabioso en busca de un festín. —Sinceramente, podría vestirme mejor.

Su cara se cae, sus labios se abren. —Estás bromeando, ¿verdad?

Sacudo la cabeza y escaneo mi ropa. —Esto es demasiado simple para alguien de mi estado.

—Eres absurdo—. Ella sacude la cabeza y trata de alejarse de mí, pero yo la aseguro rápidamente por la cintura y la acerco. —Eso no es una falta.

Me rio en su oreja justo antes de poner un suave beso en el lóbulo. —Me gusta cuando te pones quisquillosa conmigo.

—No me pongas a prueba, Theo. Puedo ponerme mucho más espinosa.

—No puedo esperar a ver eso.

Una vez más me mira y se vuelve hacia el fuego, dejando que un silencio caiga entre nosotros.

Me acaricio la mejilla, tratando de encontrar una buena respuesta a su pregunta, una que realmente satisfaga su apetito, porque eso es lo que Julia se merece. Ella no hace preguntas simplemente por el bien de la información. Pregunta porque está genuinamente interesada, y esa es una de las cosas que más adoro de ella.

Y sin pensarlo dos veces, me viene a la mente. —No puedo asar a la parrilla.

Julia se vuelve hacia mí, y la confusión estropea su rostro. —¿No puedes...?

—No—. Solemnemente, sacudo la cabeza. —Por mucho que lo intente, quemo la carne. ¿Quieres un poco de carbón en esa hamburguesa? Soy el

hombre para ti.

—Es difícil de creer. Siempre estabas merodeando por la parrilla de la fraternidad.

Le agarro la pierna y la aprieto. —Todo se trata de la percepción, Jules. No hice nada en esa parrilla y los chicos lo sabían. Soy famoso por arruinar un buen pedazo de carne.

—No lo sé. Creo que vas a tener que probármelo.

Levanto una frente interrogativa en su dirección. —¿Eres tú?—, me detengo para hacer una pausa dramática, —¿Me invitas a una segunda cita?

La alegría se entrelaza en su rostro y sacude la cabeza. —Sabía que no me facilitarías todo esto de las citas.

—¿Qué quieres decir?— Traigo nuestros malvaviscos ya preparados.

Ella observa atentamente cada uno de mis movimientos. —Tú, Theo Scott, vas a burlarte implacablemente de mí, ¿no?

Le ofrezco el s'more perfecto y lo sostengo ante mi boca. —Las bromas son sólo otra forma de juego previo. Espera mucho de eso.

Con eso, muerdo mi s'more y observo cuidadosamente el aliento de Julia y la lujuria que rebosa en sus ojos. Puede parecer distante o indiferente, y sin duda su papel lo requiere, pero cuando se trata de eso, es una botella de pasión a punto de explotar. ¿Y yo? Soy el maldito bastardo afortunado que va a hacerla estallar.

Llegando al apartamento de Julia...

—No me mires así.

—¿Cómo qué?— Pregunto, jugando con su mano en la mía.

—Como un hombre arrogante que sabe que está a punto de entrar en mi apartamento.

Miro la puerta y luego me vuelvo hacia Julia. —Bueno, me vas a invitar a entrar, ¿no?

Su barbilla se elevó al aire, con una ligera inclinación en la cabeza, y dijo: —No. No, no lo haré.

—Mentira—. Tomo las llaves de su mano, abro la puerta y nos guío a los dos a su entrada. Con una rápida patada en el pie, doy un portazo y luego vuelvo a atacar a Julia. —¿Quieres algo de beber?

—Sabes que este es mi hogar, ¿verdad?—. Voy a la cocina y abro su nevera. —No puedo ofrecerte mucho, pero lo que tengo podría hacerte cosquillas en tu imaginación—. Levanto una botella de jugo de naranja y la presento con la

palma de la mano abierta. —Esta parece ser una botella de veintiocho de las mejores de Florida—. Me meto en la nevera y cojo el galón de leche también.

—O tengo medio galón de néctar de vaca. Y sería negligente no mencionar el mejor agua secreta escondida de la ciudad de Nueva York, vertida directamente del grifo—. Hago un gesto hacia el fregadero. Sin sonreír. Ni siquiera un pequeño tirón en sus labios.

En vez de eso, me da una gran vuelta de tuerca cuando ella se me acerca y vuelve a poner las bebidas en la nevera. —Ah, la señora va por el agua del grifo.

—No—. Empezó a empujarme de la espalda, hacia la puerta. —La dama no tiene invitados esta noche, por lo tanto no habrá bebidas servidas.

Pongo mis talones en el suelo, deteniendo su persecución para evitarme. —Al contrario, oí que aceptaba visitas nocturnas. Compañeros de acurrucamiento. Abrazar a los amigos. Y ya que estamos saliendo y todo eso, pensé que yo sería el que respondería a tu anuncio de búsqueda.

—No hay anuncio de búsqueda.

—Eso no es lo que tus ojos están diciendo ahora mismo—. Le cubro el hombro con mi brazo y la llevo a su sofá. —Sólo quédate conmigo un rato. No estoy listo para decir buenas noches todavía.

Los cojines del sofá nos envuelven mientras ambos nos sentamos juntos. Coloco mi brazo en la parte posterior del sofá y me vuelvo hacia Julia, donde pongo mi mano en su pierna estirada y comienzo a dibujar círculos ligeros con mi pulgar.

—Mira, esto no está tan mal—. Apoya la cabeza contra el cojín y me mira fijamente. —¿No crees que esto es raro?

—No—. Sacudo la cabeza. —Siento que aquí es donde siempre debí estar, a tu lado—. Respondo en serio, tratando de mostrarle lo que soy. —¿Por qué crees que es raro?

—No lo sé. No puedo decidirme—. Ella se agacha y entrelaza mi mano con la suya. Mirando nuestra conexión y continúa, —Te conozco tan bien, tal vez demasiado bien, pero también se siente como si fueras un extraño. Pero cuando nos tocamos, cuando estás cerca de mí, abrazándome, acariciándome, se siente como si hubiéramos sido íntimos durante años—. Ella sacude la cabeza. —Lo que digo no tiene sentido.

Le levanto la barbilla. —Es un nuevo capítulo en nuestra historia, eso es todo. No es nada de que preocuparse, sino algo que apreciar, algo que saborear.

Con intriga, me estudia. —Sabes, cuando dices cosas así, no me recuerda al Theo Scott que conozco.

—Conocerás al auténtico Theo rápidamente, te lo garantizo.

—¿Sí?—. Se muerde el labio inferior. —Bien, dime algo muy sensible sobre ti. Algo que los chicos ni siquiera saben.

—¿Algo sensible?—. Ella asiente lentamente. —¿Qué obtengo si te digo algo sobre mí? Quiero decir, soy un hombre de negocios, así que voy a necesitar algo a cambio.

—Supongo que es justo— Ella piensa en ello por un segundo. —¿Qué tal un beso?

—¿Un beso?— Me froto las manos. —Bien, ¿por dónde empiezo?

Ella se ríe, y el dulce sonido envuelve mi espina dorsal, despertando hasta la última pulgada de mí... y me refiero hasta la última pulgada. —Quién sabe, si divulgas algo realmente bueno, podría dar más besos.

—Ah, ya veo a dónde va esto—. La señalo a sabiendas. —Quieres borrar la imagen del chico de la fraternidad de tu mente y reemplazarla con una pieza sensible de carne de hombre, ¿no?

Ella sacude la cabeza. —No, nunca querría reemplazar al chico que conocí por primera vez. Sólo quiero añadirle capas.

Bueno, diablos. Cuando ella dice algo así, me despeja el sarcasmo y me hace querer revelar hasta el último secreto que tengo.

Me acerco un poco más, y con mi mano que está alineada a lo largo de la parte de atrás del sofá, tiro de un mechón de su cabello y empiezo a girarlo alrededor de mi dedo. Se apoya en mi tacto.

—¿Conoces esos videos sobre rescates de animales? ¿Los perros pulgosos atascados bajo un puente?— Ella asiente con la cabeza. —No sé por qué, pero por alguna razón siempre termino viéndolos, y cada vez lloro como un bebé. Lágrimas que corren por mis ojos.

—¿Qué?— Me da una sonrisa suave.

—Sí, lloro mucho. Quiero decir... que son tan desesperados y luego este increíble humano aparece y les da un cambio de imagen de perro, les pone una camisa hawaiana y, de repente, son el perro más feliz del planeta. Es tan inspirador. Acabo donando dinero a los refugios locales después de cada video que veo.

—¿De verdad?

Asiento con la cabeza y luego frunzo los labios. —Dímelo, pura dulzura.

Se sienta sobre sus rodillas y se acerca, apretando su mano contra mi pecho.

—Veo esos videos de vez en cuando, y me atrapan a mí también—. Ella baja, a unos centímetros de mi boca.

—No eres humano si no te afecta un perro con pulgas que tiene una segunda oportunidad en la vida.

—Más bien un sociópata—. Su nariz toca la mía. Muevo mi mano por su espalda hasta justo encima de su culo.

—Totalmente—, susurro, mis ojos fijos en su boca. Con una mano, ella agarra mi mejilla y baja sus labios a los míos donde presiona el beso más suave a través de mi boca, apenas tocándose, sólo un susurro de un toque antes de alejarse. Estoy a punto de quejarme cuando ella se sienta en mi regazo y apoya sus manos en mi pecho.

—Dime algo más—. Mierda. Sí. Me gusta esta nueva disposición de asientos.

—¿Quieres más?

—Mucho más—. Se acomoda y descansa completamente sobre mi pene endurecido. Con la guardia baja, me aclaro la garganta y trato de pensar en otra cosa, lo que sea para que se quede quieta.

—Amo a Roark como a un hermano, pero ¿Kevin? Él es mi otra mitad. Es como si tuviera una parte de mí y si algo le pasa, sentiré la parte que me falta en la médula ósea.

Sus ojos se nublan al inclinarse de nuevo hacia adelante. —Tu amistad es una de las que siempre he tenido celos. Los he visto juntos, sus interacciones, la forma en que se cuidan profundamente uno al otro. Siempre deseé una amistad tan profunda como la tuya, o incluso un pedacito de ti como le has dado a Kevin.

Dios, esta chica. Y pensé que la conocía. Pero esto fue más de lo que esperaba, pero aun así no fue suficiente.

—Nena—, la agarro de las caderas, —Tienes tanto de mí, que ni siquiera sé si puedes manejarlo Pero quiero darte más. Todo. Quiero intentarlo—. Me pasa los dedos por el pelo y cierra la distancia entre nosotros. Esta vez su beso es un poco más rápido, un poco áspero, como si estuviera tratando de acercarse lo más posible a mí. Y en lugar de un breve susurro en mis labios, ella planta su boca firmemente contra la mía y enreda sus manos en mi cabello, enviando un rayo de excitación directamente a mi pene.

Le meto las manos en la blusa, pero ella se aleja de nuevo.

Respiro profundamente y miro fijamente sus labios rosados, resbaladizos y hermosos. Los quiero de nuevo. Es lo único en lo que puedo concentrarme y

querer. Pero cuando busco más, me rechazan mientras presiona su mano contra, mi pecho.

—Necesito otra confesión.

—Diablos—. Descanso la cabeza en el sofá y miro hacia el techo. —Uh... Una vez le di a un gato hambriento mi último pedazo de sándwich—. La acerco, fusiono mi boca con la de ella, mientras mis manos la conducen de regreso a sus pantalones, donde los deslizo por el dobladillo. Dios, me encanta su trasero.

Pero antes de que pueda darle un buen apretón, se está alejando de nuevo. Esto es una maldita tortura.

Mi verga está dura como una roca, presionando incómodamente mi cremallera. Mis piernas están entumecidas por la necesidad. Y mi cabeza está mareada por la lujuria.

—Esa no fue una confesión satisfactoria.

—¿Cuándo entró en escena una escala de satisfacción? Pensé que era una confesión, un beso.

—Una balanza entró en su lugar en el momento en que tus manos viajaron por mis pantalones.

Sonríó malvadamente. —Bueno, tú eres la que se sentó en mi regazo y me sedujo.

—Me estaba poniendo en mejor posición para besar.

—No me voy a quejar de eso—. Voy a besarla de nuevo cuando me para, con la palma de su mano en la cara. Hablando a través de su mano, le digo: —Esto no es realmente propicio para el estado de ánimo que estoy tratando de crear.

Se ríe entre dientes y dice: —No habrá más besos hasta que obtenga una confesión satisfactoria. Recuerda, estoy tratando de añadir capas aquí.

Me siento frustrado, inseguro de qué más decir, ya que toda la sangre de mi cuerpo se ha precipitado a mi ingle, dejándome apático e incapaz de concentrarme en alcanzar a mi diosa y sacar cada pensamiento sensible que he tenido.

Pero no se me ocurre nada. —Ehh...

Ella hace girar su dedo a través de mi pelo. —Tienes que tener algo más ahí dentro para decírmelo—. Se inclina hacia adelante y me muerde la oreja antes de hablar suavemente. —Cualquier historia en la que lloraste hasta quedarte dormido.

—Uh...—. Se mece en mis caderas.

—Tal vez eres un vigilante secreto que pasa su tiempo libre abriendo puertas a las ancianas—. Sus labios se extienden por mi cuello.

—Quiero decir, abro puertas—, suspiro. La presión de mi pene en mis vaqueros es ahora dolorosa.

—¿O hubo un tiempo en el que lloraste hasta quedarte dormido viendo a un soldado volver a casa con su familia?

Me muerde en la unión de mi cuello y mis hombros, su suave pelo se desliza sobre mi piel caliente.

Mierda. La agarro con fuerza, le pongo la palma en las mejillas, y mi compostura está a punto de romperse. —Me he atragantado un par de veces.

Levanta la cabeza y lleva sus labios a los míos donde me pica la boca, tentándome hasta el punto que temo que pueda hacer algo estúpido como voltearla sobre su espalda y meter mi miembro dentro de ella sin previo aviso.

Ni en un millón de años hubiera imaginado a Julia Westin como una provocadora y, sin embargo, aquí está, en mi regazo, presionando apenas sus labios contra los míos, ondulando sus caderas contra mi maldita erección, tentándome, pero sin ceder nunca. Mierda, como la quiero. Como no quererla.

—Cuéntame una historia, Theo, dame una breve visión de tu alma.

Aprieto mis dientes juntos en el momento en que ella se aleja de nuevo. No hay forma de que pueda pasar por otra ronda de esta tortura y salir ileso. Es por eso que busco en mi caja de secretos y le doy la única cosa que me queda, la única cosa que he estado tratando de evitar mencionar.

—Último año de universidad—, exhalo y capto su atención. —Esa noche.

—¿Qué noche?—. Sus formas de burla parecen hervir a fuego lento mientras escucha atentamente mi historia. —La noche que casi mato a ese tipo con mis puños.

—Oh— responde ella. Una sílaba. Una simple reacción que tiene un gran peso en dos letras. Nunca hemos hablado realmente de esa noche, sólo la barrimos bajo la alfombra, pero hay una cosa que ella no sabe, algo que juré que nunca le diría. Nunca confesar. Pero es una parte de mi alma la que necesita ver.

La miro a los ojos mientras hablo. —Esa noche, tuve una extraña sensación. Una que hacía que todos los pelos de mi cuerpo se pusieran firmes. Algo me dijo que no bebiera esa noche, que estuviera en alerta total. Esto puede sonar cursi, pero sentí como si alguna fuerza cósmica estuviera juntando nuestras almas. Sentí este dolor inmediato en mi pecho cuando estaba caminando por el campus, y un minuto después, fue cuando te encontré luchando con el imbécil.

Vi en rojo. Nada podría haberme detenido. Nada más que el sonido de tu voz aliviada.

—¿Es como si supieras que algo me iba a pasar?

Lentamente asiento con la cabeza. —No puedo decirte lo agradecido que estaba de haber estado allí. Y después de que te llevé de vuelta a tu dormitorio, me quedé afuera por lo menos una hora, mirando tu ventana, esperando que todo estuviera bien. Que no te asustarías. Me paseaba de un lado a otro, rastrillando mi mano a través de mi pelo, odiándome por no llegar más rápido, pero también frustrado por la arrogancia de ese imbécil, pensando que podía forzar a cualquier chica que quisiera—. Y trató de llevarse lo que era mío. Que es mío. Respiro profundamente. —Estaba tan enojado, tan frustrado y confundido por mis sentimientos hacia la hermana pequeña de Kevin que pasé el resto de la noche dando vueltas en mi cama, enfermo del estómago, tan enojado que terminé haciendo tres agujeros en la pared y torciéndome la muñeca.

—Espera, ¿así es como te torciste la muñeca? Kevin dijo que fue porque estabas borracho y te caíste por las escaleras.

—Porque no quería que supieras la verdadera razón. Vino a mi habitación después del tercer golpe y me detuvo. Me llevó al hospital, y no fue hasta que estuvimos en la sala de examen que habló y me preguntó qué estaba pasando. No quería contarle lo que había pasado, pero de nuevo, cada mentira que tiraba en su camino, él no la creía. Así que terminé diciéndole la verdad, y rogándole que no dijera nada hasta que tú vinieras a él.

Ella se levanta, y se da cuenta de que se le notaba rápidamente en los ojos. —Actuó sorprendido y enojado a la mañana siguiente, como si no lo supiera.

—Mantuvo su palabra. Me dijo que esa noche yo sería para siempre su hermano, alguien por quien daría su vida. Y fue esa noche cuando me di cuenta de que, a pesar de no haber tenido hermanos, siempre tendría a alguien de mi lado, alguien en quien confiar. Fue la noche en que descubrí de qué se trataba la verdadera hermandad—. La noche en que finalmente tuve una idea de lo que era sentirse completo. Sin embargo, más tarde, también me di cuenta de que no sería plenamente yo hasta que también tuviera el corazón de Julia.

CAPÍTULO VEINTISEIS

JULIA

Parpadeo un par de veces, tratando de comprender todo lo que Theo me acaba de decir.

Debería estar enfadada, debería estar furiosa con Theo por decírselo a Kevin antes de tener la oportunidad, pero por mi vida, no puedo reunir ni una onza de ira.

—Jules—. Me tira de la mano. —Oye, ¿estás bien?

No puedo responderle. Sigo sin poder creerlo. Cuando le pedí que me confesara algo, nunca pensé que iba a ser así. Nunca pensé que descubriría la verdadera razón por la que se torció la muñeca, o por lo que atrapé a Theo al día siguiente con yeso en la mano y una mirada de preocupación en su cara.

—Jules, lo siento. Sé que te dije que no se lo diría, pero...

Lo silencié con el dedo en la boca. Sus ojos se ensanchan a medida que los míos se entrecruzan con los suyos. El miedo cae sobre sus pupilas, una tensión se derrama sobre sus músculos, haciendo que sus muslos se conviertan en piedra debajo de mí.

Levanto su regazo y su protesta descansa en sus labios mientras lo llevo conmigo. De la mano, lo acompaño a mi dormitorio, donde cierro la puerta en silencio y me dirijo a él. La confusión y la esperanza marcan su rostro mientras tomo el dobladillo de mi camisa, la subo y la pongo sobre mi cabeza.

Se queda ahí de pie, aturdido, mirando mi torso, con los ojos fijos en mi pecho y los puños cerrados a su lado.

Doy un paso adelante, y luego otro hasta que mis manos caen sobre su suéter. Aspira con fuerza cuando deslizo mis manos bajo el dobladillo y meto mis dedos por su torso desnudo.

En tono serio, digo: —Sé que dije que quería tomarme esto con calma, pero no creo que pueda, no después de lo que me acabas de decir. Necesito conectarme contigo en un nivel diferente. Deseo sentirte y que ese hermoso corazón tuyo me toque de una manera tan única como lo creo posible.

El lirismo burlón de su voz no se ve en ninguna parte cuando dice: —Quise decir todo lo que dije.

—Lo sé, por eso necesito sentir tu piel en la mía—. Puse su camisa sobre su

cabeza, exponiendo la pared de piedra de su pecho. Pectorales gruesos, pezones enseñados, hombros esculpidos y un abdomen mortal, que me hace sentir débil en las rodillas.

Mis dedos exploran su piel, deleitándose con el toque de su cuerpo y la forma en que se queda tan quieto, respirando ocasionalmente profundo cuando rozo su piel. Dada su personalidad y que es un hombre al que le gusta mucho hacerse cargo, me sorprende cuánto tiempo me está dando la ventaja, dejándome explorar.

Bajé por el estómago donde le desabroché el cinturón y los vaqueros. Hay una protuberancia obvia entre sus piernas y mi boca, queriendo ver lo duro que es para mí. Por el poco tiempo que pasé en su regazo, voy a asumir que está deseando ser liberado en este momento. Pero aún no le he bajado la cremallera de los vaqueros.

En cambio, me quito los pantalones, exponiendo mis largas piernas y una tanga negra. Suspira y lleva sus manos a mi cintura donde me agarra con fuerza, muy, muy cerca de mi tanga. Sus dedos presionan mi trasero, agarrándose fuertemente como si tuviera miedo de que si parpadea, yo desaparezca.

—Te he deseado tanto tiempo—. Traga con fuerza. —Casi no se siente real.

Y ahí está su lado sensible de nuevo, que nunca supe que estaba ahí. Siempre ha sido Theo, el tipo que todo el tiempo bromea. Pero este otro lado de él, como si estuviera asombrado, me está moviendo de maneras inesperadas, como si no quisiera nada más que tenerme a su lado y no soltarme nunca.

Le pongo las manos en el cuello y le susurro: —Es real, Theo.

Baja su boca a la mía y me dice que es la única forma que conoce de hacerlo, con pasión. Fuerza. Está retomando el control con el único propósito de complacerme, adorarme. Suavemente, me abre la boca, presionándose con la lengua, buscando una conexión más profunda. Me someto, cayendo en su abrazo, abriéndome más y haciendo juego con sus empujes mientras nuestras manos vagan sobre el cuerpo acalorado del otro.

La electricidad adictiva rebota entre nosotros, nuestra conexión es palpable, prometedora de placer por venir, no es que tuviera ninguna duda en mi mente que sería cualquier cosa menos genial con Theo.

Sus manos se deslizan por mi espalda hasta mi bralette donde suelta el broche. No empuja la tela hacia abajo de inmediato. En vez de eso, mueve sus manos a mi caja torácica donde coloca sus palmas justo debajo de mis senos.

Continúa su búsqueda para saborear mi cuerpo con su boca. Es entonces cuando me tomo el tiempo de bajar mis manos por su cuerpo, disfrutando de cada contorno y protuberancia de sus músculos, su piel tensa y lisa. La masculinidad pura se irradia de él en la forma en que empuja hacia adelante en mi abrazo y en la forma en que extiende sus manos a través de mi cuerpo, tratando de tocar cada centímetro que su gran mano le permite.

Sus besos son embriagadores, bien ejecutados. Su tacto es calmante, tentador, como un rayo que cae directamente por mi columna vertebral en un charco de deseo.

Y su olor, todo masculino, todo consumido. Sus pulgares golpean la parte inferior de mis pechos y se abren camino hacia arriba, lo que me hace recobrar el aliento mientras su lengua se sumerge más profundamente en mi boca. Se me escapa un gemido, sus pulgares se mueven más alto hacia mis pezones, donde me roba una, dos o tres mas.

Me aprietan los músculos. Mi excitación aumenta. Y mi deseo de empujarlo a la cama se apodera de mí mientras mis manos se conectan con su pecho e intentan decirle exactamente lo que quiero.

Afortunadamente está escuchando. Me hace girar para que la parte de atrás de mis piernas golpee la cama donde suavemente me baja, desconectando nuestras bocas por un breve segundo mientras se baja los pantalones junto con sus calzoncillos.

A la altura de los ojos, tengo una vista impresionante de su erección, haciendo esfuerzos y balanceándose en su cintura. Antes de que pueda tener una buena apoplejía o incluso un aspecto decente, me empuja a la cama, me saca el sostén a un lado y se complace con mis senos expuestos.

Su pene descansa pesadamente sobre mi pierna, su cuerpo caliente, su boca ansiosa y húmeda sobre mis pezones. Chupando. Mordisqueando. Pellizcando.

Me lava los pechos, sin parar, pero convirtiendo mis músculos en líquido, la unión entre mis piernas palpitando incesantemente, rogando por su toque. Sólo una caricia, algo para aliviar la presión que se está acumulando dentro de mí, en la boca del estómago, golpeando mi excitación.

—Dios—, me quejé, agarrándole el pelo, moviendo mi pecho por debajo de él, animándole a que se moviera más bajo, pero no entendió la indirecta. En vez de eso, se queda quieto, chupando y apretando mis pechos. —Theo—, me quejé, —Por favor.

—Cuarenta y cinco minutos—, dice entre una y otra. Y entonces me doy cuenta de nuestra conversación, la que tuvimos sobre los juegos preliminares.

Él cree que todos esos minutos es una cantidad adecuada de tiempo para jugar con el cuerpo de una mujer. No sé cuánto tiempo ha pasado, pero no hay forma de que pueda disfrutar de este tipo de placer durante tanto tiempo.

—No—. Digo sin aliento, —Por favor, no me hagas esperar tanto.

—Se paciente, Jules, disfruta—. Eso es todo lo que dice mientras vuelve a jugar con mis pechos, casi hambriento, casi despiadado.

Oh Dios. No hay forma de que lo logre. Lo quiero dentro de mí, ahora.

Moviendo mis manos hacia abajo entre nosotros, encuentro la punta de su miembro y froto el pulgar sobre la cabeza. Se sacude en respuesta, levantando la cabeza para respirar hondo.

—¿Qué crees que estás haciendo?

—No eres el único que puede tocar—. respondo sin aliento, acariciando mi pulgar sobre su punta de nuevo.

Aprieta los ojos y respira hondo, los músculos del pecho se flexionan sobre mí, un ligero brillo de sudor brota sobre su piel. Jugando con el placer grabado en su cara, muevo mi mano hacia abajo y vuelvo a subir donde presiono mi pulgar contra la parte inferior de su pene.

—Diablos—, respira con dificultad.

Vuelvo a bajar mi mano, sus ojos se concentran en la forma en que lo bombeo, sus caderas se mueven con mi golpe.

—Te quiero dentro de mí, Theo. Te necesito dentro de mí.

Su expresión vacila, su indecisión entre los juegos previos y finalmente me reclama claro ante sus ojos. Para darle un poco más de ánimo, levanto mi cabeza y beso a lo largo de su pecho hasta que tomo su pezón en mi boca. Sale disparado de la cama. Él rastrilla su cabello con su mano y murmura algo justo antes de alcanzar mi tanga y tirar de ella hacia abajo por mis piernas.

Con un movimiento rápido, se dobla entre mis piernas y presiona su boca contra mi centro. Mis manos caen hacia la ropa de cama donde agarro el edredón con fuerza, mi pecho se levanta, mi boca se abre. No hay ninguna relajación en ello, ninguna lectura lenta. Sumerge su lengua contra mi clítoris, su boca caliente y húmeda, su lengua fuerte e implacable mientras me acaricia con habilidad, enviándome a un ataque de placer en segundos.

—Oh Theo, oh Dios.

Mis piernas se tensan, mi estómago se enrosca, mis dedos de los pies también, y un grito salvaje se me arranca mientras me acerco a la lengua de Theo, mi orgasmo prendiendo fuego a todo mi cuerpo.

Puedo sentir cómo me acaricia unas cuantas veces más antes de oír su

movimientos y luego el sonido delatador de un envoltorio de condón. Apenas puedo levantar la cabeza, miro hacia arriba justo cuando Theo me toma las dos piernas y las extiende hacia arriba y de par en par.

—Sostén tus piernas, Jules—. Hago lo que él dice, un poco tímida, pero también excitada. Nunca he hecho algo así con un hombre, así que la nueva posición, casi demasiado vulnerable, me tiene dispuesta y lista de nuevo.

Theo se coloca sobre mí, agarra su verga y lentamente pasa la cabeza por encima de mi entrada resbaladiza antes de insertarse por completo.

—Diablos—, gime con los ojos cerrados mientras pone una mano sobre mi estómago. —Eres tan perfecta, Jules.

Quiero decirle lo épicamente maravilloso que se siente dentro de mí, cómo me estira y me llena como si estuviera destinado a estar conmigo toda mi vida, pero se me escapan las palabras mientras me bombea.

Tan duro. Tan grueso. Tan perfecto.

Su pene trabaja dentro, retorciéndose y golpeándome en todos los puntos correctos. Él inclina mis caderas hacia arriba para un empuje más profundo, acariciándome en ese lugar inconfundible.

—Theo, oh, justo ahí. Sí—, grito. —Dios, sí.

Gime algo y empieza a moverse más rápido, sus caderas como un pistón entrando y saliendo de mí, encendiéndome fuego, cada hueso de mi cuerpo convirtiéndose en un fideo blando, mi inminente cohete de orgasmo hacia la boca de mi estómago antes de disparar como una bomba.

Me aferro a él, me muerdo el labio y elevo las caderas mientras caigo sobre el precipicio del placer.

—Sí—, gime conmigo, su mano cayendo sobre mi pecho donde aprieta y luego se queda quieto. Su cara se contorsiona en una sexy expresión de lujuria mientras se derrama dentro de mí, mi nombre cayendo de su lengua en un sonido gutural que me estimula aún más.

Movemos nuestras caderas a través de nuestros orgasmos, sacando hasta la última pulgada de placer antes de caer en un montón en mi cama. Theo no pierde el tiempo al abrazarme y besarme en la frente.

—Cielos, Jules, eso fue... diablos, eso fue mucho más de lo que había imaginado en mi cabeza.

—¿Has pensado en esto?

—A menudo—. Se ríe, sin aliento. —Pero nunca esperé que fueras tan perfecta.

Un rubor me sube por la mejilla. —Nunca había disfrutado tanto, hasta

ahora.

—Demonios—, resopló. —Eso le hace un montón de alabanza a mi ego.

Me río. —No esperaría menos de ti—. Y esa es toda la verdad. Por supuesto que es el hombre que me llevaría al orgasmo dos veces durante el sexo. Por supuesto que sería el hombre que puede tocar mi cuerpo como si estuviera hecho para él

Más tarde...

—¿Qué estás haciendo?— La voz atontada de Theo llama en la oscuridad. De puntillas sobre mi suelo de madera fría, desnuda como el día en que nací, me deslizo de nuevo en la calurosa sábana. —Tenía que ir al baño.

—Mmm, eres tan suave—. Theo se acurruca en mi espalda, muy feliz de haber regresado.

Me meneo en su contra. —Y tu eres muy duro.

—Me haces eso a mí. Tres veces aparentemente no es suficiente.

Háblame de ello. Después de tres rondas del mejor sexo que he tenido, todavía no siento que he llenado mi apetito por este hombre. ¿Cómo es posible?

—Esto va a ser vergonzoso, pero pensé que querrías saberlo.

—¿Qué?—, pregunta, besando a lo largo de mi hombro.

—Nunca he tenido sexo más de una vez en la noche.

El ligero rasguño de sus bigotes matutinos me roza la piel. —Eso demuestra que nunca estuviste con el tipo adecuado.

Mi mano va a la parte de atrás de su cuello mientras sus labios viajan por mi mandíbula. —No, nunca—. Pero algo me dice que estoy con el correcto ahora. Me gruñe en la oreja y con la rodilla me da en la pierna.

—Abre la boca para mí, Jules.

—Espera.

Metó la mano en mi mesita de noche y saco mi vibrador. Establecimos que yo estaba en control de natalidad la última vez que lo hicimos esta noche, y una vez que dije eso, Theo tiró sus condones fuera del dormitorio. Creo que nunca olvidaré la mirada de lujuria en su cara cuando entró en mí completamente desnudo. Echó la cabeza hacia atrás en un gemido, como si nunca hubiera sentido algo tan bueno en su vida. Su respiración era irregular momentáneamente, y cuando abrió los ojos y me miró... Dios, casi tengo un orgasmo en ese momento. Me sentí poderosa. Que este hombre increíble, que sé que ha estado con muchas mujeres, parecía estar en el nirvana al estar

conmigo. ¿Y yo provoqué eso?

Su mirada me dio coraje, y es la razón por la que pongo el botón de encendido de mi vibrador para que el sonido suene en el aire.

Inmediatamente Theo levanta la cabeza. —¿Qué tienes ahí?

Sonriendo, le doy un abrazo y sostengo mi vibrador rosa. Lo presiono contra su pecho y luego lo paso por sus abdominales bien definidos.

—Oh, demonios, mujer—. Se mueve sobre la cama, pero no donde yo quiero, así que le empujo el hombro hacia abajo para que esté acostado en el colchón, con la erección inclinando la sábana.

Satisfecha con lo mucho que me desea, le quito la sábana y lo expongo por completo. Con una sonrisa en la cara, bajo el vibrador por su estómago, y se me hace agua la boca, mientras sus músculos se tuercen por el ligero zumbido de la herramienta que funciona con pilas. Pensar que esto me dio placer. No es nada comparado con Theo. Se mueve debajo de mí y apoya sus manos detrás de su cabeza, dándome acceso total a su cuerpo sexy.

Cuando llevo el vibrador a la punta de su pene, se tuerce maravillosamente bajo la sensación, haciendo que mis pezones se endurezcan. Me froto las piernas, mi cuerpo se calienta en segundos por su reacción. Sentada un poco más alto, traigo el vibrador por su eje hasta sus bolas, donde lo dejo tararear unos segundos. Su gruñido resuena por toda la habitación, estimulándome aún más, y es entonces cuando presiono la punta del vibrador contra su periné. Su mitad inferior se desprende de la cama y su mano cae a mi trasero donde me agarra como si dependiera de mi apoyo. Su verga crece aún más dura, y una pequeña gota en su punta brilla bajo la luz de la luna.

—Rayos—. Sus manos agarran las sábanas mientras su miembro salta de su estómago, dolorido por el tacto. —Diablos, Julia... cielos—. Va a tocarse el pene, pero lo alejo con la mano, me encanta cómo lo hago sudar.

Traga fuerte, presionando más sobre mi trasero. —Julia, por favor... Julia, acarícialo, maldita sea.

—Mmm, ¿así?—. Pregunto, inclinando mi cabeza hacia abajo y haciendo girar mi lengua alrededor de la cabeza de su pene.

—Oh, diablos—. Theo arrastra su mano sobre su cara.

Amando lo excitado que está, lo duro que está, llevo mi otra mano a la raíz de su verga y empiezo a pulsar mi mano hacia arriba y hacia abajo, sosteniéndolo en agarre que lo hace parecer una visera mientras sigo girando mi lengua sobre la cabeza y jugando con el vibrador.

Debajo de mí tiemblan sus piernas, su pecho retumba de gemidos, y la mano

que me agarra el culo se aprieta aún más mientras siento el primer goteo de semen.

Gime aún más fuerte, un montón de maldiciones saliendo de su boca mientras su orgasmo toma el control. Lo dejé aguantar hasta que sentí que estaba completamente flojo.

Apago el vibrador y me dirijo a su boca donde le doy un ligero beso en los labios. —¿Te gustó eso?

No responde de inmediato, mientras trata de recuperar el aliento. Le toma unos segundos, pero cuando abre la boca, su voz sale áspera. —No puedo sentir mis malditas piernas. Mierda, Julia, creo que nunca he estado tan duro en mi vida.

—Entonces, ¿lo tomo como un sí?—. Asiente con la cabeza y se cubre los ojos con el brazo. —Demonios. Creo que mi pene está flotando en el cielo ahora mismo.

Me río y me muevo a la mesita de noche donde coloco el vibrador, y justo cuando estoy a punto de acurrucarme con Theo de nuevo, él levanta mis caderas y me tiene a horcajadas sobre su cuerpo. —Te necesito. Tengo que probarte—. Empuja mi cuerpo hacia adelante para que mi vagina esté en su cara, y sin ningún otro momento de retraso, mete su lengua dentro de mí y me toma. Oh Dios. Este hombre.

Ahora es mi turno de quejarme.

—¿Por qué me tengo que ir?—. pregunta Theo, tirando de mí hacia sus brazos donde me agarra por la parte baja de la espalda.

—Porque ambos necesitamos ducharnos.

—¿Y qué te dije? Estoy más que feliz de enjabonarte—. Se inclina y me da un beso fuerte en la boca, el tipo de beso que me hace repensar todo.

Empujo su pecho, abriendo nuestros labios. —¿Recuerdas que lo estamos tomando con calma?

La risita gutural que sale de su pecho no hace nada para enfriar mi libido. —Estoy seguro de que tomárselo con calma ha sido arrojado por la ventana en este momento. Te sentaste en mi cara anoche.

Un rubor implacable me mancha las mejillas mientras pienso en la forma en

que él seguía tirando de mí hacia su cuerpo. —Eso fue obra tuya.

—Y sin embargo...—. Mira hacia el cielo, como si recordara toda la noche, —Tú seguías diciendo, sí, sí, sí, sí. Más, Theo, dame más. Justo ahí, papito.

Le pegué en el pecho, haciéndole reír. —Yo no te llamé papito.

—En mi cabeza lo hiciste.

—Eres absurdo—. Me acerco detrás de él y abro la puerta.

No se mueve. —Tengo el presentimiento de que estás tratando de deshacerte de mí. ¿De qué se trata eso?—. Se inclina hacia adelante y empieza a darme besos en el cuello.

Este hombre. ¿Por qué es tan fácil para él hacerme fundir en un charco gigante de lujuria? Cada vez que me tocaba anoche, aunque fuera por accidente, mi cuerpo reaccionaba. Es como si estuviera tratando de ponerse al día durante los últimos diez años, y es una de las razones más grandes por las que creo que debería irse a casa, para que no me enamore desesperadamente de este hombre el primer fin de semana que estoy en sus brazos.

—Sólo quiero, ya sabes, asegurarme de que sabes en lo que te estás metiendo.

—Estás bromeando, ¿verdad?—. Levanta la cabeza para mirarme fijamente. —Jules, te conozco desde hace años. No te habría perseguido si no quisiera todo el paquete.

Me inclina la barbilla hacia arriba y me da un beso profundo en los labios. No puedo evitar suspirar en sus brazos, envolviendo mis manos alrededor de su cuello y acercándolo aún más.

Tal vez no sería tan mala idea que se quedara un poco más. Quizás estaría bien si almorzáramos, o incluso cenáramos juntos, si acaso estuviéramos...

—Ejem.

El sonido distintivo de alguien aclarando su garganta viene del pasillo, deteniendo mis labios para que no se sumerjan más profundamente.

Poco a poco, con las manos aún agarradas y la boca conectada, nos volvemos hacia la puerta abierta y encontramos a Kevin con los brazos cruzados y los ojos fijos en mi amado. Oh mierda.

Empujo a Theo y me limpio la boca como para deshacerme de las pruebas. Como si mi hermano no creyera lo que acaba de ver. Porque eso sería malo, ¿no? ¿Lo sería?

—Oh, hola... hermano—. Saludo con la mano, lo más casualmente posible. —¿Qué te trae por el vecindario?

El mira a Theo, sin perderlo de vista. No sé si está enojado o simplemente

conmocionado. En honor a Theo, está ahí parado, con el pecho hinchado, seguro de sí mismo, listo para enfrentarse a lo que sea que mi hermano le lance.

Para mí. Es muy dulce. Sexy. Dios, es tan atractivo, está ahí parado, listo para defender mi honor.

—Julia—, dice Kevin con severidad, —Deja de mirar a Theo de esa manera.

Sorprendida y avergonzada, me sonrojo con un tono de rojo febril y vuelvo la mirada hacia mi hermano. —Estaba, uh, buscando ver si tenía algo en los dientes.

—¿Es eso lo que estabas haciendo con tu boca en la suya también?

Me río nerviosamente. —Bueno, ya sabes cómo es, no hay mejor manera de limpiar la boca de un amigo que con la lengua...— Mis palabras se desvanecen, mi sentido común aparentemente no se encuentra en ninguna parte.

A lo mejor, porque Theo es un glotón para el castigo, se pone de pie a mi lado y envuelve el brazo alrededor de mi hombro, sonriendo alegremente.

—¿Y sabes qué, Kevin? Es la mejor limpiadora de boca que hay.

¿Por qué tuvo que decir eso?

Mi hermano está allí de pie, humeante, sus hombros se le clavan cerca de las orejas con la tensión rodando a través de él. Parece que está a punto de lanzarse hacia adelante y matar a Theo de un solo golpe.

Theo está tranquilo, como si fuera algo cotidiano que lo sorprendieran besando a la hermana de su mejor amigo. No. Es como si hubiera estado esperando este día para decirle la verdad a su mejor amigo. Que es a mí a quien quiere en su vida.

El tiempo se detiene mientras se miran el uno al otro, ninguno de ellos se rinde, ninguno de los dos hace el primer movimiento.

Mis ojos rebotan y forcejean entre los dos, un dolor nervioso que sube por mi estómago. Debería decir algo, hacer algo, pero me siento paralizada, insegura de qué hacer.

Este es Theo, el mejor amigo de Kevin, el único por quien daría su vida, y yo podría haber complicado las cosas terriblemente.

Oh Dios, ¿y si no son amigos después de esto? ¿Y si lo arruiné todo?

Creo que llega un momento en la vida de una chica que está inmersa en una situación, tan incómoda, tan angustiada que la única reacción que puede tener es quedarse allí aturdida mientras sus pezones se invierten en su cuerpo.

Ahí es donde estoy ahora mismo. Pezones invertidos, boca seca, y una

sensación de picor para enterrar mi cabeza en mi propio pecho.

—¿Cuánto tiempo?—. pregunta Kevin, ahora hablando directamente con Theo.

—Amigo, tú sabes que, como nueve... diez pulgadas. ¿No es cierto, Jules? — Voy a vomitar. Justo aquí, en los zapatos recién pulidos de Kevin.

Mi hermano da un paso adelante, y yo trato de retroceder, pero Theo me mantiene cerca, sin ceder ni un ápice. Señalando a su amigo, pero con ojos de láser. Luego me pregunta: —¿Tuviste sexo con él?

—Umm...— Me muevo en el lugar, mi mirada en cualquier parte menos en los ojos abrasadores de él. —Es curioso, ya sabes—. Me aclaro la garganta. —Es bastante gracioso—. Yo toso. —Está seco el aire aquí. Creo que necesito un poco de agua. ¿Están sedientos? Déjame ir a buscar algo...

—Sí, tuvimos sexo—, dice Theo, anunciándolo con orgullo en cada palabra que sale de su boca. ¡Hombres! ¿Por qué son tan molestos?

Estoy a punto de golpearlo en el estómago cuando dice: —Pero no veo por qué eso es asunto tuyo.

—Es mi hermana.

—Bien consciente—, dice Theo. —Sé que es tu hermana desde que la conocí y he querido invitarla a salir.

Oh Dios, es Theo. ¿Está a punto de exponer sus sentimientos con mi hermano? No creo que mis emociones puedan soportar esto.

—¿Qué?—. Pregunto, la tensión en sus hombros comienza a disminuir. — ¿Querías invitar a Julia a salir en la universidad?

—Sí—, responde Theo de manera tan casual, balanceándose sobre sus talones mientras yo estoy ahí parada, como una bola de nervios, insegura de si me voy a desmayar o me voy a mear en los pantalones. Por favor, Dios, no dejes que ambos ocurran al mismo tiempo.

—No me llevó mucho tiempo saber que quería más con ella que amistad. Cuando la invité a salir una noche en una fiesta y me rechazó, supe que era sólo el comienzo de nuestra historia no contada. Esperé—. Me aprieta fuerte. —Esperé mucho tiempo, y cuando se hizo la apuesta para el partido de fútbol de fantasía, supe que tenía la oportunidad de acercarme más, de que ella viera el tipo de hombre en el que me había convertido, y la aproveché al máximo.

—Espera... ¿Perdiste la apuesta a propósito?

—Sé que esto va a herir tu ego, amigo, pero sí, perdí a propósito. ¿Realmente crees que yo pondría a Russell Wilson en el banquillo?

—Hijo de puta—. Kevin rastrilla su mano a través de su cabello, casi

pareciendo más perturbado por la apuesta que por ver a su mejor amigo besar a su hermana. —Debería haberlo sabido. Ganar fue demasiado fácil.

—Lo siento, pero estaba todo planeado desde el principio, y no cambiaría ni un segundo porque me dio una razón plausible para que tu hermana tuviera que pasar tiempo conmigo. He querido que me vea como algo más que tu amigo. Necesito que sepas que hablo en serio. Sobre ella.

Kevin se rasca el lado de la mandíbula y nos mira a los dos, observando la forma en que Theo me tiene cerca de él, nunca se relaja. Tengo que reconocerlo. Es sexy que esté listo para asumir la culpa de todo esto.

—¿Y ustedes se gustan el uno al otro?—. Los movimientos de él entre nosotros dos casi interrogándonos.

—Seguro que me gusta ella—, responde Theo sin darme una oportunidad. —Me ha gustado durante mucho tiempo. Me costó un poco de persuasión, pero finalmente me dejó salir con ella en una cita.

—¿Una cita?—. Kevin levanta una ceja cuestionable en mi dirección. —¿Quieres ver adónde va esto?

Sabiendo que voy a tener que hablar más alto en algún momento, me puse mis pantalones de niña grande y asentí con la cabeza. —Sí, así es. Me gusta mucho también y estamos saliendo.

Theo besa el lado de mi cabeza. —Lo estamos—. El silencio se interpone entre nosotros mientras Kevin detiene su interrogatorio. —Y cuando fui a tu oficina el otro día y estabas llorando...

—¿Estabas llorando?— Theo se vuelve completamente hacia mí.

—Tus sentimientos por mí me tomaron desprevenida. Tenía el corazón muy apesadumbrado porque sé...— Dios, ¿por qué tengo que decirle esto ahora mismo a Theo delante de mi hermano? —Siento que fácilmente podrías robarme el corazón.

Los ojos de mi amado se suavizan mientras me toma en sus brazos y me besa la parte superior de la cabeza. —Jules, sabes que protegería tu corazón de cualquier cosa, especialmente de mí.

Y esa es la verdad. En todo caso, él es un protector, y haría cualquier cosa para asegurarse de que yo nunca me viera lastimada. Debería saberlo a estas alturas, aunque la idea de ceder completamente a mis sentimientos me asusta mucho.

—¿Así que este es el tipo del que hablabas?—. Kevin interrumpe. —¿Estabas hablando de Theo?— A regañadientes me aparto del abrazo y la inclinación de cabeza de Theo. —Sí.

—¿Por qué no me lo dijiste?— Detecto dolor en su voz. —Podría haberte ayudado a resolver tus sentimientos.

Me burlo. —Por favor, no hay forma de que pudiera haberte dicho que sentía algo por tu mejor amigo.

—¿Por qué no?— Kevin parece confundido. —Es el mejor tipo que conozco, así que ¿por qué no iba a estar contento de que tú y él se juntaran?—. Una pequeña sonrisa se extiende por sus labios.

Siento que mi boca golpea el suelo. —¿Hablas en serio?

—Sí. No podría estar más feliz—. Kevin da un paso al frente y empuja a Theo a un abrazo. Se abrazan durante unos segundos, dándose mutuamente las dos palmaditas varoniles en la espalda, y cuando se alejan, mi hermano mantiene su brazo firmemente alrededor de Theo cuando me habla. —Pero te lo advierto, Julia. Si le haces daño al corazón de este hombre, vas a tener que pagar un infierno.

—Uh, ¿perdón?

—Lo siento, ¿no fui claro?— Kevin me tira de un mechón de pelo y dice dulcemente: —No estropees esto. Theo es lo mejor que te ha pasado en la vida.

—Gracias, hombre—. Theo se vuelve hacia él, con sinceridad en sus rasgos.

—Lo digo en serio—, dice Kevin, justo antes de darle otro abrazo a Theo.

Tiene que estar bromeando.

Están ahí parados, abrazándose los dos, alabándose poco el uno al otro en voz baja. Y yo que pensaba que Kevin era mi familia. Con un gran giro en los ojos, la molestia me golpea fuerte, agarro la puerta y los empujo a ambos fuera del apartamento, tirándolos. Idiotas.

Estoy a punto de dar un paso hacia mi baño cuando mi puerta se abre de nuevo y Theo me agarra de la muñeca. Me da vueltas en sus brazos y me da un beso en los labios. Profundo, húmedo y caliente. Cuando se aleja, mantiene su frente apretada contra la mía cuando dice: —Te llamaré más tarde. Tu hermano me va a llevar a desayunar—. Me aprieta el culo y añade: —Anoche significó mucho para mí, Jules. Gracias. Hablaremos más tarde.

Con eso, me pone un beso casto en los labios y luego sale por la puerta, dejándome en un estado menos molesta... en realidad. Para ser honesta, me estoy desmayando un poco mientras toco mis labios, sorprendida, feliz e impaciente mientras empiezo a contar los minutos hasta que pueda volver a ver a Theo. Y eso es después de sólo una noche.

CAPÍTULO VEINTISIETE

THEO

—¿Salud?—. Sostengo mi mimosa, me gusta el champán y el jugo de naranja, así que demándenme, y espero a que Kevin haga sonar su taza de café con la mía.

Duda por un breve segundo antes de darme una sonrisa completa y chocar su taza con mi pequeña flauta de champán. —Salud.

Ambos tomamos un sorbo de nuestras bebidas y luego nos recostamos en las sillas, un aire casual entre nosotros. No sé por qué estaba nervioso por decírselo a Kevin. Debería haber sabido que estaría contento con este enganche.

—Así que te gusta mi hermana, ¿eh?—. Se apoya una pierna en su rodilla, sostiene su tobillo y me examina.

Decido ser completamente transparente. Es la única forma en que siempre he estado con él, además de todo eso de lanzar la apuesta, pero fue por una buena razón. —Si. Me gusta mucho.

—¿Cuánto?

—Ella es la indicada, hombre—. Bebo mi mimosa.

—¿La elegida?— Kevin pregunta incrédulo.

—Definitivamente.

—¿Cuánto tiempo llevan saliendo?

—Un día—. Sonrío.

Me mira de reojo. —Llevas un día saliendo con alguien, ¿Y crees que ella ya es la indicada?

—Podríamos haber estado saliendo por un día, pero ella ha sido dueña de mi corazón por mucho más tiempo que eso. Me ha intrigado desde que la conocí. Después de que me rechazó la primera vez, supe que estar con ella no se trataba de una gratificación instantánea. Sobre el simple encaprichamiento. Fue cuando supe que sentía algo diferente por ella. Algo que nunca he sentido por nadie más. Sabía que necesitaba tiempo para alcanzar sus metas, que tendría que trabajar duro por su afecto, y cuando llegara el momento, ir tras ella con todo lo que tenía.

—¿Y el momento era el adecuado?

Le guiño el ojo. —El momento era perfecto.

No menciono que la última semana fue una tortura, tratando de cortejarla después de haberla probado brevemente, porque en todo caso, tengo un poco de orgullo y no quiero que mi amigo se entere de mi lucha momentánea.

—¿Y eres feliz?

—Más feliz de lo que creo que nunca he sido—. Y esa es la verdad. Soy un tipo feliz, no me mal interpreten. No estoy todo el día en mi oficina esperando para hablar con alguien. Nora puede atestiguar eso. Pero hay niveles de felicidad, y para mí la mayor cantidad de felicidad es vivir feliz. No lo era viviendo hasta que Julia apretó sus labios contra los míos. Es como si en el momento en que nuestras bocas se conectaron, todo pareciera más brillante, como si pudiera respirar más ligero, como si todo en toda mi vida hubiera estado en pausa para llegar a ese momento.

Soy feliz viviendo, y todo es por la hermana de mi mejor amigo. —Se siente bien, Kevin.

—Confío en ti más que en nadie que conozca, Theo, y por eso puedo aceptarlo. No eres un mentiroso, o no seríamos amigos. Ella ha sido mi mundo durante veintiocho años, y su felicidad es todo lo que quiero, y verla contigo antes? Diablos, sí, me sorprendió al principio, porque no tenía ni idea. Pero vi la mirada en sus ojos. Parecía feliz. Aparte de la vuelta de ojos cuando eras un imbécil arrogante.

Me reí. Respiró hondo y miró hacia otro lado momentáneamente. Pero su expresión estaba contenida cuando me miró.

—¿Y no vas a ser un idiota con ella?

Le doy una mirada de verdad. —¿Tienes que preguntar?

—No, porque si le rompes el corazón, sabes que te mataré.

—Confía en mí, no tienes que preocuparte.

Al día siguiente...

—Hola.

—Hey—, responde ella. Puedo oír la sonrisa en su voz sin tener que verla. Sé que esto es lo suficientemente bueno como para saber cuándo es feliz, y esa es su voz. —¿Qué estás haciendo?

—Haciendo la cena.

—¿Ah, sí?— Camino por el pasillo. —¿Y qué cocinas?—.

—Un plato de pasta.

—¿Hay suficiente para dos?— Me meto en la puerta de su apartamento y llamo dos veces. Se ríe un poco.

—Si abro mi puerta, ¿te encontraré en el otro lado?

—Puedes apostar tu bonito culito a que lo harás. Ahora abre, mujer.

El teléfono se calla mientras abre la puerta, la anticipación de verla a punto de matarme. En el momento en que se abre la puerta, vuelo hacia adentro y la tomo en mis brazos, pateando la puerta y cerrándola con mi pie.

Antes de que pueda decir una palabra, planto mis labios en los suyos y la giro contra la pared donde cuidadosamente le pongo una ventosa en la mejilla e inclino su mandíbula hacia arriba, lo que me permite un mejor acceso a esa boca tan deliciosa que tiene. Con mi otra mano, la apoyo contra la muralla y me inclino hacia adentro, fijando sus caderas en su lugar.

Ella responde con manos apresuradas, acariciando mi pecho antes de acercarse a mi cara donde sus pulgares rozan contra la barba de mi mandíbula. Ella gime. Me quejo. Rota sus caderas. Yo empujo la mía. Me agarra por la nuca. Le meto la lengua en la boca.

—Dormitorio—, dice entre besos.

—¿Pasta?— Pregunto, poniéndole la blusa sobre la cabeza.

—Lasaña. En el horno. Treinta minutos.

—Demonios, es mucho tiempo—. La tomo en mis brazos y prácticamente corro a su habitación donde la tiro sobre la cama y me pongo el suéter en la cabeza, dejándolo caer a un lado. Sus ojos se fijan en mi pecho, y como soy el tipo de hombre que quiere darle a mi hija todo lo bueno, flexiono mis pectorales mientras me inclino hacia abajo para quitarle los pantalones.

Sus manos pasan por encima de mis hombros, la suavidad de sus palmas deslizándose sobre mi piel se siente como un rayo erótico directo a mi entrepierna. En segundos estoy duro como una piedra, listo para tomarla de cualquier manera que ella me deje.

—Estómago, ahora—, ordeno, amando cómo sus ojos se iluminan de deseo justo antes de darse la vuelta, exponiendo su trasero vestido de mujer. Extremadamente preciosa.

Hambriento de esta mujer, empiezo por sus pantorrillas y le subo las manos por las piernas, hasta el culo, donde le doy un masaje con dos globos redondos debajo de las palmas de las manos. Su cabeza cae de lado, sus manos agarran

las sábanas, y puedo decir que ya está mojada por la forma en que su boca cae abierta.

De un solo movimiento, le quito la tanga y luego le desabrocho el sostén. —Fuera—, digo, viéndola tirar su prenda a un lado.

Completamente desnuda, yace frente a mí, boca abajo, esperando mi próxima orden. Ella se somete tan fácilmente, tan voluntariamente, que tiene mi mente girando con posibilidades. ¿Qué podíamos hacer? ¿Con qué podríamos jugar? Ya sé que los vibradores están en la mesa después de la aventura de anoche. ¿Estaría abierta a otras cosas?

Diablos, no necesito preocuparme por eso ahora. Tengo una eternidad para averiguarlo.

Con una mano en el culo, deslizo la otra debajo de sus caderas hasta su vagina suave donde deslizo un dedo dentro de ella. Mojado, tan exquisitamente mojado. Yo lo sabía.

—¿Te excito, Jules?—. Ella asiente con la cabeza, sus manos agarran las sábanas aún más fuerte, sus caderas se mueven muy levemente. —Quiero oírlo de esos preciosos labios. ¿Te pongo cachonda?

Ella emite un suspiro largo, seguido de una corta respiración cuando juego con su clítoris. Sus caderas se elevan en el aire, su culo tan tentador de golpear. —Sí, Dios, me excitas, Theo.

—Eso es lo que me gusta oír—. Me arrodillo en la cama, poniéndome en una mejor posición donde tengo un mejor ángulo. —¿Alguna vez alguien te ha pegado, Julia?

—No—, dice ella, su aliento se le hace difícil.

—¿Nunca? ¿No, cuando este culo lo ruega?—. Ella sacude la cabeza silenciosamente. —Bueno, vamos a tener que cambiar eso.

Sin esfuerzo deslizo dos dedos dentro de ella, suave, húmedo, apretado y caliente, mi pene golpea contra la cremallera de mis jeans, queriendo estar donde están mis dedos. Ella levanta sus caderas aún más alto y comienza a mover mis dedos hacia adentro y hacia afuera. Es la cosa más caliente que he visto en mi vida, Julia Westin montando mis dedos, cogiéndolos, la mirada de puro éxtasis grabada en su hermoso rostro.

La dejo hacer el trabajo, girando sus caderas, dejándola tomar la iniciativa, y justo cuando llega a un buen ritmo, le doy una bofetada en el culo. Su respuesta inmediata es un gemido cuando se vuelve instantáneamente más húmeda por todo su alrededor. Mierda, eso es tan sexy.

—Sí—. Mueve las caderas un poco más rápido. Manteniendo sus codos y

antebrazos plantados en la cama, inclina su trasero en el aire, casi como si estuviera pidiendo más. Mis dedos se deslizan hacia adentro y hacia afuera y no hay mucho que pueda soportar antes de que esté a punto de perderlo.

Necesitando estar dentro, me quito los dedos, haciendo estallar una gigantesca protesta de ella, pero tengo los pantalones desabrochados y empujados lo suficiente como para poder sacar mi verga de sus confines e insertarme rápidamente en su cálida vagina.

—Maldito infierno—. La agarro por el culo y dejo que vuelva a tomar el control. Ella mueve mi miembro largo y duro dentro y fuera de ella, el ritmo me hace sentir fácilmente mareado por la lujuria.

La golpeo de nuevo, esta vez un poco más fuerte. Se contrae a mi alrededor, absorbiéndome mientras empuja sus caderas contra las mías.

—Cielos—, murmuré, inclinándome y agarrándome a una de sus tetas. Con cero finura, le pellizco el pezón, duro, y siento la ola de placer que recibo del intenso apretón de sus paredes internas. Su respiración es errática, casi como si no supiera cómo introducir el aire en sus pulmones. Sus gemidos resuenan en el pequeño espacio de su habitación, y su cama cruje debajo de nosotros, pero ninguno se detiene.

—Oh mierda, oh Dios—, grita mientras sus paredes internas se contraen a mi alrededor. Rápidamente me acerco y juego con su clítoris. Ella grita mi nombre, luego se queda en la cama y tiembla incontrolablemente.

Mierda. Mi pene se hincha dentro de ella justo antes de derramar todo lo que tengo dentro de mí. Empuje tras empuje, el semen sale de mí hasta que estoy absolutamente agotado e incluso cuando pienso que he terminado, mis espasmos continúan mientras Julia sigue haciendo movimientos.

Ella es sexy. Ella es mía. Los dos nos derrumbamos en la cama, yo encima de ella. Todavía dentro, beso su cuello, sus hombros, y aparto su pelo para poder besar su mejilla y el lado de su boca.

—Demonios, Jules, no creo que haya llegado tan lejos.

Ella se ríe. —Eso es lo que dijiste sobre la mamada del vibrador.

—Esto se superó. Que te follaras mis dedos y mi pene así, era tan sexy.

—¿Te gustó eso?— Me sonrío perezosamente. —Me encantó.

—¿Por qué nunca nos cocinaste en la universidad?—. Pregunto, acariciando mi estómago, que actualmente está lleno de la preparación de Julia.

Se lame el tenedor, justo delante de mí. Como si verla lamer un tenedor no fuera a excitarme en segundos. —Yo vivía en los dormitorios y tú vivías en una casa donde las ollas y sartenes desaparecían cada noche—. Mira y lame el tenedor con una sonrisa, sabiendo exactamente lo que está haciendo. Se lo quito de la mano y lo pongo en mi plato vacío. —Creo que eso es una excusa. No querías que todos supiéramos lo buena que eras cocinando, o te hubiéramos tenido haciendo la cena familiar todos los domingos por la noche.

—Ese era mi miedo. No quería cocinar para ustedes, chicos tontos.

—Si hubieras hecho la cena familiar, ¿qué habrías cocinado?

Tambalean los dedos sobre la mesa, los ojos fijos en el techo de su apartamento, pensando en su respuesta. —Hmm, probablemente habría hecho algo realmente asqueroso para no tener que cocinar de nuevo.

—Vamos, dime... ¿qué habrías cocinado?

Ella da un largo suspiro. —Fácil, habría hecho macarrones caseros con queso. Lo habría servido con un bar de disfraces. Donde podrían haber elegido entre diferentes opciones como: más queso, tocino, cebollino, brócoli, pollo, barbacoa, cosas así. Y de postre, probablemente mis barras de caramelo.

Parpadeo un par de veces. —Actúas como si hubieras pensado en esto.

—Lo hice. Muchas veces. Siempre pensé que Kevin me lo pediría algún día, y si lo hacía, quería estar preparada, así que realmente pensé en lo que haría. Quería asegurarme de que todos los chicos de esa fraternidad supieran que podía alimentarlos bien y no meterse conmigo.

—Sí, nadie se habría metido contigo.

—Porque era la hermana de Kevin, lo sé.

—No—. Sacudo la cabeza. —Porque una vez que te conocí, todos los tipos en esa casa sabían que no debían meterse contigo, o me responderían a mí.

Se sienta allí, aturdida durante unos segundos antes de que sus ojos se ablanden. —¿De verdad hiciste eso?—. Asiento con la cabeza. —Sí, no quería a nadie más cerca de esos calcetines tuyos. Lo reclamé, de una manera extraña, pero aun así lo hice.

—¿Measte a mi alrededor?—. Una risa brota de la boca del estómago mientras la subo a mi regazo y meto la mano por la parte de atrás de su blusa, frotando su suave piel. —Sí, te traté como si fueras mi propio hidrante personal y oriné a tu alrededor. No me avergüenzo de ello.

—Curiosamente, eso me parece entrañable—. Esta chica. Nunca deja de sorprenderme.

—Julia Westin, sácame estas esposas— Aspiro profundamente y gimoteo, —Ahora.

Me giro hacia un lado, esperando que ellas sean baratas y se rompan con un buen tirón. Pero no cejan en su empeño.

—Dijiste que querías esto.

—No, no lo hice—, siseé entre mis dientes. —Dije...oh Dios, hazlo de nuevo.

Su lengua perfecta lame la parte inferior de mi pene, justo en la punta, en el punto bueno. Ella mueve la lengua unas cuantas veces hasta que puedo sentir que mis bolas se aprietan.

—Bien, para. Sólo. Detente—. Me muelo mientras ella me da un golpe más, causando que mis ojos se abomben. —Julia. Detente.

Su sonrisa malvada se asoma más allá de mi erección masiva. —¿Quieres que pare todo?—. Se levanta de su posición y arrastra sus pezones arrugados sobre mi pene mientras me besa para subir por mi estómago. Cuando llega a mi boca, le da a mis labios un pequeño mordisco. —Pensé que lo querías.

—Sí—. respondo sin aliento, mi necesidad de fricción es abrumadora. — Pero esto fue una mala idea. Necesito control. Necesito estar dentro de ti.

Ella mueve las cejas. —Esta fue una gran idea. Me encanta tener rienda suelta sobre tu cuerpo. ¿Y no fuiste tú el que dijo 45 minutos de preliminares? Sólo estamos a diez minutos, Theo. Tenemos un largo camino por recorrer—. Con eso, ella hace su camino de regreso a mi pecho y tira de mi pezón con sus dientes. Mi pene salta

—Cinco minutos es todo lo que se necesita, y lo hemos superado. Así que vamos, súbete en mí.

Asiento con la cabeza, tratando de animarla a que se siente a horcajadas.

—Mmm, está bien. Estoy bien donde estoy.

Sus tetas me raspan la piel mientras se desliza hacia mi verga. Ella toma mis bolas en su mano, las hace rodar unas cuantas veces antes de presionar la parte plana de su lengua a lo largo de la raíz de mi miembro y lamiendo todo

el camino hacia arriba. El pre—cum me sale cuando mis ojos se cierran, y mi respiración se vuelve aún más difícil que antes. Aprieto los dientes cuando ella se aleja completamente. Agotado y tan duro, inclino mi cabeza a un lado y suplico. —Julia, quiero entrar en ti, por favor... No puedo soportarlo más—. Sí, te lo ruego, carajo.

—¿Estás latiendo, Theo?—. Sus dedos rozan ligeramente mi pierna, justo al lado de la unión entre mis muslos.

—Estoy a punto de llenarme el estómago. Por favor—, le digo. —Acaba con mi miseria.

Sus dedos bailan sobre mi pene y me dan una palpitación casi dolorosa. —¿Me estás diciendo que si no te cojo y te dejo descansar aquí, podrías venirte sin que te toque?

—No—. Muevo la cabeza con vehemencia. —No, se me caerá la verga—. Le doy un tirón a las esposas y las siento aflojarse. Ella mira mis manos. —No te atrevas a romper...

Tiro de nuevo y se rompen saliéndose de la cabecera. Sí. Un hijo de puta libre, agarro a Julia por la cintura y la pongo en mi regazo. La levanto y la hundo en mi órgano viril.

—Diablos, sí—, me quejé.

—Hey—. Ella hace pucheros. —Eso no es justo.

La empujé, haciendo que se quedara boquiabierta y cayera hacia adelante, con las manos en el pecho. —No parece que te quejes demasiado, preciosa, no con lo mojada que estás.

—Quería ser...,—. Respira hondo y empieza a mover las caderas hacia arriba y hacia abajo, presionándome. —La que se hiciera cargo.

—Entonces hazte cargo ahora, nena—. Pongo las manos detrás de la cabeza. —Ahora que estoy dentro de ti, puedes tomar las riendas de nuevo, pero te advierto, si me dejas, no te va a gustar lo que pase.

En lugar de responder, me sube las manos por el pecho y luego las arrastra hacia abajo, rastrillando sus uñas sobre mí.

Cielos, esta mujer. Me agarra por los costados y gira sus caderas con maestría. Su boca se abre y jadea. —Eres tan grande, Theo, te sientes tan bien—. Un tipo no puede oír eso lo suficiente.

Empujé mis caderas hacia ella e inesperadamente se tensa a mi alrededor. Con sus tetas rebotando, sus dedos perforando mis costados, deja salir un grito salvaje y viene, apretándome tan fuerte que mis pelotas se aprietan, así que me estoy derramando dentro de ella, mi visión se vuelve negra, y todos los

sentidos a mi alrededor se desvanecen mientras mi orgasmo me golpea hasta matar el estómago.

—Maldición—, grito, mis caderas se ralentizan, nuestras respiraciones se ponen al día con la sangre rugiendo a través de nuestros cuerpos.

Después de lo que parecen minutos, Julia se derrumba encima de mí y apoya su cabeza en la curva de mi cuello. Sudorosa y alegre, cepillo su pelo con mis dedos y beso el costado de su cabeza. —Eres increíble, Jules.

—Lo soy, ¿no?— Se ríe y me levanta los labios hasta la barbilla. —Tú tampoco estás tan mal.

La madrugada ha caído sobre nuestra enredada cama. Se tiran sábanas, no tengo ni idea de dónde empiezan y terminan nuestras extremidades, y siento como si estuviera muerto y me hubiera ido al cielo. No es por todo el sexo, que ha sido increíble, sino porque tengo a la chica de mis sueños en mis brazos. Su mano descansa sobre mi pecho y sus dedos bailan sobre mi piel. Esto es una bendición.

Puedo sentirlo. Puedo sentir la conexión que estamos creciendo con cada respiración que tomamos. Puedo sentir la forma en que ella se desliza cada vez más profundo en mi abrazo. Definitivamente he notado la forma en que sus ojos me miran como si no pudiera creer que estoy aquí, en su apartamento, en su cama.

—¿Estás despierta?—. Yo susurro.

Ella asiente con la cabeza. —Sí, uno pensaría que estoy exhausta en este momento, pero no puedo apagar mi mente.

—¿Necesitas hablar sobre algo?

—En realidad no.

Mis labios encuentran el lado de su cabeza. —Sabes, ahora que eres mi novia y todo eso, vas a tener que empezar a decirme qué está flotando en esa bonita cabeza tuya.

—Voy a enloquecer.

—Bueno, cuando lo dices así, es muy probable—. Me río para aligerar el humor, pero no le hace nada a la tensión que empieza a acumularse en ella, así que le aprieto el hombro. —Vamos, no me asustaré.

—¿Lo prometes?

—No, pero lo intentaré.

Ella suspira y se me acerca, retorciendo su pierna a través de la mía. —Me está costando mucho procesar todo esto.

—¿Todo qué? Sé específica,— digo con calma, aunque mi corazón

comience a latir. No creo que me las arregle si se aleja de mí ahora. No podría volver a ser como antes.

—...ciencia y mapeo mi vida, asegurándome de que todo esté en orden, que todo concuerde....

—Sí—, me arrastro.

Ella espera unos cuantos latidos antes de continuar. —Supongo que no lo sé... Creo que estoy confundida

—¿Confundida sobre qué?— Dios, mujer, escúpelo ya. —Eres un rojo—. Diablos, esto otra vez.

—Julia, ¿puedes hacerme un favor?

—Tal vez.

La cambio para que se vea obligada a mirarme a los ojos. Suavemente, toco su mejilla y froto su dulce cara con la almohadilla de mi pulgar. —Sé que esto va a ser difícil para ti, pero de verdad, quiero que no lo pienses demasiado, quiero que lo sientas. Vive el momento conmigo.

—¿Pero qué pasa si el momento está mal?

—Confía en que no lo es.

—Pero....

—Confía en mí. Sólo vive el momento. ¿Harías eso por mí? ¿Por nosotros?

Se muerde en la mejilla, pensando en ello. —No vivo la vida como tú, Theo, tan libremente, sin importarme el mundo. Calculo todo, asegurándome de que sea el movimiento correcto.

—Y eso te ha llevado tan lejos en tu carrera, algo de lo que deberías estar muy orgullosa, pero cuando se trata de tu vida amorosa, tienes que dejar a un lado tus gráficos y tablas. Sólo debes sentir—. Presiono mi palma contra su corazón. —Deja que tu corazón tome las decisiones y no tu cabeza.

—No sé cómo hacer eso. Durante tanto tiempo mi cabeza ha protegido mi corazón.

—Tal vez tu hermosa cabeza ha evitado que tu corazón lata a su máximo potencial. Deja que tu corazón lata... por mí.

Sus pestañas revolotean mientras me mira lentamente. Tímidamente, levanta la mano donde me cepilla el pelo, sintiendo las mechas cortas y suaves. —Creo que puedo hacerlo.

Y así como así, siento que mi corazón salta de mi pecho y va directo a las manos de Julia. Ella lo sostiene; lo tiene todo para sí misma. Pero no creo que se dé cuenta de que el mío late por ella, que tiene el potencial de aplastarlo más que nadie en mi vida, y espero que no me lo devuelva. Nunca.

CAPÍTULO VEINTIOCHO

JULIA

—No hay manera de que eso sea verdad—. Empujo el pecho de Theo, pero él no se mueve, ya que me mantiene pegada al mostrador, de pie entre mis piernas, alimentándome con uvas del fregadero.

—¿Por qué nunca crees nada de lo que digo?

—Porque embelleces mucho el relato. Arruina tu credibilidad.

—Ser un buen narrador no debe manchar mi credibilidad. Estás siendo demasiado injusta con esto.

Genero una mueca con mi boca a un lado, incrédula. —¿Me estás diciendo que tenías cinco años, cuando accidentalmente te cortaste el dedo del pie, pero por suerte un cirujano pudo coserlo, y como ya eres mayor no hay cicatriz?

—Exactamente—. Me sonrío tiernamente. —Eres un mentiroso.

—No, no lo soy.

—Bien—. Puse mi mano sobre él. —Dame tu teléfono, llamaré a tu madre ahora mismo. La conozco, así que me dirá la verdad.

Se estremece. —Sabes, esa no es una buena idea. Creo que está en su club Bunko ahora. Se pone furiosa cuando la interrumpo.

Le doy una gran vuelta de ojos y rápidamente lo empujo fuera del camino y salgo del mostrador, alejándome de él antes de que pueda agarrarme. —Eres un mentiroso. No te cortaste el dedo meñique derecho del pie.

—Sí, lo hice..

—Dijiste que era tu dedo meñique izquierdo—. Mira hacia el techo, tratando de dar marcha atrás. —¿Lo hice?

—Dios mío, eres lo peor, ¿lo sabías?

Me dirijo a la extensión de las ventanas de su sala de estar y pongo dos grandes muebles entre nosotros, porque conozco a este hombre, y poner distancia entre nosotros sólo lo va a volver loco.

Esto es exactamente lo que quiero hacer. Me vuelve loca con sus palabras, así que lo volveré loco con la distancia juguetona.

—Eso no es lo que dijiste la otra noche en la ducha. Estoy bastante seguro de que hablaste que yo era el mejor que habías tenido.

Desafortunadamente, eso es cierto. Normalmente no inflaría su ego más

grande de lo que es, pero Dios, la ducha..., él hizo esta cosa del golpe largo con su lengua que casi me hace saltar de mi piel. Se me salió la confesión antes de que pudiera detenerlo.

Despreocupada, me encogí de hombros y dije: —Era mentira.

—Bien— Arroja pomposamente la cabeza hacia atrás y se ríe. —Por favor, ¿quién podría ser mejor que yo? No olvides que conozco tu lista de conquistas en la cama, y no hay manera de que ninguno de ellos se acerque a mi calibre de poder hacerte gritar en la cama.

El vapor se acumula y empieza a soplar en mis oídos. El confiado y arrogante trasero. Puede que me guste mucho, pero también se me permite querer darle un puñetazo cuando sea el momento adecuado, y es absolutamente adecuado ahora.

Apretando el impulso de arar mi puño hasta la cuenca de su ojo, decido jugar con su confianza. —No conoces a todo el mundo.

—Oh, por favor, Jules, sé....

—Blake Davenport—. Doblo mis brazos sobre mi pecho y saco mi cadera, el dobladillo de la camisa de Theo bailando en lo alto de mis muslos.

Parpadea un par de veces. —¿Blake Davenport?—, pregunta un poco escéptico. —Sí, trabaja en mi edificio, piso veinte, director general de Davenport.

—Publicidad—, termina Theo para mí, su cara se enoja.

Entonces, Blake Davenport es una persona real. Increíblemente atractivo en realidad. Es conocido por aparecer en la página seis de las revistas de chismes de la ciudad, con una chica nueva en su brazo cada noche. Tiene la reputación de ser un hombre que busca sexo, y sólo sexo. No tengo ninguna duda de que Theo sabe exactamente quién es.

Se retuerce los labios hacia un lado en disgusto, sus ojos se concentran en mí, como si estuviera tratando de reflexionar sobre la idea de Blake y yo juntos. —¿Me estás diciendo que tuviste sexo con Blake Davenport.

Le meneo tres dedos. —Tres veces. Dos veces en su oficina, una en la mía—. No sé por qué mentir me resulta tan fácil en este momento, pero está fluyendo y me encanta la reacción. Por una vez, tengo ventaja sobre Theo cuando se trata de palabras.

Si no fuera tan sarcástico y arrogante todo el tiempo, no habría manera de que me burlara de él ahora mismo, pero una probada de su propia medicina le hará bien.

Casi puedo escuchar el rechinar de dientes mientras su mandíbula trabaja de

un lado a otro, su mente aguda contemplando su próximo movimiento.

—¿Qué tan grande?

—¿Qué?

No se salta ni un latido. —¿Qué tan grande era su pene?

Sabiendo que está a punto de haber un montón de preguntas en mi camino, me preparo y trato de no mostrar ningún indicio en mis mentiras. —Más o menos igual al tuyo.

Eso le insufla algo de aire en el pecho, pero no lo suficiente porque sus cejas todavía están dibujadas en forma de V, su enojo se está acumulando.

—¿Te habló sucio?

—Por supuesto.

—¿Te pegó?

—No necesitó hacerlo. Además, recuerda, nunca nadie me ha pegado aparte de ti—. Oh, buen intento.

Puedo ver su decepción por su incapacidad para atraparme en una mentira. —Entonces, ¿qué lo hizo mejor, como dices? Porque estoy bastante seguro de que nadie más pasa cuarenta y cinco minutos en juegos preliminares.

—Eso es porque Blake puede gastar diez y hacer que me vuelva más golosa y más tiempo—. Oh Dios, la furia en sus ojos, el choque absoluto en su boca. Es casi demasiado bueno. —Más golosa y más tiempo, ¿eh?

Lentamente asiento con la cabeza. —Pero era sólo sexo caliente y sudoroso. Nada más.

—¿Nada más?— Sus cejas se elevan hasta la línea del cabello. —Así que si te llevo a la oficina de Blake y tengo un almuerzo improvisado con él y contigo, ¿me estás diciendo que no pasaría nada?

—¿Crees que en esa mente loca tuya me lo fastidiaría ahí mismo, delante de ti?—. Se encoge de hombros. —No sé, casi suena como si las cosas fueran carnales entre ustedes dos.

Sacudo la cabeza. —¿Estás celoso?—. Hay un tono burlón en mi voz que puedo decir que no aprecia.

—¿Estoy celoso? Más bien perturbado. No puedes decirme que hay un tipo ahí fuera que te lo hace mejor que yo. Se supone que soy tu número uno. Diablos—. Se rastrilla el pelo y ahora me siento mal por apretarle los botones, porque está seriamente perturbado.

—Jules, eres la mejor para mí. Nunca en mi vida he estado con alguien que se acerque a la forma en que me haces sentir. Y me mata que no sientas lo mismo por mí.

Bien... ahora me siento muy mal. Tal vez mi broma ha ido demasiado lejos.

Se dirige hacia el sofá y baja la cabeza, rascándose la nuca. —Mierda, no lo sé..., creo que necesito pensar en esto por un segundo.

Como si no pudiera estar cerca de mí, empieza a caminar hacia a su habitación y es entonces cuando me doy cuenta de que es hora de dejar de bromear. Esto ha ido demasiado lejos y casi parece que está a punto de romper conmigo. El pánico hace que mi cuerpo se mueva hacia adelante y le impido salir de la sala de estar.

—Estaba bromeando. No sé por qué dije que me acosté con Blake. Sólo trataba de.... No lo sé, un ascenso desde que tuviste todas estas historias salvajes en tu pasado.

—¿Qué?— Sus cejas se juntan.

—No tuve sexo con Blake.

Resopla a mi lado, su hombro choca contra el mío. —Lo que sea, Julia. Deberías irte.

—Theo, espera—. Tiro de su brazo. —Lo siento. No quise herir tus sentimientos. Fue una estupidez y una broma que salió mal. Por favor, mírame.

Le doy un tirón en el brazo y cuando se da la vuelta, me saludan con una sonrisa gigante y un movimiento de sus hombros mientras empieza a reír.

—Oh Dios, lo siento, intenté aguantar todo lo que pude, pero no resultó—. Doy un paso atrás. —¿Por qué te ríes?

Me abraza y me besa en la cabeza. —Eres linda por tratar de superarme, pero Blake es gay, nena. Todas las mujeres que ves en sus brazos, sólo son barbas. La próxima vez que intentes superarme, asegúrate de tener los hechos claros.

Maldito. Trata de brillar esa sonrisa ganadora, pero es inútil. Veo rojo sangre puro, sin filtrar. Alguien va a ser apuñalado esta noche, y estoy cien por cien segura de que va a ser Theo Scott.

—¿Estás bromeando?—. Intento alejarme, pero él no me deja fuera de su alcance. —Voy a matarte.

Sí, eso se dijo con mi voz loca, pero todo lo que hace es hacer reír a Theo, levantarme sobre su hombro, y llevarme a su cama donde me muestra exactamente por qué es el mejor amante que he tenido. Aunque es el hombre más enfurecido con quien mantener una conversación.

Luego...

Giré sobre mi talón y lancé algunas pistolas de aire en dirección a Theo mientras arrastraba los pies por el piso de pino pulido. Los alfileres y las

pelotas rebotan a nuestro alrededor, los aplausos estallan al azar, y las máquinas de pelotas están en una situación constante. Mientras mi lamentable novio se enfurruña en un sofá muy acogedor.

—¿Viste eso?— Mueve su pulgar detrás de mí. —Estoy bastante seguro de que es mi tercer strike consecutivo, lo que significa que tengo un pavo—. Empiezo a mover los brazos como si fueran alas y a sacar la cabeza. —Segundo pavo seguido. ¿Cuántos strikes son esos?

Frunce los labios, los brazos cruzados sobre el pecho, una postura encorvada en su asiento. Murmura algo, pero no puedo oírlo por mi celebración.

—¿Puedes decir eso un poco más alto?—. Me tapo la oreja.

—Seis—, siseó, haciéndome reír. Oh, está tan enfadado. Es una de las mejores cosas que he visto. Theo Scott se ha caído de su columna y es increíble. Nada como ver a tu novio más humano.

—Así es—. Asiento con la cabeza y me siento a su lado, acariciando su pierna. —Seis strikes. Vaya, esto es increíble. ¿Cuántas huelgas tienes otra vez?

—¿Sabes?, regodearse no es atractivo.

—Guau—. Le toco la barbilla. —¿Te sientes amargado?

—Claro que me siento amargado. ¿Cómo diablos sabes jugar tan bien a los bolos? ¿Estabas tomando clases secretas que yo no conocía?

—Más o menos. ¿Recuerdas el imbécil de la universidad con el que salí? Estaba en un club de bolos. Una de las únicas cosas que hizo conmigo fue llevarme a los carriles. Me enseñó a jugar.

—Qué imbécil. ¿Quién le enseña a una chica a jugar a los bolos?

—Uh, fue romántico y lindo, y una buena habilidad para la vida, ya que puedo volver loco de celos a mi actual novio.

Se pone de pie y se frota las manos con los vaqueros, su camisa se levanta un poco por detrás cuando coge el balón, lo que me da una pequeña muestra de un trozo de piel. —Sabes que esta es la última vez que vamos a jugar a los bolos, ¿verdad?—. Me mira fijamente por encima del hombro antes de lanzar la bola hacia adelante, directamente a la alcantarilla. Mantengo los labios juntos, sosteniendo el estallido de risa que quiere salir.

Rápidamente se da la vuelta y me señala. —Ni una palabra, ¿me oyes?—. Subo la cremallera y sacudo la cabeza.

Murmura algo junto a la máquina de balones y me da la oportunidad de soltar mi sonrisa mientras intenta hacer su segundo giro, lanzando al aire.

Golpea el carril a mitad de camino y rebota varias veces antes de golpear dos pines. Aplaudo para él. Me da una mirada asesina.

—Oye, al menos sabes que si lanzas la bola como un cohete, al menos puedes golpear a dos.

Salió corriendo hacia la recepción mientras llamaba por encima de su hombro. —Tenemos parachoques y cuando llegemos a juego de láser, te voy a destruir.

Al menos eso es lo que él piensa.

Al rato...

—Pew, pew, estás muerto—. Digo yo, de pie frente a un Theo conmocionado.

—¿De dónde carajo saliste?—. Mira alrededor del espacio oscuro, tratando de medir mi escondite.

—No es asunto tuyo, pero creo que el último asesinato fue tu última vida. Lo siento, amigo, pero estás acabado.

—Esto es una mierda—. Se arranca el chaleco láser y se va hacia la salida. Oh, pobre chico, ha tenido un día duro.

Porque quiero volverlo loco, termino el resto del partido, quedando segunda en la general y ganando un montón de felicitaciones de todos los chicos mientras salimos de la sala de juego.

—Eso fue increíble, Julia. Aniquilaste a Jeremy, y es difícil encontrarlo ahí dentro.

Me encogí de hombros. —¿Qué puedo decir? Soy pequeña y sigilosa, y sé cómo sorprender a la gente—. Apoyado en la pared, el pelo despeinado probablemente por sus dedos frenéticos que corre a través de las hebras rubias, y no parece muy contento.

Y cuando uno de los muchachos me abraza, Theo se vuelve de un rojo mortal mientras se abalanza sobre la pared y acecha hacia nosotros.

—Deberías venir a tomar una copa con nosotros. Nos dirigimos a O'Brien's, dos cuerdas más abajo. La cerveza va por nuestra cuenta.

—Ella está ocupada—, dice Theo, su voz un sonido estruendoso mientras toma mi mano en la suya. —Deja que la dama hable por sí misma.

Theo me mira, un levantamiento de su frente, esperando mi respuesta. Y sólo porque me siento muy juguetona, digo: —No sé, una buena cerveza fría suena bien ahora mismo.

Sus ojos se entrecerraron, y luego la más pequeña de las sonrisas se asomó

más allá de sus labios. Oh mierda, conozco esa sonrisa astuta. Está a punto de dejarme con estos tipos, puedo sentirlo en mis huesos y en la forma en que empieza a alejarse. Me está llamando la atención.

—Oh sí. De acuerdo, bueno, diviértete entonces—. Presiona suavemente un beso contra mi mejilla y da un paso atrás. —Diviértete con... Bruce, ¿verdad?

—Sí, soy yo—, dice un hombre fornido y muy sudoroso.

—Diviértete con Bruce... Julia—. Mierda, mi nombre completo. —Nos vemos luego—. Él inclina su cabeza en mi dirección y luego se va hacia las puertas.

Bruce me envuelve con su brazo otra vez, y el olor de su sudor es nauseabundo. —Entonces, ¿vamos a tomar una cerveza?

Me escabullo de sus garras y miro hacia la salida donde ya no veo a Theo. —Creo que debería ir a asegurarme de que él está bien. Creo que se lastimó el brazo ahí dentro.

—A mí me pareció que estaba bien—, dice Jeremy a un lado.

—Creo que su ego fue herido—. Bruce se ríe. —Pero eso es todo. Deja que el imbécil se cure las heridas.

—Ese imbécil es mi novio—. Me quito el chaleco y tiro mi equipo delante de Bruce. —Y es el mejor hombre que conozco, a pesar de su falta de instinto en la marcación con láser o su incapacidad para lanzar una bola de boliche correctamente. Así que si me disculpas, voy a ir a buscarlo.

Dejo a los hombres con su equipo de láser tag y camino hacia la salida. Theo en mi mente. Espero que no haya ido demasiado lejos, aunque es muy bueno caminando, especialmente cuando está en una misión.

En caso de que ya se haya subido a su coche, cojo mi teléfono justo cuando estoy envuelta en un fuerte abrazo. Mirando hacia arriba, capto el brillo en los ojos de Theo y la sensualidad de su sonrisa tranquila.

—¿Qué demonios estás haciendo?—. Pregunto, tratando de recuperar el aliento.

Se inclina hacia adelante y presiona un beso contra mis labios. —Te recuerdo que aunque soy inadecuado en Bowl y más, sobresalgo en otros aspectos de la vida—. Gira sus caderas contra mí y me levanta rápidamente contra la pared. Instintivamente, mis piernas rodean su cintura y mis brazos rodean su cuello.

Me pega contra la pared donde sus labios caen sobre los míos, recordándome expertamente de lo que está hablando. Suspiro y dejo que su boca haga el trabajo, mi corazón latiendo con fuerza.

No estoy segura de si es porque me parece más real de nuestros juegos de hoy, o si es la espontaneidad que ha traído a mi vida, pero hay un torbellino de sentimientos que giran en mi interior. Sentimientos que nunca antes había sentido por otra persona. Pero que me aterrorizan y me excitan al mismo tiempo.

CAPÍTULO VEINTINUEVE

THEO

Una risa baja sale de la boca de Roark mientras inclina la cabeza hacia atrás y mira el cielo azul. La primavera está empezando a llegar a la ciudad de Nueva York y todo el mundo ha salido a disfrutar del clima cálido, incluyendo a Roark y a mí.

—¿Cómo van las cosas con Julia? Siento como si no te hubiera visto en semanas.

—Las cosas son perfectas—. Respondo como un idiota enamorado porque, demonios, soy un imbécil enamorado. Si fuera un dibujo animado, tendría los corazones rojos constantemente flotando sobre mi cabeza, haciéndole saber a todo el mundo a mi alrededor que soy un tonto que ha perdido la cabeza por la hermana de su mejor amigo.

Mi amigo emite un suspiro odioso antes de sentarse y tomar un trago de su whisky, el que tenía que tomar a las diez de la mañana. —Perfecto, ¿sí? Qué adorable.

Hoy está en una forma rara. Lo he visto así un par de veces: un cabrón irritable con tendencia a seguir bebiendo hasta que se desmaya al mediodía. Es causado por una de dos cosas: una chica o su familia. A juzgar por los múltiples frascos que trajo con él, voy a adivinar que es su familia.

—¿Has tenido noticias de tu familia recientemente?

—Anoche—. Toma otro trago. —Quieren más dinero.

—¿Para qué?

—¿Quién diablos sabe?—. El acento de Roark se agudiza. — Probablemente por más patatas y col.

—¿Qué has dicho?

—Les dije que el cheque estaba en el correo como siempre..

—Amigo, vamos, hombre, ya hablamos de esto.

—Sí, lo sé—, suspira. —Pero la culpa irlandesa me pesa mucho. Es el mejor tipo de culpa, llena de condenación católica y falta de respeto por los antepasados que vinieron antes que yo. Es un montón de mierda con la que no quiero lidiar. Enviar un cheque es más fácil.

No voy a alargar lo inevitable. No va a cambiar. Lo conozco desde hace

mucho tiempo y, si acaso, su terquedad va a ser su muerte, no la bebida o la fiesta. Será su obstinada voluntad, así que no tiene sentido luchar contra ella.

—Lo entiendo—. Saca una fresa de su plato y la mastica mientras mira hacia la calle. —¿Cuándo vas a pedirle su mano en matrimonio?

Me río. —¿Es tan obvio?

—Amigo, es como si estuvieras prácticamente usando un anillo ahora mismo, esperando para mostrarle a cualquier hijo de puta tu nuevo compromiso.

Mi mano va a la parte de atrás de mi cuello donde la froto un par de veces. —Hemos estado saliendo durante poco más de un mes, así que no habrá una propuesta pronto. Pero, ¿está en el futuro? Demonios, sí. Ella es la elegida. Lo he sabido desde que la conocí. Kevin, sabe dónde tengo la cabeza.

—¿Sí?— Roark asiente. —¿Y no lo estás arruinando?

—No. Estoy zonificado. Va a sonar cursi, pero se siente como si estuviera destinado a ser su novio todo el tiempo. Viene naturalmente, bromeando con ella, amándola, cuidándola.

—Bueno, has estado cuidando de ella y bromeando desde la universidad, así que la otra mierda es una ventaja adicional en este momento.

Tiene razón en algo. He sido amigo de Julia durante mucho tiempo. La hice parte de mi círculo, siempre asegurándome de que estuviera protegida y cuidada. La adición de la intimidad se siente tan natural, como si hubiera estado allí todo el tiempo.

—¿Y ahora qué? ¿Van a vivir juntos?

—Amigo, cálmate, sólo me aseguro de no asustarla.

Con una mirada seria en sus ojos, me pregunta con voz grave: —¿Crees que aún no le gustas lo suficiente?

—No, no necesariamente. Puedo ver el afecto en sus ojos, pero sé que su cerebro está girando, tratando de entenderlo todo. Es muy precisa y bien pensada en todo lo que hace, y creo que nuestra relación la está volviendo loca. Está dando un paso a la vez. Por eso no la presiono ni la empujo. Sólo me aseguro de que sepa cuánto me gusta.

—Estoy seguro de que estás mucho en ella—. Roark se ríe y tose antes de tomar un sorbo de su whisky.

—Diablos, hombre—. Lo miro de arriba a abajo. —Has tenido días mejores.

—No lo sé, carajo—. Suspira y se encorva en su silla. —Dame el día de hoy. Mañana limpiaré.

No es la primera vez que escucho que no se ha muerto todavía, y si hubiera muerto por falta de cuidado de su cuerpo, habría sido en la universidad. Al menos ahora pasa un poco de tiempo en el gimnasio, incluso si tiene resaca.

—¿Por qué carajo olvidé mis gafas de sol?—. Entrecierra los ojos. —Entre el sol y la luz del amor que te irradia, voy a estar ciego durante días.

—No te pongas celoso—. Le tiro mi servilleta.

—¿Celoso?— Se burla de mí. —Por favor, no hay forma de que quiera estar en tu posición. Enamorado y esperando cada segundo para estar con la chica de tus sueños—. Sacude la cabeza. —No, no para mí.

—Cuando los hombres dicen eso, lo que realmente quieren decir es que están solos—. Porque he estado allí. Esperando a Julia. Solitario. Roark levanta una ceja en mi dirección. —¿Es eso cierto? Bueno, entonces, espero conocer a la chica que el universo ha elegido para mí. Sólo espero por Dios que no sea irlandesa.

Más tarde...

—¿Qué crees que estás haciendo?—. Miro la cuchara de madera en la mano y luego la salsa en la estufa. —Uh, removiendo la salsa.

—¿Te pedí que revuelvas la salsa?— Julia pregunta, sin más que un delantal y una tanga.

—No, pero pensé que sería de ayuda.

—Ser útil es mantenerse fuera de mi camino—. Señala el mostrador al otro lado de la cocina. —Siéntate ahí, no me toques, y menos mi comida.

—¿Sabes?, cuando llegué a casa para encontrarte desnuda y cocinando en mi cocina, pensé que esto sería de otra manera.

—Bueno, tardaste mucho en llegar a casa y ahora estamos en la fase crítica, así que no habrá tonterías hasta después de la cena.

Yo refunfuño y me dirijo hacia el otro extremo donde tengo una vista perfecta de su trasero. —No es mi culpa que el tráfico fuera una mierda. No debería ser castigado por la superpoblación de la ciudad de Nueva York.

—Sabes que me tomo en serio mis ñoquis, así que siéntate ahí como un buen chico y piensa en todas las formas en que me vas a profanar más tarde.

—Eso me va a excitar, y mi pene ya está duro de verte con ese delantal y esa tanga—. No creo que pueda soportar pensamientos sucios ahora.

Me sonrío por encima del hombro y me dice: —Háblame de tu día. Tal vez eso te distraiga.

Lo dudo, pero finalmente tengo a esa persona en mi vida con la que puedo

compartir cosas significativas, y algo enorme sucedió hoy. Julia fue la primera persona a la que quise contarle, y me encanta que esta sea una de las muchas cosas que trae estar con ella.

—¿Alguna vez te hablé de mi propiedad en la Séptima?

Ella continúa añadiendo condimentos a su salsa mientras hablo con ella. —
¿Tienes una propiedad en la Séptima? Eso es impresionante.

—Bueno, ahora tengo dos.

—¿Qué?— Gira la cabeza como para ver si hablo en serio. Lentamente asiento con la cabeza, el orgullo irradiando a través de mí.

—Hace un tiempo recibí una llamada de mi administrador de bienes raíces y me habló de una pareja que vendía todas sus propiedades en la ciudad y se mudaba a Tahití. Revisé su portafolio y compré tres de sus propiedades. Dos en SOHO y uno en la Séptima. Es el edificio justo al lado del mío.

—Dios mío, eso es increíble. Debes estar muy emocionado.

—Lo estoy. Es enorme para el negocio. Ya tengo empresas que pujan por espacio de alquiler y debido a mi gran agarre, me están presentando en el Times, haciendo toda esta pieza sobre los jóvenes magnates de bienes raíces.

Eso detiene a Julia en su persecución para hacer la cena. Se da la vuelta, con una cuchara de madera en la mano. —¿Hablas en serio?—. Asiento con la cabeza. —Eso es.... eso es increíble—. Ella corre rápidamente hacia mí y tira de mi cabeza hacia la de ella, donde pone un beso en mis labios. —Estoy tan feliz por ti, Theo.

—Gracias, cariño—. Sonrío perezosamente, en la maldita felicidad ahora mismo. —Se siente un poco irreal, pero estoy entusiasmado. Me van a entrevistar en los próximos días.

—¿Te van a tomar una foto?

—No estoy seguro. No repasé los detalles con Nora. Se está encargando de todo.

—Esto es tan emocionante. Mi novio, el magnate inmobiliario—. Me hace un guiño juguetón. —Parece que tenemos que celebrar esta noche con algunos desnudos y más.

Gimo y cuelgo la cabeza. —Julia, vamos, ya es suficiente tortura.

—¿Se supone que debo sentirme mal? ¿Recuerdas hace dos noches cuando jugabas con mi clítoris durante veinte minutos?

—¿Cómo podría olvidarlo? Estabas tan mojada.

—Sí, lo sé. Así que este pequeño período de espera que tienes que soportar no te va a matar.

Salto del mostrador y camino detrás de ella mientras pone los últimos ñoquis en el agua hirviendo. —¿No te importa que esta espera pueda hacer que se me caiga la verga?— Deslizo mis manos bajo el delantal y le pongo las tetas llenas en cada palma de la mano. Froto mis pulgares sobre sus pezones y ella se hunde fácilmente, su espalda cayendo en mi pecho, su cabeza hacia a un lado, dándole a mis labios acceso a la dulce columna de su cuello.

—La salsa arderá.

—Ponlo a fuego lento—. Respondo entre besos, mi pene creciendo más fuerte con cada pequeño suspiro que cae de sus labios.

Ella extiende la mano y baja los quemadores y luego tira la cuchara de madera sobre el mostrador. Sus manos van a la parte de atrás de mi cuello, dándome luz verde. Gracias.

—Si te meto la mano en tu tanga ahora mismo, ¿vas a estar mojada por mí?

—¿Por qué no lo averiguas?

Eso es exactamente lo que quería oír, pero primero, necesito deshacerme de este delantal. Le doy al nudo un rápido tirón y lo deshago todo, tirando de él por encima de su cabeza y al suelo. Nos alejamos de la estufa y la inclino hacia adelante, colocando sus palmas en el mostrador y metiendo su trasero en el aire.

—No te muevas—. Le meto la mano por el culo hasta la tanga, donde bajo la tela por las piernas. Ella se aleja y saca el trozo de género con el dedo del pie. Sin siquiera preguntar, abre las piernas y levanta el culo, suplicando por mí.

Deslizo mi mano entre sus piernas y la encuentro lista, excitada. Alivio dos dedos dentro de su canal apretado, observando la forma en que sus músculos se tensan y luego se relajan, con la cabeza cayendo hacia el mostrador.

—No puedes decirme que no querías esto en cuanto volví.

—Lo hice, desesperadamente. Me excitaba sólo de pensarlo.

—¿Por qué me haces esperar?

—Porque quería ver cuánto tiempo podías durar sin tocarme. Con cada segundo que pasaba, me excitaba más.

—Cielos, Jules—. Rápidamente me desabrocho los pantalones y me saco la erección. La cabeza de mi pene se burla de su entrada antes de hacerlo de un solo golpe.

—Sí—, dice ella, agarrando el borde del mostrador. —Hazlo difícil, Theo. Quiero sentirte en mi interior.

Mierda, con ese tipo de charla, no hay forma de que dure mucho. Agarro sus

caderas y hago exactamente lo que ella quiere, la golpeo fuerte y rápido. Nuestra piel se junta, nuestros gemidos de aprobación se mezclan, y nuestros cuerpos no se mueven más allá de donde estamos unidos.

—Más fuerte, Theo.

Un gruñido sale de mí al golpearla con más fuerza y alcanzar su clítoris y presionar con el pulgar sobre el pequeño pomo, golpeándolo rápidamente, causando una sensación de vibración sobre el grupo de nervios.

Ella se tensa alrededor de mi pene mientras se para sobre sus dedos de los pies, pescándose aún más. —Sí, oh Dios, como... oh Dios mío, sí, sigue haciendo eso. Oh Theo, sí. Voy a ir—. Justo cuando ella lo anuncia, grita mi nombre, el sonido como un choque eléctrico a través de mi columna vertebral, empujándome sobre el precipicio, el placer que me envuelve.

Me derramo dentro, mis gruñidos coinciden con los ligeros gemidos que gotean de su boca. —Cielos

—Jules, ¿qué demonios fue eso?

Ella se ríe suavemente. —No tengo ni idea, pero sea lo que sea, lo haremos de nuevo después de cenar.

—Por mí está bien.

Alisé mi mano sobre su trasero y luego le di una buena bofetada. —Ahora prepárame un plato, mujer—. Cuando me mira fijamente, se ríe a carcajadas. —Bromeo. Traeré algunos platos. Ve a sentar tu buen trasero a la mesa.

La beso de vuelta y voy al armario donde están los platos, con el pene aún colgando de mis vaqueros. El señor todavía está duro, no hay manera de que me lo vuelva a meter en los pantalones ahora mismo, y además planeo sacar mi ropa una vez que me siente a la mesa. Esta noche cenaremos desnudos.

CAPÍTULO TREINTA

JULIA

Theo: La cena, en mi casa. Bistec y patatas, luego tu vagina de postre. ¿Qué te parece eso?.

Julia: ¿Lo dejamos para otro día? Tengo que trabajar hasta tarde esta noche. Acabo de recibir una oleada de clientes, y necesito meterlos en el sistema y programar entrevistas.

Theo: ¿Una ola de clientes?. Eso es emocionante. Tal vez sea por mi mención de ti en el Times.

Julia: Probablemente. ¿Te di las gracias por eso ayer?.

Theo: Sí, la Reina de las Mamadas definitivamente me dio las gracias anoche. *Wink emoji*

Julia: ¿Qué te dije sobre llamarme así?

Theo: ¿Seguir haciéndolo?

Julia: Eres imposible.

Theo: Pero te encanta...

Julia: Desafortunadamente. Disfruta tu filete.

Theo: Todavía vienes a mi casa, ¿verdad?

Julia: Te lo haré saber. *heart emoji*

Más tarde siguieron los mensajes...

Theo: Pasé por tu oficina pero no estabas allí.

Julia: Sí, estoy en el centro ahora mismo, entrevistando a un cliente.

Theo: Pensé que sólo hacías entrevistas en tu oficina.

Julia: Es la señora del Times. Hice una excepción. Pensé que era buena para impresionar.

Theo: Aunque me siento un poco engañado. Pensé que las entrevistas fuera de la oficina eran lo nuestro.

Julia: Hacer el amor contra la pared de tu dormitorio es lo nuestro.

Theo: Dios, mujer, ahora estoy duro. Creo que necesito otra entrevista en la oficina, ya sabes, del tipo —¿dónde estás ahora?—. Rápido, ven a mi oficina, estoy desnudo.

Julia: ¿Realmente crees que eso va a funcionar?

Theo: ¿Quizás? *shrugs emoji*

Julia: No creo.

Theo: Un hombre tiene que intentarlo. ¿Te veré esta noche?

Julia: No estoy segura. Siento lo de anoche. No salí de la oficina hasta tarde, y no quería molestarte.

Theo: Jules, tu presencia nunca es una molestia.

Julia: Vas a hacer que me desmaye.

Theo: Bueno, agárrate a un mango porque lo que voy a decir podría darte todo el efecto de desvanecimiento. ¿Estás lista?

Julia: Lista.

Theo: Te echo de menos, cariño.

Julia: Eres bueno, Theo. Eres realmente bueno.

Theo: Lo digo en serio.

Julia: Yo también te extraño.

Theo: Envíame una selfi. No puedo recordar cómo eras.

Julia: Ugh, lo siento.

Theo: Dos días, cariño. Han pasado dos días. No puedes hacerme esto después de verte todos los días. Necesito mi dosis de Julia.

Julia: Lo sé. Voy a salir temprano esta noche. Estoy exhausta.

Theo: ¿Tengo que ir a tu oficina para verte? Sólo sentir tus brazos abrazándome me haría feliz.

Julia: Voy a hacer todo lo posible, lo prometo.

Theo: No me importa si terminas a medianoche, por favor ven a mi casa después. Tendré a mi chofer esperándote. Te prometo que todo lo que haré será acurrucarte, ¿de acuerdo?.

Julia: Empiezas a sonar desesperado.

Theo: Estoy realmente desesperado. Necesito abrazarte.

Julia: Ugh, te echo de menos. Bien, iré esta noche, aunque sea muy tarde.

Theo: Te tomo la palabra.

Julia: No esperaría menos de ti.

Horas mas tarde...

Toc. Toc.

A través de ojos borrosos, miro hacia la puerta de mi oficina para encontrar a Theo recostado contra el marco de la puerta, una bolsa en la mano y una

mirada de preocupación en su cara.

—Lo siento, no podía esperar hasta más tarde—. Entra en mi oficina y rodea mi escritorio donde deja la bolsa de comida y gira mi silla hacia él. —Necesitas tomarte un descanso. Te vas a volver loca.

—Necesito hacer estos fósforos. Desde que mencionaste mi negocio en el artículo del Times, no he podido descansar. Quiero decir, gracias por la mención, pero no tenía idea de que mi carga de trabajo iba a ser duplicada.

—Por eso necesitas tomarte un descanso, o dejar que tu novio te ayude a contratar a unas cuantas personas para que yo pueda pasar más tiempo contigo—. Me levanta de la silla para abrazarme. —Si hubiera sabido que mencionarte te llevaría lejos, habría guardado mi pequeño secreto.

Me acurruco en su calidez y aroma fresco, dejando que mi cerebro se apague por un momento mientras disfruto de la clase de comodidad que sólo Theo puede proporcionar.

—Siento haberme perdido últimamente.

—No te disculpes. Nunca te disculpes por querer expandir tu negocio y hacerlo crecer. Créeme, sé lo que se necesita para llevar un pequeño negocio a otro nivel. Sólo quería ver tu linda cara en persona y asegurarme de que estás comiendo.

—No he comido en todo el día, así que lo que haya en esa bolsa va a ser devorado.

—Entonces, comamos.

Me estremezco y trato de girar la cabeza, pero él me atrapa. —¿Qué pasa?

—Tengo un cliente que vendrá pronto, en unos cinco minutos en realidad.

—Maldita sea—, murmura y emite un largo suspiro. —De acuerdo. Bueno, supongo que tendré que tomar lo que pueda conseguir—. Se inclina para besarme mientras mi teléfono suena.

—Srta. Westin, Gary Fontane está aquí para verla.

Con un aliento derrotado, Theo da un paso atrás mientras yo le respondo a Lucy. —Enseguida voy—. Me vuelvo hacia Theo y le doy mi cara de disculpa. —Lo siento mucho.

—¿Qué dije sobre disculparse?—. Me inclina la barbilla. —Te veré esta noche, ¿Bien?— Asiento con la cabeza. —Nos vemos esta noche.

Con un beso de despedida, llevo a Theo al vestíbulo de mi oficina y saludo al Sr. Fontane con una sonrisa de bienvenida, a pesar de lo cansado que estoy.

Más tarde...

—Aquí están los resultados que estaba buscando—, dice Lucy, entrando a mi oficina. Son más de las cinco y me siento mal por haberla retenido hasta tarde de nuevo, pero me dijo que no le importaba. Poco sabe ella, recibirá un bono cuando se calme la afluencia de nuevos clientes.

Me levanto y busco el archivo. Justo antes de que todos estos nuevos clientes empezaran a llegar, decidí hacer la prueba por mí misma. Quería sorprender a Theo, mostrarle que aunque seamos completamente diferentes, todavía estábamos hechos el uno para el otro.

Quería hacer algo bueno, y como el dinero no lo compra todo, pensé que hacer algo más significativo para él, podría borrar toda duda en su mente.

Admito que las preguntas eran molestas. Me siento mal por mis clientes, pero traté de responderlas lo mejor que pude, sin desviar mis pensamientos. Fui con mi primera respuesta instintiva.

Conozco mi personalidad lo suficientemente bien como para saber que no soy una naranja, que sería la tonalidad de las citas mutuas de Theo, pero también sé que posiblemente podría caer en la línea de un amarillo, que también podría ser emparejado con un rojo en las ocasiones más raras. Y él es un rojo raro.

Pero mi mayor temor, algo que temía de estos resultados, sería descubrir que no somos nada compatibles.

Suena ridículo, ¿verdad? Para basar toda mi vida amorosa en algo tan simple como los resultados de las citas, pero tengo una tasa de éxito del noventa y nueve por ciento. Sé lo que estoy haciendo, estos resultados no mienten, y es porque coincidir con Theo significaría tanto para él como para mí.

—Gracias, Lucy. ¿Has tenido noticias de Helen Finkle?

—Sí, ella está terminando su examen hoy.

—Bien, realmente creo que el Sr. Hughes sería la pareja perfecta para hablar, pero quiero sus resultados antes de pensar en emparejarlos.

—He trabajado con usted durante un tiempo, y siento que cuando empareja a dos personas, es por que su corazón le dicta que tiene razón. Hay algo en la Sra. Finkle y el Sr. Hughes que gritan “pareja”.

—Es su amor por todas las cosas de especias de calabaza, ¿no?—. Lucy se ríe y asiente con la cabeza. —No sé por qué tiene sentido, pero lo tiene.

—Bueno, ya veremos. Voy a terminar algunas cosas para que puedas irte.

—¿Está segura?

Me quito el pelo de la cara. —Positivo. Ya has trabajado bastante esta

semana, así que duerme un poco. Te veré mañana.

—De acuerdo, que tenga una buena noche.

—Tú también—. Le hago un saludo rápido. Me paso el tiempo contestando unos cuantos emails más antes de escuchar a Lucy irse a casa. Una vez que siento que la costa está despejada, después de mirar por el pasillo, por supuesto, corro a mi escritorio y tomo el archivo. Un poco nerviosa, les echo un vistazo, pero luego pienso de otra manera. Si me hice esa prueba, quiero saber los resultados.

Justo cuando estoy a punto de abrirlos, mi teléfono vibra en mi escritorio. Es Ava. Sonriendo, contesto el teléfono.

—Hola.

—Bueno, finalmente respondiste mi llamada. Actúas como si estuvieras en una relación de consumo o algo así.

Me río y me recuesto en mi silla. —Lo siento. No he sido una buena amiga últimamente, ¿verdad?

—Está bien, siempre y cuando todo tu tiempo haya sido consumido por el sexo. Por favor, dime que lo ha hecho.

—Bueno, hace una semana, eso es lo que te hubiera dicho, pero desde que Theo me mencionó en el Times, he estado pasando la noche en la oficina, tratando de mantenerme al día con todas las peticiones para unir clientes al programa.

—¿En serio? Eso es fenomenal. ¿Significa esto que vas a tener que contratar a más gente?

—Ayer hice una búsqueda. Contraté a un cazatalentos, porque no quiero que los currículos aleatorios sean tirado a la basura. Quiero a alguien que realmente sepa lo que está haciendo.

—Inteligente. Vas a tener que entrenar a esta persona sin importar lo que pase, así que contratar a alguien competente te ayudará en ese esfuerzo.

—Nadie será más competente que Lucy—. Abro el archivo por casualidad.

—Eso es porque ha trabajado contigo desde siempre. Ella es tu número uno.

—Siempre lo será. El otro día me dijo...—. Hago una pausa en medio de la frase, con los ojos entrecerrados en una palabra. Un color. Verde. Eso no puede ser cierto. Me inclino hacia adelante y parpadeo unas cuantas veces. Verde. No lo estoy inventando en mi cabeza. Realmente dice eso en el papel.

—Hola, ¿estás ahí?—. Pregunta Ava, su voz cada vez más preocupada. — De repente dejaste de hablar.

—Verde—, murmuro, aún sorprendida. —Soy verde.

—¿Qué?— Ava se detiene, —¿Te hiciste el examen?

—Sí, y yo soy verde.

—Bueno, eso tiene sentido. Podría haberte clavado fácilmente como a un verde. Eres cuidadosa, meticulosa, una líder, pero también tienes un corazón maravillosamente dulce y bondadoso con...

—Amiga, ese no es el punto—. Puedo sentir cómo caigo al borde de la locura mientras mi mente da vueltas. —¿Qué color coincide con el verde?

—Azul.

—Sí. Y Theo es un maldito ROJO—. Me paso la mano por la cara. —El único momento en que esos dos colores van juntos es durante la Navidad, e incluso durante la Navidad algunas personas no se gustan.

—Esa fecha es mágica, así se podría pensar. Tu relación lo es.

—Eso no ayuda. Tú y yo sabemos que nuestra relación es cualquier cosa menos mágica. Estamos condenados. No hay longevidad en nuestra relación. Sí, podría ser genial ahora, pero nuestros tonos no coinciden, no se mezclan bien, y por lo tanto, estamos destinados a explotar. Oh Dios, ¿en qué estaba pensando?—. Con el corazón pesado, me recuesto en mi silla y agarro mi mano a la frente, tratando de comprender este golpe masivo a la burbuja feliz en la que estaba viviendo. —¿Qué demonios voy a hacer?

—¿Qué quieres decir?

—No somos compatibles, Ava—. Está callada, y sé que está pensando lo mismo que yo. —Tengo que irme.

—Espera—, grita Ava. —Julia, antes de que hagas algo, piénsalo, ¿de acuerdo?. No hagas nada precipitado.

Nunca lo hago, lo que es parte del problema en el que me encuentro ahora. ¿Fui imprudente con Theo?

—Bien, sí. Hablaremos más tarde—. Cuelgo antes de que pueda decir algo y pasar mis manos por mi pelo.

Esto va a estar bien. ¿Y qué? Él es un rojo y yo soy un verde. Eso no significa nada, excepto que... significa todo y trae mi mayor temor, el que me ha estado molestando desde el momento en que presioné mis labios contra los suyos: ¿y si todo entre Theo y yo ha sido puramente lujuria? ¿Y si fue un segundo de corta duración con un hombre que se supone que es un amigo? ¿Y si las últimas semanas han sido una farsa, y realmente nos estamos preparando para el fracaso? Diablos... si es así, sé con certeza que fracasaremos. Yo sé esto. No soy la indicada para Theo. Quiere que esté en el momento, ¿pero qué pasa si soy realmente incapaz?. Lo he intentado, pero ¿qué pasa cuando ya no

tenga éxito?. Tal vez mi hermosa cabeza ha evitado que su corazón lata a su máximo potencial. Deja que tu corazón lata por mí.

¿Y si nunca puedo hacer eso? Lo perderé. Para siempre.

Minutos después...

Theo: Por favor, dime que estás a salvo, que tal vez te olvidaste de mandarme un mensaje de texto, pero que no te secuestraron ni te metieron en la parte de atrás del auto de alguien.

Julia: Lo siento. Un día largo. En mi apartamento.

Theo: Pensé que vendrías aquí.

Julia: No estaba en el mejor espacio de cabeza. No quería molestarte.

Theo: Nunca me molestas, Jules. Sólo quiero abrazarte.

Julia: Quizá otra noche. Voy a tratar de dormir un poco. Hablaremos más tarde.

Theo: bien. Te echo de menos.

CAPÍTULO TREINTA Y UNO

THEO

—¿Qué demonios está pasando con tu hermana?— Atravieso la puerta de Kevin y me dirijo directamente a su nevera donde abro una cerveza y empiezo a beberla.

—Entra, sírvete un trago, no es como si tuviera compañía—. Oh mierda. Inclino mi botella y miro hacia un lado donde veo a una mujer en su sofá. Me saluda con la mano y toma un sorbo de su vaso de vino.

Le hago un saludo brusco y le digo: —Esto sólo tomará un segundo. Lo siento—. Puse la botella sobre el mostrador y agarré a Kevin por el brazo, llevándolo hacia su entrada para ganar algo de privacidad.

Una vez que tengo toda su atención, le pregunto de nuevo, —¿Qué demonios está pasando con tu hermana?

—No lo sé, hombre. Hace tiempo que no hablo con ella—. Se tira de la nuca y mira a la chica. —Realmente no quiero estar en medio de ustedes dos.

—Yo tampoco quiero que lo estés, por eso necesito que me ayudes a resolver esto para que pueda arreglarlo—. Le doy un golpecito en la mejilla, para que se concentre en mí. —Vamos, la conoces mejor que yo. ¿Suele evitar a sus novios como si fueran perros con peste?

—Deberías conocerla tan bien como yo, así que deberías ser capaz de responder a tu maldita pregunta.

—Esto es diferente. Ahora soy un novio neurótico. Necesito que me ayudes a alejarme de la locura y ver la luz de la realidad. Como tu mejor amigo, esto es de lo que eres responsable.

—¿Qué hay de Roark? ¿No puede ayudarte?—. Le echo un vistazo a Kevin. —Bien, sí, mala idea—. Deja escapar un largo suspiro. —Dime qué está pasando.

Me agacho y expongo los hechos. —Me ha estado evitando. Al principio pensé que era porque estaba muy ocupada en el trabajo, pero la otra noche le dije que no me importaba qué hora era, sólo quería verla. Ella no apareció. Cuando le pregunté qué había pasado, me dijo que no estaba en el espacio de cabeza correcto.

—Es algo que le pasa a ella.

—Exactamente, sé esto sobre Julia. Pero los últimos dos días, cuando fui a su oficina, su asistente me dijo que no tenía tiempo para verme. ¿Crees que fui a su apartamento?

—Por supuesto que sí.

—Lo hice—. Golpeé a Kevin en el pecho. —Y adivina qué, no estaba en casa, lo que me lleva a creer que me está evitando. Quiero decir, ¿dónde podría estar?—. Me inclino hacia adelante y señalo a la chica en el sofá. —Esa no es Julia disfrazada, ¿verdad?

Kevin me arranca la mano. —Amigo, te estás volviendo loco. Probablemente esté con Ava.

—Ugh, Ava—. Sacudo el puño en el aire. —Me olvidé de ella. Tienes razón, pero si no está allí, entonces definitivamente me está evitando.— Me metí la mano por el pelo. —¿Por qué me está evitando?

—No lo sé. ¿Dijiste algo estúpido?

—No. Y no creo que un comentario estúpido causara esto. ¿Crees que conoció a alguien más? Ha tenido una afluencia de nuevos clientes. Tal vez encontró a alguien que cree que sería mejor para ella. Sé que soy un poco imbécil, pero pensé que éramos geniales juntos.

—No creo que sea eso. Julia no es de las que tienen ojos errantes—. Kevin se rasca la barbilla. —Tal vez...

Toc. Toc.

Kevin y yo miramos a la puerta y luego nos miramos el uno al otro. —Si ese es Roark, yo voy a matarlos a los dos.— Abre la puerta a una Julia muy asustada.

—Cielos, Kevin, ¿tenías que abrir la puerta así?—. Ella mira a un lado. Sus ojos se abren de par en par y lentamente comienza a retroceder.

—No te muevas ni un centímetro más—, dice Kevin, tirando de ella por el brazo y colocándola delante de mí. —Habla con tu novio para que yo no tenga que hacerlo más—. Cierra la puerta de golpe. —No voy a estar en medio de esto.

Con el dedo levantado, Julia pregunta: —En realidad, ¿puedo hablar contigo primero, hermano?

Kevin se tira del pelo, listo para reventar. —No hablaré con nadie que no sea con la chica de la otra habitación. Ustedes dos resuelvan sus problemas. Estaremos en el balcón.

Sin decir una palabra más, entra en la sala de estar y lleva a su huésped afuera, quedándome en el apartamento a solas con Julia.

Ligeramente nerviosa, porque la mirada en sus ojos me dice que no voy a estar contento con su acto de desaparición. Meto las manos en los bolsillos y miro al suelo.

—Así que... ¿cómo estás?

—Bien—, responde mansamente.

—¿El negocio empieza a ralentizarse?

—Sólo un poquito.

Hablando de una conversación incómoda. Julia odia las conversaciones triviales, y eso es exactamente lo que es, así que en lugar de arrastrarlo aún más...

—Me has estado evitando.

Me respeta lo suficiente como para no mentir mientras asiente con la cabeza. —Sólo un poco.

—¿Hice algo estúpido? Porque no creo que lo hiciera.

—Tal vez deberíamos ir a sentarnos.

Mierda. Quizás deberíamos ir a sentarnos no es la frase que quieres oír cuando tu novia te ha estado evitando. Es el comienzo de una conversación que significa el final. No lo vi venir. No puedo permitir que suceda. Ella es mi mundo.

Nos sentamos, y cuando veo que se forman lágrimas en sus ojos, mi corazón se me atormenta en la garganta y empieza a latir en mis oídos.

—Sea lo que sea, lo siento. Te dije que era nuevo en esto.

—No es algo que hayas hecho, Theo.

—¿Es...? ¿Encontraste a alguien más?

—¿Qué? No,— dice rápidamente, ligeramente insultada.

—¿Entonces qué está pasando?—. Tomo su mano en la mía y me deleito con la sensación de su suave piel. —Diablos, Jules, te echo de menos. Sólo dime qué es y podremos superarlo.

Ella mira hacia otro lado, su mano se desliza de la mía. —No podemos superar esto.

—¿Por qué?

El silencio cae entre nosotros mientras una lágrima cae por su mejilla. Con la almohadilla de su pulgar, se la frota antes de que yo tenga la oportunidad de hacerlo. Mirando hacia otro lado, ella finalmente dice, —Hice la prueba.

—¿Qué prueba?— Y entonces me doy cuenta. —Mierda, ¿estás embarazada?—. Dios mío, di un suspiro de alivio. ¿De eso se trata todo esto? —Nena, eso es increíble, quiero decir, mucho antes de lo planeado, pero

cielos, estás embarazada—. Le grito a Kevin. —Está embarazada, hombre. Vas a ser tío—. Voy a abrazarla, pero ella se aleja de mí.

—¿Ella esta qué?— Kevin asoma la cabeza por la puerta. —Voy a ser...

—No estoy embarazada. No me refería a ese tipo de prueba.

—Espera. ¿Qué?. No estás embarazada?

—¿No voy a ser tío?— Mi amigo pregunta sonando decepcionado. —No. Estoy en control de natalidad, ¿recuerdas?

—Sí, pero con nadadores fuertes, pueden derribar esa defensa y con la forma en que hemos estado....

—Cuida cómo terminas esa frase—, sugiere Kevin.

Lo saludo. —Vuelve a tu balcón—. Me vuelvo hacia Julia, sintiéndome desinflado porque rayos, sería increíble si Julia estuviera embarazada. Demonios, me declararé mañana y me libraré de toda esta incómoda charla. —Entonces, ¿qué prueba te hiciste?

—Mi prueba de citas.

—Oh, ¿no la has tomado ya?

Ella sacude la cabeza. —No, y los resultados no fueron buenos. Mi color verde no es compatible con el tuyo

No tengo ni idea de lo que eso significa, porque honestamente nunca presté atención a los resultados de las citas.

Tenía una cosa en mi mente, el corazón de Julia, así que simplemente me desmayé el resto.

Me acerco más. —Bueno, el verde es el color del dinero, así que no puede ser tan malo, ¿verdad?—. Pregunto, sonando como un imbécil materialista, pero cuando me siento incómodo, digo estupideces.

—Es un gran color, pero no cuando tu novio es rojo.

Y luego todo hace clic. Julia Westin, la chica que calcula todo, la que tiene una razón para cada acción que hace, está preocupada porque nuestros colores no coinciden.

—¿A quién le importa eso?

Sus ojos se entrecerraron. —Me preocupo por eso. Toda mi carrera se ha basado en la teoría de que los colores de las citas encajan perfectamente. ¿Cómo podría dejar de lado la idea de que mi novio es un rojo y yo soy una verde y pensar que eso está bien?

—Haríamos una bonita tarjeta de Navidad juntos, ¿verdad?— Le doy una sonrisa ganadora. No es necesario.

—Vamos, Jules, ¿qué te dije sobre seguir a tu corazón?

—Puedes seguir a tu corazón, pero al final, habrá algo que nos destrozará —. Se hace señas en el cuello.

Miro la angustia escrita en la cara de mi hermosa chica. Esto la está paralizando. Pero no puede ser tan malo.

—Julia, vamos. No podemos darnos por vencidos sin intentarlo.

Me da una mirada de muerte. —Hablo en serio, Theo.

—¿De verdad?— Entrecierro los ojos. —Porque casi suena como si estuvieras siendo irracional.

—¿Irracional? ¿Cómo diablos estoy siendo irracional?

—Porque estás basando la felicidad de toda tu vida en un examen.

—Una prueba que tiene una tasa de éxito del noventa y nueve por ciento.

—Sí, y una prueba que ni siquiera rellené correctamente porque era tan larga y estúpida...— Mis palabras se desvanecen al ver que la ira comienza a elevarse en sus ojos.

De pie, con un aspecto más enojado que nunca, dice: —¿Qué acabas de decir?

Yo también estoy de pie, porque parece que es lo que hay que hacer. —Sabes, tal vez deberíamos tomar un trago, refrescarnos...

—Llamaste estúpido a mi examen—. Sí, y ahora sé que no fue la mejor elección de palabras.

—No quise decir eso.

—Entonces, ¿qué querías decir?

Hmm... Buena pregunta. Y mientras estoy aquí, tratando de pensar en algo diferente que decir, me doy cuenta de que cada segundo que paso estoy cavando mi agujero más y más profundo. No hay forma de salir ileso de esto. Será mejor que lo hagas todo.

—Puede que no me haya tomado en serio tu examen.

—¿Estás bromeando?—. Se pasea por la sala de estar. —¿Cómo pudiste hacer eso?

—Uh, no lo sé. Tal vez porque las preguntas eran estúpidas.

Ella mueve la cabeza en mi dirección. —¿Disculpa?

—Oh vamos, Julia. ¿Cómo diablos se supone que alguien va a responder a una pregunta como qué tipo de sonido hace un cerdo cuando las respuestas son: *bip, bip, bip, pew, pew, boom, boom, boom, shaboom y chuparme el culo?*

—Una de las respuestas fue *no chuparme el culo*—, responde con severidad.

Tiro mis manos a un lado. —Podría haber sido así. Habría encajado perfectamente.

—Sabía que esto iba a pasar—. Ella sacude la cabeza y recoge su bolso. —Alguien que tan fácilmente insulta y se burla del trabajo de mi vida no es el tipo de persona con la que quiero estar—. Ella se atasca. —He trabajado incontables horas, años, en este programa, y tú lo trataste como una broma gigante. ¿Es eso lo que todo esto ha sido para ti? ¿Una broma?

—No—. Frustrado conmigo mismo, tamizo ambas manos a través de mi cabello. —Eso no es lo que... diablos, lo que intento decirte es que no soy un rojo. ¿Quién sabe de qué color soy?

—Bueno, no me importa averiguarlo—. Ella como una tormenta va hacia la puerta y yo camino rápidamente detrás.

—¿Así que eso es todo? Porque posiblemente no coincida con tu tono de noviazgo, ¿vas a tirar este último tiempo, como si nada de eso te importara? ¿Qué hay de los últimos diez años? Todas las noches que pasamos juntos, las conversaciones, de corazón a corazón. ¿No importa eso en tu métrica de citas? ¿Qué hay del hecho de que estoy perdidamente enamorado de ti, hasta el punto de que si sales por esa puerta sin mí a tu lado, no creo que sobreviva a la angustia? ¿No importa eso?

Se detiene en su búsqueda de la puerta y se vuelve hacia mí. —No puedes decir que me amas.

—¿Por qué carajo no?

—Porque ningún hombre que me quiera se burlaría de mi programa de citas o lo trataría como una broma. Si realmente me amaras, entonces sabrías lo importante que es el programa para mí.

La puerta del balcón se abre y siento que Kevin y su amiga entran en la sala de estar, pero se mantienen a distancia.

—Oh, créeme, Julia—. Me burlo. —Sé lo importante que es este programa. Lo suficientemente importante para que tires todo lo que tenemos—. Me agarro de la nuca, la ira me consume. —Diablos, no sé qué más buscas en un novio, pero te perseguí, Julia. Te escuché, prosperé en cada una de tus palabras, empujé tus límites de la mejor manera posible. He tratado de ser amable, considerado y un amante fantástico. Cada parte de cómo te he amado ha sido sobre ti, porque eso es lo que tu te merece. Puede que nunca sea más que un chico fracasado de fraternidad que se hizo rico y por lo tanto no es el hombre con el que crees que deberías acabar, pero al menos no soy un vago al que no le importas ni tú ni tu carrera.

La empujé, queriendo ser el que se fuera, necesitando ser el que terminara esta conversación.

Agarro la puerta y le doy la espalda mientras le digo: —En caso de que te olvides, te invité a salir en la universidad y me rechazaste. Luego esperé años hasta que te alegraste con el éxito de tu carrera hasta que me acerqué a ti de nuevo. Si acaso, eso muestra respeto, no burla.

Con mi corazón partido por la mitad, salgo por la puerta y me dirijo al bar más cercano, Roark en marcación rápida. Necesito emborracharme.

—¿Quieres colgar tu maldito teléfono?. Maldición. Me pediste que bebiera, así que estoy aquí para beber, no para verte revisar tu teléfono cada dos segundos.

Él tiene razón. Me meto el teléfono en el bolsillo y me apoyo en la barra, la derrota en los hombros.

—Lo siento. Yo sólo, no sé, pensé que tal vez ya habría entrado en razón.

Roark se ríe. —¿Julia Westin entrar en razón? Por favor, esa mujer es tan testaruda como su hermano. No hay forma de que vuelva arrastrándose hacia ti, no a menos que le des una buena razón para hacerlo.

Rayos, tiene razón. La amo tanto, pero diré esto, es tan terca como una mula. Siempre lo ha sido. —¿Por qué tienes que tener razón?

—Estoy siendo sensato. Estás enfadado con ella, pero todavía la quieres.

—Todavía la amo—, le corrijo, bebiendo el resto de mi bebida y pidiendo otra con un rápido movimiento de muñeca.

—Entonces tienes que hacer un movimiento—. Sacudo la cabeza. —Puedo hablar con ella sobre mis sentimientos hasta que esté triste, pero no va a hacer nada. Si no me ha llamado después de mi pequeño discurso en el apartamento de Kevin, nada de lo que diga ahora la hará cambiar de opinión.

—No que hables con ella. Quiero decir que necesitas hacer un gesto..

—Ningún gesto romántico va a arreglar esto—. Esa no es Julia. Y no es culpa de ninguna parte de la imaginación. Me encanta su inteligencia y manejo. Ella no sería quien es hoy sin eso.

Roark sonrío sobre su vaso y mueve las cejas. —Se me ocurre una cosa que funcionará.

—No hay manera de que el sexo resuelva esto.

—No estaba hablando de sexo, idiota. ¿De dónde vino esta estúpida pelea?

Pongo los ojos en blanco y me recuesto en mi silla, agradecido por las espaldas en los taburetes del bar. —Sabes de dónde vino, nuestros colores de citas no son compatibles.

—Bueno, entonces, demuéstrale que son compatibles—, dice, como si fuera la solución obvia.

—¿Me estás diciendo que me someta de nuevo a esa prueba olvidada por Dios? De ninguna manera, hombre. Eso fue una pesadilla. ¿Y por qué diablos soy yo el que se esfuerza por hacer las paces con ella? Estoy bastante seguro de que me debe una disculpa.

—¿Recuerdas que toda la conversación de Julia termina con que es obstinada? Vas a tener que hacer el primer movimiento, y ese movimiento es tomar esa prueba. Adecuadamente—. Señala con el dedo la parte superior de la barra. —Te garantizo que será el camino a su corazón. Demuéstrale de una vez por todas que eres el hombre para ella.

—¿Y si no consigo el color que ella quiere? ¿Y si tiene razón? ¿Qué pasa si en el papel todavía no somos compatibles a pesar de que sé en mi corazón que lo somos?

Roark se encoge de hombros. —No lo sé... entonces estás arruinado.

—Vaya, gracias, hombre.

Me da una palmada en la espalda. —Cuando quieras—. Se inclina sobre la barra. —Camarero, cuatro tragos de whisky por aquí; vamos a necesitar algo fuerte.

CAPÍTULO TREINTA Y DOS

JULIA

Así es como se siente la miseria. No, no sólo miserable, sino abrumadoramente deprimida. Pensé que lo había pasado mal después de que Theo llegó a mi apartamento y me confundió con sus labios, y que era un mal momento en mi vida.

Estaba equivocada. Eso fue como estar en la playa con un libro en la mano siendo alimentada con uvas por chicos musculosos de la cabaña en comparación con esta cruda tortura.

Todavía puedo ver la mirada en sus ojos. Está grabado en mi cerebro, la mirada de pánico, seguido de ira. Theo siempre ha sido fácil de tratar. Sólo ha habido otra vez que he visto ese tipo de enojo, y fue cuando ese hombre trató de agredirme en la universidad. Esta noche, sin embargo, vi sus ojos azul verdosos volverse negros, y fue un espectáculo que no quiero volver a ver.

Cuando miré a Kevin vi esa mirada también. Se podría pensar que es el hermano de Theo y no el mío. Dijo que estaba siendo una tonta, una cabezota por dejar que él saliera por esa puerta, porque nunca en su vida había visto a su mejor amigo amar y cuidar a alguien como él me ama y cuida a mí.

Pero Kevin, aparte de Ava, ha estado a mi lado defendiendo mis estudios y años de investigación. Siempre me ha cuidado, y escucharle apoyar a su mejor amigo, que no sólo no se hizo la prueba con veracidad, sino que también me dijo que era una estupidez. Eso también me rompió el corazón. Y yo le dije eso. De hecho, por primera vez, estábamos completamente en desacuerdo entre nosotros, y eso fue inquietante por decir lo menos.

Y sin embargo, no pude seguir adelante. No pude hacerme cargo del teléfono. En vez de eso, volví a casa y lloré hasta dormirme, luego llamé a Lucy, enferma y le pedí que cambiara mi horario. Creo que se dio cuenta de que estaba mintiendo por los breves sollozos que se escuchaban por teléfono. Pero al igual que la buena asistente que es, nunca se metió en mi vida personal, pero profesionalmente manejó todo lo relacionado con los negocios por mí.

Ahora, dos días después, mi corazón sigue roto, mi orgullo sigue siendo molesto y agudo, me siento en mi escritorio con demasiados correos

electrónicos sin respuesta para contar y ni una pizca de voluntad para hacer mi trabajo. En vez de eso, miro por la ventana hacia la gran apertura del horizonte de la ciudad de Nueva York, con una cosa en mi mente: Theo.

Quiero acercarme a él, disculparme, decirle cuánto lo siento, pero una pequeña parte de mí, la parte insistente de mí que me ha dictado toda mi vida, me está diciendo que es una mala idea, que sólo terminaré siendo lastimada de nuevo. He sido herida muchas veces por los hombres, una y otra vez. ¿Y qué tan vergonzoso es eso? La casamentera no puede encontrar el amor por sí misma.

Pero, ¿no es ese el viejo dicho: si no puedes hacerlo, enséñalo? Estoy en ese bote ahora mismo. Estoy ayudando a todos menos a mí misma.

Hay una luz llamando a mi puerta. —Srta. Westin, aquí está el archivo que solicitó.

No recuerdo haber pedido un archivo, pero si cerrara los ojos, tampoco tendría idea de lo que llevo puesto, así que tomo el archivo y le doy las gracias a Lucy.

—¿Almorzaste?

—Son las diez de la mañana—, dice Lucy, mirándome con la cabeza inclinada. ¿Sólo diez? Dios, ¿Por qué el tiempo es tan lento ahora?

—Oh, ¿en serio? Pensé que era más tarde.

Lucy da un paso más cerca y se sienta frente a mí. —¿Puedo hablar con franqueza?

—Podría ser mejor—. Le hago un gesto para que continúe.

Se aclara la garganta y apoya las manos sobre su regazo. —Voy a asumir que su estado de ánimo reciente viene de una confrontación con el Sr. Scott.

—Se podría decir que sí. Creo que rompí con él, o que él rompió conmigo. Uno de esos; aún hay niebla en lo que pasó.

—Pero estaba tan feliz— Pasé mi dedo sobre mi escritorio, haciendo pequeños círculos. —Lo estaba, ¿verdad?

—Lo estaba, así que, ¿por qué quitarse esa felicidad?

Porque no durará mucho. No puede durar.

—Porque...— suspiro, —Estoy aterrorizada de que termine siendo otra relación fracasada. Con Theo, no quiero que fracase.

—Pero, ¿no ha fallado ya si no están juntos?

—Supongo que sí—. Me muerdo el labio inferior. —¿Pero qué pasa si no somos compatibles?

—¿Eso realmente le importa? Mi marido y yo no somos la pareja perfecta.

Estamos bastante unidos, pero eso no significa que vaya a divorciarme de él. En vez de eso, trabajamos en las partes difíciles de nuestra relación, y es lo que hace que nuestro matrimonio sea desafiante y divertido.

—Dios, Lucy. ¿Lo hace? He confiado en hechos y cifras durante años. Pero, ¿eres feliz?

—No siempre, si soy honesta, pero así es en un matrimonio centrado en el amor verdadero. Algunos días quiero golpearlo, pero la mayoría de los días sé que odiaría vivir mi vida sin él.

Oh Dios. No puedo vivir mi vida sin Theo. Sacudo la cabeza, me odio a mí misma, es tan conflictivo. —Theo es el mejor tipo que conozco, el más sexy, el más dulce, el más gracioso, el más leal, pero no sé cómo reconciliar los hechos con los sentimientos aquí. Se me acabaron las ideas.

—Tal vez en el papel lo es. Pero no en su corazón. No olvide escuchar su ritmo.

Deja que tu corazón lata por mí.

—Hace diez años que quiere estar conmigo. ¿Quién hace eso?

—Alguien que la ama incondicionalmente. Eso significa que *no está sujeto a ninguna condición*.

Alguien que escucha atentamente, siempre ofreciendo apoyo y aliento. Alguien que se toma su tiempo para hablar con la chica nerd, para que se sienta cómoda. Alguien que está tan en sintonía que siente cuando su alma gemela está en problemas y se asegura de que está a salvo. Conozco a ese alguien. Me encanta ese alguien.

Agarro mi bolso del suelo y me pongo de pie. —Voy a ir a verlo—. Lucy se pone de pie y me entrega el archivo que puse en mi escritorio. —Antes de que se vaya, necesito que vea esto.

—¿No puede esperar?— Puse mi teléfono en mi bolso y caminé hacia la puerta de la oficina. —Realmente no puede. Por favor, échelo un vistazo rápido.

Dios mío, Lucy. Ahora no es el momento. Pero no le digo eso a ella. En cambio, sonrío educadamente y tomo el archivo. Tropezando por un segundo, finalmente me agarro a todo y abro la página. Tan claro como el día, hay una foto de Theo en la parte superior, seguida de su perfil. Miro a Lucy. —¿Por qué necesito ver esto?

—Mire lo que está resaltado en la parte inferior—. Ahí está, resaltada en amarillo neón, su tono de noviazgo. *Azul*. Parpadeo unas cuantas veces y luego miro a Lucy. —¿Qué es esto?.

Sonriendo alegremente, Lucy prácticamente baila en su lugar. —El Sr. Scott me envió un correo electrónico hace dos días y me pidió que le enviara la prueba de nuevo. Lo hice. Llenó todo de nuevo. Acabo de recibir sus resultados. Es un azul, Srta. Westin.

Las lágrimas llenan mis ojos, el latido de mi corazón resuena en mis oídos.

Se hizo la prueba de nuevo. No puedo creerlo, después de todo lo que le dije, volvió a hacerse la prueba.

—¿Está feliz?

Me tiemblan los labios. —No puedo creer que haya hecho eso.

—La ama, Srta. Westin. Haría cualquier cosa por usted, lo dijo en su correo electrónico.

—Necesito verlo.

Le entrego el expediente y salgo corriendo de mi oficina. —Buena suerte—, oigo a Lucy gritar justo antes de que se abra la puerta del ascensor. Por favor, no dejes que haya demasiado tráfico.

—Srta. Westin, ¿está bien?— Nora redondea su escritorio y pone una mano en mi espalda mientras yo resoplo, doblada en la cintura, con las manos en mis rodillas.

—Sí—. Me trago el aire. —Pero, ¿podría molestarte por un poco de agua?

—No es ninguna molestia—. Rápidamente recupera el agua embotellada, desabrocha la tapa y me da la botella. Me lo trago de una manera muy poco femenina. Si no me preocupara que mi rímel se corra, también me rociaría la cara con el agua, pero me contengo.

—¿Ha corrido hasta aquí?—. Mira mis zapatos con tacones.

—Sólo unas pocas cuerdas, así que nada como una maratón—. Me limpio la frente. —Cielos, espero no tener muy mal aspecto. ¿Parezco un desastre?

La cara de Nora se suaviza. —Se ve encantadora, Srta. Westin.

Y es por eso que Theo mantiene a Nora cerca. Me enderezo la blusa y me aplano la falda. —¿Está Theo?

—Si está, pero se lo advierto, ha estado intolerable últimamente. No estoy segura de que deba entrar ahí. Tiró una manzana a medio comer a la pared antes porque tenía una mancha marrón.

Hago un gesto de dolor. —Creo que soy la razón por la que está de mal humor.

—Oh, sin duda. Romperle el corazón le haría eso—. Debería haber sabido que Theo se lo dijo a Nora. Él le cuenta todo. —Aunque, ya que usted fue la causa de todos los problemas, tal vez sea la razón de tener que entrar ahí.

—¿Qué tan molesto está?— Pregunto, queriendo medir al hombre que veré. —No se bebió el batido que le traje ayer.

—Oh, eso es malo.

—Exactamente. Pero le diré una cosa. Me alegra que esté aquí, porque es la única que puede hacerlo feliz. Es la única persona que le ha hecho feliz hasta la médula, y odiaría verle perder esa felicidad.

—Yo también—, digo en voz baja mientras camino hacia la puerta. Por encima de mi hombro, le doy a Nora una sonrisa de despedida y respiro hondo.

Los cristales tintados actúan como paredes, por lo que la habitación es más oscura de lo normal. Cierro la puerta detrás de mí y veo a Theo sentado en su silla de oficina, con la espalda hacia mí, mirando fijamente a la nada.

—Te dije que no quería Pop-Tarts, Nora.

—No soy Nora.

En un abrir y cerrar de ojos, Theo mueve su silla para encontrarme de pie nerviosa frente a su puerta. —Julia—, dice con asombro. —¿Qué estás haciendo aquí?

—Vine a hablar contigo. ¿Es un buen momento?

—Por supuesto—. Se levanta de su silla y se dirige a su sala de estar, donde se sienta en el sofá. Me uno a él, sentada a un metro de distancia. Pongo mi bolso en la mesa de café y trato de encontrar mis palabras a pesar de los nervios que se apoderan de mí.

—Lo siento, Theo—. Él va a hablar, pero yo lo hago callar, necesitando desahogarme. —Siento haberte tratado como si fueras otro de mis malos novios. No eres como ellos, así que no sé por qué te metí en esa categoría. Creo que tenía miedo de fracasar en el amor otra vez, y no miré los hechos que mi corazón estaba tratando de decirme. Sólo tomaba los consejos de mis libros y gráficos.

Me acerco más y tomo su mano en la mía. —Vi tus verdaderos resultados, pero no significaron nada para mí, porque antes de que Lucy me obligara a mirarlos, ya había tomado una decisión y estaba a punto de salir de mi oficina para venir a verte. Quería seguir el consejo de mi corazón y escuchar el perfil

que escribió sobre ti.

Los ojos de Theo se suavizan, una sonrisa descansa en su cara. —¿Y cuál fue la crítica de tu corazón?

—Que eres su alma gemela, su contrapunto y su pareja perfecta. Que tu corazón pertenece al mío, y es ridículo que lo cuestione. Siento haber dudado de ti. De nosotros—. Le pongo una mano en la mejilla. —Te quiero, Theo. Eres el hombre de mis sueños, mi pareja perfecta, y la persona con la que quiero pasar mis días.

Respira profundamente. —Dios, Jules, tienes mi corazón latiendo fuera de mi pecho.

Me sube a su regazo y me pone las manos en la espalda.

—Te amo tanto, maldita sea. Me tomaría ese examen cinco veces más para demostrarte que somos el uno para el otro y lamento mucho haber dicho esas cosas sobre tu programa. Sabes que no lo dije en serio.

Sacudo la cabeza. —Lo sé y no necesitaba el examen para saber que nos amamos. Ya lo sabía, pero tenía miedo de confiar plenamente en mi corazón.

—Pero lo ves ahora, ¿Igual que yo?

—Sí, lo veo—. Presiono un suave beso en sus labios. —Siento haber tardado más de diez años en darme cuenta.

Se ríe en silencio contra mis labios. —Más vale tarde que nunca, Jules.

—Es Julia—. Sonrío entre besos.

—No, siempre serás Jules para mí, la chica de la que me enamoré en la universidad, la hermana de mi mejor amigo.

EPÍLOGO

THEO

—Si mi cacerola arde, voy a mirarte fijamente mientras duermes, sin parpadear. Sé lo mucho que odias eso.

Me tiemblan los pies descalzos. Realmente lo odio. No es que ella lo haga, pero es un miedo mío, despertar para ver a una persona que no pestañea mirándome. ¿Quién carajo hace eso?

Le cortarí la cabeza a esa persona con un golpe de karate tan rápido que ni siquiera podría apartarse del camino o considerar parpadear.

—Esto sólo tomará unos segundos. Lo prometo— Pongo mi mano sobre sus ojos mientras la acompaño a mi habitación.

—Te das cuenta de que sé dónde estamos, ¿verdad? He pasado más tiempo del que puedo imaginar en tu apartamento, especialmente en tu dormitorio, así que cubrir mis ojos no tiene sentido.

—Hola, Srta. Practicidad, déjeme tener mi momento.

Ella sonríe tímidamente. —Lo siento, por favor proceda..

Le quito la mano de los ojos y hago un gesto hacia mi habitación. Ella me da una mirada. —Si el sexo está en la mesa, entonces mi cacerola realmente sufrirá.

—El sexo siempre está en la mesa, pero no es por eso que estamos aquí. Estamos aquí porque... tamboril por favor.

Como es la mejor novia de todo el mundo, suena como la mejor batería del mundo. Espero unos segundos antes de sacar un cajón de mi cómoda, mostrando las crujientes pilas blancas de calcetines de tubo.

—Ta-da—. Levanto las manos como si fuera un mago revelando mi truco. Ella estudia los calcetines y luego me mira de nuevo. —¿Qué está pasando?

—Son calcetines de tubo para ti.— Yo tomo sus manos en las mías y la acerco. —Te amo, Jules, y creo que ya es hora de que nos mudemos juntos, ¿tú no? Prácticamente vives aquí, así que más vale que lo hagamos oficial dándote tu propio cajón de calcetines.

—¿Quieres que me mude contigo?

—¿No se entendió lo del cajón?— Apunto al gesto romántico para recordárselo. —Supongo que estoy un poco sorprendida, eso es todo. Sólo han

pasado un par de meses.

—Sí, un par de meses de ida y vuelta a los apartamentos del otro. Pasamos todas las noches juntos, así que también podríamos compartir un lugar. Vamos, te daré tu elección del lado de la cama.

—¿Qué hay del espacio en el armario?

Me froto la frente. —¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Si quieres más espacio en el armario, te lo conseguiré. Si quieres que vivamos juntos en otro apartamento, podemos empezar a buscar mañana. Todo lo que quiero es que vivamos felices, para que pueda volver a casa sabiendo que mi chica metió los dedos de los pies en su propio cajón de calcetines y me está esperando en el sofá, lista para darme la bienvenida a casa.

—¿Y si quiero que me des la bienvenida a casa? ¿Cómo vas a hacer eso?

—Desnudo y con una erección—. Muevo mis ojos hacia ella, haciéndole girar los suyos.

—Oh, soy tan afortunada—, dice con una inflexión perfecta y molesta.

La tomo en mis brazos. —Vamos, ¿eso es un sí?— Espero con el aliento entrecortado.

—¿Realmente tienes que preguntar? Sabes que es imposible para mí decirte que no—. Ella agarra la parte posterior de mi cabeza y me tira a un beso profundo, uno que yo saboreo, uno que he llegado a comprender que respira aire fresco en mis pulmones.

¿Cuál es el secreto para salir con la hermana de tu mejor amigo?

He descubierto cuatro cosas: tiene que pasar de ser la hermana de tu mejor amigo a ser la mujer a quien necesitas para vivir, tu compañera de vida; debes asegurarte de que esa compañera de vida se sienta valorada y atesorada respetando quién es y qué hace; por extraño que parezca, apreciar los calcetines de tubo, no importa cómo se usen, y saber que siempre necesitan su propio cajón; y, finalmente, no seas un cabeza de verga orgulloso. Sepan que vale la pena luchar por el amor, porque cuando sus corazones latan al mismo ritmo, ahí es donde se encuentra la verdadera riqueza.

EL FIN